

CORAL FERNWEH

NUNCA  
SALGAS DE MI  
VIDA



**Nunca salgas  
de mi vida**

Coral Fernweh

Título Original: Nunca salgas de mi vida.

© Coral Fernweh

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico,

por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © Coral Fernweh, 2017

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son

ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o

desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: Abril del 2017

Diseño de portada: Coral Fernweh

Conversión a libro electrónico: Coral Fernweh

ISBN-9781549839603

**Por no rendirme a pesar de las dificultades, por regalarme a mí misma, sonrisas en mis peores días.**

# Capítulo 1

Recuerdo esa mañana como si fuese ayer...

Adormilada, tanteé la mesita hasta llegar al maldito despertador, que no dejaba de sonar desde hacía ya un buen rato. De un golpe lo apagué maldije por lo bajo porque no tenía ganas de levantarme. Estiré mi cuerpo mientras bostezaba como una leona, luchando por mantener los ojos abiertos. Casi arrastrándome por el suelo fui al baño. Me di una ducha para espabilarme y, después de secar mi pelo y prepararme, al mirar el reloj, aceleré mis movimientos y salí corriendo de casa. Llegaba tarde.

Descendí hasta el garaje dónde mi preciosa Ducati Monster de color blanco me estaba esperando. Subida en ella era quién quería ser, una persona diferente con una vida distinta, sin miedos, sin agobios, sin problemas... Me sentía completamente libre.

Mis padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando yo solo tenía seis años. Da pena pensar que ya ni siquiera recordaba sus caras.

Me crié con mi tía Pilar que vivía en España ejerciendo de profesora. Ella me dio todo el cariño que una niña de seis años podía necesitar. Ella se convirtió en mi todo, pero al cumplir veintidós, me dejó. Trabajaba como masajista en la zona de spa, en un hotel de lujo en el centro de Madrid aunque no fue para lo que me preparé, me gustaba mi trabajo.

A las nueve y media de la mañana entré hacia los vestuarios para ponerme el uniforme que exigía mi contrato: una bata de color crema. Al cerrar la puerta de la taquilla no tardé en encontrarme con la sonrisa de mi mejor amiga, Vero.

—¿Preparada para la bronca de un lunes a primera hora de la mañana? —Suelto una carcajada.

—Yo siempre estoy preparada.

Vero es madre soltera, tiene una niña preciosa de cuatro años y el que era su entonces novio y padre de la niña, las dejó tiradas cuando supo que estaba embarazada. Dejó a Vero sola y confundida, por suerte estaba y

ahí y no pensaba hacer lo mismo. Después de tener a la niña, nos hicimos más inseparables que nunca y tanto ella, como su hija y su madre llenaron el vacío que mi tía me dejó. Se convirtieron en mi nueva familia.

—Dejad la cháchara y poneros a trabajar de una puta vez. —Ahí estaba Carla, nuestra encargada y jefa, entrando en los vestuarios.

Aún me pregunto qué es lo que le habíamos hecho para que nos tratar tan mal, pero estaba claro que nos tenía entre ceja y ceja. De antemano Carla nunca había sido muy amigable con los trabajadores, es la típica que cree que va a heredar la empresa en la que trabaja, pero a nosotros nos tenía un trato especial, pagábamos todas sus frustraciones. Si podíamos pisar y hundir a alguien, las primeras de la lista éramos nosotras.

Guardé el móvil en el bolsillo de la bata sin que ella se diera cuenta y me dispuse a andar.

—¡Vamos, que es para hoy! Hay mucha gente esperando y no damos abasto. ¡Venga! —Insistió metiéndonos prisa

—¡Buenos días para ti también, Carla! —la saludé con ironía, pero con educación.

Le entregué mi tarjeta y la hizo pasar por una máquina, quedand reflejada la hora de mi llegada, y de malas formas, me pasó la programación para el día de hoy.

Sería me quedé mirándola, pero me mordí la lengua. No tenía ganas de fiesta y sé que eso era lo que ella quería.

Miré a mi amiga y con un gesto de pena, me despedí de ella.

El Spa estaba dividido por tres áreas: tratamientos faciales, corporales masajes; zonas termales con piscina cubierta y zona de gimnasio balneario.

Mi área estaba dividida por diez salas, tú me esperabas en la sala tres ¿Lo recuerdas?

Cuando entré y te vi de pie, con el torso desnudo y una toalla liada a tu cintura, mientras interesado escribías en tu móvil, literalmente, me quedé sin aire en los pulmones.

Me miraste, clavando tus ojos azules en los míos y sonreíste.

Humedecí mis labios.

—¡Bu..., buenos días! —dije como pude. Nerviosa dejé la programación en el mostrador y te volví a mirar sin querer. Te pillé mirándome y volviste a sonreír.

¡Dios! Tu mirada era tan penetrante.

Te seré sincera, tuve que regañarme un par de veces, era imposible poder concentrarse y actuar como una profesional teniéndote delante. Intenté disimular la sonrisa tonta que se dibujaba en mis labios mientras tú mirabas. Me quise morir en cuanto vi mi reflejo en el espejo que tenía delante. ¡Madre mía!

—¡Hola! —dijiste con una voz de lo más sexi.

Activaste todos los músculos de mi cuerpo con un simple «¡hola!». Te juro que por un momento, temí por mi salud.

«¡Qué sonrisa, por favor!», pensé —y sigo pensando, que conste—. Disimuladamente te estudié con la mirada y..., ¡madre mía! ¡Qué cara!, ¡qué cuerpo!, ¡qué sonrisa!, ¡qué ojos!, ¡qué mirada!

Qué calor me estaba entrando...

Nunca antes me había pasado algo parecido, te lo prometo.

«¿Será amor a primera vista?», me pregunté. Ahora puedo decir que sí.

Aparté la mirada rápidamente, nerviosa, en cuanto volviste a mirarme y me acerqué, no sé cómo, a la camilla.

—Échese aquí, si es tan amable —me temblaba la voz.

—¿Tú primer día? —preguntaste.

—¿¡Qué!? —solté una carcajada—. Llevo trabajando aquí tres años.

—Te veo demasiado nerviosa.

No se me ocurría nada lógico que decirte.

—Demasiado café está mañana. —te solté lo primero que se me vino a la cabeza.

«¿En serio, solo se me ha ocurrido eso? ¡Menuda estupidez!», pensé segundos después.

Pero sonreíste de nuevo y me quedé, sin poderlo remediar, embobada hasta que el sonido de mi móvil me devolvió a la vida real; con un gesto de disculpa, sonrojada, lo apagué.

Te tumbaste boca abajo. Embadurné mis manos de aceite y comencé a masajear tus hombros.

Disfruté más que tú con el masaje, te lo puedo asegurar.

Mientras me regodeaba paseando mis manos por tu ancha espalda, me pregunté cómo era posible que Carla te hubiera mandado a mi sala. Conociéndola, sabía que eras su prototipo de hombre y, normalmente, ella se ocupaba de dar los masajes según su interés.

Dejé de pensar en ella y me centré en ti.

Era tocarte y sentir mis partes más íntimas palpar intensamente, como si hubiese vida propia ahí abajo.

Subí mis manos por tu cuello y bajé por tus brazos, presionándote delicadamente. Todo lo hacía con ternura, con mimo, dejando que tu piel quedase grabada en mis manos. Sonreí cuando noté tu piel de gallina al deslizar mis manos por tus costados.

No podía dejar de mirarte.

Después de un rato, comprobé que tenías los ojos cerrados y... actué como una auténtica loca. Sí, lo reconozco. Acerqué mi nariz a tu cuello y aspiré tu aroma.

¡Cómo olías! Mmmm, aún sigo sintiendo tu olor. Todo huele a ti.

Mi pelo resbaló de mi coleta y rocé tu cuello haciendo que te movieras. Con la cara colorada y sin respirar, me incorporé de inmediato.

Te diste la vuelta y clavaste tu mirada en mí.

¡Ay, Dios!

Me pregunté a qué podrías dedicarte... ¿modelo?, ¿cantante? «¡A saber!» me dije. Tenías cara de actor de cine y sí, noté tu acento.

Cuando me quise dar cuenta, la hora concluyó y con mucha pena el masaje llegó a su fin.

En el tiempo que llevaba trabajando, nunca antes deseé que el tiempo se parara un ratito más.

Te sentaste en el borde de la camilla.

Hubo un breve silencio mientras limpiaba mis manos. Noté cómo volvías a mirarme. Te levantaste y te aclaraste la garganta mientras te colocabas la toalla delante de mí.

Mi cuerpo se tensó.

Recordaré toda mi vida la sonrisa que me dedicaste.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Tu acento me hacía gracia y, sin poderlo evitar, sonreí mientras te miraba.

¡Ay, madre!

—¡Claro! —Intenté disimular lo tontita que me estaba poniendo, pero era casi imposible.

—¿Tienes consulta propia, o solo trabajas aquí? —preguntaste.

Me quedé mirándote y sí, sentí una punzada de decepción porque esperaba que me preguntaras otra cosa, como por ejemplo..., ¿mi nombre? ¿Si quería cenar contigo? Algo así. Tonta de mí, ¿verdad? Ese tipo de cosas solo pasan en los libros.

—Solo trabajo aquí. —Te miré extrañada—, si tuviera consulta propia, no estaría aquí aguantando a mi encargada y cobrando un sueldo... —Gesticulé unas comillas en el aire—, poco gratificante, para todo lo que aquí se trabaja. —¡Hala! Todo lo que te solté, sin más, quedándome muy a gusto. Y, para qué negarlo, segundos después me sentí patética. ¿Acaso te importaban mis problemas?

—Una pena —dijiste—. Te ganarías muchos clientes.

El sonido de unos tacones me puso en alerta. Miré hacia la puerta y Carla, ¡cómo no!, apareció entrando en la sala con una sonrisa fingida. —¡Hola! ¿Qué tal? —Se agarró a tu brazo y tú le dejaste—. ¿Todo en orden?, ¿ha disfrutado? —te preguntó en un torpe italiano.

No te miento si te digo que pasé vergüenza ajena en el momento en el que te dirigiste a ella con un casi perfecto español. Estuve a punto de soltar una carcajada.

Te volviste hacia mí.

—Ha sido un placer. —Te inclinaste, fijándote en el nombre que llevaba grabado en la placa de la bata—, Laura... —sonreíste, ¡joder!—.

Espero que pases un buen día.

Te marchaste.

Te juro que me dejaste tocada, aturdida. Ni yo misma sabía qué era lo que me había pasado y de antemano sabía que, en mi vida, nunca podría olvidar una situación como aquella. Y mira que, a lo largo del tiempo que llevaba como masajista, me había pasado de todo.

Cambié las sábanas con mucha pena y mirando hacia la puerta, asegurándome de que nadie pudiese entrar, las olí regodeándome en la fragancia que dejaste allí.

## Capítulo 2

Los dos días siguientes fueron los más largos de mi vida, o eso creía yo. No te volví a ver y ya había perdido la esperanza de volver a hacerlo.

Era cerrar los ojos... y mi mente me devolvía tu imagen, tu sonrisa, aquella toalla que rodeaba tu cintura, el azul de tu mirada que me transportaba al mismísimo cielo...

Busqué tu nombre en la programación, pero una que yo me sé, se encargó de que no saliera por ninguna parte.

Era consciente de mi locura y de mi obsesión.

El jueves, había mucho trabajo. Parecía que la gente se había puesto de acuerdo para pasar el fin de semana en el hotel. Casi todos italianos, ¡qué casualidad! Al parecer, se jugaba un partido de fútbol muy importante.

Después de dos horas trabajando con una chica, que lo único que sabía hacer era quejarse de lo estresada que era su vida al estar casada con un millonario, salí en busca del siguiente cliente.

Me asomé a la sala de espera y me encontré con otra mujer, de pelo claro, hablando por el móvil. Miró hacia mí en cuanto mencioné su nombre y, con un gesto de disculpa, guardó su teléfono en el bolso que colgaba de su brazo y me acompañó hasta la sala tres.

Nuestra sala.

Se tumbó en la camilla y embadurné mis manos en aceite. Nada más tocar su espalda, su móvil comenzó a sonar.

—¡Perdona! —se disculpó con un torpe español. Enseguida deduje que también era italiana.

Sin poder remediarlo, escuché parte de la conversación que mantenía ya que la estaba entendiendo.

¿Sabes por qué? ¿Lo recuerdas? Nací en Italia.

—¿¡Qué!? —gritó nerviosa—, no puedes hacerlo justo ahora. Sabes que la reunión es importante para la empresa. —Caminaba inquieta de un lado para otro—, ¡fantástico! Estarás despedida. Ya no

te voy a dar ninguna oportunidad más. No. No —se ríe irónica—, no te haré ninguna carta de recomendación. —Se apoyó en la camilla—. Le diré a Leo que se encargue de preparar todos los documentos correspondientes y espero, no tener que volver a verte.

La chica, de unos treinta años, colgó el teléfono angustiada. La observé en silencio. Escuchaba su respiración fuerte e intensa y, durante unos segundos, me cagué de miedo. ¡Sí! ¡No estoy exagerando! No sería la primera ni la última en descargar su humor conmigo.

—¿Se encuentra usted bien?, ¿puedo ayudarla en algo? —me atreví a preguntarle.

Se me quedó mirando.

—Necesito un milagro. ¿Tienes por ahí alguno escondido? —me contestó en italiano mientras se tumbaba de nuevo en la camilla. ¡Ah!, me sonrió dejándome más tranquila.

—A lo mejor... quién sabe —le contesté divertida—. Prueba a ver, lo mismo hay suerte.

Volvió a sonreír, pero no contestó. A través de mis manos, intenté que se relajara.

—¿Dónde aprendiste a hablar italiano? —preguntó, girando su cabeza hacia mí.

—Nací en Roma —respondí—, pero llevo en España desde los ocho años.

Su móvil sonó de nuevo y al mirar la pantalla, de un manotazo lo paró.

Después de unos minutos sin llamadas, conseguí bajarle un poco la tensión.

—¿Tus padres se vinieron aquí? —preguntó interesada.

Su móvil volvió a sonar y, para qué negarlo, me sentí aliviada por no contestarle.

Ya sabes que no soy de ir contando mi vida por ahí a desconocidas, aunque esta chica en particular, me transmitía un no sé qué. Rara vez me pasaba eso. Nerviosa se volvió a levantar de la camilla.

—¿Qué no me preocupe?, ¿en serio? —gritó, haciendo que el

corazón se me acelerara—. No, ¡claro que no! Y más, después de todo lo que hemos hecho para conseguir esta reunión. —Se quedó en silencio un instante— Sí tú lo dices... —Mordió sus uñas—, no sé de dónde vamos a sacar a una buena traductora. —La palabra «traductora» llamó mi atención—. Cómo no mire en el bolso... —dijo irónica—, ¡no!, tú, no. Porque no. —Respiró hondo—. ¡Venga! Vale. Ya pensaremos en algo. Yo también te quiero. Chao.

Pensativa, la observé guardar su móvil en el bolso. Tenía su milagro, yo era su milagro. Estudié traducción e interpretación, incluso hice un máster, y estuve un año buscándome la vida en Londres.

Se tumbó de nuevo en la camilla.

—Creo que tengo un milagro para ti —Las palabras salieron de mi boca sin previo aviso. Ella se giró para mirarme.

—Dime que aparte de masajista, eres traductora —preguntó un poco nerviosa. Asentí con la cabeza y me reí al ver la cara con la que se quedó. Se incorporó y se sentó en la camilla—. ¿Qué idiomas dominas?

Sus ojos me estudiaron con la mirada. Me sentí un poco intimidada, la verdad, pero dada su situación, la entendí.

—Hablo y escribo perfectamente inglés, francés, español e italiano.

Hubo un breve silencio.

—Al final sí que tienes ese milagro que con tanta urgencia necesito. —Me miró dudosa—. ¿Estarías dispuesta a ayudarme, sin conocerme de nada? —Levantó las cejas esperando una respuesta por mi parte.

Me encogí de hombros.

—¿Se necesita conocer a alguien para ofrecer ayuda? —Esa era la pregunta que solía hacer mi tía cuando ayudaba a los demás.

—¡Vaya! —se ríe nerviosa—. No sé qué decirte, de todas las cosas que me podía esperar en el día de hoy, esta es la que menos.

Me reí.

—Para todo tiene que haber una primera vez, ¿no?

La chica se presentó. Se pasó lo que quedaba de tiempo informándome, por encima, sobre cuál sería mi función, que no era otra más que traducir.

—Creo que, en un par de horas, nos dará tiempo a informarte de todo con más detalle —dijo levantándose.

—Aprendo rápido —dije divertida.

Hice todo lo posible para que no se me notara el pánico que comenzaba a envolverme. Nunca había trabajado como traductora. No tuve la suerte que esperaba cuando terminé la carrera y, aunque yo era una chica muy echada para adelante —no siempre, que conste— tenía miedo.

—¿Comemos mañana? —preguntó.

—¡Perfecto! —Por suerte, el viernes libraba.

Intercambiamos nuestros números de teléfono y Melissa, que así era como se llamaba, se marchó dándome las gracias una y otra vez. En cuanto salió de la sala, me quedé mirando la puerta. «¿En serio acababa de pasarme a mí?», pregunté sin llegar a creérmelo.

A las doce del mediodía, entré en la cafetería donde Vero me estaba esperando.

—¡Agárrate, que vienen curvas! —dije nada más sentarme en la mesa—, ¡notición al canto! —Miré a la camarera y le sonreí, al ver que ya preparaba mi desayuno.

—Conociéndote, ¡miedo me das! —dijo Vero burlona, untando mantequilla en sus tostadas.

—¿Miedo?, ¿qué crees que te voy a contar? —Levanté las cejas divertida.

La camarera trajo mi café junto con mis tostadas con tomate y jamón. Le di las gracias y ansiosa, miré a mi amiga esperando su respuesta.

—Pues... deja que lo piense —dijo llevándose el dedo índice a la barbilla—, después de dos días hablándome de ese chico, que, según tú, es como un Dios y que está muy bueno, cosa que me has repetido como tropecientos veces. —Me miró divertida—. Eso, sin contar con la llamada a las tres de la mañana de ayer para contarme que habías soñado con él y que te pidió matrimonio.

Solté una carcajada.

—Se me olvidó decirte que también me dejó embarazada. —Las

dos nos reímos—, no. Ahora en serio. Tengo algo importante que decirte. —Me puse seria.

—¡Yo también tengo algo importante que decirte! —suspiró—. Tengo al tío ese aborrecido, ¡qué lo sepas!

—Vamos a ver... —me reí de nuevo. Estaba claro que mi amiga no sabía lo que estaba diciendo—, no serías capaz de aborrecerlo. Estaba de bueno, Vero... —Cerré los ojos y te imaginé nuevamente—, no podrías imaginártelo, aunque lo vieras —dije aguantando las ganas de reír. Sonaba a loca, ¿verdad?

—¡Pues mira, sí! —Bebió de su café—, no pensaba decírtelo, que conste, pero estás muy pesada. —Se acomodó en su asiento—. Lo he visto salir hoy de una de las salas con Carla.

Me quedé mirándola. Vero siempre ha sido única para estropear momentos como ese. ¡La madre que la parió!

—Acabas de joderme el día, ¡qué lo sepas! Desde luego..., eres única, hija.

—Lo siento, tenía que decírtelo. ¡Era cuestión de vida o muerte! ¡Me das miedo! —Cogió mis manos—, está claro que necesitas que alguien te quite todas las penas acumuladas. Estás falta de amor. —Me reí—. ¿Cuánto hace que no echas un polvo?

Dejé de respirar y miré a mi alrededor esperando que no la hubieran oído.

—Dilo más alto, que los de recepción creo que no se han enterado —me quejé riéndome—, y contesto a tu pregunta. —Bajé la voz—. No tengo tiempo de echar quiquis ¡Y puede que no fuera él quien acompañaba a esa víbora!

—Sí, sí que era él. —Un silencio espantoso se adueñó de nosotras—. Eres demasiado buena describiendo a las personas. No he dudado.

—¡Mindfulness, Vero! —respiré hondo—, ¡Mindfulness! —volvimos a reírnos, pero yo reía con pena. Me dolía pensar que andabas con ella, la verdad—. Pues que se aprovechen el uno al otro.

Di un bocado a mi tostada de mala gana y me cagué en todo lo que se estaba meneando.

—Bueno, y cambiando de tema. ¿Qué es eso tan importante y serio que tenías que contarme?

Cogí aire, respiré hondo y tragué saliva al tiempo que intentaba borrarte de mi mente. Le conté a Vero lo ocurrido con Melissa y, como era de esperar, se quedó con la boca abierta.

—¿En serio? —preguntó sin creerlo.

Asentí con la cabeza y sin poderlo evitar...

—¿A qué estaba bueno? Del uno al diez, ¿qué nota le pondrías?

—¡No tienes remedio! —Vero negó con la cabeza—. Deja de pensar en el tío ese y céntrate en lo que estamos hablando.

Solté el aire que tenía retenido en mi interior.

—Vero, si no hiciera ese tipo de cosas, no sería yo. —Divertida le guiñé un ojo—, pero bueno —paré de reír, ya era hora de dejar las tonterías—, seamos sinceras. Posibilidades: Cero patatero. La única es la que yo me he creado en la mente, y no hay más —pensé en voz alta, sosteniendo mi taza de café.

—Sabes perfectamente que podrías tener a cien tíos mejores que ese.

—¡Sí, claro! Por eso estoy soltera, ¡no te jode! —suspiré, y con pena miré a mi amiga—. Es que tenía un no sé qué, que qué sé yo.

Volvimos a reírnos.

—¡Estás loca! Solo lo has visto una vez..., ¿y cuánto duró el masaje? ¿Una hora?

—El suficiente, Vero, el suficiente.

Nuestro descanso terminó y al levantarnos, unas risas conocidas llamaron nuestra atención. Carla y sus dos chupaculos estaban a nuestro lado. Cuchicheaban y se reían mientras nos miraban. Ya estábamos acostumbradas, así que..., sin hacerles caso, salimos de la cafetería.

—¿Tú crees que han escuchado lo que estábamos hablando? No entiendo esas risas, tía —pregunté confusa.

—No creo que nos hayan escuchado —dijo Vero muy segura—. Y

si lo han hecho, no te debe importar. Sabemos que Carla es una envidiosa, ¿qué esperas?

—Y encima, no nos olvidemos de que se lleva al chico guapo —me quejé camino a mi sala.

No miento si te digo que me deprimí.

Cuando terminé con mi último cliente, a eso de las tres y media de la tarde, me fui en busca de Vero a su sala y para mi sorpresa, ella seguía con un cliente. Sin hacer ruido, cogí su programación. Vi que aún le quedaba otro cliente y, sin pensarlo, yo me encargué de darle el masaje al ver que se encontraba en la sala.

Al cabo de cuarenta y cinco minutos, terminé.

—¡Gracias! —dijo el señor dándose la vuelta, ofreciéndome una propina bastante considerable: «cincuenta euros».

Le miré y no dudé en rechazarla por excesiva, pero él insistió, y al ver que no me quedaba otro remedio, acepté avergonzada. Lo acompañé hasta la salida y en cuanto se marchó, fui en busca de Vero para irnos a comer al Vips.

El camarero nos llevó a la mesa y nos tomó nota de lo que queríamos. En cuanto terminó, me levanté. Necesitaba ir al baño. Cuando acabé, me lavé las manos y me refresqué la cara. La imagen de mi reflejo en el espejo me hizo mirarme durante un momento. Solté mi pelo y salí. En el pasillo, choqué con un hombre que salió del baño de caballeros.

Su olor..., ese olor..., enseguida la mente me pintó tu imagen y al darme la vuelta, te vi.

—¡Perdona! —me disculpé colorada como un tomate.

Tu mirada buscó la mía.

—Laura, ¿verdad? —Sonreíste de medio lado—. ¿Qué tal?, ¿te acuerdas de mí?

¿Cómo no acordarme?

Tragué saliva.

—Sí, sí, me acuerdo de ti.

Los dos nos quedamos mirando.

Esbozaste una sonrisa provocativa que me puso la piel de gallina.

¡Joder!

—¿Estás de vacaciones?

Me reí.

—No. Ya no sé ni lo que es eso —miré tus labios.

—Creí haber entendido a tu encargada, que estabas de vacaciones cuando pregunté por ti.

Ese comentario, me puso de una mala leche...

—¡Pues no! Mi encargada debió confundirse. —Respiré hondo.

—¿Y puedo pedir cita para que seas tú quien me dé un masaje?

—¡Claro! Te hago hueco.

—¿Puedo ir mañana?

Me quedé mirándote y dejé de respirar. ¿Por qué tenía que librar el día que querías que te diera un masaje? ¿Eh?

—Lo siento —dije con pena—. Mañana tengo el día libre.

—¿Y esta tarde?

¡Joder! Te juro que me sentí como si estuviera en una montaña rusa. Sonreí y me alegré mucho.

—¡Perfecto! ¿Te viene bien a las siete y media? —El corazón se me aceleró.

A las siete y media era a la hora que salía de trabajar. No tenía hueco antes, pero necesitaba tenerte de nuevo entre mis manos.

Me miraste..., te miré.

—Vale, a las siete y media te veré. ¡Chao, Laura!

—¡Chao! —te contesté, con cara de pasmarote viendo como abrías la puerta del pasillo y salías al restaurante de nuevo.

¡Ay, Dios! Aún se me acelera el corazón pensando en ese momento

## Capítulo 3

Como una bala llegué hasta la mesa. Vero, que ya había empezado a comer, se me quedó mirando con los ojos bien abiertos, me senté frente a ella y le di un trago a mi refresco.

—¿Te has caído en el baño? —su pregunta casi me hace escupir la bebida.

—¡Qué graciosa! Si te dijera con quien he tropezado, no me creerías... —Pinché un par de patatas y me las llevé a la boca.

—Podría intuirlo —dijo tranquila, mirando tras de mí.

—¿Eres adivina y yo no me he enterado? —pregunté burlona.

—No. Lo intuyo porque lo tienes detrás de ti. —Me quedé paralizada—. No deja de mirar hacia la mesa y creo que le está comentando algo al chico que lo acompaña, que está de muy buen ver, ¡por cierto!

Miré a mi amiga.

—¡Vero! ¡Joder! —Me puse nerviosa—. No seas tan descarada. No mires, se dará cuenta de que hablamos de él —susurré entre dientes.

—¿Y qué pasa?, ¿él sí puede mirar? —comenzó a reírse llamando la atención, mientras yo la miraba seria.

—¿Quieres que haga el ridículo, Vero? ¿Eso es lo que quieres? —pregunté molesta.

—¡Joder, tía! —se mordió los labios—. Es que no te estás viendo la cara.

Ni falta que me hacía, notaba como me quemaba.

—Te gusta, ¿eh?

—Vero, ¡por Dios! ¿Pero tú has visto lo tremendo que está? Ha sido amor a primera vista. ¡Además! Soñé con él y... —dije soñadora mirando hacia el techo del bar—. Me casaré con él, tendremos hijos..., un perro al que llamaremos Dayco.

—Sí. Sí. Yo llevo años soñando que me toca la lotería, que

adelgazo, que me crecen las tetas, que el pelo se me hidrata solo y aquí me ves, hija. Me levanto igual que como me acuesto —me contestó—. Si te soy sincera, no me extraña que Carla le hubiera tirado la caña.

La miré con la boca abierta.

—Comienzas a caerme mal Vero. —Respiré fuerte y dejé de mirarla—. Muy, pero que muy mal —sonríó—, no le veo la gracia. Para joder eres única, ¿para qué tener enemigos, señores? Si ya la tengo a ella. —Mi tono irónico terminó haciéndome reír.

—No seas boba, solo me preocupo por ti, pava. ¡Y por mí! —Recalcó lo último—, lo has visto una vez y te has tirado varios días y los que te quedan, hablando de él. No me quiero ni imaginar que tengas algo. ¡Me muero Laura, me muero! —Con su dramatismo, volví a reírme y me olvidé de que estabas allí—. En serio, te veo muy obsesionada —o enganchada, no sé—, ¡muy pillada! Y me asusta la idea de que te hagan daño.

La miré de forma tierna.

—Sabes perfectamente que esto es pasajero, que me ha entrado la tontería, y que ya saldrá.

—Eso no lo sabes cielo. Cuando te quieras dar cuenta, estarás sufriendo por esa persona.

—¡Venga, tía! ¿Cuánto tiempo crees que estará por aquí? ¡Además!, en mi vida he estado enamorada, solo de María y cuando era un bebe. Ahora que está creciendo y se pinta las uñas, me da un poco de miedo —me eché a reír.

María es la hija de Vero, por si te lo estabas preguntando.

—Algún día vendrá ese supuesto príncipe azul y te enamorarás de él —dijo ella convencida.

—Déjate de cuentos, ¡anda!, que luego me dices a mí que leo mucho. El camarero nos retiró los platos.

—¿Sigue mirando? —pregunté por quinta vez.

—No. Se han ido.

Me giré mientras me echaba el pelo hacia un lado y te vi dando un sorbo

a una copa de vino. Nuestras miradas se encontraron y levantaste la copa que llevabas en la mano mientras yo, tímida, te sonreía como una niña pequeña.

Me cagué en la estampa de Vero en cuanto me di la vuelta y vi cómo se tronchaba de la risa. Al terminar el postre y pedir la cuenta, el camarero nos informó de que ya estaba pagada. Sabíamos que habías sido tú.

—Tenga, señorita, han dejado esto para usted. —El camarero me entregó una nota.

El corazón se me aceleró.

«Por si te apetece llamarme para tomar algo. Cuando quieras. Marco». Y allí, junto a tu nombre, estaba tu número de teléfono.

Levanté la mirada y me encontré con una Vero ansiosa por saber qué era lo que me habías escrito.

—¿Qué te ha puesto? —preguntó al ver que yo no le decía nada.

Sonreí. El corazón me latía fuerte.

—Me ha dado su número, por si me apetece quedar con él.

—¡Uy! Nena, ten mucho cuidado, cielo. —Vero cogió mi brazo—, sabes que no nos está permitido salir con los clientes. Una cosa es fantasear, y otra muy distinta es que vaya a pasar en serio. —Me miró preocupada.

Suspiré.

—Me sé las reglas de memoria y, también, que nadie las cumple. Y no te preocupes, no creo que lo llame. Sabes que no funciona así por mucho que quiera.

¿Te he dicho alguna vez, que realmente lo que sentí fue miedo?

Me quedé pensativa mirando la nota.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Vero. Cogí aire.

—Nada. Es una pena tanto esperar para esto, y ahora..., no pienso llamarle.

Subimos a la moto y volvimos al hotel. Pasé toda la tarde dándole vueltas a la nota y llegué a aprenderme tu número de memoria. Estuve tentada en varias ocasiones de mandarte un mensaje, pero no fui capaz.

¡Además!, iba a verte, ¿no?

Ya eran las siete y media y había terminado mi jornada laboral. Limpié la sala, puse unas sábanas limpias en la camilla y esperé a que aparecieras. Al principio me puse nerviosa, pero mi ánimo fue descendiendo a medida que iban pasando los minutos y veía que no venías. Salí de la sala quitándome la bata y en cuanto tu olor me invadió y escuché mi nombre, me giré.

—Siento llegar tarde —te disculpaste dibujando una provocativa sonrisa—. ¿Te ibas?

El corazón me dio un vuelco.

Me giré, hasta encontrarme con tu mirada.

—Pensé que ya no vendrías —dije.

—Veo que te estás quitando el uniforme. ¿Me marchó? —Tu mirada era intensa, provocativa, ardiente. Y no supe que decirte—, si quieres..., aprovechando que ya es tarde, podría invitarte a tomar algo. —Sonreíste de medio lado.

Me tomé unos segundos antes de responderte, no podía decirte que no. Miré la hora en mi reloj haciéndome la interesante.

—No tengo mucho tiempo, pero sí, ¿por qué no?

—¿Prefieres ir a la terraza del hotel o prefieres otra parte? —Metiste tranquilo las manos en los bolsillos de tu pantalón.

Te miré dudosa.

—Prefiero otra parte, si no te importa.

—¿Por algo en especial? —Sonreí tímida.

—No se nos permite salir con los clientes.

Te inclinaste hacia mí un poco.

—¿Y quién ha puesto esa estúpida norma? —Tus labios se ensancharon y me guiñaste un ojo—. Te espero en la salida.

Casi corriendo llegué a los vestuarios. Traté de respirar despacio, estaba a punto de darme algo. Guardé la dichosa bata, me solté el pelo, me pellizqué las mejillas un par de veces dándole algo de color, me eché perfume y me miré como quince veces al espejo en menos

de dos minutos.

Me dirigía a la salida, con tan mala suerte que me encontré con Carla.

La miré, ella me miró a mí y salimos juntas por la puerta sin hablar. Al verte no supe cómo reaccionar, así que pasé de largo y fui directa hacia mi moto. Noté cómo me mirabas. Carla se acercó a saludarte y eso me molestó, me molestó mucho. Después de veinte minutos, Carla terminó despidiéndose al ver que no le prestabas atención, notó que nos mirábamos. Carla no tenía ni un pelo de tonta. Pasó por mi lado y subió a su coche sin abrir la boca.

Esperé a que vinieras.

—Gracias por dejarme con esa mujer que es un poco insoportable — dijiste riéndote. Me relajé.

—Lo siento. —Solté una carcajada—. Carla es mi encargada y bueno... —Cogí aire—. No es que nos llevemos muy bien precisamente.

—Cada vez que siento el sonido de sus tacones, huyo de ella. — Los dos nos reímos.

—¿A dónde te gustaría ir? —preguntaste nervioso mirando mi moto.

—Gran Vía está aquí al lado, si quieres..., dando un paseo, llegamos en diez minutos —propuse.

Caminábamos haciéndonos hueco entre la multitud mientras te interesabas por mi trabajo. Te miré en varias ocasiones de forma disimulada, ibas tan guapo, tan elegante y yo tan normal. No era de extrañar que todo el mundo que pasaba por tu lado se te quedara mirando, incluso hubo un instante en el que dudé si no serías una persona conocida, pero en cuanto te lo pregunté, me confirmaste que solo eras un joven empresario. Pero tenías algo que llamaba la atención.

—¿La moto era tuya? —Tu pregunta me sorprendió. Asentí y sonreí —, ¿sales con alguien? —Tragué saliva y me quedé mirándote.

—¿Debería? —Créeme que mi respuesta me dejó más sorprendida que a ti. Cerré los ojos por la respuesta tan estúpida y te miré—. No, no salgo con alguien. ¿Y tú? —terminé preguntando.

El corazón se me aceleró.

—No. No salgo con nadie —respondiste parándote frente a una

coctelería. No tenía pinta de estar abarrotada, así que decidimos entrar.

Cogiste mi mano y una descarga, una sensación extraña y placentera, recorrió mi brazo. «¿Qué ha sido eso?», pensé. Te giraste, y por la forma que tuviste de mirarme, me pregunté si tú también lo habías sentido.

—¿Estás bien? —preguntaste.

Tenía el corazón a mil.

—Sí.

Buscamos un sitio tranquilo al final del local, justo debajo del Dj y nos sentamos en unos sillones de piel algo desgastados por el uso.

—¿Qué quieres para beber? —Te quitaste la chaqueta.

Te pedí un San Francisco sin alcohol y te fuiste a la barra. No dejé de contemplarte, me parecías tan interesante...

Después de traer las bebidas, te sentaste a mi lado y me miraste mientras dabas un sorbo a tu cóctel.

Te acercaste.

—Cuéntame algo de ti —me pediste.

Mi cara comenzó a arder.

—¿Y qué quieres saber exactamente?

Sonreíste de nuevo, provocando algo en mi interior.

—Lo quiero saber todo de ti.

Tragué saliva y casi me atraganto con ella. Me quedé muda. ¡Joder! ¿Qué era lo que me pasaba?

—Pues..., no sé qué decirte, la verdad. No me gusta hablar de mí, me gusta que me conozcan. —Humedecí mis labios.

—Quiero empezar por saber tu edad.

Me reí.

—Veintiséis, y ¿tú?

—Treinta y dos, ¿se nota mucho? —bromeaste.

—No, la verdad —nos reímos.

—¿Te parezco un hombre interesante? —Esa pregunta, fue tuya. El

corazón se me paró.

—Bueno... —Cogí el cóctel y mordí la pajita mientras te miraba. —  
¿Bueno...? —Fingiste cierta indignación.

¡Uff! Hacía un calor allí dentro...

—¿Quieres saber algo?

—¿Tendré que firmar un contrato o algo por el estilo? —bromeé.

Te removiste incómodo sacando tu móvil y con un gesto de disculpa, saliste a atender una llamada.

Mi curiosidad iba creciendo a medida que veía que tardabas en entrar. Casi me había bebido el cóctel y a punto estuve de pedirme otra copa, esta vez con alcohol, cuando apareciste con la cara desencajada.

—¿Ha pasado algo? —pregunté preocupada sintiendo mi móvil vibrar dentro de mi bolso.

Ahora era yo la que tuvo que disculparse y salir fuera a atender la llamada de Melissa.

—¿Sí? —contesté preocupada.

—Hola, Laura. Tengo..., tenemos un problema —dijo nerviosa, poniéndome a mí también. Lo primero que se me vino a la cabeza era que ya no necesitaba mi ayuda.

—¿Qué clase de problema? —pregunté alarmada.

—¿Te pillo ocupada?

Cerré los ojos, respire hondo y deseé que me diera la noticia de golpe.

—No, tranquila. —Tragué saliva—. No necesitas mi ayuda. ¿Es eso? —me adelanté preguntando.

—¿Por qué piensas eso? —Hubo un pequeño silencio—, ahora más que nunca te necesito. Es que... —Sentía como respiraba fuerte—. La cena se ha adelantado para esta noche y ¡por favor!... Por favor, dime que estás disponible.

¡Menos mal!

—Estoy disponible. Dime hora y lugar —dije soltando todo el aire que tenía retenido en mi interior.

—De momento en mi habitación. La 585.

—¿Y cuánto tiempo tengo?

—Ese es el problema. No tenemos tiempo. Te necesito aquí dentro de unos quince minutos, lo tengo todo preparado: ropa y documentos. —Me puse nerviosa—.

—Eh..., lo que tarde en llegar, estoy aquí al lado.

—Gracias cielo. —Y colgué.

Accedí al local y me encontré con tu mirada.

—Ha surgido algo, tengo que marcharme —dije sin poder dejar de mirarte.

—Sí, yo también he de irme.

Ya te habías encargado de pagar la cuenta, así que salimos.

—¿Todo bien? —Me miraste extrañado, observando lo rápida que iba.

—Sí.

Sonreí como pude, la verdad. Se me había instalado una sensación extraña en la boca del estómago. No había asimilado el tema de la reunión y no daba crédito al hecho de estar contigo.

—¿Y a qué te dedicas? —pregunté intentando olvidarme de la reunión mientras volvíamos al hotel.

—Dirijo una empresa de publicidad.

—¿Y estás de vacaciones? —pregunté interesada.

—No —te reíste—. Trabajo. No recuerdo la última vez que cogí unas vacaciones. —Me miraste cómplice.

—Conozco esa sensación —dije.

—Pues solo dime a dónde te gustaría ir y nos vamos los dos. —Mi corazón volvió a acelerarse.

—Eres italiano, ¿verdad?

—¿Se nota mucho?

—Un poco —me reí—. Yo nací en Roma —te confesé.

—¿En serio? —Levantaste las cejas sorprendido—, aparte de interesante, de querer irme de vacaciones contigo, ¿también eres italiana? Yo soy de Sicilia. —Te quedaste mirándome—. ¿Cómo es que terminaste aquí? ¿Por amor?

—No. —La sonrisa se me borró de la cara sin poderlo evitar. Tragué saliva y lo último que quería es que sintieras pena por mí al contarte la verdad.

—¿Qué pasa? ¿No puedes contármelo?

—No es eso —carraspeé—. Mis padres murieron en un accidente de tráfico y me vine a vivir con mi tía materna.

Te quedaste en silencio y cogiste mi brazo para frenarme.

—Lo siento, siento mucho haber preguntado. —Me miraste de forma dulce.

Intenté sonreír.

—No te preocupes, yo era muy pequeña.

—¡Joder! Se te ve tan llena de luz. Nunca podría haber imaginado...

El tiempo se detuvo un instante y me quedé mirándote sin saber qué decir.

Nuestros pasos se volvieron pausados, casi olvidé que había quedado con Melissa en quince minutos.

—Mi padre también murió. Yo aún no había nacido. Al parecer... —sonreíste con pena—. Al parecer, tenemos cosas en común.

Sentí tu pena.

—Lo siento. Ahora me da miedo saber más cosas de ti —bromeé quitándole hierro al asunto.

Cuando llegamos al hotel te sorprendiste al ver que entraba contigo. Me hubiera gustado estar en tu cabeza en ese momento para saber en qué estabas pensando, aunque por la sonrisa que me lanzaste, lo podía intuir.

—Trabajo —dije caminando hacia los ascensores—. No pienses cosas raras.

Levantaste las manos a la defensiva.

—Nunca pienso cosas raras —los dos reímos—. ¿A dónde vas? Si puede saberse, claro.

—A la habitación, 585.

—Está cerca de mi habitación. Te acompaño.

Entramos al ascensor y, en silencio, pulsaste el botón de la planta mientras me mirabas. En cuanto ascendió, algo se instaló en la boca de mi estómago. El corazón me latía deprisa y las manos comenzaron a sudarme.

De nuevo hacía calor...

Conforme la gente iba subiendo, yo me pegaba más a ti. Tu sonrisa, tu perfume y la forma con la que me mirabas no me ayudaban a tranquilizarme en absoluto.

El calor era insoportable. Opté por quitarme la rebeca, quedándome con una blusa color negra. Ni corto ni perezoso dirigiste tu mirada hacia mi escote. Resoplaste y apoyaste la cabeza en el espejo del ascensor metiendo tus manos en los bolsillos.

El calor comenzaba a matarme y el ascensor también. Me abaniqué con la mano.

—¿Te encuentras bien? —preguntaste, inclinándote hacia mí generando mucho más calor.

Pestañeeé tratando de tranquilizarme.

Tu boca estaba tan cerca...

Casi no podíamos movernos allí dentro. No pude evitar sentir una sensación de cosquilleo entre mis piernas. Humedecí mis labios mientras me fijaba en tu boca.

—Me agobia ver tanta gente en el ascensor —dije nerviosa—. Pensar que se puede parar o algo. ¡Con tanta gente dentro, me asfixiaría!

Te inclinaste un poco más. Mi comentario te hizo gracia.

—Tranquila. Compartiría mi aire contigo. —La piel se me puso de gallina. Agarraste mi barbilla haciendo que te mirara. Tu boca cada vez estaba más cerca... Miré tus ojos azules, tus labios... hasta que chocaron con los míos, separándolos para acceder con tu lengua que pronto se enredó con la mía.

¿Te he dicho alguna vez que besas de maravilla? ¡Menudo beso!  
Coloqué mis manos en tu pecho y te aparté un segundo para mirarte.  
Volvimos a besarnos hasta que el ascensor paró. Habíamos llegado a la planta.

Me miraste desconcertado. Avergonzada salí.

Tu móvil vibró, lo cogiste sin apartar tus ojos de los míos y escuché un «ya estamos aquí», que me sonó raro.

La puerta 585 se abrió de golpe y cuando vi a Melissa, lo entendí.

## Capítulo 4

Entré en la habitación y me explicaste que Melissa era tu hermana, aunque no hacía falta, el parecido era más que evidente.

Melissa nos miraba en silencio a los dos. Tú tenías los labios rojos por el beso y yo, imagino que también. Mis labios quemaban. La miré de forma tímida y me respondió con una sonrisa.

A pesar de llevar tres años trabajando en el hotel, nunca tuve la oportunidad ni la suerte de entrar en ninguna habitación, así que la escaneé de forma disimulada. La habitación era más grande que mi piso.

—Cielo, siento las prisas, pero no tenemos tiempo. —Melissa agarró mi brazo y me llevó hasta el armario que se encontraba al fondo de la habitación, junto a la cama, separado por una pared.

—He pensado que esto te estará bien —dijo enseñándome un conjunto de falda de tubo color negro y una blusa crema con una chaqueta a juego.

—Gracias —le dije con la cara colorada.

—No tienes que dármelas, lo que vas a hacer esta noche es muy importante para mí.

Sus palabras me aterraron. ¿Y si todo salía mal?

Melissa me dejó sola para que me arreglara. Con un nudo de emociones y miles de mariposas revoloteando por mi estómago, me vestí. Me miré al espejo un par de veces al acabar y decidí llamarla para que me diera su opinión.

—¡Vaya! Estás muy guapa, te queda incluso mejor que a mí —dijo sorprendida. Sonrió.

Volví a mirarme al espejo, no sabía qué decir. No estaba acostumbrada a vestir así y la verdad es que me gustaba lo que veía.

Melissa volvió a acercarse al armario y rebuscó entre unas cajas de zapatos.

—Vale, ¡los encontré! —Cogió aire—, están sin estrenar. —Sacó

un par de zapatos de tacón muy bonitos—. Espero que sean de tu talla —dijo dándomelos.

Metí primero el pie derecho y fingí que me apretaban, pero en cuanto vi su cara de susto, me reí y le dije que se trataba de una broma.

Me quedaban bien. Quién me diría a mí que ese día haría que mi forma de vestir cambiara radicalmente. Bueno, cambiaron tantas cosas ese día...

Avergonzada llegué hasta la salita. Te miré, estabas tan sexi, tan guapo sentado en el pequeño sofá color canela... Nuestras miradas se cruzaron. Sonreíste. Te aclaraste la garganta y te levantaste del sofá pasando por mi lado para acercarte a la mesa y cogiste dos carpetas. Me entregaste una, haciendo que nuestros dedos se rozaran.

—Tienes en el interior todo lo necesario para la reunión de esta noche.

Volviste a sentarte.

Noté tu mirada en varias ocasiones mientras leía por encima los documentos, era difícil poder concentrarse.

—Podrás comprobar que somos una empresa de publicidad que ha empezado hace poco. —Te aclaraste de nuevo la garganta. Te miré—, y nuestro actual objetivo es expandirnos por Europa. —Sonabas tan profesional hablando... —. Para ello, necesitamos fusionarnos con otras empresas que sean rentables y conocidas. —Me miraste y asentí con la cabeza escuchándote atentamente—. Como comprenderás, es tarea difícil, a pesar de que somos los únicos que ofrecemos lo que otros no están dispuestos a dar. —Volviste a sonreír enseñando los dientes y el alma se me cayó al suelo.

—Solo tendrás que leer el contrato que te daremos en la mesa, cariño. Por lo demás, no debes preocuparte —comentó Melissa, sacándome de mis pensamientos—. Ahora, si haces el favor de acompañarme. —Cogió mi mano y tiró de mí hasta un sillón de piel —, te voy a maquillar un poco, que los empresarios que vas a conocer valoran mucho la imagen. —Las dos nos reímos—. Eso es lo

que vendemos, ¿no?

Te juro..., que ese momento fue uno de los más bochornosos de mi vida. Tu hermana me maquilló delante de ti. Ya sabes cómo es..., no se corta ni un pelo, para lo que quiere, claro.

Cerré los ojos e intenté olvidar que te encontrabas allí, pero era imposible. Oía tus movimientos, tu respiración. Oía tu perfume que me embriagaba por completo y, para colmo, te escuchaba hablar.

Aún me pregunto cómo no salí corriendo de allí...

No te voy a mentir, me gustó cómo me maquilló tu hermana, casi ni se notaba, me dio luz. Pero en cuanto te acercaste a mí, noté como el color de mi cara iba pasando al rojo intenso y las mariposas que tenía descansando en mi estómago, volvieron a revolucionarse.

—Dadme cinco minutos y acabo —nos dijo Melissa, dejándonos solos.

—Encima eres la chica que va a sacarnos de este marrón. ¿Qué más escondes? —preguntaste burlón.

—¿Sabías quién era? —te pregunté, con el corazón a mil.

—¿Que eras la chica de los milagros? —te reíste.

—¿Así es cómo se me ha bautizado? —Te mordiste los labios ocultando una sonrisa.

—Yo te había bautizado como la chica interesante de los masajes, pero ahora, eres tú quien me está dando miedo a mí. ¿Qué será lo próximo? —Te inclinaste. Aguanté la respiración—. ¿Te casarás conmigo y tendremos hijos?

¡Dios! Recuerdo ese momento y la piel se me pone de gallina. Mi cuerpo revive todos esos recuerdos y aún sufro. Me entraron ganas de gritarte que yo era la mujer de tu vida, pero aguanté.

¿Soy la mujer de tu vida? Ahora lo dudo...

En cuanto Melissa apareció, los tres salimos de la habitación. Fuimos al restaurante que se encontraba casi en la última planta. Nunca antes había pisado esa zona. No tardé en localizar nuestra mesa, había varias personas vestidas de forma elegante esperándonos.

Me presentaste junto con tu hermana a todos y cada uno de los allí

presente, con sus acompañantes. A algunos los reconocí de inmediato de haberles dado algún que otro masaje. Eran todos tipos bastantes serios que me miraban desconfiados y eso, aumentaba mi nerviosismo.

—Estate tranquila, esta gente aún no se ha comido a nadie, que yo sepa —dijiste en voz baja en cuanto me senté a tu lado—, si has de tener miedo de alguien —te reíste—, que sea de mí.

—Ya me lo das —respondí con una sonrisa.

Dos camareros colocaron sobre la mesa varias botellas de vino. Al cabo de unos minutos, al ver que no ponían ninguna otra bebida más, te miré dudosa.

—¿Sería de poco profesional que, en este tipo de reuniones, una se pidiese un refresco? —pregunté avergonzada—. Luego tengo que conducir —expliqué.

—¿Qué quieres que te traiga? Pídeme lo que quieras. —Tu sonrisa me atravesó por dentro.

—Me muero por una Coca-Cola Zero —susurré.

El camarero no tardó ni un minuto en colocar delante de mí lo que había pedido.

—Gracias —te dije bajito.

Contra todo pronóstico inicial, la cena estaba siendo bastante agradable. Más de uno de aquellos empresarios tan serios, consiguieron sonreír de vez en cuando. Me sentía bien, sobre todo porque parecía que llevaba haciendo esto desde hacía bastante tiempo.

Sentía que os conocía de toda la vida. Cualquiera diría que no habíamos hecho más que conocernos, o eso creíamos, ¿verdad?

No parábamos de conversar, reír... Había tanta complicidad.

¿Sabes qué fue lo malo?: Que no dejabas de mirarme y yo sentía que hacía el ridículo hasta para comer.

Frente a mí, una parejas de ingleses, comentaban lo mucho que les gustaba la comida española y el hotel, incluso me llegaron a preguntar, de forma indirecta, si yo había estado trabajando allí. Menos mal que cambiamos mucho con la bata puesta.

Cuando llegaron los postres, yo estaba mucho más tranquila. Esos nervios que me hicieron morderme las uñas de vez en cuando se fueron, y tú, bueno, dejaste de ponerme tan nerviosa con tus miraditas que, entonces, yo buscaba.

Darí­a lo que fuera porque me volvieses a mirar de aquella manera...

—¿Qué ocurre?

Te inclinaste, sonreíste.

—¡Nada!

Tomé una cucharada del helado de vainilla que me había pedido.

—¿Nada? —Te acercaste más, tus labios casi rozaron el lóbulo de mi oreja—. No dejas de reírte, dime que pasa, ¿qué te hace tanta gracia?

Te miré con cara de tonta.

—Esta mañana intentaba relajar a tu hermana con un masaje y ahora estoy sentada con vosotros dos, en una cena de negocios. ¡Es para morirse de la risa!

—No te olvides de los besos del ascensor. —Un calor recorrió mi cuerpo, subiendo por mis pies—. ¿Crees en el destino?

Estabas tan cerca de mí... Todo dejó de existir por un instante. Solos tú y yo.

—No —dije sincera—. Ni en el destino, ni en ese tipo de chorradas.

—Pues deberías empezar a creer en él. —La piel se me puso de gallina en cuanto posaste tu mano en mi muslo—. Él te ha traído hasta mí. En ese momento, empecé a creer en tantas cosas...

No pude continuar hablando contigo, una bola de nervios se instaló en la boca de mi estómago.

Terminó la cena, todos nos volvimos un poco más serios al llegar a las negociaciones. Hice mi función como traductora lo mejor que pude y evitaba mirarte, sí, porque sabía que terminaría quedándome en blanco, pero en cuanto noté que cumplía con las expectativas, me relajé y pude mirarte en dos ocasiones.

La reunión se dio por finalizada al cabo de dos horas. Todo salió como esperabais y tú y Melissa os ausentasteis un momento para hablar. Nos

fuimos levantando de la mesa para despedirnos de los allí presentes de forma cordial. Solo faltaba que firmaran el contrato, y todo indicaba que lo habíamos conseguido. En dos días habíamos quedado para vernos y, así, resolver las dudas pendientes que pudiesen haber quedado. Melissa, tú y yo, terminamos solos en la mesa. Los dos me mirabais de forma extraña.

—Deberíamos ir a celebrarlo —propuso Melissa.

—Por supuesto —dijiste mirándome de una forma tan intensa, que olvidé de cómo me llamaba.

—¿No deberíais celebrarlo cuando esté todo firmado? —me atreví a preguntar.

—Firmarán —dijo Melissa muy convencida—. Has hecho un trabajo increíble, Laura. Necesito que lo celebremos, necesito abrazarte y darte las gracias una y otra vez, por tener ese milagro y usarlo para nosotros.

¡Vaya...! No supe qué decir, no estaba acostumbrada a tantos halagos. Siempre pensé que los halagos no estaban hechos para mí.

—¡Por favor! Vente a celebrarlo. —Melissa agarró mi brazo. Me hacía tanta gracia la voz que ponía para pedirme que os acompañara, que conseguí convencerme.

Me preguntaste si no era buena idea ir a la terraza y que nos vieran juntos a los tres, pero después de haber estado con vosotros en la cena, no me importó. Ya puestos... ¿Qué más daba?

Subimos hasta la terraza que estaba dos plantas más arriba y te adelantaste hasta la barra. Vi cómo el camarero te dio una botella de champagne y tres copas. Miraste cómplice a tu hermana y noté lo nerviosa que se iba poniendo.

—Nos gustaría comentarte algo, Laura —dijo Melisa mirándome con una sonrisa. La boca comenzó a temblarme.

Os miré. Tú estabas llenando las copas.

—Tú dirás —susurré expectante.

—Nos gustaría que trabajases para nosotros.

El pulso se me aceleró y os miré sin abrir la boca, no sabía qué decir.

—¿Esto va en serio? —pregunté sin poder creérmelo.

—Muy en serio, Laura. Mi hermano y yo estamos completamente de acuerdo. Necesitamos a una persona como tú con nosotros. Me haría mucha ilusión que aceptaras.

—No sé qué decir.

—Solo di sí —me pidió Melissa emocionada.

Pero no pude hacerlo, no en ese momento. El pánico se apoderó de mí. Tenía que pensarlo y no tomar decisiones a la ligera. Ya tenía un trabajo, un puesto fijo y no me podía arriesgar.

—¿Puedo pensarlo? —pregunté tímida.

—Claro que sí. Te daremos todas las condiciones detalladas en el contrato, para que lo tengas en tus manos. Pero piénsalo de verdad, por favor. Estás hecha para esto, tienes don de gentes, bueno..., no quiero decir que no valgas para dar masajes, por favor, no quiero que me malinterpretes. —Melissa miró hacia el cielo estrellado—, Dios sabe que no es así. —Me miró—. Pero te he visto tan suelta, tan tranquila y nos has sacado de tal aprieto, que te quiero cerca, con nosotros.

Prometí pensarlo e hicimos un brindis por habernos conocido y por una futura contratación, que yo aún, no sabía si aceptar.

## Capítulo 5

Todo el mundo sabe que el miedo es el mayor paralizante que existe, no te deja pensar con claridad, no te deja avanzar... Es un sentimiento nulo. Pues miedo fue lo que me entró en ese instante.

Yo nunca había sido una chica con suerte hasta que te cruzaste en mi camino. En mis momentos de bajones, lo primero que me decía era: «¿Por qué todo me tiene que pasar a mí?» O... «Demasiado bonito para ser verdad, seguro que algo malo viene detrás».

Estaba apoyada en la barandilla, tenía Madrid bajo mis pies, las vistas eran preciosas. Te acercaste a mí después de que Melissa se ausentara unos minutos.

—¿Te relleno la copa? —La acerqué a la botella y la inclinaste. Me quedé absorta mirando las burbujitas doradas mientras la copa se llenaba—. ¿Te encuentras bien? —preguntaste al ver que no decía nada.

—Sí, estoy bien, solo que... —Me quedé en silencio al mirarte. Me transmitías algo que aún no sabía descifrar.

—Demasiadas emociones, ¿no? —sonreíste.

—Tú lo has dicho. —Humedecí mis labios—, ¿qué hora es? —pregunté.

Llevaba ya unas copas de más y había perdido la noción de tiempo. Consultaste tu reloj de pulsera.

—Las cuatro de la mañana, ¿tienes prisa?

—Debería dejar de beber. He de conducir. —De un sorbo, terminé el contenido de mi copa.

—¿Piensas irte a tu casa en moto, a estas horas?

—¡Claro! ¿Cómo si no?

—Me quedo más tranquilo si te quedas en el hotel —dijiste serio y con un cierto tono de preocupación—. No creo que sea buena idea que conduzcas ahora.

Me excitó el tono de voz que usaste para hablarme.

—No sería la primera vez que conduzco así. No va a pasarme nada, así que tranquilo —dije muy segura de mí misma.

Tus manos se posaron en mi cintura y me empujaste hacia ti. Levanté la mirada, estábamos tan cerca... Despacio, te inclinaste hasta mis labios y me diste un beso. Cerré los ojos y, de golpe, el beso ya no me parecía una buena idea.

—Creo..., que no es buena idea —dije separándome de ti.

—¿Por qué? —Pegaste tu frente a la mía. Resoplaste.

Y me arrepentí, pero no podía tener algo contigo a sabiendas de que, posiblemente, terminarías siendo mi jefe.

—Porque hace unas horas me pedisteis que trabajara para vosotros, por eso.

—No has firmado aún, así que..., ahora mismo solo somos un hombre y una mujer que se desean... —Me miraste a los ojos—. ¿O no me deseas, Laura?

Mi cuerpo se volvió gelatina, me temblaban hasta las cejas, pero, por suerte, Melissa apareció y no sabes lo que se lo agradecí en ese momento.

Al final, me convencisteis para que me quedara en el hotel y no cogiera la moto, así que nos terminamos la tercera botella de champagne, y eso que yo no era muy amiga de su sabor agrio, pero me terminó gustando, ¡oye!

Desapareciste unos minutos. Hasta que no volviste, no supe que habías ido a recepción para pedir una habitación para mí. Melissa no tardó en marcharse a la suya, se sentía cansada. De nuevo, tú y yo solos.

—Creo que debería irme yo también —dije con tal de no pasar más tiempo a solas contigo. Eras un auténtico peligro, ¿o lo era yo?

—Si quieres, puedes quedarte en mi habitación.

Te acercaste a mí.

¡Joder! Tu olor y tu cercanía me volvían loca. Pero debía ser fuerte, yo nunca funcioné así.

—No es buena idea, Marco —te volví a decir al tiempo que trataba de convencerme a mí misma.

—¿Y qué es para ti buena idea? —Resoplaste y tu voz se endureció—. ¿Quedarnos con las ganas?

Tragué saliva y mi respiración se aceleró, al igual que la tuya. Me lo estabas poniendo tan difícil... Al ver que no decía nada, tus labios impactaron en mi cuello, besaste mi barbilla, mis labios...

—Ahora mismo, en mi cerebro hay tanto alcohol que no puedo pensar con claridad. Tal vez, puede que me arrepienta, pero no es buena idea. Ya te daré mañana un buen argumento.

Me aparté.

Decidiste acompañarme hasta la habitación, la número 58. Me comentaste, por el camino, que tu número preferido era el 8 pero que el 5 te perseguía. No te dije nada en ese momento, pero mi número preferido era el 5 y el 8, el que me perseguía.

¿Destino, casualidad? Hoy en día, aún no lo sé. Sigo sin saber tantas cosas...

Ya en la puerta, nos miramos.

—Es una pena que no quieras compartir la noche conmigo, hubiera sido especial.

Acariciaste mi mejilla.

—Buenas noches.

Coloqué mi mano sobre tu pecho.

—Si necesitas algo, tienes mi número y el de mi hermana, ¿de acuerdo?

Asentí, sin dejar de mirarte. Abrí la puerta y entré en la habitación.

—Gracias por todo —sonreí tímida, a punto de cerrar la puerta.

—¡Por cierto! —llamaste mi atención. Nos miramos—. No esperaba menos de ti y eso... , dice mucho.

No entendí muy bien a lo que te referías, mi estado emocional y psíquico en ese momento, luchaban contra mí. Pero al cerrar la puerta y sentir que respiraba de nuevo, lo entendí.

Creo que elegiste esa habitación a conciencia. Era preciosa, acogedora, tan elegante... En el centro había una enorme cama. El baño, ¡puff! El baño era... nos imaginé allí dentro, disfrutando de un baño, tocándote, sintiéndote...

Tardé en dormirme, no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido, de preguntarme si lo que estaba pasando era real; si tú lo eras y si nuestros besos habían sido de verdad, pero, sobre todo, si lo que estaba sintiendo por ti de manera incontrolada, podía ser.

Cuando me desperté al día siguiente, seguía sin poder creérmelo. Llamé a Melissa para ir a recoger mis cosas. Fui hasta su habitación, donde esperaba encontrarte, pero no fue así. Me cambié de ropa, y juntas nos fuimos a desayunar. Ya no me importaba que me vieran con ella por ser cliente, a decir verdad, ni siquiera me acordé de esa estúpida norma. Tenía la sensación de estar con una amiga a la que hacía tiempo que no veía.

—No vayas a pensar que soy una jefa de esas estiradas o algo así. Mi filosofía es que todos somos iguales y, todos, nos necesitamos. Los empleados necesitan a alguien que los guíe y los jefes, necesitamos que nos sigan.

—Comparto tu filosofía —dije dando un sorbo a mi café.

Nos dio casi la una del mediodía hablando.

—Si no te importa, podemos quedar otro día.

Sonreí.

—Claro, cuando quieras. ¿Cuánto tiempo vais a estar aquí? —Melissa se me quedó mirando.

—La verdad es que dependo mucho de si firman o no el contrato. Tenemos mucho trabajo y ahora mismo tengo que llamar a Leo, mi secretario. —Volvió a mirar su reloj—. Es un amor y, si aceptas trabajar con nosotros, estoy muy segura de que te va a encantar.

Me sorprendió que tuviera como secretario a un chico.

—Si es como tú de simpático, seguro que sí.

Me levanté de la mesa al mismo tiempo que ella y nos despedimos con un abrazo.

Quién me iba a decir, que ese abrazo no sería ni el primero, ni el último que me daría con ella.

Merodeé un poco por las afueras del hotel a ver si, con suerte, te veía y me hacía la encontradiza, pero no fue así. Terminé marchándome a mi casa, tenía mucho en lo que pensar, mucho que asimilar; aunque, a decir verdad, dediqué todo el tiempo a pensar en ti, en tu mirada, tu sonrisa, los besos que mis labios aun sentía... Y así, terminé quedándome dormida en el sofá.

A las cuatro de la tarde, sentí mi móvil vibrar sobre la mesita del salón, pero no le hice mucho caso hasta que la música comenzó a sonar de forma insistente. Atendí la llamada casi dormida, sin mirar quien era, y la voz de Melissa me espabiló de inmediato.

—Hola, cielo. ¿Te pilló en mal momento? —preguntó.

—No. No, dime.

Froté mi cara.

—Bien, acabo de hablar con la secretaria de uno de los directores que nos acompañó anoche en la cena. Quieren firmar ¡Te necesito!

—¡Qué bien, Melissa! Claro, cuenta conmigo.

—Gracias, Laura. No sabes cómo te lo agradezco. Le diré a mi hermano que pase a recogerte dentro de una hora. —El corazón me dio un vuelco—. La dirección es la misma que refleja el documento de identidad, ¿verdad?

—Sí, esa misma.

Colgué después de despedirme y me quedé mirando absorta la pantalla de mi móvil. Vendrías a recogerme y yo... Me puse nerviosa.

Me cambié de ropa tres veces. En mi armario no había nada que pudiera superar la falda y la blusa tan bonita que me dejó Melissa. Me tiré en la cama y me lamenté por mi precario gusto por la ropa. Terminé cogiendo lo más cómodo y formal, dentro de lo que cabía: Me puse unos pantalones negros de pitillo, con una blusa verde militar que tenía de Vero y me calcé con unos tacones que no recordaba que tenía. Me miré al espejo dudosa y, justo al soltarme el pelo, el telefonillo sonó.

Nerviosa y corriendo fui hasta él.

—¿Sí?

—Laura —dijiste en un tono seco—. Te espero aquí, el coche nos está esperando.

Bajé las escaleras de dos en dos, todo lo rápido que pude, pasando del ascensor. A punto estuve de caerme y dejar mis dientes clavados en la moqueta, pero, por suerte, no fue así. Al salir... el corazón se me aceleró nada más verte. Allí estabas, tan radiante junto a la puerta, esperándome. Llevabas un traje de chaqueta color gris, parecías sacado de un anuncio. No exagero, te lo prometo. El color de tu camisa acentuaba el azul de tu mirada.

—¡Hola! —te saludé nada más salir. Nuestras miradas chocaron.

—¿Qué tal? —preguntaste caminando hacia el coche de color negro que nos esperaba junto a la acera.

¿Dónde estaba esa sonrisa encantadora? La eché de menos. ¿Acaso la habías perdido? ¿Yo era el motivo? ¿Fue porque no quise pasar la noche contigo? Esas son las preguntas que comencé a hacerme mientras abrías la puerta del coche. Con un gesto me hiciste pasar a la parte de atrás y, seguidamente, entraste tú también.

Tu perfume dejaba a rienda suelta mi imaginación y tuve que pellizcarme un par de veces para parar.

En silencio y al cabo de veinte minutos, el coche paró frente la sede Past&Col.

Salimos del coche y, con disimulo, me quedé mirándote. De nuevo empecé con mis preguntas. ¿Qué era lo que había cambiado entre nosotros? Sacaste del maletero un maletín. Los dos caminamos hasta el gran edificio, donde una chica bastante mona nos estaba esperando. Nos dirigió hasta la sala de espera.

—El señor Pastberg está ocupado en este momento —nos comunicó—. Enseguida os atenderá.

Me senté y tú, lo hiciste a mi lado. Ninguno de los dos hablábamos, solo se escuchaban nuestras respiraciones, nuestros movimientos. Te miré. Parecías tan pensativo... con la mirada perdida. ¿En qué estarías pensando?

—¿Te encuentras bien? —pregunté preocupada. Tardaste en

responder.

—Sí, solo algo cansado —dijiste.

El señor Pastberg salió a recibirnos. Todo volvió a ir como la seda. El cliente, satisfecho, firmó el contrato.

Cuando salimos del edificio, volviste a sonreír, fue como una punzada de energía. Me gustaba —y me gusta— verte así.

—Creo que deberías aceptar trabajar para nosotros —dijiste antes de abrir la puerta del coche.

—Dame un solo motivo para que tenga que aceptar —te pedí mirándote a los ojos antes de entrar al coche.

—Porque te tendría cerca —respondiste.

Y, de nuevo, no supe que decir. Eres la única persona en el mundo, que puede dejarme sin palabras.

Tu móvil sonó, ¡menos mal! Atendiste la llamada y te esperé dentro del coche mirándote y procesando tú comentario.

—¿Te gustaría venir conmigo a ver a mi hermana? —me dijiste al entrar en el coche.

Acepté.

No tardamos en llegar al hotel. Melissa nos esperaba ansiosa en el restaurante.

—Decidme que ha firmado, ¡por favor! —dijo, levantándose en cuanto nos acercamos a la mesa.

Me miraste, haciendo un gesto con la cabeza, para que fuera yo quien se lo dijera. Y así fue. Melissa se volvió loca perdida, se abalanzó sobre mí dándome un fuerte abrazo que casi consiguió dejarme sin aire.

—¡Gracias! ¡Gracias! —decía emocionada—, no sabes lo bien que les has caído, Laura. Sin ti... esto no hubiera terminado de funcionar —dijo ella muy segura.

Bajé la mirada colorada como un tomate. Me invitasteis a cenar y, de tu maletín, sacaste el contrato que habíais preparado para mí.

—Léelo con tranquilidad, ¿de acuerdo? —comentaste mirándome a los ojos, mientras yo cogía la carpeta con el logo de vuestra empresa.

—Mañana lo traeré firmado. —No sé ni cuando, ni cómo, había decidido aceptar trabajar para vosotros, pero los dos, tanto tú, como tu hermana, os quedasteis mirándome con la boca abierta—, ¡por favor!

Decidme que esto no es una locura —os pedí asustada.

Sigo preguntándome hoy en día cómo hicisteis para que todo pareciera tan fácil.

Melissa comenzó a narrar como se os ocurrió la idea de montar un negocio de publicidad y me sentí tan bien junto a vosotros...

Ya desde entonces hacíamos un buen equipo los tres juntos, aunque ahora...

A las diez de la noche me llevaste a casa. Salí del coche y tú, tan caballeroso, me acompañaste hasta la puerta.

—Gracias —dijiste.

Me miraste... te miré.

—Gracias a vosotros, por darme esta oportunidad. —Tragué saliva.

Abrí la puerta del portal a pesar de que no tenía ninguna gana de separarme de ti. Todo era tan extraño, tantas emociones nuevas para mí...

Y entonces pasó: Agarraste mi brazo y me plantaste un suave beso en los labios que paró el tiempo entre nosotros. Me encendí como una mecha.

Húmeda, con el corazón a mil, me quedé mirándote, deseando que me pidieras que pasara la noche contigo. Pero no. Te diste la vuelta mientras yo te seguía mirando y justo al llegar al coche, te giraste y sonreíste de medio lado provocándome mil sensaciones. Subiste al coche y desapareciste de mi vista.

Subí hasta casa con el corazón tan acelerado, que parecía que acababa de correr un maratón, me costaba mantener la respiración normal.

## Capítulo 6

A la mañana siguiente, como pude, me levanté de la cama. Apenas había dormido, pensando en ti, en el beso y en lo que me hubiera gustado que pasase a pesar de que estaba dispuesta a firmar el contrato. Pero entonces, recordé que la única obligación que tenía, era comunicarle a mi jefe mi dimisión. Aunque lo pensé y me recordé que no debía hacer las cosas tan a la ligera. Tendría que leer el contrato antes de firmarlo y contarle todo a Vero, que la tenía medio abandonada.

Puntual como un reloj, me presenté en mi puesto de trabajo. Busqué a Carla con la mirada, esperaba encontrármela, pero no estaba. Nada más llegar, recibí una notificación. Mi jefe quería verme.

Miré a Vero que justo en ese momento apareció.

—¿Te veo luego y te cuento todo? —Le di un beso en la mejilla antes de irme hacia el despacho del director.

—¿Con pelos y señales? —Me miró con cara de pilla. Asentí.

Algo nerviosa, no me preguntes el porqué, llegué hasta el despacho de Antonio, mi jefe. Sonia, la secretaria, me hizo saber con un gesto que algo no iba bien y me asusté, me asusté mucho. ¿Qué podría haber pasado?

Cuando abrí la puerta del despacho, a la última persona que esperaba ver era a Carla y, sobre todo, llorando como una magdalena.

—¿Qué ocurre? —pregunté desconcertada. No entendía nada y hoy en día, no te miento si te digo que sigo sin entenderlo.

—¡Siéntese, por favor! —me ordenó mi jefe—. Me gustaría que me explicara unas cuantas cosas.

—No entiendo —dije.

Me senté al lado de Carla que no dejaba de llorar como si la vida se le fuera en ello.

¡Ay... Carla, Carla! Qué buena actriz fuiste. ¿Qué te motivó a hacerlo?, ¿la envidia, tal vez?

—Carla me ha contado el altercado del otro día.

No sabía de qué narices me hablaba, así que... puedes imaginar mi cara en ese momento, ¿verdad?

—No entiendo a lo que se refiere. —Miré a Carla esperando a que me explicara algo. Pero se tapó la cara, evitando así mirarme, y lloró con fuerza. Pobre...

—El respeto entre compañeras es fundamental para que todos nos sintamos a gusto, ¿verdad señorita Belucci?

—Claro —dije, inocente de mí, sin saber lo que se me venía encima.

—También sabemos que la relación que debemos tener con los clientes que se hospedan en el hotel debe ser cordial, y no pasar de la sala de masaje, ¿verdad, Belucci?

Asentí en silencio. Miré a Carla de nuevo y a mi jefe después, que me miraba. Imagino, que esperando algún tipo de reacción por mi parte. Entrelazó los dedos por encima de la mesa.

—Señorita Gutiérrez, haga el favor de contar lo que sucede si es tan amable. Al parecer, la señorita Belucci, parece que está algo olvidadiza. Expectante, miré a Carla que se aclaró la garganta.

—El otro día por la noche, pillé a la señorita Belucci, manteniendo relaciones sexuales en la sala tres con uno de los clientes. — ¿¡Cómo!?! Se me desencajó la mandíbula—, cuando me acerqué a ella para pedirle explicaciones. —Levantó la barbilla muy digna ella —, amenazó con darme una paliza. —Por nada en el mundo me perdería sus explicaciones, así que la escuchaba atenta, sin pestañear—, llevo tiempo escuchando rumores, pero no quise creerlo. De antemano, sabía que los clientes salían muy satisfechos de su sala y más de uno, quería repetir. —Me lanzó una mirada—. Ahora entiendo el porqué. Vende su cuerpo, como una cualquiera.

Levanté las cejas sorprendida, no sabía si salir corriendo o reírme. Elegí la segunda opción. Comencé a reírme a carcajadas. Tanto mi jefe como ella, me miraban alucinados, no era para menos.

—Decidme dónde está la cámara oculta, ¡anda! —Me lo tomé a broma—, lo siento, pero es que esto parece sacado de una película. — No podía parar de reír a pesar de que estaba poniendo de mi parte.

—¿Nos ve usted riendo, señorita? Esto es serio —dijo mi jefe.

Algo sería me dirigí a él.

—¿En serio, cree usted esa historia? —Fruncí el ceño y miré a Carla—. Podía esperar cualquier cosa de ti, pero esto... ¡Eres una mentirosa y una ramera! Has caído muy bajo. Todo el mundo sabe que eres tú quien se acuesta con los clientes, y no solo en el trabajo, también en las habitaciones.

Como era de esperar, ni se inmutó, era una gran actriz.

—Me he tomado las molestias, señorita Belucci, de comprobar si lo que dice la señorita Gutiérrez, es verdad. ¿Y sabe qué? Me he sorprendido, y mucho. No he podido comprobar si ha pasado algo dentro de la sala, pero con actitud muy cariñosa, le he visto entrar acompañando a uno de los clientes hasta una habitación.

Cogí aire y cerré los ojos. ¿Qué podía decir? ¿Cómo podía defenderme de ese ataque? No podía negar que nos habíamos besado.

Me levanté y miré a Carla con mala cara.

—Espero que te hayas quedado a gusto. Eres peor de lo que pensaba —me reí irónica—. He debido hacerte algo muy malo para que hayas montado todo esto...

—Laura —interrumpió Antonio—, sin más que decirte, creo que sabes, que estás despedida. —Sobre la mesa, empujó unas hojas—. Debes firmar.

Y lo hice.

Con paso firme, llegué hasta la puerta y antes de salir, le lancé una mirada de asco a Carla que se encogía y volvía a llorar.

¡Qué hija de la gran puta era...!

Con el corazón acelerado, fui directa a los vestuarios, allí me esperaba Vero que se me acercó nerviosa.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupada.

Me reí.

—La muy zorra de Carla, se ha inventado una historia sobre mí. Me han despedido —dije cogiendo las pocas cosas que tenía en la

taquilla.

—¿Desayunamos, te tranquilizas y despacio me lo cuentas?

Asentí. Cuando metí todo en una pequeña mochila, de un portazo cerré la taquilla.

—Qué hija de puta es... mira que es mala, pero mala —me quejé rabiosa.

Fuimos a la cafetería, allí todos mis compañeros se me quedaron mirando nada más entrar. Al parecer, Carla ya se había encargado de ir contando mentiras sobre mí. Ninguno se acercó, ninguno preguntó si era verdad lo que se decía, a pesar de que la conocían muy bien.

—¿Crees en el destino, Vero? —pregunté a mi amiga, que se encargó de traer dos cafés con leche y tostadas.

Se me había cerrado el estómago y ya no tenía ni hambre, pero Vero se empeñó en que tenía que comer.

—A veces, depende si me interesa o no —dijo sin dejar de mirarme.

—Justo hoy, venía a dar de baja mi contrato. Melissa me ha ofrecido trabajo.

—¿Qué dices?, ¿en serio?

Afirmé con un gesto.

—Tengo el contrato en mi bolso y aún no he sido capaz de leerlo, no está firmado.

—¿Y a qué esperas?

—No lo sé. —Respiré hondo—. Tengo miedo y...

—Mira Laura. No hagas que te meta una colleja por decir tonterías. ¿Qué miedo ni qué leches en vinagre? Lee el contrato tranquilamente en casa, o aquí, en cuanto me vaya.

—¿Aquí? —me reí—. ¿Te has dado cuenta de cómo me mira todo el mundo?

—¡Qué les den a todos! ¿No es eso lo que siempre me dices a mí? —sonrió melancólica.

Apoyé mi cabeza en una de mis manos y le conté lo ocurrido en el despacho.

—Esta mañana, me he levantado con unas ganas de verle el careto a Carla que no te lo crees, estaba deseando decirle que se metiera mi puesto de trabajo por el culo, pero mira, al final ella ha conseguido darle la vuelta.

—¡Tranquila! No me sorprende nada lo que ha hecho. Aquí todo el mundo sabe lo que se cuece, pero tienen miedo a que les pueda pasar lo mismo que a ti. Saben quién miente y quién dice la verdad y, cuente lo cuente, nosotras, y sobre todo tú, sabemos la verdad. Eso es lo que importa, Laura. ¿Vas a perder toda la mañana lamentándote?

—No, claro que no. —Negué con la cabeza y cogí una servilleta que manoseé nerviosa.

—Pues ya estás tardando en contarme qué es lo que ocurrió el otro día, que me has tenido en vela mirando cada dos por tres el móvil, esperando alguna noticia tuya.

—Lo siento... —me disculpé—. Casi no he tenido tiempo de asimilar lo que ha sucedido.

Le conté todo, con pelos y señales como había prometido.

—¿En serio? ¡Venga ya! —Asentí, tomando mis tostadas. Empezaba a tener hambre—, ¡mira, mira! —Se remangó la bata y me enseñó su brazo—. Los pelos de punta se me están poniendo al escucharte. «Compartiría mi aire contigo» ¡Por favor...! Muero de amor Laura, ¡qué bonito! Qué... ¡Cuqui! Y ese beso en la puerta de tu casa... ¡Por favor, yo quiero vivir algo así!

—¿Pero... tú no decías que no te fiabas? —Levanté con énfasis mi ceja derecha. Me miró seria.

—A ver... —Se aclaró la garganta—. No me fio de nadie ni un pelo. Eso lo sabes, ¿no? Pero es bonito esto que me estás contando Laura, y sigo pensando lo mismo, ¡que conste! Y más ahora, porque si firmas, será tu jefe, y... yo que tú tendría mucho cuidado. ¡Ya sabes! No todo es como cuentan en las novelas que tanto nos gusta leer.

—Lo sé, lo sé —dije apenada—, pero aún no he firmado —bromeé.

—¡Quita, quita! Que luego te va a pasar como a todas.

—¿Y qué me va a pasar?

—Pues que te terminarás enamorando, cielo...

Creo que... ya era tarde.

Carla entró a la cafetería. Crucé una dura mirada con ella en cuanto vi que se acercaba a nuestra mesa y no me lo pensé. Miré a Vero en un intento por tranquilizarme, pero era tanta la rabia que me consumía, que en cuanto la tuve al lado, le tiré el café por la cabeza, despacio.

La cafetería se quedó en silencio y Carla suspiró por la sorpresa.

—Esto es para que te acuerdes de mí de por vida. —Terminé el café de mi taza y miré a Vero. Me tenía preparada su taza de café y se lo vertí encima—. Para que lo recuerdes tú y el que te mire a partir de ahora. Y da las gracias de que no te suelto un bofetón, porque ganas tengo, pero eso es lo que realmente quieres, ¿verdad?

¿Sabes qué es lo peor que se le puede decir a una mujer? Que es fea, la mires por donde la mires, y yo se lo dije.

—¡Ah! Por mucho maquillaje que te eches, SIGUES SIENDO FEA, HIJA. ¡Qué no te enteras!

Carla permaneció en silencio, eso me sorprendió, pero en cuanto vi a mi jefe acceder a la cafetería, supe el porqué. Volvió a hacerse la víctima y se lo puse a huevo.

Sacudí mis manos, cogí mis cosas y salí acompañada de Vero. Todas las miradas estaban puestas en nosotras.

—A ver si ahora van a terminar despidiéndote a ti por cómplice —me eché a reír, contagiando a mi amiga.

—Bueno, si ahora vas a tener un curro nuevo como traductora, si te enteras de que buscan a alguien, aunque sea para limpiar, ya sabes que las uñas no se me van a caer, cuentas conmigo, ¿no? —sonrió apenada.

—Nunca lo dudes. ¡Nunca! Sabes qué haría todo lo que estuviese en mi mano por ti y tu familia, sobre todo por esa fiera que tienes en casa y que cada vez que me ve, me obliga a vaciar el bolso en busca de caramelos —nos reímos.

Antes de que Vero volviera al trabajo, nos fundimos en un abrazo y

me quedé en la puerta hasta que la perdí de vista. Al darme la vuelta, me encontré con una Carla enfadada.

—¿Crees que puedes ridiculizarme delante de todo el mundo e irte de rositas? —Me reí.

—Te ridiculizas tú sola, chata —contesté. Quise marcharme, pero se puso frente a mí, impidiéndolo.

Me dio un empujón y si lo que buscaba era que yo hiciera exactamente lo mismo, lo llevaba claro. Me quedé mirándola.

—Como vueltas a tocarme, no tienes pasillo para correr... —la amenacé.

—Mira, niñata. No te tengo ningún miedo y si piensas que vas a llegar muy lejos con ese italianito —soltó una carcajada—. ¡Lo llevas claro!

La miré de arriba abajo y volví a reírme.

—Carla... —pronuncié su nombre despacio, inclinándome hacia ella —, te huele el aliento, lávate los dientes, haz el favor. Al parecer, comer tantas pollas al cabo del día, te deja un tufillo un tanto raro. — Carla abrió los ojos como platos y no supo qué contestarme.

Pasé por su lado y salí a la calle. Respiré profundo un par de veces y llegué hasta mi moto. Me puse el casco y subí en ella. Unos dedos tocaron mi hombro. Eran los tuyos...

—¡Hola! ¿Ya te marchas? —preguntaste en cuanto me di la vuelta. Sonreí nada más verte y me quité el casco con cuidado.

—¡Hola! —No esperaba verte y te mentiría si te dijera que no me hizo ilusión—. Me iba a casa.

—¿Me darías una vuelta?

Levanté las cejas sorprendida.

—Solo tengo un casco —dije apenada.

—Si me das dos minutos, consigo uno.

Y desapareciste entrando al hotel.

No sabía si estabas de broma o la cosa iba en serio, pero en cuanto te vi salir con un casco de color negro, mi corazón empezó a acelerarse. Sonreí. Te miré como una boba mientras te lo ponías y ¡Dios mío de mi

vida! Me pusiste a cien en décimas de segundos. Tenías estilo hasta para eso... ¡Madre mía!

—¿A dónde quieres que te lleve? —te pregunté antes de arrancar la moto.

—A tu lugar favorito, por ejemplo —dijiste haciendo que algo naciera en mi interior.

No tardé en incorporarme a la carretera. Tus manos rodearon mi cintura. Sentirlas tirando de mi chaqueta de cuero era, cuanto menos, excitante. Tensé mis músculos por la corriente que recorrió mi cuerpo, proporcionándome un cosquilleo entre mis piernas.

Te llevé a mi lugar favorito «El templo de Debod»

—Nunca había venido aquí —dijiste nada más quitarte el casco, que revolvió tu pelo claro—, ¿seguro que este es tu sitio favorito? — Me miraste poco convencido.

—Segura. No es muy común encontrarte un trozo de Egipto en medio de Madrid. Me gusta venir aquí y sentarme a admirar el templo.

Subimos por unas escaleras, hasta llegar a la parte de arriba. Te gustó lo que viste, te lo noté en la mirada.

—¿Te gusta? —sonreí.

—Sí, no está mal. —Me guiñaste un ojo—. Pero está mejor la compañía.

De nuevo, no supe qué decirte, me desarmabas por completo.

Cambié de tema radicalmente, comenzaba a sentir mucho calor...

—El atardecer es mágico, lo más bonito, sin contar con la vista panorámica de todo Madrid que tienen los parques que rodean el templo.

Nos sentamos en un banco, junto al edificio.

Me sentía tan bien, tan a gusto... Una sensación extraña, y placentera al mismo tiempo.

—Nadie diría que algo tan grande llegó hasta aquí, desde tan lejos — dijiste mirando hacia el frente.

—Tiene una antigüedad de unos 2200 años —dije—. ¿Sabes la

cantidad de historias, secretos y promesas que debe guardar en su interior?

Te quedaste mirándome.

—¿Y tú, cuantas historias guardas?

Revolví mi pelo, algo nerviosa.

—Demasiadas —confesé sin mirarte—. Pero yo no soy un templo y no tengo 2.200 años —me reí.

—¿Me contarás alguna de esas historias?

Volví a mirarte.

—¿Me contarás, tú, algo de ti?

La conversación entre nosotros, se estaba intensificando.

—Solo si comes conmigo —dijiste divertido, chocando tu hombro con el mío.

—Eso es chantaje, ¡qué lo sepas! —me quejé riendo. Cogí aire.

—La primera vez que vine aquí tenía solo doce años, vine en una excursión del colegio. Recuerdo que mi tía me contaba muchas historias sobre este lugar, me decía que era mágico y yo me lo creí. Desde entonces, siempre he venido las veces que lo he necesitado.

—¿Sola? —Te miré, sosteniendo la sonrisa.

—Tú eres una excepción, ¡qué lo sepas! Eres el primer chico que me acompaña.

—¡Menudo honor, el mío! —nos reímos.

Guardaste silencio un instante, mientras, volvías a mirar al frente. ¿En qué estarías pensando? Me pregunté, luego te giraste y te acercaste a mí con una sonrisa cariñosa.

—¿Qué te pasa? Te noto algo tristoná.

—¿Tristoná?

—Sí, noto que algo te pasa, ¿me lo vas a contar?

Negué con la cabeza. Aún era pronto para contarte mis penas.

—No me pasa nada, de verdad.

—¿Sabes?, mi hermana te adora ¿Qué le has dado? —Tu pregunta me despidió y te miré de la misma manera que tú me mirabas a mí.

—Supongo que es recíproco —contesté.

—¿Y a mí? —dejé de respirar—. ¿Qué me has dado a mí?

Me quedé en silencio.

—¿Eso se lo dices a todas? —bromeé, haciendo que te rieras. Me puse seria—. No lo sé. Supongo que lo mismo que me has dado tú a mí.

—¿También es recíproco? —te acercaste a mí. Miraste mis labios—, supongo... que habrá que descubrirlo, ¿no?

¡Dios...! Tus labios se pegaron a los míos y deseé que ese beso nunca terminara.

—¿Te gustaría ver el templo por dentro? —pregunté cuando te separaste de mí.

—¿Se puede?

—¡Claro!

Caminamos hasta las puertas y saludé al chico de mantenimiento que ya me conocía. Accedimos por el vestíbulo y fuimos con cuidado por los estrechos pasillos oscuros de piedras.

El olor a historia...

La tranquilidad del lugar...

Tu compañía...

Menudo cóctel, perfecto.

—Lo mejor de aquí, es el silencio... —susurré, caminando a tu lado mientras te miraba de reojo.

—Lo mejor de aquí, eres tú. —Te giraste y sonreíste perverso, dejándome cortada y acalorada.

Al cabo de quince minutos, al terminar de ver aquella maravilla que nos transportó al pasado, volvimos al banco.

—¿Qué te ha parecido? —pregunté de pie, frente a ti.

—¡Mágico! Como decía tu tía, que, por cierto ¿Vive contigo?

Me senté a tu lado.

—No. Mi tía murió hace tres años, justo cuando empecé a trabajar en el hotel.

—Lo siento. —Te revolviste el pelo—, ¡joder! Prometo no volver a preguntar. ¿Y, estás aquí sola? ¡Mierda! He vuelto a hacerlo —Me diste un beso en la cara.

—No, no estoy sola. —Noté como tus ojos se abrieron, expectantes a lo que te iba a decir—. Tengo a Vero, a su madre y a su hija, que son como mi familia.

—¿Quién es Vero?

—Vero es mi mejor amiga. Es la chica que comía el otro día conmigo, también trabaja en el hotel como masajista.

## Capítulo 7

Nos fuimos a comer a un restaurante italiano. Te empeñaste. De oídas, había escuchado que se comía muy bien, pero los precios no me permitían ir a comprobarlo.

—Este sitio es muy caro ¡Mira que pintas llevo! —me quejé mientras esperábamos a que nos dieran una mesa.

Llevaba unos pantalones vaqueros y una sudadera bajo la chaqueta de cuero.

—¿Qué le pasa a tus pintas? —Me miraste riéndote—. Estás muy bien..., muy sexi.

Mi cuerpo desprendía calor...

—Y tú muy ciego —te contesté colorada como un tomate, avergonzada.

—Sé muy bien lo que veo. —Cogí aire y me quedé en silencio.

El maître nos llevó hasta una mesa apartada. No podía evitar sentir un poco de vergüenza al ver como más de uno, se me quedaba mirando.

Nada más sentarme en la mesa, cogí la carta que enseguida me arrebataste de las manos. Me lanzaste una mirada divertida.

—¿Dejas que pida por los dos?

Asentí sin abrir la boca y llamaste al camarero. Pediste, incluyendo una botella del mejor vino y un refresco para mí.

—¿Te vas a beber la botella de vino tú solo? —pregunté riéndome.

—Yo no tengo que conducir. —Cogiste la servilleta de tela y te la colocaste entre las piernas. Me hizo gracia ese gesto, te imité, aunque no acostumbraba a comer así.

El camarero no tardó en aparecer con las bebidas. Me quedé un instante pensativa, cuando te miré, estabas con la mano apoyada en la barbilla, mirándome.

—¿Has firmado el contrato?

Cogí aire.

—La verdad, es que ni lo he leído. —Fui sincera—. Pero tengo intención de hacerlo.

—¿Lo tienes aquí?

Cogí mi bolso y saqué el contrato que tenía doblado por la mitad. Te lo entregué, pero no lo cogiste.

—Léelo, y si tienes alguna duda o algo que no te parece bien, estoy aquí para resolvértelo.

Lo leí despacio, todo parecía correcto, estaba bien detallado y no te dejaba con ninguna duda. De hecho, el sueldo me pareció algo excesivo nada más empezar. Tragué saliva y te miré, estaba un poco asustada y creo que te diste cuenta.

—¿Tienes un boli? —Me temblaba un poco la voz.

—¿No tienes ninguna duda? —Clavaste los codos sobre la mesa.

—Duda no, pero sí veo, aquí, un pequeño exceso de sueldo. Me parece demasiado.

Te reíste.

—¿Quieres cobrar menos de lo que pone ahí?

—Sería lo justo, ¿no? —Hubo un breve silencio—. ¿Vuestro antiguo traductor, también...?

—Antigua traductora —me aclaraste—. No, no cobraba lo mismo, pero no ha hecho lo que tú.

Cogí mi vaso y lo acerqué a mis labios sin dejar de mirarte.

—¿Tienes un boli, entonces? —volví a preguntarte.

Sacaste una pluma color granate de tu bolsillo, pero, a la hora de firmar, esta no escribió. Llamaste al camarero que nos trajo dos bolígrafos que tampoco pintaron. Te noté algo nervioso.

—¿Crees que el destino no quiere que trabaje para vosotros? —Solté una carcajada, pero en cuanto te miré, tú no tenías ni un ápice de sonrisa dibujado en tus labios—, lo digo de broma, yo no creo en esas cosas —dije riéndome.

Rebuscando en mi mochila, di con un boli. No sé el tiempo que llevaba escondido ahí, dudé de si no pintaría, pero me sorprendió que lo hiciera y, al mirarte, te vi más relajado. Una vez que firmé, te lo entregué y justo en ese momento, el camarero llegó con los primeros platos: Risotto con setas silvestres.

Me acordé de mi tía que hacía uno buenísimo.

—Nuestro avión saldrá en tres días —soltaste haciendo que te mirara. Dejé caer el tenedor de golpe.

—¿Cómo que nuestro avión sale en tres días? ¿Hacia dónde? —Me miraste extrañado. No había caído... No, no lo había pensado. Te miré asimilando que tendría que marcharme de aquí, de mi casa, alejarme de mi mejor amiga—, pero... —comencé a decir. Me sentí tan tonta...

—¿Qué es lo que ocurre, Laura?

—Creía, creía que... —Tonta de mí en ese instante. ¿Desde dónde pensaba trabajar?

—Mi hermana te buscará un sitio donde quedarte, por eso no vas a tener que preocuparte.

—Lo siento, no había caído que... —dije con voz cansada, agobiada. Me sentí tan abochornada.

Lo peor no era dejar mi casa, ni a Vero. No. Lo peor era volver al lugar, al país donde nací, y dejar mi vida que tanto me costó construir alejada de una familia que no quiso hacerse cargo de mí cuando murieron mis padres.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —te mentí.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente? Si has cambiado de opinión, si no te parece buena idea venirme, rompo el contrato ahora mismo —sonreíste melancólico bebiendo de tu copa. Me quedé mirándote y terminé sonriendo.

—Me he agobiado un poco, solo eso.

—¿Te da miedo volar? —sonreíste.

—Bueno... —Me encogí de hombros—. Más que miedo, respeto. El camarero nos trajo el segundo plato: Dorada al horno con gambas. —

Verás como todo saldrá bien allí. ¡Además!, no estarás sola. Me encargaré de que eso no ocurra —dijiste cerrando la boca de mi estómago.

—¿Como jefe? —pregunté.

—Como lo que tú quieras, Laura. Tampoco supe que decirte...

\*\*\*\*\*

Paré la moto frente la puerta del hotel. Te bajaste, te quitaste el casco y te quedaste mirándome. Yo también me quité el mío.

—Gracias por haber compartido un rato conmigo y haberme llevado a tu lugar favorito —sonreíste.

El corazón me dio un vuelco. Yo entonces no lo sabía, pero tú ya eras mi lugar favorito.

—Gracias a ti —contesté tímida.

Cogí aire para respirar y tu boca se acercó a la mía. El beso nubló mi mente por completo.

Ya no pude pensar...

Ya no pude reaccionar...

No sé ni cómo, ni cuándo, pero entre besos, conseguiste que bajara de la moto.

Ya no era dueña de mí...

Me abracé a ti y los besos se intensificaron.

Besabas tan jodidamente bien...

Entramos en el hotel y subimos al ascensor, y fuimos camino de tu habitación.

—Sigo pensando que esto no es una buena idea —suspiré mientras tu boca dibujaba un camino de besos por mi cuello.

El pulso aceleró mi respiración.

—Yo también creo que no es una buena idea, pero tenemos que solucionar este tema o será mucho peor —dijiste.

Nada más entrar a tu habitación, tus manos bajaron la cremallera de mi chaqueta. La tiraste al suelo. Con mi sudadera hiciste lo mismo... y con mi camiseta. Me dejaste en sujetador.

—No sé qué tienes. —Me miraste con deseo. Te humedeciste los labios y volviste a besarme. Un gemido involuntario salió de mi garganta. Te desabroché la camisa como una desesperada, acaricié tu pecho y bajé la mano hasta el botón de tus pantalones que dejé que cayeran al suelo, terminaste de quitártelos con un zarandeo. Toqué el bulto que sobresalía de los calzoncillos. Jadeaste. Me besaste con furia. Te deshiciste de mis vaqueros y me cogiste a pulso. Gemí excitada. Mis piernas abrazaron tu cintura y me apretaste contra ti.

Besos...

Caricias...

—¡Joder, Laura! —Respiraste de forma profunda y bajaste mis piernas al suelo. Te separaste de mí.

—Que... ¿qué pasa? —Sentí vergüenza en cuanto te diste la vuelta evitando así mirarme. Te sentaste en el filo de la cama y te quedaste en silencio.

A pesar del pánico que se apoderó de mí en ese instante, me senté a tu lado.

—No es buena idea, ¿verdad? —pregunté tragando saliva. Seguías en silencio. Toqué mis labios nerviosa.

—No. No lo es. No sería cómodo para ninguno de los dos en un futuro. —Me miraste por fin.

—No, no lo sería —contesté avergonzada—, espero que no te estés llevando una mala impresión de mí —te dije. Ni siquiera sé cómo me salieron las palabras.

—Lo mismo te digo. No suelo hacer así las cosas, por lo menos con mis empleados.

Eso era en lo que nos habíamos convertido, en jefe y empleada.

Abochornada llegué a casa. Lloré.

## Capítulo 8

Pasaron los días y no había vuelto a saber de ti. Estaba claro que huías de mí. En cambio, sí que hablé con Melissa, incluso quedé con ella antes de que volviera a Palermo para empezar con los preparativos.

Hablábamos por teléfono, me contó que tenía un amigo que tenía una inmobiliaria.

—Espero a que vengas y vemos juntas el estudio, ¿te parece bien? —preguntó tu hermana desde el otro lado del aparato.

—Si a ti te gusta, y tu amigo es de fiar, por mí no hay ningún problema —dije dejando caer mi cuerpo en el sofá, antes de ponerme a hacer las maletas.

—Te tiene que gustar a ti, cielo. He quedado con él el sábado por la mañana. ¿Te parece bien?

—Perfecto, Melissa, gracias.

Colgué al cabo de un rato y dejé mi móvil sobre la mesa antes de tumbarme en el sofá. Sentía mucha pena por dejar mi casa, mis recuerdos, pero ya estaba casi todo hecho, ¿no? Podía haberme echado para atrás y, sin embargo, no debía dejar pasar una oportunidad como esa, a pesar de que me dolería el verte. Yo no sé tú, pero yo, no había dejado de pensar en ti, ni de imaginar lo que podría haber pasado entre nosotros en la habitación del hotel.

Por la tarde, vinieron a casa Vero con la niña y su madre, le obligué a llevarse toda la comida que tenía almacenada en la despensa. A la hora de despedirnos, sentí que las estaba abandonando, me necesitaban tanto como yo a ellas.

—Prometo volver pronto y, sobre todo, prometo traerte un millón de cosas —le dije a María, que me miraba con cara de pena. La cogí en brazos y la abracé.

—Te quiero mucho, tita. —Un nudo se creó en mi garganta.

Antes de que Vero subiera al coche, le di un abrazo con todas mis fuerzas aguantando las ganas de llorar. Con su madre hice exactamente lo mismo.

—¡Cuídate mucho, niña! —me dijo—, sabes que, pase lo que pase, aquí nos tienes a nosotras, a mi hija, a mi nieta y a una vieja como yo que te quiere como una madre. —Me abrazó fuerte y rompí a llorar.

Cuando subí a casa, me deprimí y volví a llorar, sabía que las echaría mucho de menos y seguía sintiéndome como una idiota y era consciente, de antemano, de que me harías sufrir.

Al cabo de un rato, ya más tranquila, terminé recogiendo mis cosas. Me senté en la cama con el móvil en la mano, pensando si debía o no llamarte y sonó el timbré que me sacó de mis pensamientos. Abrí la puerta y te vi apoyado en ella.

—Hola —dijiste con una tímida sonrisa—, ¿te pillo en mal momento? —Por el tono que usaste al hablarme, entendí que preferías mantener las distancias.

—No, pasa. —Abrí más la puerta invitándote a entrar.

La cerré, algo nerviosa, y me fijé que, tímido, mirabas todo a tu alrededor. Te guíé hasta el salón, aunque no tenía mucha perdida.

—¿Quieres algo para beber? —Me giré hacia la cocina.

—No. No estaré mucho tiempo, he venido a darte el billete de avión y, a decirte a qué hora estaré aquí mañana para recogerte.

El nudo que ya tenía en la garganta, se hizo más grande e intenso. Era real que me marchaba. Me senté en el sofá quitándome las zapatillas y, sin vergüenza alguna, puse los pies en alto. Tú te sentaste a mi lado, me miraste en silencio, un silencio... raro.

—Quería pedirte disculpas por lo del otro día —empezaste a decir. Tragué saliva y aparté la mirada avergonzada—. Siento si te hice sentir mal, o poco deseada. Esa no era mi intención.

Respiré fuerte. Cogí aire.

—Si alguien tiene que pedir disculpas, esa soy yo. No acostumbro a dejarme llevar tan fácilmente y, bueno..., debería pensar las cosas antes, más ahora. —Jugueteé con un mechón de mi pelo.

Te acercaste demasiado..., me besaste.

Dejé de ser dueña de mí misma... Otra vez.

No pudimos parar...

—Es evidente que me siento muy atraído por ti —susurraste en mis labios. Me cogiste a pulso y me sentaste sobre tus piernas.

—No deja de ser una mala idea. —Me quité la camiseta. No tardaste en tocar mis pechos por encima del sujetador. Gemí al sentir tus manos.

Parecía que teníamos prisa por desnudarnos, por tocarnos, por besarnos. Tal vez el miedo a volver a arrepentirnos, ¿no?

Hundiste tu nariz en el arco de mi cuello, y noté tu lengua dibujando un camino hasta mi boca.

—No puedo parar —susurraste poniéndome la piel de gallina. Mordiste mi barbilla. Gemí excitada y te abracé, inclinándome.

Desabroché tus pantalones ansiosa y terminaste en calzoncillos. Despacio, te deshiciste de los míos, dejándome en ropa interior.

Mordí tus labios, tú los míos. Te pusiste un preservativo. Esto se nos iba de las manos. Desesperado echaste a un lado mis braguitas. Al rozar mi sexo con tus dedos, cerré los ojos y suspiré de placer.

¿Sabes?, aún conservo en nuestra caja de recuerdos esas braguitas.

—Dime que no haces esto habitualmente —gemí al sentir como entrabas dentro de mí. Noté un ligero pinchazo e intenté aguantar el dolor. Me encogí de hombros y me quejé en cuanto te hundiste profundamente en mi interior.

—¿Te estoy haciendo daño? —Saliste de mi cuerpo de inmediato.

—No, no. —Sentí vergüenza—, es que..., no estoy acostumbrada a... —Agaché la mirada encontrándome con tu miembro duro y erecto, apuntando hacia mí. De nuevo me ruboricé, debiste pensar que nunca había visto nada igual, y era cierto. No había visto cosa igual.

—¡Dios santo! —Te miré—, la tienes enorme. —Las palabras salieron de mi boca antes de llegar a pensarlas.

Tu sonrisa se ensanchó. Me besaste con furia y volviste a penetrarme despacio, con mimo.

¡Madre mía...! Gemí con gusto al tercer balanceo. Dejaste que yo tuviera el control, buscaba mi propio placer y el tuyo al mismo tiempo. Tus manos agarraban mis pechos desnudos, chupaste mis pezones y

paseaste los pulgares por ellos proporcionándome más goce.

—No hagas eso —te pedí.

—¿Por qué? —buscaste mis labios.

—Porque me voy a correr y no quiero —gemí dándote mi lengua para enredarla en la tuya.

Mi cuerpo estaba preparado para recibir el orgasmo que con tanta ansia necesitaba, cuando de golpe y porrazo, sacaste tu pene de mi cuerpo. Te miré algo confundida, tú lo hiciste con deseo, y sin previo aviso, me penetraste de golpe, haciéndome enloquecer.

¡Dios...! Placer, placer y más placer era lo único que sentía.

—Me voy a correr —dije a punto de hacerlo.

—Córrete conmigo. —Diste el pistoletazo de salida y gemí gustosa, presa del orgasmo que recorría mi cuerpo. Sentí cómo me llenabas por dentro. Tu jadeo casi me hace correr de gusto, una segunda vez.

Tu mirada se encontró con la mía y permanecimos en silencio durante un rato diciéndonos tantas cosas...

Me aparté a un lado y me preguntaste dónde se encontraba el baño.

—La primera puerta a la derecha. —Te indiqué.

Aún estaba excitada. Presioné el puente de mi nariz y te sentí salir. Te sentaste junto a mí, aún estabas desnudo.

—¿Estás bien? —preguntaste apartándome el pelo de la cara.

No imaginas la sensación que me entró por el cuerpo.

Te miré a los ojos y, despacio, me fui desviando hasta tus labios. Quería besarte, morderte esos labios de bizcocho y volver a hacer lo que minutos antes habíamos hecho en el sofá.

—Sí —musité—, ¿y tú? —Aparté la mirada y mordí la uña del dedo índice.

Acariciaste mi brazo y te miré de nuevo. Mi respiración se aceleró y no puede evitar besarte de nuevo. Lo necesitaba.

—¡Ven! —Me levanté del sofá, te ofrecí mi mano y fuimos hasta mi habitación.

Me incliné sobre tu cuello y lo besé, lo mordí y pasé mi lengua hasta llegar a tu oreja. Un leve gemido salió de tu garganta y me rodeaste la cintura con tus manos, acercándome hasta ti. Una de tus manos bajó hasta mi trasero, lo apretaste fuerte. Sonreí.

—Sigue siendo una mala idea —gemí al notar tu boca en mis pezones de nuevo.

—Lo sé, pero eres tan tentadora... —Te oí decir antes de sentir tus manos por mis muslos.

Sonreímos, y me besaste. Me tumbaste con cuidado en la cama. Besaste mi cuello, y tu mano subió por mi rodilla, por la parte interna de mi muslo. Separé mis piernas. Tocaste mi sexo apartando mis labios vaginales despacio. Gemí. Tenías la mirada clavada en mí, en mi reacción. Introdujiste un dedo en mi interior, gemí gustosa, metiste otro dedo, cerré los ojos. Tus dedos no dejaban de entrar y salir de mi cuerpo, mordiste mi barbilla.

—¡Córrete! —me pediste. Tu boca bajó hasta uno de mis pechos.

—No —me quejé—. No quiero aún.

Tu boca atrapó mi pezón y el placer se intensificó. Volví a gemir.

—Quiero tocarte, darte placer y que te corras conmigo —jadeé.

Tus dedos salieron de mi interior. Te colocaste frente a mí clavando tus rodillas en el colchón y con la punta de tu pene, presionaste mi clítoris. Incliné las caderas y de una embestida, te hundiste en mi interior.

La segunda embestida casi me hace perder el conocimiento...

La tercera me hizo gemir de placer...

Y a partir de la cuarta, todo era mágico...

Entrabas y salías de mi cuerpo como si nada, y lo único que se escuchaba en la habitación eran nuestros jadeos, nuestros cuerpos chocando el uno con el otro y los golpes del cabecero de la cama contra la pared.

Intenté aguantar el orgasmo que se me venía encima, pero era imposible. Apreté las yemas de mis dedos en tu espalda, te abracé con las piernas y grité. El intenso orgasmo me envolvió entera. Noté tu cuerpo tensarse dentro del mío y un gruñido bajo salió de tu garganta.

Yo no era de las que metía a un tío en mi casa así porque así y cuando eso ocurría, se marchaban a los pocos minutos y nunca me importó, siempre me gustó quedarme sola, lo necesitaba, pero contigo..., contigo fue diferente.

Me giré y te encontré mirándome. Sonreíste con ternura y acariciaste mi cara.

—Es una mala idea —te echaste a reír.

—Una ¡pésima! idea... —dije yo, llevándome las manos a la cabeza.

Te inclinaste y me besaste los labios. Una tranquilidad me arropó y al mismo tiempo, una sensación de pánico asomó en mi interior.

—Creo que será mejor que me vaya —dijiste al fin, levantándote de la cama.

—Yo creo que también —mentí.

Deseaba que pasaras la noche conmigo, pero no me atreví a decírtelo.

## Capítulo 9

A las ocho de la mañana, bajé hasta el portal donde me esperabas. En cuanto te vi, no sabía si darte dos besos, la mano, o lo que me apetecía en ese momento, que era subir a casa y repetir la escena de la noche anterior. Apenas pude dormir pensando en lo ocurrido.

—¡Buenos días! —te saludé. Te miré esperando alguna reacción por tu parte, pero no hubo ninguna. Solo sonreíste y me diste los buenos días al igual que hice yo. Como si aquí, entre los dos, no hubiera pasado nada.

Subimos a la parte de atrás del taxi. Nos miramos de forma fugaz e hicimos el trayecto en silencio. En media hora, estábamos ya en la puerta del aeropuerto bajando las maletas del taxi.

A medida que íbamos avanzando en la fila para facturar el equipaje, un nudo de nervios en la boca de mi estómago, empezó a hacer de las suyas.

—¿Te encuentras bien? —Me miraste preocupado.

—Ya te dije que me dan mucho respeto los aviones.

—¡Escúchame! —susurraste, cogiéndome de la barbilla—. No va a pasar nada, el viaje saldrá bien y en dos horas y media, ya estaremos pisando tierra. ¿Vale?

Asentí sin abrir la boca e intenté tranquilizarme repitiendo tu frase como si de un mantra se tratara: «No va a pasar nada, el viaje saldrá bien y en dos horas y media, ya estaremos pisando tierra». Aprovechando que aún teníamos tiempo hasta embarcar, nos fuimos a desayunar. Al principio, apenas decíamos nada, pero luego, terminamos hablando sobre los lugares donde habías estado, que eran muchos. Yo terminé contándote mi aventura en Londres. Al terminar, decidimos ir hasta la terminal dando un paseo mientras mirábamos las tiendas que se encontraban dentro del aeropuerto. Quise tener un detalle con Melissa y acabé comprándole un bonito colgante con forma de elefante, siempre escuché que daban buena suerte.

Cuando nos quisimos dar cuenta, solo faltaban veinte minutos para que el avión despegase, así que, corriendo, llegamos a la terminal. Nos entró la risa y terminé doblada por el flato.

Había una cola impresionante, pero nosotros no tuvimos que esperar. Teníamos preferencia: Zona Vips. Cuando la azafata nos hizo pasar, no pude evitar sentirme mal por todas esas personas que, seguro, llevaban un buen rato esperando.

Me giré para mirarte, el corazón me latía con fuerza y no era por correr...

—No sé qué decir —comenté mientras caminábamos por el acceso del avión.

—Es que no tienes que decir nada —sonreíste y el corazón me dio un vuelco.

¡Qué maldita sonrisa tenías!

Cuando entramos en el avión, una guapa y simpática azafata, nos llevó hasta nuestros asientos.

—Siéntate, relájate y disfruta —me dijiste mientras guardabas la maleta de mano en la parte de arriba.

Te sentaste a mi lado y me señalaste la ventanilla.

—¿Estás preparada? —Cogiste mi mano en cuanto el avión comenzó a moverse despacio.

Creo que nunca había pasado tanto miedo, tantas emociones extrañas dentro de mí, me lo estaban haciendo pasar muy mal. Te miré asustada.

—No sé si estoy preparada. —No me refería al viaje, y creo que tú te diste cuenta. Después de lo que había pasado la noche anterior, todo sería mucho más difícil, no sabía si estaba preparada para lo que se me venía encima: Sufrir.

Tus labios se pegaron a los míos como el que no quiere la cosa y te lo agradecí, aunque luego me arrepentí de ello.

—No he podido resistirme —dijiste separándote de mí.

—No pares —te pedí.

Un suspiro se instaló en la boca de mi estómago al tiempo que el avión despegaba. Me mareé un poco, la verdad. Notaba como se movía la

sangre en mi cabeza y así estuve hasta que el avión se estabilizó.

—Ya está —dijiste sin soltar mi mano.

Más tranquila, miré por la ventanilla. Todo era tan diminuto y tan grande al mismo tiempo... El mar me dejó eclipsada, las olas ralentizaban sus movimientos y parecía que bajo mis pies, se encontraba una bonita obra de arte.

Una de las azafatas te comía con los ojos y una punzada de celos me hizo mirarla con mala cara. Te miré y sonreíste de forma sensual, no pude evitar apretar mis muslos, mi cuerpo reaccionaba solo, no lo podía controlar. Pediste bebida para los dos y una bolsa de frutos secos. De pronto, era como si fuéramos amigos de toda la vida que viajan juntos, hablando y riendo.

Me sentía tranquila, a gusto contigo, de la misma manera que cuando iba subida en mi moto. A lo tonto, a lo tonto, ni me enteré del viaje, cuando quise darme cuenta, el avión estaba a punto de aterrizar. Volví a sentirme un tanto mareada. Cogiste mi mano de nuevo y te lo agradecí con una sonrisa.

Retuve el aire en mi interior hasta que sentí que por fin el avión tocaba tierra. En cuanto aterrizó en el aeropuerto de Palermo, solté el aire.

—Bueno. —Te pusiste de pie—, ¡ya hemos llegado! —Estiraste tus brazos y alcanzaste las maletas. Fuimos los primeros en salir del avión.

Fuera, después de recoger las maletas, tuviste una llamada y desapareciste, dejándome sola durante unos minutos. Cuando volviste, tu rostro había cambiado por completo. Me acercaste a un coche de color negro con los cristales tintados.

—Siento no poder acompañarte, pero me ha surgido algo y tengo que marcharme —dijiste con una tensa sonrisa.

—Va..., vale —fue lo único que pude decir.

Te diste la vuelta y desapareciste de mi vista. El chófer, se encargó de recoger mis maletas y subí al coche con una sensación extraña. Me faltabas tú.

Distraída, miré por la ventana. Ni siquiera estaba siendo consciente de dónde me encontraba. Me pasé todo el camino pensando en ti y en tu repentina despedida con un seco apretón de manos. Ocupaste la mayor

parte de mis pensamientos, por no decir todos.

El coche se detuvo delante de un alto edificio de color blanco. No quería ni imaginarme las vistas que tendría de la ciudad. El chófer, al cabo de unos segundos, abrió la puerta y salí dándole las gracias.

—Ya hemos llegado. La señorita Loruso, la está esperando —dijo el chófer, sacando las maletas.

Me acompañó hasta el edificio, se encargó, incluso de llamar al ascensor y de pulsar el número de planta, la 15.

Estaba asustada, nerviosa, todo era muy raro para mí, demasiado precipitado, diría yo. Salí del ascensor asomando la cabeza y me encontré con la sonrisa de Melissa, nos estaba esperando, a los dos.

—¡Hola, guapa! —Me dio un abrazo. Al darse cuenta de que venía sola, frunció el ceño y preguntó por ti.

—Pues me dejó junto a tu chófer y se marchó.

—¡Vaya! —Torció la boca y cogió una de mis maletas—. Vamos dentro. Caminé tras ella y entramos.

—¿Aquí es donde vives? —pregunté entrando en la enorme sala de estar.

Tenía dos sofás alargados de cuero color negro, formando una «U». En el centro había una mesa de cristal ovalada y, en frente, un televisor de plasma que casi ocupaba toda la pared. A mano derecha, una estantería repleta de libros al lado de una mesa grande, acristalada con ocho sillas a juego con el sofá. También había un ventanal que daba a una terraza.

—No, aquí es donde vive Marco. ¡Ven, que te lo enseño! —Tiró de mi mano. Me puse nerviosa, ¡estaba en tu casa!

Melissa, emocionada, se enganchó de mi brazo y decidió enseñarme, según ella, el «pequeño apartamento» que era de grande como cinco veces mi piso.

Me fue enseñando las habitaciones. La segunda llamó mucho mi atención: Era de color rosa y estaba llena de peluches y una enorme foto que ocupaba media pared, en la que se te veía con una mujer muy guapa y un bebé.

Miré a Melissa algo confundida, mi corazón latía con fuerza.

—Está es la habitación de la ratona —sonrió—. Mi sobrina de dos años.

Tragué saliva y casi me muero atragantada. Intenté disimular.

—¿Tú hermano tiene una hija? —Levanté las cejas sorprendida.

—Sí —sonrió orgullosa—. Se llama Bella.

Cerró la puerta de la habitación y fuimos hacia la tercera puerta. Era una habitación más grande que las anteriores, con una cama de matrimonio en el centro, estilo oriental. Enseguida deduje que esa, era la tuya.

No quise preguntar sobre ti a Melissa por no levantar sospechas, pero mi curiosidad iba en aumento y un manojo de nervios se instaló de forma permanente en la boca de mi estómago.

—Está es la habitación de mi hermano —dijo Melissa, estudiando mi rostro.

—¿Y tu cuñada? —Tenía que preguntar.

—¿La madre de Bella? Mi hermano se separó nada más nacer la niña —me dijo, dejándome algo más tranquila. Respiré un poco, pero aún seguía teniendo mucho aire retenido en mi interior—, pero se llevan muy bien, ya la conocerás. No quería conocerla.

Cerró la puerta y fuimos hasta un estudio enorme muy bien equipado, con una mesa de roble macizo frente a un gran ventanal, por el cual entraba mucha luz. Un sofá de dos plazas, varias estanterías repletas de libros, documentos y una televisión de plasma.

El hecho de saber que habías estado casado, que tenías una hija, y que te llevabas bien con tu ex, hizo que se me revoliera el estómago, para qué te voy a engañar. Me sentí un poco estúpida, porque yo te abrí mi corazón hablándote de mí y ¿tú?, tú me ocultaste que tenías una hija.

Las vistas eran maravillosas y la terraza del salón era como un pequeño rincón zen con suelo de teca. Las vistas eran impresionantes aquí también, pero no las disfruté. Mi cabeza iba a mil.

La cocina... ¡Ay, la cocina! Equipada con dos hornos, una isla grande de mármol en el medio y una barra americana con sus taburetes, que también me gustó mucho.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás cansada del viaje? —preguntó Melissa.  
—Un poco. —Mentí.

—¿Tienes hambre? He quedado con mi amigo, el de la inmobiliaria, para ver el estudio después. ¿Nos vamos, entonces?

—¿Qué hago con mis cosas?

—Puedes dejarlas aquí, a mi hermano no le importará.

Salimos de tu casa sobre la una y media de la tarde. El chófer nos estaba esperando y, en cuanto nos vio, abrió la puerta del coche. Fuimos hasta un pequeño restaurante con vistas al mar. Nada más acceder, un hombre de unos cuarenta años, atractivo, abrazó a Melissa y le dio dos besos, después, ella me lo presentó.

Se llamaba Fabián y era el hombre del que me habló.

Nos sentamos a comer, yo la verdad es que no tenía mucha hambre, así que decidí pedirme una ensalada.

Fabián me habló de varios apartamentos libres que tenía repartidos por la zona, pero como yo no sabía muy bien dónde me encontraba exactamente, dejé que Melissa hablara y negociara por mí. Escuché algo de un pequeño ático de dos habitaciones muy bien situado, pero casi no presté atención a lo que hablaban, la verdad. Me daba un poco igual, yo no podía sacarte de mi cabeza, algo me quemaba por dentro. Salimos del restaurante a eso de las tres de la tarde. Apenas abrí la boca. Miraba a Melissa y miraba a Fabián que, de vez en cuando, me dedicaba una sonrisa. Así me tiré todo el tiempo hasta que fuimos a ver el primer apartamento.

El apartamento, era mediano. Las vistas daban hacia un parque lleno de árboles y, al fondo, el mar. Una enorme habitación, con una gran cama en el centro y un baño solo para mí; me encantaron. Y se notó mucho, porque Melissa me guiñó un ojo. El salón se comunicaba con la cocina, gracias a una barra de madera alargada. Tenía un pequeño lavadero con despensa y un baño para los invitados. Sin contar con la enorme ventana, con vistas al mar. El suelo era de madera.

—¿Te gusta? —preguntó Melissa dibujando una ancha sonrisa.

—La verdad es que es perfecto —dije imaginando la decoración, mis cosas. En mi mente vi un hogar.

—Hay varios apartamentos, y, creo que incluso mejores que este —añadió Fabián, que no dejó de mirarme todo el tiempo.

—Este, este es perfecto —dije emocionada.

—Pue si este es el que te ha gustado, el lunes a primera ahora, mando a un grupo de chicas para que te lo preparen.

—No hace falta, de verdad —me reí—. Yo puedo encargarme, soy un poco maniática para la limpieza.

—Pues si no te importa, acompáñame hasta el despacho, que no está muy lejos, y firmamos.

A dos manzanas se encontraba la inmobiliaria «Gelisa» que, por el nombre, me recordó a una cadena de helados de la que Vero solía hablar mucho cuando viajaba a Canarias. Cuando escuché la historia del nombre, descubrí que su familia se dedicaba a la elaboración de helados. Melissa intentó que Fabián me hiciera una buena rebaja en el contrato de alquiler.

—¡Venga, cielo! Pórtate bien. Tú y yo sabemos que nos debemos muchas cosas —dijo Melissa mirando a Fabián, que no tardó en aceptar. Firmé.

Melissa propuso ir a celebrarlo y Fabián se apuntó, no esperaba menos a pesar de que nos comentó que tendría la tarde ocupada. Nos fuimos a tomar una copa al pub de un amigo vuestro, que estaba en el puerto.

Creo que ese día recorrí media isla sin darme cuenta.

Allí el ambiente se caldeó un poco, no por mi parte, sino por la de Fabián, que aprovechó cuando Melissa salió fuera para atender una llamada, y me propuso ir a cenar con él.

—Lo siento, pero necesito empezar cuanto antes a instalarme —le puse como excusa, y no era mentira.

—¿Y otro día? Podría enseñarte la ciudad —propuso.

—Gracias, pero son demasiadas molestias y...

—Para nada, seguro que encuentras alguna manera de agradecerme que te enseñe la ciudad con mi coche nuevo. —Me guiñó el ojo.

La verdad es que el chico estaba muy bien, era atractivo, pero estaba

poniendo demasiado empeño por su parte, y yo, no funcionaba así.  
Tú solo fuiste mi única excepción.

—Lo siento, pero no. —Me di la vuelta y recé para que Melissa volviera cuanto antes. ¡Y lo hizo, vaya que si lo hizo!

Te vi entrar con ella y como un acto reflejo, volví a darme la vuelta encontrándome con la mirada lasciva que me lanzaba Fabián. ¿Que si intenté darte celos? Pues aún me sigo preguntando qué fue lo que hice, la verdad. Porque me acerqué al oído de Fabián, que posó la mano que tenía libre en mi cintura y me empujó hacia él.

—Pensándolo mejor, podrías enseñarme la ciudad. Al ser agente inmobiliario, seguro que debes conocer lugares que a muchos pasan desapercibidos —le dije al oído.

—Tengo tú número, ¿te llamo y quedamos?

Asentí dando un sorbo a mi copa y, en ese momento, vi como os saludabais, dándoos un apretón de manos. Melissa parecía estar contenta, fingí que me divertía y te saludé de forma educada dándote dos besos.

La cosa se nos fue de madre, porque mientras yo pensaba ir a mi nueva casa y ponerme como una posesa a limpiar, los cuatro terminamos yendo a otro local diferente, a probar los famosos chupitos del diablo.

Nota mental: «No volver a probar eso en lo que me quede de vida».

¿Que por qué? Pues porque al tercer chupito de color oscuro y espeso, mezclado con vete tú a saber qué, perdí la memoria, y hoy día, sigo sin acordarme.

Al día siguiente por la mañana, cuando me levanté junto a Melissa en el sofá, quise morirme, ¡literalmente! Olía fatal, a agrio para ser exactos, y la cabeza me dolía horrores. Cuando una luz molesta me hizo abrir los ojos, no sabía dónde me encontraba. De hecho, tardé en ubicarme, me levanté con la sensación de estar en casa, en Madrid, ¡pero no!

El olor a café, proveniente de la cocina, me abrió el apetito y la necesidad de beber litros y litros de ese líquido negro lleno de cafeína para poder espabilarme. A duras penas me levanté del sofá, arrugé

la nariz por el olor agrio que procedía de mi ropa, toqué mi pelo, que parecía paja en ese momento, llegué a la cocina, no sé cómo. Allí estabas tú, mirando por la ventana, sosteniendo una taza de café.

Nuestras miradas se encontraron en cuanto puse un pie descalzo en la cocina.

—Hola —dije extrañada y avergonzada.

—¿Te duele la cabeza? —preguntaste con una sonrisa, haciendo que mi cuerpo se tensara de inmediato.

—Un poco. ¡Por favor! —Cogí aire—, dime que anoche no cometí ninguna locura y que tienes café para mí. —Me acerqué a la barra de la cocina y te miré. Te levantaste, dejando tu taza sobre la barra y te dispusiste a prepararme uno.

—Leche fría o caliente.

—Lo quiero solo y sin azúcar, a ver si me espabila. No me acuerdo de nada —me quejé.

Junto al café, me ofreciste una Aspirina. Te lo agradecí.

—Ven, siéntate aquí conmigo, hoy está el día nublado.

—Me gustan los días grises —comenté.

—A mí también, son mis preferidos —sonreíste.

Me tomé el café como si se tratara de un vaso de agua.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Dejé mi taza sobre el mármol. Mirabas distraído hacia el mar, la verdad es que las vistas relajaban.

—Claro. —Me miraste un segundo a los ojos.

—¿Os comportáis así, con todos vuestros empleados?

—No —te reíste—. Es verdad que intentamos tener un trato grato con nuestros trabajadores, que no son muchos por ahora. Que nosotros podamos contar con ellos, como ellos con nosotros. Pero mi hermana se ha tomado muy a pecho eso de que te ofrecieras para ayudarla. Creo que no te ve como una chica a la que acaba de contratar, sino como una amiga, que le ha hecho un grandísimo favor.

Me dieron ganas de preguntarte si me veías de la misma forma, pero me guardé la pregunta para más adelante. La necesitaría, lo sabía.

## Capítulo 10

Te pedí permiso para darme una ducha y me acompañaste al baño. En la cocina, me contaste que Melissa y yo nos habíamos dedicado a medio vomitarnos la una a la otra. Casi me muero en ese momento de la vergüenza. Creo recordar, por los escasos flashes que me vienen a la memoria, que lo hice por culpa de ella: vomitó primero y al mirarla: «Ea», fui yo detrás.

Hoy en día, cada vez que me acuerdo, me sigue entrando vergüenza. Me di una ducha rápida. Fui hasta mi maleta y, después de vestirme, al coger el perfume con olor a fresa que Vero me regaló, me acordé de ella. Llevaba más de un día allí, y aún no había encendido el móvil. Era para matarme y Vero casi lo hace en cuanto la llamé. Me hubiera sido más fácil decirle que perdí el móvil y que, por eso, no pude ponerme en contacto con ella, en lugar de decirle que salí y me emborraché; pero en cuanto le conté que ya tenía piso, se olvidó de todo y se alegró mucho por mí.

Hablé con ella durante un rato y, después de colgar, me fui al salón arrastrando mis maletas. Crucé una tímida mirada con Melissa que también se había duchado.

—¡Ay, Laura! Siento mucho lo de ayer. —Se acercó a mí. Me reí.

—Tranquila, yo también lo siento.

—No quiero que pienses mal de mí.

Tú estabas en el salón mirándonos serio a las dos. Volví a reírme y te miré.

—No voy a pensar mal de ti por querer que lo pasara bien. Creo que ninguna fue consciente de lo que nos podía suceder bebiendo ese... — Hice un gesto con las manos—. Líquido negro.

Os invité a los dos a desayunar. Después de todo, era lo único que podía hacer. Tú no quisiste venir, dijiste:

—Lo siento, pero tengo cosas importantes que hacer.

Serio, me llevaste a mi casa a dejar las maletas y nos despedimos con un seco: «¡Hasta luego!». No entendí, parecías tranquilo en la

cocina, ¿qué había pasado?

Melissa y yo nos fuimos a desayunar.

—¿Tú te acuerdas de algo de lo que ocurrió anoche? —pregunté a Melissa que disfrutaba de un delicioso bollo casero de chocolate.

—No, ¿y tú? —Cogió aire y me miró con los ojos abiertos como platos. Negué con la cabeza aguantando la risa por la expresión de su cara y ella dejó de masticar—. De verdad que lo siento mucho Laura, debes pensar que soy de lo peor, menudo ejemplo.

Me tuve que reír.

—Pienso que eres una tía ¡cojonuda! ¡Joder! Ojalá todos los jefes fueran así, porque si te cuento lo último que me hizo a mí, mi encargada, te caes muerta al suelo.

—Me encantan los chismes, ya estas tardando en contarme lo que te pasó —dijo.

Antes, te comenté que tú me trasmitías tranquilidad, una protección inexplicable cuando estaba a tu lado, pero es que con Melissa, me ocurría lo mismo. Era como estar con Vero, pero sin estar con ella, no sé si me explico.

Le conté lo que ocurrió mi último día de trabajo.

—¿En serio hizo eso? —preguntó con la boca abierta.

—Sí.

¡Por cierto! Omití el detalle de que tú y yo..., nos liamos.

Hablamos del tema durante un rato, hasta que me di cuenta que perdía el tiempo. Cambié de tema.

—¿Conoces alguna tienda que esté hoy, domingo, abierta? Me gustaría comprar algunas cosas para el piso —le dije.

—¡Claro! Estás en Palermo, lo que no encuentras aquí, no lo encuentras en ninguna otra parte.

A estas alturas de la historia, sabrás que tu hermana es todo un amor, ¿verdad? Cogimos un taxi que nos llevó hasta un enorme centro comercial, donde pude comprar todo lo que supuse que me haría falta. También me encapriché de unas bonitas cortinas color morado, que me

encantaron para el salón, más alguna que otra cosa de la cual, ni Melissa ni yo, pudimos resistirnos.

Ya era bastante tarde, así que, con tanta compra, nos entró hambre. Nos comimos unas hamburguesas sentadas en el césped de un parque. Mientras, no parábamos de reírnos la una de la otra suponiendo todo lo que pudo pasar esa noche. Melissa me contó que tú no soltabas prenda y te imaginé muy serio mientras ella te rogaba que dijeras algo. No podía parar de reírme. Hasta que Vero salió en la conversación, y terminé contando su historia.

—Pobre chica y qué hijo de la gran puta fue ese cabrón —dijo rabiosa.

—Sí. Pero es él quien se está perdiendo lo maravillosa que es su hija —contesté.

—¿Puedo confesarte algo? —preguntó.

—Soy una tumba. —Imité que cerraba una cremallera en mis labios y las dos sonreímos.

—Siento una extraña conexión contigo, como si nos conociéramos de toda la vida. ¿A ti no te pasa? —Sonreí.

—Sí, a mí también me está pasando. —Era la verdad.

—Quién sabe, a lo mejor en otra vida tú y yo nos conocíamos.

—Quién sabe... —Esboqué una sonrisa.

Volvimos al apartamento y Melissa decidió quedarse conmigo. Se lo agradecí. Me propuso llamar a alguien para limpiar por nosotras, pero no quise.

Conocí a Melissa, ese fin de semana, más de lo que pude imaginar. Pasamos el día hablando de nuestras cosas. Era simpática y, vale, solo hacía cuatro días que la conocía, pero como ella me dijo, había conexión entre nosotras. Casi no pensé en ti, no tuve tiempo de hacerlo, y me alegré por ello. Ella me habló de los novios que había tenido y bueno, aunque yo no tenía mucho que contar sobre ese tema, le hablé de un chico que comenzaba a darme algún que otro dolor quebradero de cabeza. Vale, sí, pensé en ti, pero tranquilo, no le dije que eras tú. Porque lo habrás deducido, ¿no?

—Pues yo soy tú, y si te soy sincera, me dejo de tonterías, me

plantaba en su casa y me lo comía a besos —dijo masticando un trozo de pizza que habíamos pedido para cenar.

—No sé yo, necesito mucho alcohol o algún tipo de droga para hacer ese tipo de cosas. A lo mejor las pienso, ¿sabes? Pero luego la inseguridad y el miedo, me paralizan.

—Ese es el problema. Tienes que decirte que eres tú la que manda y no él. No puedes dejar que nadie te maneje a su antojo, en todo caso, maneja a tu antojo y ya está —dijo muy segura de lo que decía.

—¿Qué tal es Fabián? —pregunté. Se me quedó mirando con una sonrisa pícaro.

—¿Te gusta? —Se cruzó de piernas.

—Me parece un poco interesante, solo eso.

—Fabián es el típico hombre al que te aconsejo que mantengas alejado de ti. Funciona como una araña. —Levanté las cejas impresionada—, te lanza el veneno y poco a poco te va envolviendo en su tela. —Le tiré un cojín y empecé a reírme.

—Se ofreció para enseñarme la ciudad y...

—¿Y? —Levantó una ceja con énfasis.

—Que le dije que sí y ahora me lo estoy pensando —contesté.

—Si quieres ver la ciudad contrata a un guía, o me lo pides a mí. No te aconsejo ir con él.

# Capítulo 11

Al día siguiente, tal y como me dijo Melissa antes de marcharse, un coche pasó a recogerme. Nerviosa, subí en él, iba a conocer mi nuevo trabajo y a reencontrarme contigo. No sé si estaba preparada, pensar en ti como mi jefe, después de lo que había pasado entre nosotros, era sumamente raro y me creaba nudos de emociones que casi no me dejaban respirar.

El coche paró frente a un edificio acristalado de unas siete plantas. Subí a la planta cinco. Nada más salir del ascensor, me topé con un enorme letrero que decía: «Tú creas tus propias oportunidades». Accedí hasta recepción, donde una chica con rasgos orientales me atendió amablemente, dándome la bienvenida.

—La señorita Loruso la está esperando en su despacho. Por favor, acceda hasta esa puerta y gire a la derecha —me indicó.

Con una sonrisa en los labios y con el corazón a mil, accedí por una puerta acristalada y crucé un pasillo lleno de mensajes y letreros como el que me encontré nada más entrar, hasta que la pared se volvió de cristal, dándome acceso a una enorme sala decorada con tablas de surf, cuadros de colores, una cama elástica y una pizarra llena de dibujos. Era una sala para niños grandes. Imaginé que ese sería el departamento creativo y no estaba equivocada, al pasar por la puerta, mis pensamientos se confirmaron. Seguí caminando y, a mi izquierda, dejé atrás el departamento de negociación y contratación. Finalmente, junto al departamento de márketing y publicidad, estaba dirección. Entré por la puerta y accedí a una pequeña sala, donde había una mesa grande y dos puertas: «Directora Melissa Loruso y Director, Marco Loruso».

Los nervios volvieron, y me quedé como una tonta mirando las puertas, hasta que una de ellas se abrió. Melissa salió a recibirme. Nos dimos un abrazo.

—¡Qué bien que ya estés aquí! —me dijo.

—Me alegro de verte —dije accediendo a su despacho—, estoy un poco nerviosa —comenté.

De repente, cuando levanté la mirada y te vi sentado en una silla, me quedé sin aire. La misma sensación recorrió mi cuerpo, como el día que te vi por primera vez.

—Hola —te saludé tímida. Seguías serio, como el día anterior, ¿qué era lo que te pasaba? Me saludaste de forma seca.

Cogí aire y miré a mi alrededor. El despacho de Melissa estaba lleno de color, miraras por donde miraras. Estanterías repletas de libros, un balancín, dos sofás de dos plazas en forma de «L» que daban junto a una ventana con vistas a un verde parque.

—¡Qué chulo es todo esto, Melissa!

—¿Te gusta?

—Es muy acogedor —dije con una sonrisa.

Tus ojos azules se toparon con los míos. Se me secó la boca de inmediato y casi no pude seguir hablando. El corazón se me disparó en cuanto te levantaste de tu asiento. Ibas vestido de forma elegante, con un traje negro de rayas diplomáticas que parecía hecho a tu medida.

¡Estabas..., estabas para comerte!

Llamaron a la puerta. Melissa abrió y entró un hombre mayor con el pelo algo canoso. Aparentaba unos sesenta años, aunque se conservaba bastante bien, la verdad.

—¿Qué tal están mis chicos? —Su voz era grave. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y sonrió—, debes ser Laura, ¿verdad? —Se acercó a mí y me ofreció su mano que cogí algo temblorosa—. Me han hablado mucho de ti. —Miró a Melissa, al igual que hice yo—. Yo soy Piero.

—Encantada —dije con un hilo de voz.

—Piero es nuestro padre, Laura —dijo Melissa.

Mis ojos te buscaron. Empecé a hacerme muchas preguntas, me sentía un poco... estafada, engañada, por así decirlo.

Después de las presentaciones, Piero, que solo quiso venir a saludarme, se marchó contigo. Pasaste por mi lado, dejándome una sensación

extraña.

Melissa me presentó a todo el equipo, pasando por los diferentes departamentos. En total, había unas quince personas, pero los que mejor rollo me transmitieron, fueron los de departamento creativo. Gente joven sin complejos, que vestían como a ellos les daba la gana y trabajaban en equipo. Melissa me habló muy bien de los chicos.

Me despedí de ellos y Melissa me llevó hasta mi zona de trabajo. Mi mesa, estaba muy cerca de tu despacho, el cual aún no había tenido ocasión de visitar.

—Leo te va a encantar —me dijo Melissa—. Qué raro que tarde tanto, debería estar aquí

Me instalé lo más rápido posible, tenía una excelente zona de trabajo, con una buena mesa y la silla que Melissa me había proporcionado era muy cómoda.

—¡Perdóname, Laura! —dijo apresurada—. La antigua traductora, que nos dejó tirados, te ha dejado bastante trabajo atrasado.

—Vale, no te preocupes, déjalo... —Miré pensativa la mesa e hice hueco quitando una planta de orquídea, que me habían dejado dándome la bienvenida—. Ponlos aquí —dije con una sonrisa.

Poco a poco, hice de aquel hueco algo mío. Melissa me dio permiso para ponerlo como yo quisiera, y eso hice.

Miré la pila de documentos que tenía sobre la mesa y, por un momento, pensé que se estaban burlando de mí.

Un chico, de unos treinta años, entró acelerado. Enseguida imaginé que se trataba de Leo. Melissa salió.

—¡Hola Leo! Mira, te presento a Laura, la chica de la que te hablé —sonreí y le di la mano—, Leo te ayudará a medida de lo posible, ¿verdad Leo? —Melisa sonrió—. Bueno, yo dejo que os vayáis poniendo al día. ¡Cualquier cosa, Laura!: Lo que sea, lo que necesites, llamas a mi despacho sin ningún problema. Si no estoy, me llamas al móvil, ¿de acuerdo?

—Vale —respondí satisfecha y agradecida al mismo tiempo.

Miré a Leo, nerviosa después de que Melissa volviera a su despacho,

no sabía por dónde empezar a pesar de que tenía bastante trabajo acumulado. Respiré hondo.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó al cabo de un rato, acercándose a mi mesa.

—Bueno... —Me encogí de hombros y miré hacia la pila de papeles que tenía a mi derecha—, con cosas que hacer.

—Giovanna te ha dejado bastante trabajo —dijo mirándome con una sonrisa algo tirante—, deberías darte prisa si quieres terminar con todo. —Se dio la vuelta y volvió a su mesa, donde, enseguida, se puso a teclear en su ordenador.

Respiré fuerte y algo confusa, me centré en mi trabajo. Dos horas más tarde, ya estaba metida de lleno en los documentos; no me di cuenta de que habías pasado por mi lado, accediendo a tu despacho y de que Leo se encontraba frente a mi mesa.

Le miré en silencio.

—¿Te apetece venir a tomar un café? —sonrío.

—Vale.

Bajamos hasta la planta dos, allí había una cafetería. Me pedí un café solo, bien cargado, sin azúcar y un Donuts.

—¿Cogiendo energía? —preguntó Leo después de hacer su pedido. —Debo coger fuerzas si quiero terminar pronto —le contesté. Analicé su mirada, sus gestos, su cara. Sus facciones se marcaban y, todo hay que decirlo, era guapo. Tenía los ojos marrones verdosos y el pelo oscuro, algo ondulado.

—Imagino. Giovanna siempre dejaba el todo atrasado. No me quiero ni imaginar la cantidad de trabajo que debe de haber —suspiró—. Si quieres, puedo quedarme y echarte una mano.

—Gracias —sonreí—, pero no hace falta, yo me apañó.

Nos tomamos el café.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Miré a Leo y asentí con la cabeza. Y antes de preguntar, se tomó una pausa—. ¿Sales con alguien? —su pregunta me pilló desprevenida y casi me atraganto con el Donuts. Medité la respuesta—, no me malinterpretes —se

apresuró a decirme—, no pienses que yo... —se echó a reír—. Quiero decir..., no es que seas fea ni nada por el estilo. Te lo pregunto por otro motivo.

Me estaba poniendo un poco nerviosa.

—¿Qué motivo? —enarqué una ceja y le miré atenta.

—¿Sabes por qué Giovanna se marchó de aquí? —Se inclinó hacia mí y habló bajo.

—Tengo entendido que en el último momento, los dejó tirados.

—Sí, bueno, eso es otra historia. Giovanna salía con un chico bastante celoso y se llevaba demasiado bien con Marco... —Algo me escoció por dentro y le miré sorprendida—, por eso te decía si salías con alguien. El jefe. —Leo apartó la mirada durante unos segundos, miró a su alrededor—, Marco, es muy... demasiado... —meditó lo que iba a contarme—. Digamos, que se toma demasiadas confianzas con los trabajadores.

Tragué saliva.

—¿Y por qué me cuentas todo esto? —Alargué mi mano, hasta alcanzar un vaso de agua. Moje mis labios.

—No sé. Te veo demasiado inocente, como a Giovanna al principio. Y, ¡perdona! —Se limpió la boca con una servilleta—, no quiero que me malinterpretes. Aquí todos somos una familia y solo quería que lo supieras.

Me incliné hacia él.

—Yo tengo muy claro quién soy y cómo soy. Sé cuál es mi puesto y también sé qué tipo de relación es la que quiero mantener con mis jefes. —Le miré sería—. ¡Ah! También odio los chismes —pretendí dejárselo claro.

—Me parece perfecto que lo tengas todo tan claro, pero llegará el momento en que se te olvide, porque aquí todos somos tratados por igual. Yo solo quería... —Tragó saliva—. No era mi intención que pensaras que estoy hablando mal de ellos ni que soy un chismoso. Al contrario, les debo mucho, tanto a Melissa como a Marco, ellos han hecho mucho por mí.

—Tranquilo. —Me levanté de la mesa.

—¿Te marchas ya?

—Sí, tengo mucho trabajo.

Pagué nuestras consumiciones y subí hasta la planta, pensativa. Lo que me había contado Leo me molestó en cierta manera. Pensar que podrías haber tenido algo con la antigua traductora me dolía un poco y, no solo eso, también el hecho de que me mintieras sobre la muerte de tu padre.

Llegué hasta mi mesa y no tardé en ponerme con el trabajo. Llamé a Melissa un par de veces para resolver algunas dudas que fueron aclaradas al momento. A las tres de la tarde, la vi salir de su despacho.

—He quedado con mi madre —me dijo—. ¡Llámame si necesitas algo! ¿Vale?

Leo también se marchó a comer, me invitó, pero puse de excusa la cantidad de trabajo que tenía por delante. Aunque lo que quería de verdad, era estar sola y pensar en todo. Aunque no tuve tiempo de hacerlo. Salí a dar una vuelta y llamé a Vero.

—¿Me echas de menos? —pregunté en cuanto descolgó.

—Los desayunos sin ti, no son desayunos, y comer sola es como si no lo estuviera haciendo.

Nos reímos.

—¿Alguna novedad? —pregunté. Me había comprado unos sándwiches y empecé a comerme uno.

—Ninguna. Hoy, Carla no ha venido. Al parecer se ha pedido unos días de descanso, ya sabes..., después de todo lo que ha pasado la pobre, el jefe ha querido tener un detalle con ella.

—¡Ya! ¡Qué bien se lo montan algunas!

—¿Y tú qué tal?

Suspiré.

—Bien. La agencia de publicidad es una pasada, te encantaría estar en un sitio como este, lleno de colores y mensajes positivos. La

plantilla es muy maja y el secretario de Melissa, un poco raro.

—¿Y eso?

—Me ha venido diciéndome que la última traductora se fue por Marco, que se toma demasiadas confianzas y que si su novio era celoso... ¡Yo que sé!

—¿Y qué piensas?

—Pues..., pensar, pienso de todo. Me siento tan estúpida Vero. Desde que bajamos del avión se comporta de manera extraña, casi no me mira y está demasiado serio — Resoplé cansada de tanto pensar.

—¡Tía! Mira que te dije que tuvieras cuidado, que te iba a pasar como a todas... Si es que en los libros siempre pasa. Todas, todas, terminan sufriendo.

—¡Vero! Las novelas son ficción. En la vida real, esas cosas no pasan. A ver, lo entiendo y no lo entiendo. El hecho de que nos hayamos acostado una vez..., bueno dos —me corregí—, no quiere decir que tengamos que comportarnos como una pareja, ¿no?

Hubo un silencio.

—¿Y qué pasa si te propone quedar o si os liais de nuevo? Borrar lo que ha pasado no puedes, pero prevenir lo que puede ocurrir sí.

Me reí.

—Eso no va a volver a pasar. De momento, sé dónde estoy yo y sé dónde está él. Lo último que quiero es que esto se convierta en mi peor pesadilla.

—Respira. ¡Mindfulness, Laura! ¡Mindfulness!

Te estarás preguntando qué es el Mindfulness, ¿verdad? Vero y yo estuvimos dando un curso para dejarnos de pensar tonterías y poder centrarnos en el ahora, olvidando el pasado y el futuro. Al principio pensé que sería una chorrada, de hecho, las dos primeras sesiones me las tomé a risa, pero con la práctica, terminó funcionando y en ese momento, tú echaste a perder toooodo lo que conseguí con el Mindfulness.

—Creo que se nos olvidó practicar el Mindfulness para momentos como esté —dije riéndome.

A las cuatro y media pasadas, me apresuré hasta llegar al edificio, con tan mala suerte, que me topé contigo. Tus ojos azules casi atraviesan los míos y tu olor...,era tan intenso, que casi me consumió.

—Hola —te saludé, nada más entrar.

—Hola... —Te noté nervioso—, ¿qué tal tú primer día? —Apartaste la mirada un segundo.

—Bien, la verdad. —Nerviosa, entrelacé los dedos de mis manos. Volviste a mirarme, y está vez fui yo quien apartó la mirada.

La subida hasta la quinta planta se me hizo eterna y creo que a ti también. Cogí aire e intenté no pensar en la imagen que se me vino a la mente. Tú y yo en el ascensor del hotel, besándonos.

Por fin las puertas se abrieron, con un gesto, me dejaste salir primero. —Gracias —dije sin mirarte.

—Qué tengas una buena tarde, Laura —hablaste detrás de mí, tensando todos mis músculos.

Cuando llegué hasta mi mesa, Leo ya se encontraba en la suya trabajando. Me miró serio. El corazón se me aceleró en cuanto escuché la puerta de tu despacho y con un suspiro me senté.

A las siete de la tarde, como casi todo el mundo, ya estaba saliendo por la puerta. No volví a ver a Melissa, ni a ti tampoco.

Lo agradecí en el alma.

Leo me propuso llevarme a casa, pero me negué, así que pedí un taxi que me dejó en la puerta y antes de subir, entré a una tienda para rellenar la nevera.

Me di una ducha, me puse el pijama y me fui a la cocina a hacerme una tortilla de patatas que me apeteció para cenar. En el momento en el que dejé la tortilla sobre un plato, ya preparada, el timbre sonó.

Con un trapo en las manos, limpiándome, abrí la puerta pensando que sería Melissa, pero no. Eras tú. Tus ojos azules me miraron, me entró calor, tragué saliva y me quedé mirándote.

—¡Hola! —De nuevo, te noté nervioso.

—¡Ho...!, ¡ho...!, ¡hola! —¿Dónde estaba mi voz, en ese momento?

—¿Te pillo mal? —Me miraste de arriba abajo. Llevaba puesto un

pijama rosa con ovejitas de colores.

—Oh, no, no. Pasa. —Me aparté, dejándote pasar y tu perfume dejó un rastro en cuanto pasaste por mi lado.

—¡Qué bien huele! —dijiste en cuanto cerré la puerta. Nos miramos. Tenías las manos en los bolsillos de tu pantalón. Me pareció lo más sexi que había visto.

—Acabo de hacerme una tortilla, ¿te apetece probarla? —sonreí.

Te enseñé el apartamento, esperando a que vinieras a decirme el porqué de tu visita, pero no soltaste prenda.

—Aún me faltan algunas cosas, pero ya las iré trayendo. —Dejé la tortilla sobre pequeña mesa del salón—. Tengo vino, ¿quieres una copa? —pregunté mirándote—. Vale.

No era buena idea que estuvieras allí...

Me senté a tu lado y te miré confusa, hasta que el delicioso olor que desprendía tu ropa me inundó de nuevo. Estabas tan cerca de mí que, al acomodarte en el sofá, nuestras rodillas chocaron. Un solo roce ponía mi mundo patas arriba.

—Siento si... no ha sido muy adecuado por mi parte presentarme aquí. —Tu tono grave, y la forma que tenías de mirarme, me aceleraron, me excitaron. Te aclaraste la garganta—. Quería comentarte lo que ha pasado está mañana.

Cogí aire y me quedé mirándote, mientras intentaba convencerme de que mi excitación no era buena idea. No, no lo era.

—Si te refieres a... lo de Piero. No tienes por qué darme explicaciones —dije adelantándome.

Respiraste de forma profunda.

—Piero no es nuestro padre de sangre, Laura. Mi madre se casó unos años más tarde con él. Él, siempre estuvo ahí. De hecho, me dio dos hermanos más a los que adoro con locura.

Respiré hondo. No supe que decir, ¡me sentí tan estúpida...!

—No pasa nada —dije al final—, no tienes por qué contarme todo con detalles, ¿no? —sonreíste tranquilo al escucharme.

Serví la tortilla y recé para que me hubiera salido buena, ya que no siempre me salía igual.

—¿Qué tal tú primer día de trabajo? ¿Todo bien?

Pues no, todo bien no, porque tú estabas ahí y algo se instaló en mi pecho. Comenzaba a sentir algo por ti y era incontrolable.

—Todo bien. —Esbocé una sonrisa y te miré. Serví tu copa de vino primero y luego, la mía.

—¡Por cierto! Muy buena la tortilla.

—Gracias.

Terminamos de comérnosla y seguimos bebiendo.

—Si sigo bebiendo, mañana no sé qué será de mí —dije al cabo de un rato riéndome por los efectos del alcohol—. No eres buena compañía, ¡qué lo sepas! —me reí y me levanté. Tu mano agarró mi muñeca y tiraste de mí.

—¡Uy, que me caigo! —fue lo último que dije antes de que tu boca invadiera la mía.

## Capítulo 12

Me aparté de inmediato y me quedé mirándote. Incliné mi cuerpo hacia el lado del sofá y negué con la cabeza.

—¿Qué pasa? —Te encogiste de hombros.

—¿A qué has venido, Marco? —Clavé mi mirada en el suelo. Sabía que si te miraba a los ojos, todo estaba perdido.

—Ya te lo he dicho: a aclararte lo de esta mañana. —Cogí aire y me removí incomoda.

—¿Y por qué? No tienes que darme ningún tipo de explicaciones. No soy tu novia, ni somos amigos. Solo soy una tía más, a la que te has tirado —elevé la voz sin darme cuenta.

—¿Por qué te pones así? ¿Qué quieres que haga si, cuando te tengo a mi lado, en lo único que pienso es en poder follarte? —Me sentí humillada—. ¿Quieres que te prometa amor eterno o algo parecido? —Te pusiste de pie.

No entendí cómo terminamos casi a voces en mi salón. Me molestó el hecho de que, para ti, solo era un simple polvo. ¡Joder! Creía que los dos sentíamos lo mismo.

—Lo último que quiero es estar mal en mi trabajo. Me parece muy bien que, cuando estás a mi lado, lo único que te apetezca es follarme. ¿Te piensas que soy una muñeca hinchable, o qué? —Te miré furiosa—. No estoy dispuesta a arriesgar mi puesto de trabajo ni a arriesgar la amistad que estamos creando tu hermana y yo. No, yo no funciono así.

—Laura, lo siento. No, no quería... —Tocaste tu pelo.

—Pensaba que eras diferente Marco...

—Sentía que tenía que darte algún tipo de explicación. —Más tranquilo, te sentaste de nuevo en el sofá. Yo hice lo mismo.

Nos miramos. Tocaste mi barbilla.

—Yo creo que solo es una excusa barata para poder así bajarme las bragas, ¿no? Tú no tienes que explicarme nada. ¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos?, ¿eh?

—Eso no importa —respondiste—, cuando estoy contigo, es como si te debiera algo, no sé cómo explicarlo. Siento esa conexión...

—¡Claro! Esa conexión que lo único que hace es que quieras follarte conmigo, ¿no? —te interrumpí.

—Te dije en Madrid, que tenía necesidad de conocerte. — Agarraste mi barbilla, haciendo que te mirara. Humedecí mis labios. Me costaba respirar.

—¿Sabes qué? No sé qué es lo que ha cambiado desde Madrid, pero desde que estamos aquí no eres el mismo, has cambiado. — Apreté mis labios—. O es que, a lo mejor, ahora te comportas como eres en realidad.

—¿Por qué dices eso? —preguntaste confuso.

—Sé que estuviste casado, que tienes una hija —te solté—. Y no lo sé por ti. Tienes necesidad de contarme las cosas, pero olvidas contarme lo más importante, ¿no?

Hubo un silencio demasiado largo e intenso.

—¿Y qué pasa? —preguntaste molesto, poniéndote de pie.

Te miré con la boca abierta.

—Pasar, no pasa nada. Pero no vengas a mi casa a decirme gilipolleces. Porque perdona que te diga. —Yo también me puse de pie y me incliné hacia ti enfadada. Clavé mi dedo índice en tu pecho—. No te lo crees ni tú.

—Hay cosas que no se pueden contar hasta que llegue el momento. —Me dejaste cortada—. Siento mucho no haberte contado que tengo una hija de dos años a la que amo y quiero con locura, y siento no haberte dicho que estuve casado.

La conversación estaba dando un giro...

—A mí no me importa que tengas una hija, dos, tres o incluso hasta cuatro. Ni tampoco que hayas estado casado. —Vale, ese tema me jorobó un poco, pero no te lo podía decir, no tenías culpa—. Lo que me molesta, es que me tomen por idiota.

—¿Y quién te está tomando por idiota?

—¡Tú!

—¿Yo? ¿Pero de qué hablas? ¿Acaso no te pasa a ti lo mismo que a mí? —Me crucé de brazos.

—¿Y qué se supone que es lo que me pasa a mí también?

No puedo negar que esa tonta discusión me estaba acalorando y acelerando al mismo tiempo... Me sentía excitada y me daban ganas de hacerte callar con un beso.

—Que me desees, que te gusta que te toque... —Noté como te faltaba el aire al igual que a mí. Tu pecho subía y bajaba rápidamente.

Me quedé en silencio mientras te miraba y entonces... pasó.

Te acercaste, me besaste con furia. Al principio quise resistirme, pero no podía luchar contra mi propio deseo, contra mi propio cuerpo que, a la primera de cambio, terminó traicionándome.

La ropa voló por el salón, el sonido de nuestras respiraciones, nuestros jadeos, nuestros cuerpos chocando desnudos el uno con el otro, y nuestros gemidos, delataban nuestro placer.

—¡Joder! —dijiste agotado por el esfuerzo—. Si todas las peleas que vamos a tener van a acabar así. Todos los días la vamos a liar.

Sonreí por encima de tu hombro y te miré a los ojos.

—Sigo creyendo que esto no es una buena idea... —Bajé la mirada.

—Sé que no es una buena idea, pero, ¿qué hacemos entonces? — Me miraste esperando una respuesta.

—No volverlo a repetir —dije fría, inclinándome para levantarme mientras buscaba mi pijama con la mirada.

Agarraste mi muñeca y tiraste de mí haciendo que cayera sobre tu pecho.

—Yo no quiero que esto se termine, Laura.

—¡Nos ha jodido que no quieras! —me reí con ironía—. Pero yo no funciono así, Marco. No me gusta esto. ¿Mientras tanto, tú qué haces? ¿Follarte a otras tías mientras yo espero como una gilipollas?

—¿Qué pasa Laura? ¿Por qué te pones así? —Juntaste tus perfectas cejas y me miraste de una manera tan dulce que una sensación de miedo se instaló en la boca de mi estómago.

—Yo..., yo no me pongo de ninguna manera. —La boca se me iba secando—. Como ya te he dicho, yo no funciono así, lo siento.

Cerraste los ojos y respiraste fuerte.

—¿Y cómo funcionas? ¿Quieres que te prometa algo que no sé si voy a poder cumplir?

Me quedé en silencio, me mordí el labio y al ver que tu mano aflojó mi muñeca, pude levantarme.

—No quiero que se repita más esto, quiero estar tranquila, no quiero problemas en el trabajo. —Me estaba agobiando yo sola. Mi mente iba a una velocidad que ni yo misma podía controlar, se me estaba yendo de las manos.

—Vale. —Te pusiste de pie. Cogiste tu ropa que estaba tirada por el suelo y te vestiste mientras yo evitaba mirarte—, si eso es lo que quieres, lo respetaré. Ante todo, respeto. Y créeme que te tengo mucho respeto, Laura —dijiste dando por finalizada la conversación.

Suspiré cansinamente cuando la puerta se cerró y me sentí vacía y tonta por un momento. Reviví lo que minutos antes había pasado y me di cuenta de que Vero, como siempre, terminaba teniendo razón.

Yo aún no tenía claro lo que ya estaba sintiendo por ti y ya estaba sufriendo por ello.

## Capítulo 13

Después de esa noche, todo fue diferente para mí. La forma de percibir las cosas, el trabajo, que me tenía gracias a Dios ocupada; Melissa, a la que cada día que iba pasando la iba viendo como una amiga, a Leo, que notaba como ponía de su parte para poder entablar una amistad conmigo; A ti, que pasabas por mi lado dejando tu fabuloso aroma y que solo eras cordial.

Sentí todo diferente, e incluso Vero me notaba distinta cuando hablaba con ella casi todas las noches al volver a casa.

—Te noto cada día más rara Laura. ¿Seguro que todo va bien? — Suspiré.

—Todo está bien, te lo prometo Vero. ¿Por qué iba yo a engañarte?

—¿Te sigues viendo con él? —preguntó curiosa.

—¡No! Ya te dije que no era buena idea... —mentí, no le conté cuando estuviste hacía varios días en mi casa—, ¡además!, casi ni nos vemos — otra vez, mentí.

—¿Sabes una cosa, Laura? —noté un cierto matiz de ironía en su pregunta.

—No, dime. —Me acomodé en el sofá cruzándome de piernas y escuché atenta.

—Si tú te piensas que aquí la menda es gilipollas, tienes un problema —sonreí—. Te conozco desde que te salían mocos por la nariz, guapa. Sé cuándo estás bien, y sé cuándo no lo estás. Y tú, amiga mía, estás más pillada por ese tío que un mono agarrado a un árbol.

—Qué exagerada eres, Vero. ¿De dónde sacas eso? —a pesar de que sabía que mi amiga tenía toda la razón del mundo, no podía dársela.

—Hay algo que no me has contado. Sé cuándo no lo haces, tía — se quejó—. ¿Por qué me tomas por tonta?

—No te tomo por tonta Vero, es que... no es fácil escucharme a mí misma admitirte que sí —me tomé una pausa—, que tienes razón.

—¿En qué tengo razón exactamente? ¿En qué estás muy pillada? o

¿en que hay algo que no me has contado? —Suspiré cansada.

—En las dos cosas, Vero. —Escuché a mi amiga maldecir por lo bajo—. El otro día vino a casa y...

—¿Y...? ¿Te dejó tirada? —preguntó preocupada. Me la imaginé levantándose de su cama indignada.

—No. Le pedí que se fuera y que no se podía repetir.

—Muy bien por tu parte. ¿Y entonces? ¿Qué pasa? ¿Habéis vuelto a quedar?

—No, de hecho, se ha vuelto demasiado reservado conmigo. Un hola y un adiós más seco que la mojama. —Noté su risa—. Pero me duele un poco, si te soy sincera.

—Te lo dije —apuntó orgullosa. Me la volví a imaginar con su dedo índice apuntando hacía mi pecho mientras repetía una y otra vez esas tres dichosas palabras. Puse los ojos en blanco—. Y te lo voy a decir. —El qué vas a decirme ahora —pregunté agobiada.

—Que en cuanto te llame a la puerta de tu casa vas a volver a caer, Laura. Ahora mismo ese tío te tiene cogida, puede hacer lo que quiera contigo.

—No voy a caer, te lo prometo —dije para calmarla.

—Sí, claro. Tooodas pasamos por lo mismo y ¿a qué no sabes qué...?

—¿Qué?

—Que caemos como moscas, Laura. Y tú, perdona, no ibas a ser una excepción.

No supe qué decirle, sabía que de alguna manera tenía razón y sabía perfectamente que en cuanto me llamaras, iría como una tonta. Hablé con Vero durante otro rato, pero cambié de tema y me centré en el trabajo, en los cotilleos y en su pequeña, a la que ya echaba mucho de menos.

El viernes, a primera hora de la mañana, tenía una reunión con la junta. Melissa me pidió que asistiera. Nerviosa accedí por una ancha puerta, la abrí despacio y me encontré con vosotros dos y con Leo y Piero.

—¡Qué puntual, cielo! —Melissa se dirigió a mí con una sonrisa en los labios.

—¡Buenos días! —dije algo estresada.

Os fui mirando y comprobé que no habías reparado en mí. «Genial!» Pensé.

Me acerqué hasta vosotros dejando mis cosas sobre la mesa. Melissa, de inmediato, se acercó a mí y cogió mi brazo. Noté como todas las miradas se dirigían hacia nosotras. Ahora sí mirabas.

—He pensado que podíamos comer juntas, ¿te apetece? —sonreí.  
—Me apetece —respondí.

En ese momento, tres pantallas grandes de plasma, que se encontraban frente a la mesa de reuniones, se encendieron.

—¡Uy! Que empieza la reunión —dijo animada.

Me senté donde me indicó Melissa: entre vosotros dos.

Cada pantalla mostraba una cara diferente y saludaron en cuanto nos vieron a nosotros.

La reunión se me hizo corta y se realizó de forma satisfactoria. Todos me dieron la enhorabuena menos tú, que me ignoraste. Deseé que me calleras mal, lo juro.

Al cabo de un rato, Leo y yo nos fuimos a nuestras mesas a continuar con nuestro trabajo.

—¡Shht! ¡Shht! —Leo llamó mi atención.

—Dime. —Le miré por encima de la pantalla de mi ordenador.

—He quedado con varios compañeros para tomarnos algo al salir ¿Te animas? —comentó en un susurro.

—¿Qué compañeros? —pregunté intrigada, susurrando yo también.

—Los de márquetin —aclaró.

—Luego te lo digo, no me gusta hacer planes antes de tiempo —le contesté. Pero al parecer, eso no fue suficiente.

Vi cómo Leo se levantaba y caminaba hasta mi mesa. Apoyó su brazo en una de las baldas de la estantería que tenía al lado y me miró dibujando medio sonrisa.

—Si no te apetece solo tienes que decirlo. O si quieres, podemos quedar nosotros dos, si no te gusta la idea de que vaya más gente.

—Ya te he dicho que no me gusta hacer planes antes de tiempo, Leo. Si te digo que sí ahora, para luego decirte que estoy cansada, es tontería.

—Bueno, no insisto. ¡Por cierto! —Se inclinó hacia mi cuello y noté como respiró fuerte—. ¿Te has cambiado de colonia? —Sentí un cosquilleo y me reí.

En ese momento la puerta del despacho de Melissa se abrió y me encontré con tu mirada al salir. Leo se incorporó de inmediato y os mirasteis los dos. Una intensa mirada tuya traspasó la mía y, serio, te fuiste hacia el pasillo desapareciendo de mi vista.

A las dos de la tarde, Melissa apareció frente a mi mesa y casi no me di cuenta. Miré como quien no quiere la cosa hacia Leo, y lo pillé mirándome de nuevo. ¿Qué era lo que pasaba con ese tío?

—¿Nos marchamos? —preguntó Melissa sonriente.

—Cierro esto y nos vamos —dije guardando todos los archivos en la carpeta de mi ordenador

—Leo, cielo, si necesitas algo no dudes en llamarme. Laura estará conmigo, así que si necesitas algo de ella, ya sabes lo que tienes que hacer —le dijo Melissa con una bonita sonrisa en los labios.

—Adiós, Leo —dije evitando mirarle más de la cuenta.

Bajamos hasta el parking subterráneo y vi las luces de un bonito deportivo encenderse. Cuando miré a Melissa para preguntarle si el coche era el suyo, ella con la mirada me lo dijo todo.

—¡Menudo coche, guapa! —exclamé sorprendida.

—¿Te gusta? —preguntó y asentí con la cabeza—. Me lo regaló Marco el año pasado.

—Menudo detalle —fue lo único que dije.

Pensé en ti y en la forma de mirarme al salir del despacho de tu hermana.

Con los cinturones ajustados salimos del parking. Melissa no tardó en incorporarse a la carretera.

—Tengo ganas de que conozcas a alguien —dijo mientras miraba hacia el frente.

—No me digas que sales con alguien —dije risueña. Ella soltó una carcajada y yo no.

—¡Qué va! —dijo ya algo más seria—, ya te dije que dejé de creer en el amor. —Me miró un instante—. No te lo conté, pero el último chico con el que estuve, me dejó más tocada de lo que yo pensaba —se sinceró—. Pero de esto, ni una palabra a nadie, ¿eh? —me advirtió con una sonrisa.

—Soy una tumba —dije—. El amor es una mierda. Solo de ver a mis amigas sufrir por los mismos tíos de siempre se me quitaron las ganas de creer que ahí fuera, habría alguien esperándome a mí también.

Las dos nos reímos y Melissa propuso escuchar algo de música. Entre tanto, cuando me quise dar cuenta, el coche paró frente a un restaurante.

—¿A quién tienes ahí escondido?, ¿a un ministro? —pregunté mirando la elegancia del sitio. Pensé por un momento que iríamos a un restaurante de comida rápida, incluso pensé en invitarla, pero al ver el restaurante, casi me atraganté.

—A alguien más importante que un ministro.

—Me estás asustando con tanto secretismo —bromeé.

Accedimos dentro y el camarero nos acompañó hasta una mesa en la que nos esperaba una mujer que enseguida sonrió al vernos. No tardé en reconocer esos ojos azules, color cielo...

—Laura, está es Blanca, mi madre —Melissa sonrió.

—Un placer —Le di dos besos. Olía a jazmín... Ese olor me transportó por un instante a mi niñez, hacia un recuerdo que no sabía siquiera que existía.

—El placer es mío —dijo sacándome de mi ensoñación.

Me senté frente a las dos y, nerviosa, miré a Blanca. No me extrañó en absoluto que tanto tú como Melissa fuerais tan monos. Tu madre era una mujer muy atractiva, alta, de piel blanca aterciopelada y melena rubia. El corte de pelo favorecía los rasgos de su cara y le restaba edad. Sus

ojos, azules como el cielo, me llevaron a los tuyos y sonreí como una tonta.

El camarero nos trajo la carta y no pude disimular mi cara de asombro al comprobar los precios. Note como Blanca se dirigió con la mirada hacia mí.

—No te preocupes por los precios, cielo —me puse colorada—, pide lo que quieras sin ningún problema —sonrió.

Avergonzada pedí lo más económico y comestible posible con la excusa de que no tenía mucho apetito.

—¿Sabes? Tu cara me resulta muy familiar. Juraría que te conozco —preguntó, dudosa, Blanca sin dejar de mirarme. A mí ella no me sonaba de nada, así que me encogí de hombros.

—¡Mamá!, era masajista en el hotel que tú y papá nos recomendasteis a Marco y a mí. Quizás la hayas visto en alguna de las ocasiones en las que os habéis hospedado allí.

—Puede ser —respondió Blanca poco convencida y mirándome—, aunque no es fácil olvidar dónde se ha visto una cara tan bonita con esos ojos verdes.

Me sonrojé, sí. ¿Quién no? Noté como mi cara ardió.

—¡Gracias! —dije amablemente, sonriendo como una idiota. Por el rabillo del ojo veía a Melissa taparse la boca aguantando la risa.

El camarero no tardó en llegar con los platos. Durante la comida no dejamos de hablar y reír amistosamente hasta que tu llegada, y la de tu padre, nos sorprendió a todas, sobre todo a mí.

Tú también te quedaste sorprendido, no esperabas encontrarme allí, se notó. Miraste a tu hermana y luego me miraste, saludándome con un cordial «Hola, ¿qué tal?» Te sentaste junto a tu madre. Piero me dio dos besos y comentó lo bien que estuve en la reunión. De nuevo me puse colorada como un tomate. Demasiados halagos a los que no estaba acostumbrada a escuchar.

No pude evitar sentirme incomoda. Melissa se dio cuenta. ¡Gracias a Dios! no tardaríamos en marcharnos.

—Bueno, creo que deberíamos irnos, que tenemos muchas cosas que

hacer —dijo en una disculpa, levantándose de la mesa.

—Pero si acabamos de llegar. Además, quería aprovechar para hablar del cumpleaños de vuestro hermano —habló Piero.

Melissa me miró..., yo la miré.

—¿No podemos hacerlo este domingo en casa? Me gustaría enseñarle algo a Laura —dijo calmando mi ansiedad.

—Vale, vale. Ya hablaremos —contestó Piero.

Gustosa me despedí de todos menos de ti. Estuviste seco, demasiado distante y me dolió.

Al cabo de unos minutos, caminando hasta llegar al coche de Melissa, noté como me miraba. Subimos y, antes de arrancar, no tardó en soltar lo que pensaba.

—¿Qué ha pasado entre mi hermano y tú? ¿Hay algo que deba saber? —me miró a los ojos.

—No sé yo, ¿por? —me hice la tonta. Lo último que quería era que Melissa, a la que le había cogido ya demasiado cariño, pensara mal de mí.

—He visto algo raro entre vosotros dos —insistió. Con énfasis, levantó una de sus cejas.

—Pues no sé, ¿algo raro? —Seguí haciéndome la tonta hasta que conseguí que arrancara el coche, pero poco convencida, con el coche en marcha, se volvió a girar hacía mí.

—Sabes que te tengo mucho cariño, ¿verdad, Laura? —Asentí.

—Es mutuo, Melissa.

—Y sabes que, quitando que en el trabajo sea tu jefa, también soy tú amiga, ¿no? Puedes contarme lo que sea.

—Claro, lo sé. Te digo lo mismo.

Cogí aire en cuanto se incorporó despacio a la carretera.

—He visto lo tensos que os habéis puesto los dos al encontraros.

—¿Tensos? Yo lo he visto normal, no sé. —Me encogí de hombros y clavé la vista en la carretera.

—Conozco a mi hermano, Laura. Sé cómo se ha puesto y aunque parezca mentira, comienzo a conocerte a ti. Te has puesto como un palo —comenzó a reírse—, si lo que quieres es que saque mis propias conclusiones, te puedo asegurar que soy muy... —volvió a reírse—, rastrera. —¿Y qué conclusiones sacas? —La miré al fin.

Melissa se aclaró la garganta y me miró un segundo sonriendo descaradamente.

—Que vosotros os habéis liado. —Me quedé mirándola con un nudo en el estómago.

—Y... ¿En qué te basas? —Melissa chasqueo la lengua.

—Para empezar, lo sé. Tengo un hermano que me lo cuenta todo. —Casi dejé de respirar—, bueno, casi todo —rectificó.

—¿Cómo que te cuenta todo? —Contuve la respiración.

—Me comentó que en Madrid tuvisteis algo... —dijo ya más seria—, y que eso terminaría aquí, cuando llegaseis. Pero algo me dice que no ha sido así —volvió a sonreír.

Quise preguntarle por qué debería terminarse aquí lo que se empezó en Madrid a pesar de que los dos deseábamos lo mismo, pero me quedé en silencio, avergonzada.

—Lo último que quiero es que pienses que quiero aprovecharme de vosotros —dije bajando la mirada.

—¿Y por qué voy a pensar eso? Sé cómo os miráis. No estoy ciega —sentenció.

Unos minutos más tarde, estábamos entrando por el parking del edificio. Ya no se volvió a hablar más del tema y lo agradecí en el alma.

—¡Laura! —me llamó Melissa nada más cerrar la puerta del coche—. ¿Tienes planes para esta noche? —preguntó con una sonrisa.

—Ver alguna peli y comer palomitas ¿Se te ocurre algo mejor?

Melissa no tardó en colocarse a mi lado. Se enganchó de mi brazo y juntas, como si no hubiéramos hablado de nada, nos dirigimos hacia el ascensor.

—Podíamos salir por ahí, ¿ya sabes! Divertirnos. Prometo no beber ni que tú bebas tampoco —las dos nos echamos a reír.

—Vale, hecho —dije con una sonrisa.

Cuando llegamos a nuestra planta, no tardé en volver a mis papeles. Melissa entró en su despacho. Conecté el ordenador mientras me acomodaba en mi asiento y media hora más tarde, cuando ya estaba concentrada con mis textos, Leo apareció como de la nada, se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Qué tal la comida? —preguntó interesado—, veo que Melissa y tu habéis congeniado mucho —sonrió inocente.

—La verdad es que sí, es muy maja —dije sin apartar la vista de la pantalla de mi ordenador.

—Los chicos me han preguntado si vas a venir al final. Están deseando conocerte. —Lo miré un instante, volviendo a la pantalla de mi ordenador—, no creo que pueda ir con vosotros, iré a casa directamente —le contesté.

—¿Y tú número, me lo podrías dar?

Dejé de mirar la pantalla para mirarle a él y suspiré. Leo se adelantó.

—No seas mal pensada —se echó a reír—. Es solo por compañerismo, más que otra cosa. Vamos a pasar mucho tiempo juntos, Laura. Qué menos que tener tu número por si algún día pasa algo. Si necesito algo de ti no puedo llamar a Melissa, ¿no crees?

Tenía toda la razón del mundo. Además, no podría pasar nada malo por el hecho de darle a mi compañero mi número de móvil, ¿no? Si Melissa confiaba en él, ¿por qué yo no?

No tardé en dárselo y guardé el suyo en mi agenda de contactos.

—Gracias. —Se levantó de la silla y fue hacia su mesa.

—No hay de qué —dejé mi móvil sobre la mesa.

## Capítulo 14

En toda la tarde no volví a verte y Melissa se empeñó en acompañarme hasta casa.

—Vengo a buscarte sobre las diez. Nos vamos a cenar y ya veremos después que hacemos. ¿De acuerdo?

Cuando fui a contestarle, entró en su coche y se incorporó de inmediato en la carretera.

Subí a casa y me senté en el sofá. Me quité los zapatos que mataban mis pies y respiré. Respiré hondo echando la cabeza hacia atrás. Las palabras de Melissa, en el coche, sonaron de nuevo en mi cabeza: «Sé cómo os miráis, no estoy ciega» ¿Cómo se suponía que nos mirábamos? Terminé pensando en ti... «Marco, Marco, ¿qué narices has hecho conmigo?»

Mi móvil sonó devolviéndome a la realidad. Cuando en la pantalla vi el nombre de Fabián, tardé unos segundos en coger, por educación, la llamada.

—¿Sí?

—Hola. ¿Te pillo ocupada?

—Justo ahora iba a darme una ducha —confesé.

—¿Puedo ir a verte? —Escuché su sonrisa. No contesté—. He estado revisando los papeles que firmaste y veo que hay dos que se nos pasaron por alto.

—¿Tiene que ser hoy? —me puse seria.

—Cuanto antes tengamos todo en orden, mejor, ¿no crees?

—Ya... verás, Fabián, hoy no me encuentro muy bien, la verdad. ¿Puedo pasarme el lunes después del trabajo?

—¿Por qué no mejor me paso a buscarte al medio día y comemos juntos? —Sentí su sonrisa de nuevo y cogí aire.

—Tengo mucho trabajo, apenas tengo tiempo para comer —mentí.

—Pues me paso por tu casa —insistió—. Dame solo media hora.

No tenía ganas de visitas y menos de la suya.

—No es buena idea. Nos vemos entonces el lunes —le dije intentando quitármelo de encima.

—¿Y qué pasa con ese tour que teníamos pendiente?

«¡Joder, qué pesado!» Pensé.

—Bueno, tengo cosas que hacer, Fabián. Ya nos vemos el lunes.

—Colgué. —¡A tomar por culo! —protesté dejando mi móvil sobre la mesa del comedor.

Me di una ducha y me lavé el pelo. Al salir, me puse crema hidratante por todo el cuerpo, me sequé el pelo con el secador y con la ayuda de mi plancha me lo dejé liso.

Me miré al espejo después de colocarme un vestido que ni siquiera había estrenado. Me lo compré para la cena de empresa del año pasado, pero al final no fui; la madre de Vero se puso mala una noche antes y decidí quedarme con mi amiga comiendo chucherías y jugando a la play. Me reí al recordar ese día y, mientras dudaba si ir con ese vestido, decidí llamarla. Esperé impaciente, pero nadie contestó.

Media hora más tarde Melissa vino a buscarme. Le abrí la puerta descalza, medio maquillada e indecisa por el vestido.

—Y a mí me dicen que tardo más que una novia. —Me miró de arriba abajo—, eso es porque no te conocen —se río, entrando en casa—, ¿pero tú que has estado haciendo? —Cerró la puerta al entrar y vino hasta la habitación donde yo ya me encontraba.

—Pues que no sé qué ponerme —dije con las manos en jarras—. Nada me convence, no sé qué me pasa.

—¿Qué problema tiene el vestido tan mono que llevas puesto? —Melissa volvió a mirarme de arriba abajo.

—Pues que me veo rara y no sé... —Me miré al espejo después de tropecientos mil veces—. No me convence, no está hecho para mí.

—Mira. —Melissa se acercó a mí—. Este vestido es muy mono y te queda muy bien. Así que déjate de tonterías, que he reservado mesa

en mi restaurante preferido para dentro de veinte minutos y la espera no supera los diez. ¡Así que date prisa! Son muy exigentes.

Me di toda la prisa que pude. Me calcé unos zapatos con un tacón que sabía que me terminarían matando —siempre me acaban doliendo los pies, pero parece que se me olvida—, terminé de maquillarme y me eché colonia.

Salimos de casa y cuando ya íbamos por el ascensor, me percaté del ataque de risa que Melissa estaba teniendo mientras me observaba.

La miré extrañada.

—Lo siento —dijo en un intento por parar de reír—, es que por un momento me he visto reflejada en ti. —Yo no le veía la gracia, de hecho, la raya del ojo se me había torcido e intentaba retocarme en el espejo del ascensor—. Estás muy mona en serio, pero en mi vida he visto a una persona prepararse tan rápido como te he visto hacerlo a ti. Sonreí y cogí aire.

—Me has dicho que el restaurante al que vamos a ir es tu preferido, que en veinte minutos hemos de estar allí y que solo esperan diez a que aparezcas.

—Era una broma, solo era para que te dieras prisa.

Me quedé mirándola un instante.

—¿Ah, sí? Pues la próxima vez esperaré a que vengas a buscarme para empezar arreglarme, así te lo piensas dos veces, guapa —le dije riéndome.

Subimos al coche y fuimos a un restaurante indio.

—Espero que te guste, es uno de mis favoritos —dijo mientras entrábamos dentro.

—Nunca me he atrevido a probar esta comida, no me saques del kebab... —dije.

El camarero nos llevó hasta la mesa que Melissa había reservado. En el centro había unos artilugios que no sabía muy bien para qué eran. Leí la carta después de pedir un refresco, y me sentí desconcertada al enfrentarme a la sucesión de platos desconocidos y nombres casi incomprensibles. Miré a Melissa por encima de la carta y la vi sonreír.

—¿Me dejas elegir a mí? —preguntó al darse cuenta de lo perdida que estaba.

—Si, por favor —agradecí.

De entrante, en cuanto el camarero apareció, Melissa pidió un Poudum que estaba buenísimo con las salsas que nos dieron a elegir en distintos cuencos. Y entendí para qué era ese artilugio que había en la mesa. El camarero colocaba los platos ahí.

Melissa, que era muy observadora, pidió el pollo Tikka massala: trozos de pollo cocinados al horno y servidos en una salsa espesa que llevaba nata y distintas especias. ¡Buenísimo! Y Korma: de sabor suave hecho con coco y madrás; un plato bastante picante. Todo para compartir, claro está.

Aunque la comida no picara mucho, solo el madrás, dudé que mi estómago aguantara tanto plato exótico. Todos iban acompañados de arroz y me extrañó que no sobrara nada.

Al terminar nos trajeron una canastilla con toallitas enrolladas.

—¡Cuidado que están calientes! —me avisó Melissa en cuanto fui a coger una.

No pedimos nada de postre, nos habíamos quedado bastante llenas las dos. Como era de esperar, Melissa se adelantó en pedir la cuenta y, a pesar de que amenacé al camarero con la mirada diciéndole que no le cobrara a ella, este se negó, sonrió a Melissa y le cobró a ella.

—Deja que por lo menos a las copas te invite yo —dije saliendo del restaurante.

—¡Ni hablar! —sonrió—. ¡Además! Hemos dicho que no íbamos a beber. ¿No recuerdas nada de la última vez? —Solté una carcajada.

—No, no recuerdo nada, nunca mejor dicho.

De camino a una de las discotecas que Melissa solía ir, su móvil sonó. Miró la pantalla un instante y dejó que este sonara.

—¿No lo vas a coger? —le pregunté.

—No me interesa mucho la llamada —dijo ella sin volver a comentar nada más.

Al cabo de unos minutos salimos del coche y nos dirigimos hacía un

local donde, desde fuera, se adivinaba la música que sonaba. Miré la cola de gente a la espera de entrar y Melissa tiró de mí hacia una puerta trasera. Tocó dos veces y esta se abrió. Un chico mutado en un armario sonrió a Melissa y nos hizo pasar. La música sonaba fuerte. No estaba nada mal el ritmo.

—Déjame tu chaqueta y tu bolso, que voy a guardarlo —me pidió.

—Tengo una pregunta —elevé el tono de mi voz—, ¿siempre entras así en los sitios? —sonreí—. ¿Cómo una reina?

—Yo soy una reina. —Melissa me guiñó un ojo y la vi dando nuestras cosas a una chica con cara de simpática.

Accedimos por un pasillo paralelo al de la entrada y me vi entre la multitud de gente que bailaba como si estuvieran poseídos. Los parpadeos de luces casi me cegaban.

—¡Vámonos arriba que aquí es imposible de estar! —Melissa tiró de mi. Accedimos por unas escaleras y terminamos en la parte de arriba. Zona Vip.

En cuanto vi como un camarero subía una botella de ron y dos vasos, miré a Melissa que, con una sonrisa pícaro, me miraba a mí.

—Nos invita la casa —dijo ella después de darle las gracias al camarero.

—¡Ya! te recuerdo que tienes que conducir —le dije. No estaba dispuesta a probar el alcohol.

—Mi hermano va a venir, así que no me preocupa.

Mi cuerpo no tardó en ponerse en alerta.

—¿Cómo que viene tu hermano? —Noté lo rígida que me iba poniendo.

—¡Tranquila, yo no lo he llamado! —se rio—, suele venir los viernes por este sitio y hoy no iba a ser una excepción —dijo ella—. Le dejé caer que nos pasaríamos, así que... —Me sirvió una copa y luego se sirvió ella otra—. Vendrá, sabiendo que estás aquí.

—¿Cómo estás tan segura? —pregunté con la boca seca.

Melissa dibujó una sonrisa.

—Conozco a mi hermano, vendrá.

Una pequeña esperanza me hizo creer que Melissa tenía razón y que terminarías viniendo. Pero me equivoqué, allí no vino nadie y Melissa y yo, mientras esperábamos a que la visita, tan esperada por las dos, se hiciera realidad. Nos bebimos la botella de ron y para más delito, yo me encargué de pedir otra, de la cual nos bebimos la mitad. ¡Para matarme! Sí, lo sé.

—¿Sabes lo que creo? —Casi no me podía sostener ni de pie, ni controlar los movimientos de mi boca. Ni siquiera pensar con claridad, pero lo más increíble de todo es que tú estabas en mi mente, no sé cómo, pero estabas ahí como si fueras un okupa.

—Lo que creas tú, lo creeré yo también —me respondió Melissa.

Sin saber exactamente el porqué, comencé a reírme y Melissa también. Yo no podía parar y ella tampoco, así que las dos entramos en un círculo sin salida. Ella se reía porque yo no paraba de hacerlo y yo hacía lo mismo. Reíamos sin parar, hasta que un agrio sabor me vino a la garganta avisándome de lo que, segundos después, iba a ocurrir.

Y ocurrió...

Por mi boca eché lo que no estaba escrito, desde toda la cena a lo que desayuné el día anterior.

Cada vez que me acuerdo, me pongo mala. ¡Me da un asco...!

No creo recordar la vergüenza que pasé esa noche, ya no solo por todo lo que pude echar por la boca, sino porque Melissa, a continuación, vomitó a mi lado y las dos terminamos poniéndonos la ropa perdida. Parecíamos dos cerdas riendo y vomitando al mismo tiempo y lo que es peor, pringadas hasta las cejas, como la última vez.

¡Al final estrené el vestido, pero bien!

Menos mal que a mí me quedaba un poco de cordura, o eso creo recordar. Parte del alcohol digerido salió acompañado de la cena.

Llamé como pude a un camarero que nos ayudó a levantarnos y no sé ni cómo ni cuándo, terminé llamándote a ti.

Estábamos echas las dos un cuadro y cuando te vi aparecer, me quise morir; de vergüenza y de asco, las dos cosas.

—¿Es que no aprendisteis las dos la última vez? —Escuché que nos preguntaste. Miré a Melissa que me miraba y las dos empezamos a reírnos de nuevo.

—Lo siento, ya no me rio —dije mientras intentaba no hacerlo—, de verdad que ya paro —pero era casi imposible, seguí riéndome.

Noté como me cogiste casi en volandas y me introdujiste en tu coche. Aún me pregunto por qué no me dejaste allí tirada.

—Me encanta como hueles, Marco —dije cerca de tu cuello—, me pones... —me reí—, muy cachonda. —Te agarré de la camiseta y recuerdo que intenté desabrocharte los botones.

—Estás muy borracha, Laura. —te oí decir.

Melissa se iba descojonando en la parte de atrás del coche y yo reía con ella.

Aún me pregunto cómo pudiste tener tanta paciencia con nosotras.

No recuerdo muy bien cuándo volviste a cogerme en brazos y menos, cuando me metiste en la ducha, de eso me di cuenta al levantarme de la cama, olía bien y tenía el pelo algo mojado.

La cabeza me dolía horrores y en cuanto me incorporé y vi dónde me encontraba, me tapé rápidamente como si ese gesto me teletransportara a mi casa. La almohada olía a ti y deseé que la tierra me tragara, lo deseé con todas mis fuerzas.

—A lo hecho, pecho —me dije saliendo de la habitación con lo primero que encontré: una camisa tuya, que se encontraba en una silla bien colocadita y limpia.

Eres tan ordenado... Tan cuidadoso y organizado...

Caminé sin hacer ruido por toda la casa y llegué hasta la cocina, donde tú te encontrabas, justo donde la última vez. Mirabas por la ventana y sostenías la misma taza de café.

—Hola —dije avergonzada. Temía que pensaras que tenía un problema con el alcohol, yo comenzaba a dudarlo.

—¿Ya te has despertado? —Te levantaste dejando la taza sobre la

mesa y caminaste hasta mí.

—Sí. Gracias —dije mirándote. Estabas frente a mí y te veía más guapo que nunca.

Y tú olor... tu olor era como tu mirada, intenso.

—Gracias... ¿Por qué? —Qué mala persona fuiste en ese momento, sabías a lo que me estaba refiriendo.

—Sabes el porqué —aparté la mirada.

—Quiero que lo digas —me pediste, estabas enfadado, molesto y no te culpo.

Cogí aire.

—Por venir a buscarnos, por traerme a tu casa, por... —Miré la camisa que llevaba puesta, toqué mi pelo algo húmedo —por cogerte tu ropa sin tu permiso.

—Será la última vez que haga algo parecido, Laura —tu contestación me dejó sin respuesta—, te creía más lista, más adulta. —Te miré extrañada. Me costaba respirar—, ¿en qué coño estabais pensando? ¿Eres consciente de lo que os hubiera pasado, si no se te ocurre la genial idea de haberme llamado? —Tu mandíbula se tensó y me fulminaste con la mirada.

—Lo siento —fue lo único con lo que pude defenderme. Tenías razón, había sido una inconsciente.

—¿Lo siento? —te reíste irónico y te diste la vuelta caminando hasta la mesa donde volviste a coger la taza.

—¡Hombre! —comencé a decir—, si hubieras aparecido como todos los viernes, tal vez nos hubiéramos ahorrado pillar la cogorza de anoche —me atreví a decirte a sabiendas de que era una estupidez —¿Me estás echando a mí la culpa? ¿Pero tú te estas oyendo?

—Melissa dijo que vendrías. —Me crucé de brazos.

—¿Y por qué diste por hecho que iría?

Se me secó la boca.

—Porque estaba yo... —. Al escucharme, soné fatal, soné ridícula.

Me sentí tan estúpida cuando vi que te reías...

—¿Crees que voy a ir besando el suelo que pisas solo porque nos hayamos liado un par de veces? —Caminaste de nuevo hasta mí, tranquilo y serio.

Cerré los ojos y mantuve la respiración, quería marcharme, desaparecer y no volver a verte jamás.

—No creo nada —dije como pude—, tengo que irme. —Me di la vuelta. Pero tú no estabas dispuesto a dejar las cosas así.

—No te he dicho que puedas marcharte. No hemos terminado de hablar —sentenciaste frío.

—Me importa una mierda si no hemos terminado de hablar. Quiero irme a mi casa —elevé un poco la voz.

—No, no vas a irte. Por lo menos hasta que no aclaremos un par de cosas.

—Acabas de dejármelo todo muy claro Marco. ¡Gracias! —dije irónica.

—¡Pensé que serías diferente Laura, por Dios! —gritaste enfadado. Entorné los parpados y cerré los puños.

—A mí no me grites —vociferé—. No me gustaría despertar a tu hermana.

—¿Te preocupa despertar a mi hermana? ¿En serio? ¿Y lo de anoche no te preocupó en absoluto?

Resoplé y acaricié mi entrecejo con la esperanza de calmarme.

—Mira, no te voy a quitar la razón. ¡Vale! —Levanté mis manos—. Tienes razón, bebimos más de la cuenta ¿Qué hago ahora? ¿Eh? ¿Aguantar cómo un tío como tú me grita y me regaña como si yo fuera una cría?

—Sí —gritaste.

—¿Y eso por qué? —grité más alto todavía.

—Porque te comportas como una cría de quince años. ¡Madura de una puta vez!

Me quedé mirándote mientras pensaba en una contestación coherente, pero tenías razón. Tu pecho subía y bajaba rápidamente, y no pude

evitar desviar mi mirada hasta tus ojos y bajar hasta tus labios entreabiertos.

—¿Qué problema tienes conmigo, Marco? ¿Fue porque te dije que no deberíamos volver a repetir?

Clavaste tus ojos en los míos y dibujaste una mueca con los labios.

—Anoche me dejaste muy claro que, si me lo propusiera, besarías mis pies.

Lo de besar tus pies, me mató. Te miré incrédula y sin decir nada más, me di la vuelta y me fui hasta la habitación en la que había dormido en busca de mi ropa. Pero al entrar y buscarla con la mirada, allí solo estaba mi bolso y mis zapatos manchados.

Busqué a Melissa por tu casa, pero allí no había nadie. Regresé a la cocina, allí me esperabas tranquilo, era como si supieras cómo iba a actuar.

—¿Se puede saber dónde está mi ropa? ¿Y tú hermana? —pregunté enfadada.

—Mi hermana se marchó hace rato. Si a lo que tú llamas ropa, es el vestido que llevabas anoche lleno de vómito... —Abriste una pequeña puerta que había en la isla, y señalaste la basura—. Lo he tirado. ¿Lo quieres?

Me quedé en silencio.

Melissa se había marchado sin mí. Y... me sentía perdida.

Volví a la habitación y busqué mi móvil dentro del bolso, pero no estaba. La cosa se iba complicando y nunca, nunca en mi vida, me vi en una situación parecida.

—¿Buscas esto? —Te apoyaste en el marco de la puerta enseñando mi móvil que bailaba en tus manos.

—¿Por qué lo tienes tú, si puede saberse? —Te fulminé con la mirada y no me moví del sitio.

—Lo dejaste en mi coche. —Diste un paso hacia mí.

Ya no estabas tan serio, parecía que la situación te divertía un poco.

—Pues devuélvemelo —me crucé de brazos.

—Si lo quieres... —Sonreíste de medio lado—, ven a por él.

—¿A qué juegas? Solo quiero llamar a tu hermana para que pase por mi casa y me traiga algo de ropa —casi no me salía la voz.

—Pues ven a por tu teléfono si es lo que quieres... —repetiste.

Me desesperé en el alma, pero, al mismo tiempo, esa situación me estaba elevando a niveles de excitación inexplicables.

—También puedo salir de tu casa con tu camisa, y llamar a un taxi —me puse chula.

Los dos nos quedamos en silencio, retándonos con la mirada, hasta que escuché la puerta de la calle. Era Melissa.

Sonreíste, tiraste mi móvil a la cama y te diste media vuelta. Unos segundos más tarde, tu hermana entró a la habitación con algo de ropa para mí.

—Hola —dijo avergonzada—. Espero que esto te valga.

—Gracias, Melissa —sonreí.

—¿A ti también te ha echado la bronca? —preguntó sacando unos pantalones y una blusa negra con dibujos de margaritas.

—Sí, está muy enfadado. —Me quité la camisa que olía a ti. Aspiré con fuerza sin que Melissa se diera cuenta y la dejé como estaba sobre la silla. Cogí los pantalones, la blusa, y me vestí.

—Lo siento —se disculpó Melissa—. Yo tuve la culpa.

—¡Ey! —Hice que me mirara—, aquí bebimos las dos —sonreí—. ¿Tú te acuerdas de algo?

—Solo me acuerdo... —se rio—, escucharte decirle a mi hermano que todas las noches soñabas con él, que era el amor de tu vida.

Dejé de respirar...

—Dime que no estás de broma —dije seria.

—No, no estoy de broma. Recuerdo perfectamente ese momento.

—Y... ¿qué hizo tu hermano? —Me temblaban las piernas, las manos... ¡Me temblaba todo!

—Te besó, pero se apartó diciendo que estabas borracha y que así no

se hacían las cosas.

—¡Dios, Melissa! —Me llevé las manos a la cabeza—, no puede ser. Me voy a prohibir salir contigo, te lo juro —dije a punto de echarme a reír por los nervios.

—¿En serio te vas a creer lo que una borracha pudo oír? —preguntó divertida—. ¿Cómo quieres que me acuerde de algo si bebí más que tú? —Cerré los ojos y respiré aliviada.

Ya vestida, me dirigí a la cocina para decirte sin ninguna gana, solo por educación, que me marchaba a mi casa.

—Deja que te lleve —me dijiste tranquilo.

—No, gracias. Ya te he causado demasiados problemas. Llamo a un taxi.

—Yo te llevaría, cielo, pero a mí no me ha dejado conducir y creo que no me dejará hacerlo —comentó Melissa.

Miraste a tu hermana y está se quedó en silencio haciendo una mueca divertida mientras se daba la vuelta, marchándose al salón.

—Voy a llamar a un taxi. —Te miré con mala cara.

Me di la vuelta y me encaminé hasta la salida.

—Luego te llamo, Melissa —dije antes de tocar con mis manos el pomo de la puerta.

Pero te interpusiste entre mi mano y el pomo, obligándome a quitar la mano en cuanto I pusiste la tuya sobre la mía.

Esa maldita descarga me azotó entera.

—¿Pero tú eres tonto o qué te pasa? —dije molesta en voz baja para que Melissa no pudiera escucharme.

—Aquí la tonta eres tú —contestaste—. He dicho que yo te llevo.

—Y yo te digo, que lo que tú me digas, me importa muy poco —intenté mantener la calma.

—Tengo que hablar contigo, Laura —tu voz sonó a petición y no me quedó otra que calmarme. Acepté.

## Capítulo 15

Hicimos el trayecto en silencio y bajamos del coche sin abrir la boca. En cuanto llegamos a mi casa, subimos por el ascensor y, nerviosa, metí la llave en la cerradura. Entré en casa y me fui directa a la cocina. Necesitaba un café, algo que me despejara la mente y ver las cosas con claridad. —¿Quieres algo de beber? —te ofrecí, en cuanto entre a la cocina.

—No —contestaste seco.

Me preparé un café solo y le eché dos sobres de azúcar.

—¿Y bien? —Me senté en el sofá—, ¿de qué quieres hablar? —Te miré.

Te aclaraste la garganta y miraste la hora en el reloj de tu muñeca. Miré tus labios que se humedecieron.

—¿Recuerdas algo de anoche?

—¿Algo en concreto? —pregunté soplando y bebiendo de mi café. Evitaba mirarte, estabas tan, tan guapo...

—¿Recuerdas algo sobre la conversación que tuvimos?

Noté como se me engarrotaban todos los músculos de mi cuerpo. A lo mejor Melissa sí que escuchó lo que creyó escuchar.

—¿Qué conversación? Ni siquiera recuerdo que me dieras un baño.

—Estabas llena de vomito por todas partes —dijiste en tu defensa—. No podía meterte en mi cama así.

Me moví incomoda y me mordí los labios. Me hubiera gustado discutir el hecho de que me bañaras, desnuda en tu bañera, pero lo dejé pasar.

—Bueno, ¿qué conversación tuvimos, si se puede saber?

Me quitaste la taza de las manos, la dejaste sobre la mesa.

—Una en la que decías que no dejabas de pensar en mi... — Dibujaste una bonita sonrisa.

—El alcohol hablaba por mí, esa no era yo —me hice la dura mientras

asimilaba lo que acababas de decirme.

—¿Seguro? Me pediste que te hiciera el amor.

—¿Qué yo te pedí qué? —Negué con la cabeza y me reí—, no creo.  
—Aparté la mirada, me puse nerviosa.

—Entonces, imagino que no te gustaría saber qué fue lo que te dije yo, ¿verdad? Ni lo que pasó después de esa conversación.

Tragué saliva. Claro que quería saber qué me respondiste, claro que quería saber qué fue lo que pasó después.

Mi orgullo no me permitía responderte, aún estaba molesta por cómo me habías hablado en tu casa a pesar de que tenías toda la razón del mundo, pero en cuanto vi las intenciones de levantarte, te cogí de la muñeca. Busqué tu mirada hasta que se encontraron.

—¿Qué fue lo que dijiste? —pregunté al fin—, ¿qué fue lo que pasó? —casi no me salía la voz. Cerré los ojos al sentir tu mano acariciar mi mejilla.

—Que yo tampoco dejaba de pensar en ti —dijiste casi en un susurro—, casi eres mi último pensamiento, Laura —confesaste.

—¿Es eso verdad? —Te miré a los ojos. Tu boca estaba tan cerca de la mía...

—Una gran verdad, Laura. —Tus labios se acercaron a los míos y un dulce beso abrió todos los poros de mi piel.

Aún se me pone la piel de gallina al pensar en ese beso, al escribir ese momento.

—¿Y qué pasó después? —Me aparté, manteniendo la distancia justa para mirar tu cara.

—Aguanté las ganas de hacerte el amor como me pedías mientras te bañaba —me reí—, y luego, te metiste en mi cama. —Volviste a acercar tus labios de nuevo—. Y te quedaste dormida, en mis brazos.

Me dejé llevar por tus palabras que me hicieron olvidar tu comportamiento de varios días. Lo olvidé todo, centrándome en el momento en que solo estábamos tú y yo. Esa vez, hice el mayor Mindfulness.

Desbroché despacio los botones de tu camisa mientras nos besábamos.

Tú no tardaste en deshacerte de mi blusa, que terminó sobre un cojín. Ya de pie, mientras luchábamos desesperados por quitarnos los pantalones, entre besos, fuimos hasta mi habitación.

Recuerdo cómo dejaste caer mi cuerpo sobre la cama sin dejar de mirarme. Terminamos de desnudarnos.

—Laura... —susurraste besando mi cuello. El aire de tus palabras me creó un ligero cosquilleo.

—Marco...

Nos besamos con ganas, con pasión. Tus manos recorrían mi cuerpo, mis manos tocaban tu ancha espalda, transportándome al día en que te toqué por primera vez.

Una mano viajó hasta el centro de mi entre pierna, tocaste mi sexo húmedo, preparado para ti.

—¿Crees que es buena idea? —Noté cómo sonreíste al hacerme esa pregunta.

Acaricié tú miembro que presionaba mi vientre y un pequeño gruñido de placer salió de tu garganta.

—Creo que es buena idea —jadeé desesperada porque me penetraras, me tocaras, me llenaras de placer. Deseando que me hicieras tuya.

Pero quisiste hacerme sufrir y hacerme saber que eras tú quien mandabas. Clavaste la punta de tu pene en mi sexo. Me incliné buscando que entraras en mi interior.

—¿Tienes prisa? —Mordiste el lóbulo de mi oreja.

—Sí... mucha —jadeé inclinando de nuevo mis caderas.

—Vas a tener que esperar. —Tu boca bajó por mi cuello hasta llegar a mis pechos—, necesito saborearte primero —dijiste, chupando mi pezón con mimo.

Gemí al sentir un latigazo de placer en el centro de mi sexo, tu dedo índice acariciaba mi clítoris mientras, con la boca, absorbías mi pezón.

Para castigarme, me penetraste de una embestida que me volvió loca. Sentí tu risa, mientras con la boca, bajabas dibujando un camino húmedo por mi piel. Abriste mis piernas despacio y entonces... la punta

de tu lengua acarició mi clítoris.

—¡Dios, Marco! —dije a punto de estallar por las ganas contenidas. Tu lengua acariciaba mis labios vaginales con una destreza impresionante. Chupaste mi clítoris como si fuera mi lengua y me absorbiste en cuanto te lo pedí.

La sacudida del orgasmo que recibí fue brutal.

Colocaste tu mano en mi sexo y esperaste a que me calmara. Volviste a tocarme con la punta de tu lengua, enseguida tus manos se colocaron debajo de mi trasero y me levantaste a tiempo que me absorbías de nuevo.

No tardé en recibir otro orgasmo que me dejó más exhausta que el anterior.

Grité tu nombre con ganas y cerré los ojos disfrutando de esa maravillosa sensación.

Te incorporaste.

—¡Que rica estás! —Acercaste tu boca a la mía y te abracé con mis piernas. De una embestida entraste dentro de mí.

Me doblé entera en cuanto me penetraste una segunda vez; una tercera; una cuarta; una quinta a un ritmo lento... y pausado.

—Me estás matando —dije como pude.

—Laura —jadeaste tú también—, no he traído ninguna protección.

—¿No tienes nada en el coche tampoco? —pregunté cerca del orgasmo.

La verdad es que me daba igual lo que hicieras en ese momento. Yo llevaba un año tomándome la píldora por mis reglas irregulares, pero no me atreví a decirte nada.

Dos embestidas más y sentí como el orgasmo recorría mi cuerpo sin piedad. Grité de placer pronunciando tu nombre y en cuanto noté que estabas a punto de irte, sin pensármelo dos veces, me incorporé. Tú, que tenías tu miembro agarrado, al ver mis intenciones, me la metiste en la boca.

La introduje despacio acariciando la punta con mi lengua. Dos veces

la metiste entera al borde de una arcada. No aguantaste más. Tu cuerpo se tensó, agarraste mi pelo y en cuanto un gruñido de placer salió de tu garganta, con deleite sentí el líquido caliente caer por garganta.

Me sentí satisfecha, ni siquiera los tres orgasmos que había recibido se podían comparar con el placer de hacerte disfrutar.

Mi boca sabía a nosotros.

Alcé la mirada encontrándome con la tuya y me levantaste hasta ponerme a tu altura.

Nos besamos, con furia, con ganas y nos dejamos caer en la cama en silencio.

Noté como tu cuerpo desnudo se giraba hacía mí, al cabo de unos minutos. Yo hice lo mismo. Nos miramos en silencio durante un buen rato, hasta que acariciaste la mejilla y te dispusiste a hablar.

—Siento mucho como te hablé en mi casa —dijiste en un tono de disculpa.

—Tenías toda la razón del mundo, Marco. —Froté mi cara—, podía... pudo haber pasado cualquier cosa, vete tú a saber... —dije arrepentida y avergonzada al mismo tiempo.

—Pero me llamaste a mí —sonreíste. Acariciaste mis labios y ese gesto me excitó de nuevo.

—¿A quién si no? No mentía cuando te dije que no podía parar de pensar en ti —te confesé—. A pesar de que no me acuerdo de esa conversación, no mentía cuando te lo dije.

El sonido del timbre nos hizo mirarnos a los dos.

—¿Esperas a alguien? —preguntaste extrañado.

—No, que yo sepa. —Abrí la puerta de mi armario y me puse lo primero que pillé, mi pijama de ovejitas.

Me encaminé hacia la puerta, te quedaste en la cama. Cuando abrí la puerta, lo último que esperaba ver era la sonrisa arrogante y los ojos oscuros de Fabián. Sostenía una carpeta y olía a perfume caro.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó estudiándome de arriba abajo —un pijama bastante sexi. ¿No te lo han dicho nunca? —

preguntó. Miró por encima de mi hombro.

Me molestó ese gesto cotilla y se lo hice saber con la mirada que le lancé.

—Te dije que nos veríamos el lunes —me quejé cruzándome de brazos mientras me apoyaba en la puerta.

—Ya... bueno. Creo que estos papeles no esperan al lunes, Laura. Debes firmar para legalizar el contrato. Mientras tanto, yo puedo venir cuando me plazca, el piso es de mi propiedad.

Tú apareciste colocándote detrás de mí, ya vestido. Fabián te miró primero a ti y luego me miró a mí sorprendido.

—¿Qué hay, Fabián? —le saludaste, congelando la sonrisa presuntuosa que dibujaba sus labios.

—¿Estabais ocupados? ¡Vaya, lo siento! —dijo cortado.

Le hice pasar por educación y vi cómo analizaba el salón de arriba abajo. Menos mal que todo estaba ordenado. Mi taza de café aún seguía sobre la mesa.

—Espero no haber interrumpido algo importante —dijo mirando hacia ti.

—La verdad es que sí —le contestaste.

Sonreí en mis adentros.

—Bueno, solo tienes que firmar aquí en estos dos documentos y me marcharé.

Fabián dejó la carpeta sobre la mesa y sacó dos hojas. Las leí antes, pero al ver como os retabais los dos con la mirada, me di prisa y firmé.

—¿Queda en pie lo de vernos este lunes? —me preguntó Fabián antes de salir por la puerta.

—Ya no hace falta —le dije—, pero gracias por tu interés.

—Marco... —Te miró e inclinando la cabeza, me sonrió—, Laura ya nos veremos.

Cerré la puerta y me quedé apoyada en ella mientras me mirabas.

—No esperaba su visita en absoluto —dije como si tuviera que darte algún tipo de explicación, la verdad es que sentí que debía dártela.

—Conozco muy bien a Fabián, no hace falta que me des explicaciones —dijiste dándote la vuelta.

«Adiós, momento mágico. Bienvenida, realidad»

No tardaste en marcharte de mi casa, tu comportamiento volvió a ser distante de nuevo. No entendía qué era lo que se suponía que tenía que sentir realmente y no estaba dispuesta a jugar a un juego que no era el mío. Yo no funcionaba así, lo sabes.

## Capítulo 16

El Domingo, decidí pasear sola por la ciudad e intentar organizar mis ideas, mis sentimientos. No te miento si te digo que al final terminé peor de lo que empecé. Después de pasear por la playa y que una niña de seis años se me quedara mirando mientras caminaba agarrada de las manos de sus padres, terminé pensando en los míos.

Volví a hacerme las mismas preguntas de siempre y la contestación de mi tía, me hizo parar.

«Lo único que debes saber de tus padres es que hubieran dado su vida por ti. Te querían y te amaban con locura y lo importante, niña, es que tú siempre los tengas en tu corazón, porque allá donde vayas, ellos estarán contigo. No lo olvides. ¿Para qué saber más? ¿Para qué hacerte las mismas preguntas una y otra vez? Todo lo que debes saber es todo lo que yo siempre te he contado».

Me senté en un banco e intenté distraerme disfrutando de la brisa del mar. Y sí, dejé de pensar en una cosa para terminar pensando en otra que también me generaba preguntas que no sabía responderme. De nuevo estabas ahí, en mí cabeza.

Todo lo que me dijiste... lo que sentía cada vez que te tenía cerca... la manera que tenía mi cuerpo de reaccionar...

¿Cómo había llegado a esa situación? Necesitaba verte, sentirte, escuchar tu voz...

¿Me estaba volviendo una adicta a ti o algo por el estilo? No sabía qué pensar y cuanto más lo hacía, más frustrada me sentía.

Esa tarde, recibí la llamada de Melissa. La noté rara, decaída, y quedamos para tomarnos un café que se alargó más de la cuenta, y terminó liándome de nuevo. Fuimos a cenar a un chino y sin darme cuenta, terminé preguntando por ti. Me dijo que llegaste raro a casa y que decidiste pasar la tarde con tu hija y la madre de esta. Desde entonces, no volvió a saber de ti. Ni siquiera apareciste en la comida que tus padres siempre preparaban los domingos.

—¿Tú crees que ellos pueden volver? —pregunté asustada.

Me había permitido contarle a Melissa lo que ocurrió. Ella sería mi confidente, la que no me diría «te lo dije» como me repetía Vero.

—¿Mónica y mi hermano? —se rio—, lo dudo mucho, la verdad. ¡Además! Creo que a mi hermano le gustas de verdad —me dijo.

Mi cara empezó a irradiar calor.

—¿Por qué estás tan segura de eso? —pregunté sin atreverme a mirarla.

—Primero, porque es mi hermano, y segundo —se quedó pensativa—, porque lo digo yo y punto. Para esas cosas soy muy bruja, ¿sabes? —dijo divertida.

—Te pareces a Vero —comenté—, solo te falta su famoso «Te lo dije» —me eché a reír y lamenté no atreverme a contarle todo a Vero.

—Bueno, yo no digo eso exactamente, pero si un ¿te suena de algo? —las dos nos echamos a reír por el comentario.

—¿Puedo serte sincera? —dije ya más seria.

—Claro que sí.

—Tengo miedo a sufrir, nunca antes sentí algo parecido. —Tragué saliva al terminar la frase.

—Alguna vez tiene que ser la primera, cielo. Siento mucho la situación de todo, no debe de ser fácil sentir algo por la persona con la que trabajas. Pero también te digo que mi hermano actúa así porque se siente confundido... —me dijo.

—¿Y mientras tanto? ¿Cómo se supone que va a ser esto? ¿Viene a mi casa, echamos un polvo y luego desaparece? —pregunté frustrada.

—Haz que aclare lo que siente. Hablando se entiende la gente ¿no? —Me miró mientras se encogía de hombros—. Y ya, decidís.

¡Dios! Todo iba demasiado rápido, era imposible asimilarlo.

Me llevó a casa y cuando me metí en la cama, no pude ignorar el perfume que se había quedado grabado en la almohada. Me abracé a ella y aspiré el olor. Me dormí pensando en ti y cuando me desperté, sobre las dos de la mañana, me enfadé conmigo misma porque me entraron ganas de llamarte. No sabía cómo narices

manejar la situación.

El lunes, a media mañana, entré en el despacho de Melissa con dos cafés, uno para ella y otro para mí. Apenas la había visto.

Me encontré una Melissa agotada.

—No sabes cómo te lo agradezco, hoy estoy muerta —me dijo dibujando una sonrisa en sus labios, en cuanto le dejé el café sobre la mesa.

—¿Estás bien? —preocupada, me senté frente a ella.

—Sí. No te preocupes. Hoy me he levantado cansada. ¿Tú qué tal?

—Yo bien —mentí. La verdad era bien distinta, comenzaba a estar saturada de tanto pensar, yo sola me estaba creando un mundo—. ¿Has dormido bien, Melissa?

Dejé el café sobre la mesa y me levanté para acercarme a ella. Comencé a masajearle la zona del cuello, estaba tensa.

—La verdad es que no —la voz se le entrecortó—. Anoche me llamó mi ex y bueno... no pude pegar ojo.

—¿Y para que te llamó? —pregunté interesada mientras seguía con el masaje.

—Para decirme que aún me seguía queriendo, que me echaba de menos...

Paré y la miré un momento.

—Esa historia no me la has contado —me quejé de broma.

Melissa se giró hacía mí.

—Es mejor que no la sepas, cielo —la forma en que lo dijo me apenó—. Sufrí mucho.

La abracé sin pensarlo.

—Pues olvídala y no lo pienses. Piensa solo las cosas que te hacen reír, que te hacen sentir bien. —Acaricié su larga melena rubia y me separé para mirarla—, cuando estés así, llámame o pásate por casa, las puertas están abiertas para ti, siempre.

Melissa me abrazó y noté como un nudo se le instalaba en la garganta. Me entraron ganas de llorar.

Me sentí rara, yo no era de llorar fácilmente. Aprendí de pequeña a aguantar las ganas y mi cuerpo, de forma automática, se bloqueaba. Pero, últimamente, desde que tú apareciste, llorar parecía fácil.

La puerta del despacho se abrió y te quedaste mirándonos a las dos. —¿Interrumpo algo? —Cerraste la puerta.

—No. —Me puse nerviosa—, solo estaba dándole un masaje a Melissa, tiene la zona del cuello cargada. —Miré a Melissa y me dio las gracias gesticulando con los labios.

Cogí mi café al sentir que yo ya no pintaba nada allí y pasé por tu lado.

Volví a mi mesa. Leo estaba centrado en su trabajo. Esa mañana no paraba de recibir y contestar llamadas.

A mediodía, decidí ir a comer con él. Fuimos a un pequeño establecimiento de perritos calientes y nos sentamos en una de las mesas de la terraza. Aún hacía calor en esa fecha y quería aprovechar los pocos días de sol que quedaban.

—¿Te estás adaptando bien en el trabajo? —me preguntó Leo. No sabía qué tipo de conversación entablar entre nosotros.

—Sí, la verdad es que estoy a gusto —le sonreí.

A pesar de las sensaciones raras que a veces notaba en sus descaradas preguntas, no se le veía mala persona.

Pasé la tarde en el departamento de creatividad, riéndome mientras mis compañeros debatían sobre el mensaje que debían de transmitir en un anuncio de colonia. Unos saltaban en las camas elásticas mientras discutían sobre el contenido y otros, se entretenían con otra cosa. No podía evitar reírme de las situaciones que, por momentos me parecían tan absurdas.

Cuando estaba a punto de marcharme a casa, te vi salir de tu despacho. Tu mirada se encontró con la mía, pero no dijiste nada. Creo, en cierta medida, me acostumbré a tu comportamiento extraño. Con un escueto, «hasta luego» desapareciste por el pasillo. Melissa se fue mucho antes, estaba muy cansada y rara, muy rara.

La llamé antes de marcharme y le pregunté si necesitaba algo, pero en cuanto escuché su voz decaída, supe lo que ocurría.

—¿Quieres que me pase por tu casa? O mejor, ¿te quieres venir a la

mía? —pregunté mientras apagaba el ordenador.

—No, cielo. No estoy sola ahora —dijo y lo entendí.

—Bueno, llámame luego, ¿vale?

—Vale cariño.

Colgué la llamada y mi curiosidad por saber más de su ex novio y de lo que le había pasado, fue en aumento.

Volví a casa aproximadamente sobre las diez, decidí a medio camino ir dando un paseo. De nuevo necesitaba despejarme.

Me preparé un sándwich de espinacas y queso de cabra, después de darme una ducha, me tumbé en el sofá a ver un poco la tele, pero no sé cuánto tiempo estuve así, terminé quedándome dormida.

Por la mañana, al mirar el móvil antes de irme a la oficina, comprobé que Melissa no me había llamado. Esa mañana no apareció por su despacho. La llamé un par de veces, pero no me cogió el teléfono, así que, angustiada por no saber nada de ella, después de que mis compañeros, incluido Leo, se marcharan a comer, me quedé junto a mi mesa. Sabía que tú estabas en tu despacho, por eso decidí acercarme y llamar a tu puerta.

Abrí despacio y, nada más entrar, tu mirada se clavó en la mía. Cerré la puerta.

—Espero no incomodarte. —Se me secó la boca y humedecí mis labios—. Solo quería saber si Melissa está bien, la he estado llamando, pero no me coge el teléfono.

Tenías mala cara, estabas preocupado por algo.

—Siéntate, por favor —me pediste serio.

Te miré esperando alguna respuesta, pero no me atrevía a hablar. Te costaba formular las palabras adecuadas para la noticia que tenías que darme.

—¿Melissa está bien? —no pude evitar sentirme nerviosa, tu hermana era algo más que una jefa para mí; era mi confidente, mi amiga.

—Sí. Melissa está bien —dijiste por fin. Respiré aliviada al escuchar la noticia y cerré los ojos un instante—. Anoche la encontré tirada en la cocina de su casa. —Abrí los ojos de par en par y te escuché

atentamente—. Se autolesionó y estaba inconsciente.

«Se autolesionó y estaba inconsciente», «se autolesionó y estaba inconsciente». Esa frase golpeaba mi mente una y otra vez, de forma incesante.

—Necesito verla, ¿dónde está?

Frotaste tu cara, estabas agotado... Me levanté y, sin dudarlo, te di un abrazo que duró tanto, como tu necesitaste.

—No ha dejado de preguntar por ti, claro que puedes ir a verla — tu voz estaba tan llena de pena, de sentimientos... Me aparté un segundo para mirarte y no pude contener las ganas de besar tus labios.

Tu boca siguió a la mía en un dulce beso y me abrí paso buscando tu lengua, que no tardó en encontrar la mía.

Unos nudillos golpearon suavemente la puerta y, antes de que pudiéramos reaccionar, Leo entró en el despacho. Lo miré avergonzada, luego te miré a ti...

La verdad es que no me importaba lo que Leo pensará, él no me conocía en absoluto, no sabía nada de nosotros, nada. Pero sabía que los posibles cotilleos no me gustarían y eso me haría daño, y no solo como persona, también como profesional.

\*\*\*\*\*

—Leo... —quería explicarme. Llevaba ya un rato en mi mesa y aún no me había atrevido a hacerlo.

—No tienes que darme ningún tipo de explicación. Ahórratela, solo espero que no termines como Giovanna. —Ni me miró cuando lo dijo y yo no supe qué más decirle.

Como él mismo dijo, no debía darle ningún tipo de explicación. Lo más importante en ese momento, era Melissa.

## Capítulo 17

Me esperaste a la salida, subí a tu coche sin hacer el más mínimo comentario y, en silencio, fuimos al hospital. En la habitación se encontraba tu madre. De lejos se notaba la preocupación que llevaba encima.

—Hola, cielo. —Me dio un abrazo en cuanto me vio—. Gracias a Dios que has venido. Melissa no ha parado de preguntar por ti.

—Siento no haber venido antes —dije.

Lo primero que vi fue la venda que rodeaba las muñecas de Melissa. Se puso a llorar en cuanto su mirada se cruzó con la mía. Y no me di cuenta de que yo también lloraba, hasta que noté que me faltaba el aire. La abracé con todas mis fuerzas y sentí su pena como si fuera mía.

—Menudo susto me has dado. —Me quedé abrazada a ella.

Tú nos observabas a las dos junto a tu madre desde un pequeño sofá que había a nuestra derecha, bajo una ventana.

—Me puedo quedar con ella esta noche —dije mirándoos a los dos—, así vosotros podéis descansar. —Miré a Melissa que se limpiaba las lágrimas. Le acaricié el pelo y le sonreí.

—No hace falta, Laura, gracias —me contestó tu madre. Tenía los ojos llorosos, hacía fuerza para que no la viéramos llorar.

—Mamá, me quedo con ella, no te preocupes. Ve y descansa —le dijiste tú.

¡Ay, Marco! Suspiré.

Tu madre aceptó y dejé mis cosas sobre un pequeño estante en cuanto salisteis de la habitación. Me senté en el filo de la cama y miré a Melissa.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté. Entendía tanto a Melissa...

—Lo siento... —se disculpó—. Siento mucho haber tenido que recurrir a esto y no haberte llamado, pero...

—¡Shhhh! —La abracé de nuevo—. No tienes que disculparte. Te entiendo más de lo que crees. Contuve las ganas de llorar.

—Pasé la noche con Cristiano, mi ex. Discutimos, nos dijimos de

todo —comenzó a decir—, pensé que había superado la ruptura, pero no ha sido así. Le dejé mi casa, Laura —Melissa lloró con fuerza—. Quise darle una nueva oportunidad.

—¿Por eso te viniste antes de España? —pregunté.

Melissa asintió con la cabeza.

—Sí. Me llamó cuando yo estaba allí y decidí regresar unos días antes. Ha estado yendo y viniendo según le iba conviniendo —dijo.

—No tenía ni idea. —Cogí un poco de aire—. Lo siento mucho.

—Dejé que hiciera lo que quisiera conmigo y cuando vi que eso era lo único que buscaba, no pude evitar sentirme una completa idiota.

Cómo me acordé de la última conversación con Vero, cuando me dijo que todas caíamos como moscas...

—Yo creo que cualquiera que se viese en la misma situación que tú, hubiera hecho lo mismo, Melissa. No debes castigarte por ello, ¿entiendes? —Acaricié su cara.

—No, Laura. Lo mío es un delito, créeme. Me dejó plantada a dos meses de la boda por una chica a la que consideraba una amiga. A pesar de eso, yo estaba dispuesta a perdonarle, pero la dejó embarazada. —La miré sorprendida sin poder evitarlo—, y tonta de mí, volví a caer. ¿Para qué? ¿Qué era lo que quería de mí? —no sabía qué decirle—, cuando me dejó, me agarré al alcohol Laura... —Cerré los ojos y comprendí tu enfado—. Por eso mi hermano se indignó tanto la última vez —me confirmó lo que yo pensaba—, ya hacia bastante tiempo que no volvía a las lesiones, la última casi me cuesta la vida y anoche... anoche... —se echó a llorar—. No pude evitarlo. Necesitaba soltar el dolor y la rabia por alguna parte...

—Vale, tranquila. —Le cogí de la mano—, ahora no estás sola. Tu familia está contigo. —Sonreí como pude—, yo también. —Conseguí que sonriera, aunque solo fuera un instante—, ¿sabes? —Tragué saliva—, cuando me iba haciendo mayor y sentía que no encajaba en ningún lugar... —Un nudo se me instaló en la garganta—, cuando veía que había demasiados niños como yo. —Melissa me miraba atenta—, sin padres, sin familia..., niños maltratados, niños que eran devueltos al colegio porque no encajaban en ningún lugar, niños que

lloraban a escondidas, que no tenían a nadie al igual que yo. -Cogí aire-, busqué la manera de aliviar ese dolor, autolesionándome también. —Noté como una lágrima cayó por mi mejilla—. Pero, con el paso del tiempo, me di cuenta de que el dolor seguía ahí, dentro de mí y que los cortes que me hacía. —Le enseñé las cicatrices de esos recuerdos—, solo servían para ese momento de frustración. Luego... el dolor volvía y lo hacía acompañado de la autocompasión y la pena.

—Yo no sabía... —Melissa volvió a llorar.

—Esto no lo sabe nadie, nada más que mi mejor amiga, Vero. Ella, al igual que yo voy a hacer contigo, me enseñó a no recaer y librarme del maldito dolor de otra forma.

Melissa y yo lloramos abrazadas. Aunque mi discurso quedó muy bien, la verdad es que aún no había encontrado la forma de librarme del maldito dolor que presionaba mi pecho cuando los recuerdos volvían. Por suerte, hacía mucho tiempo que no tenía una recaída, y Melissa, en cierto modo, me ayudó a no tener ninguna más. Yo fui su apoyo y ella, sin saberlo, fue el mío.

—Laura, por favor, no le digas nada a mi hermano de lo que te he contado. Él no sabe que he vuelto a ver a Cristiano, si se entera...

—No te preocupes, no le diré nada.

En ese momento la enfermera apareció con la cena. Le entregó una pastilla a Melissa que se tomó sin rechistar y tú regresaste con unos bocadillos y algo para beber. Cuando entraste a la habitación, Melissa ya estaba dormida.

—¿Tienes hambre? —Tus labios dibujaban una triste sonrisa.

—Un poco, la verdad —Me senté en el pequeño sofá.

Nos tomamos el bocadillo en silencio y mientras comíamos, la mirábamos a ella, que dormía plácidamente.

—¿Te ha contado mi hermana algo de lo que ha ocurrido? —. El azul de tus ojos era tan intenso... Tragué saliva e hice de tripas corazón.

—No mucho, la verdad. Solo que se sintió perdida y para librarse del sentimiento, buscó la salida que ya conocía. —No te miré cuando te contesté.

Siento mucho haberte mentado, no era mi intención, lo sabes, ¿verdad?

—Sé que lleva tiempo viéndose con él.

—¿Con quién? —Me hice la tonta y tú te diste cuenta, pero no dijiste nada. Te quedaste en silencio y, para mi sorpresa, cogiste mi mano.

—Gracias por estar aquí, eres muy importante para ella.

—Al igual que ella lo es para mí —dije sin poder dejar de mirarte.

Me quedé dormida sobre tu hombro y a pesar de que no me encontraba en la cama, dormí bien. Junto a ti me sentía así.

En cuanto la luz de fuera anunció un nuevo día, abrí los ojos. Melissa nos estaba mirando con una sonrisa y su cara tenía otra luz.

—No sabes la bonita pareja que hacéis —Me puse roja como un tomate.

—No digas tonterías —Me levanté con cuidado. Tú dormías y estabas tan mono, que me permití el lujo de quedarme unos segundos mirándote a la cara.

Miré la hora en mi móvil.

—Creo que debería marcharme, hay mucho trabajo y Leo comenzará a hacer muchas preguntas... —me reí tomándomelo a gracia.

—No le hagas caso a Leo. Siempre hace preguntas... —dijo Melissa. Te removiste del sofá y te levantaste enseguida. Miraste la hora en tu reloj aún con los ojos casi cerrados y luego me miraste a mí.

—¿Te vas ya, Laura? —preguntaste con la boca seca. Te acercaste a tu hermana, le diste un beso y luego, me sorprendiste dándome un beso en la mejilla a mí. Mi cuerpo ardió... Los latidos de mi corazón aceleraron mi respiración...

—Sí —contesté avergonzada. Melissa nos miraba y sonreía.

Salimos de la habitación y vimos a Piero por el pasillo hablando con una enfermera, lo saludaste y, con dos besos, me agradeció que me hubiera quedado. Quedó en llamarte y nos marchamos.

Subí al coche y me abroché el cinturón de seguridad. Volviste a mirarme.

—¿Quieres pasarte por tu casa a darte una ducha o algo? —

preguntaste arrancando el coche.

¡Joder!, ¡qué guapo estabas...!, ¡qué sexi!

—No, así estoy bien. ¿O huelo a sudor? —pregunté sin cortarme un pelo. Mi pregunta te hizo gracia y en silencio me llevaste a casa.

Mientras esperabas en el sofá, yo me di una ducha rápida. Cogí algo de ropa. Tenía pensado quedarme con Melissa otra noche más para que pudierais descansar. Y cuando salí al comedor, el corazón me dio un vuelvo. Estabas dormido en el sofá, se notaba tu cansancio y no solo el físico, sino el psicológico. Toqué tu cara con una caricia y abriste los ojos, sonreíste y un sentimiento al que no me atreví a poner nombre, nació dentro de mí.

—Si quieres, puedes darte una ducha, yo te espero aquí —te dije—. Así no tienes que irte hasta tu casa.

—Te lo agradecería. —Te levantaste y te dirigiste hasta el baño. No tardaste ni cinco minutos en darte una ducha y cuando saliste, tu cara tenía otro brillo.

Salimos juntos y en silencio volvimos a tu coche. Llegaba tarde y ya estaba viendo la forma en la que Leo me miraría ese día.

Paraste frente a una cafetería y sin decir nada, salí del coche. Colocaste tu mano en la parte baja de mi espalda y accedimos al local. Recuerdo que pediste un café bien cargado y yo uno con leche. También nos pedimos algo para comer.

—¿Has dormido bien? —preguntaste primero.

—Sí ¿Y tú?

—No mucho, la verdad. Casi me echas del sofá —comentaste riendo.

—Qué exagerado eres, ni que fueras de Sevilla —comenté riéndome —, una provincia de Andalucía —te aclaré al ver que no me habías comprendido, a veces, me olvidaba que la única, «española» era yo.

—Conozco Sevilla, es una ciudad muy bonita —dijiste dejándome cortada mientras dabas un sorbo a tu café.

—Lo sé. La vez que estuve, casi me quedo a vivir allí. Conocí a una chica muy maja que tenía un bar. Se llamaba María.

—¿Y no has vuelto a saber nada de ella?

Negué con la cabeza.

—No, eso fue hace mucho tiempo y supongo que cambiaría de teléfono. —Me encogí de hombros—. No lo sé.

Volvimos a la oficina después de desayunar, y quedaste en avisarme si ibas a ver a tu hermana. Sabías la respuesta, pero, aun así, quisiste asegurarte.

Leo, como era de esperar, me miraba todo el tiempo a la espera de que le dijera algo, pero no lo hice.

—¿Todo bien, Laura? —preguntó al final con todo el descaro del mundo trayéndome un café que yo, no le había pedido.

—Gracias —sonreí de manera falsa agradeciéndole el café.

—¿Sabes algo de Melissa?

Le miré dejando el vaso de cartón sobre la mesa.

—¿Por qué no le preguntas directamente a su hermano? —por mi tono de voz, se notaba que estaba molesta.

—Lo siento. Te lo preguntaba a ti porque sé que Melissa y tú estáis muy unidas. A Marco no quiero preguntarle después de que ayer os pillara besándoos. —Noté algo de rencor en sus palabras.

—Melissa está bien, solo cansada, creo que ha pillado un virus —le dije con tal de quitármelo de encima.

Sin decir nada más, Leo volvió a su mesa, pero las miraditas que me lanzaba creyendo él que no me daba cuenta, seguían ahí.

Al medio día, entré en tu despacho. Tu rostro reflejaba tal cansancio que sentí pena al verte tan alicaído.

—¿Estás bien? —Me acerqué a ti.

—Sí, solo cansado.

Suspiré, me dolía que estuvieras así. Te cogí de la cara e hice que me miraras.

—Todo va a salir bien, Marco. Tu hermana es fuerte —te dije.

No me di cuenta lo cerca que estaba de tu boca...

—Gracias —susurraste sin apartar la vista de mis labios. Miré los

tuyos, y estos se entreabrieron para juntarse con los míos. En ese momento, el teléfono sonó alejándonos el uno del otro. Pegaste tu frente a la mía y cogiste aire. Contestaste la llamada y, por educación, salí de tu despacho.

Leo estaba comentando algo con una de las chicas de máquetin y los dos se me quedaron mirando. No me gustó nada la sensación que me entró por el cuerpo.

Pasé toda la mañana y parte de la tarde pensando que todo el mundo me miraba, que hablaban de mí.

Me marché contigo temprano, fuimos a ver a Melissa.

—¿Piensas quedarte esta noche también? —preguntaste al ver que llevaba una bolsa con mis cosas en el bolso.

—Sí, ¿por qué no? Así puedes irte a casa a descansar.

—No —fue lo único que dijiste.

Cuando entramos a la habitación vimos a Melissa vestida con su ropa normal. Lucía una bonita sonrisa y Blanca estaba con ella.

—Me han dado el alta. Iba a llamaros —comentó.

La abracé y me alegré mucho por verla sonreír de nuevo. También le di un abrazo a Blanca que de nuevo me dio las gracias.

—Pasaré la noche en casa de mamá y papá, así te quedas más tranquilo —te explicó a ti. Estuvimos poco rato, nos despedimos de ellas. Y tú y yo, nos quedamos solos junto a tu coche. En silencio.

Si te digo la verdad, no tenía ganas de separarme de ti, creo que, si en ese momento me hubieras preguntado que pasara el resto de mis días contigo, no lo hubiera dudado.

Me miraste antes de accionar el botón que abrió las puertas de tu coche.

—¿Puedo pasar la noche contigo?

Casi dejé de respirar por tu culpa.

Esa pregunta llegó a lo más hondo de mi corazón, para que te lo voy a negar. Creo que fue cuando me di cuenta de que lo que sentía por ti era mucho más fuerte que cualquier otra cosa que había sentido hasta ese día.

—Claro —se me secó la boca.

Cuando llegamos hasta casa, vi cómo sacaste una bolsa del maletero.

—Siempre tengo algo de ropa en el despacho —aclaraste.

Subimos a casa y pedimos algo para cenar. Mi nevera estaba algo seca y aparte de que no tenía mucho, las ganas de hacer algo no me acompañaban en ese momento.

Me coloqué el pijama y tú te pusiste un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta de color negra. Estabas para comerte.

Recogí con tu ayuda la mesa y mientras fregué los platos que habíamos utilizado, atendiste una llamada de teléfono. Cuando terminé de fregar, me mirabas desde la puerta de la cocina. Sonreí y caminé muy segura de mí misma hacia ti.

—¿Te apetece ver una película, o prefieres irte a la cama? —pregunté pasando por tu lado.

La verdad es que a mí me apetecía hacer otra cosa, pero no podía ser tan descarada.

—Preferiría ir a la cama —contestaste con sinceridad—. ¿Dónde voy a dormir?

Parpadeé un par de veces y con el corazón a mil, te miré.

—¿Dónde quieres dormir? —Se me secó la boca.

Silencio...

—Donde sea, pero contigo.

## Capítulo 18

Con la cabeza en tu pecho y abrazada a ti, terminé quedándome dormida mientras tus dedos dibujaban círculos imaginarios sobre mi espalda. Me sentía tan a gusto...

No hubo sexo, pero hicimos algo mucho más íntimo: hablar de nosotros.

Me hablaste de tu pequeña y de la relación que mantenías con Mónica, tu ex. Me dolió el momento en el que de tus labios salió un «la sigo queriendo». Tragué saliva y, durante unos escasos segundos, te mantuviste en silencio. Luego, como si hubieras sentido lo mismo que yo, te rectificaste: «Como amiga, claro. Ya no hay nada que nos una».

No sé si era lo que tú querías decir de verdad o si lo decías por mí, pero te vi tan fuera de mi alcance...

Mi estado de ánimo cambio por completo y lo notaste.

¿Quieres saber qué fue lo que sentí? Me entró miedo porque me estaba metiendo en un mundo que sabía que no podría controlar.

Me gustabas mucho y sabía que sufriría, por eso, terminé colocando mi cabeza en tu pecho, sería lo más cercano que estaría de tu corazón en ese momento. En silencio, mientras sentía tus dedos recorrer mi piel, terminé quedándome dormida con un nudo en la boca de mi estómago.

Esa noche no soñé, solo sentí el aire de tu respiración rozando mi cuello, tus dedos apartando mi pelo de la cara, tus manos rodear mi cintura apretándome contra ti, tus labios besando mi frente. Abrí el ojo derecho y al ver los rayos del sol colarse por la persiana, abrí el otro. Seguías rodeando mi cintura.

«Podría levantarme así todas las mañanas, junto a él», pensé, pero de inmediato se borró de mi mente. Él miedo me dio los buenos días.

Me giré despacio y te pillé mirándome, un nudo de sensaciones se instaló en mi pecho.

—¡Buenos días! —dijiste primero, sonreíste y mi corazón dio un vuelco.

Respiré hondo.

—Buenos días —dije mirándote a los ojos y desviando la mirada hasta tu boca.

Nos dimos un beso y cuando te apartaste, me quedé con ganas de más. Tu sonrisa me enamoró.

Te levantaste, solo llevabas unos minúsculos calzoncillos que dejaban muy poco a la imaginación y tuve que cerrar los ojos para no seguir admirando tu enorme erección.

Imité tus movimientos levantándome. Me vestí lo más rápido que pude mientras tú estabas en el baño y me fui a la cocina a preparar algo de café.

Saqué unas galletas de chocolate que tenía escondidas en el fondo del armario. Te paraste en mitad del pasillo para mirarme de una forma tan provocativa que me quedé sin poder moverme. Te acercaste, me cogiste de la cintura y como en las películas, me plantaste un beso.

¡Qué beso me diste!

—Gracias por dejar que me quedara contigo y por hacer que me sienta tan a gusto, Laura —susurraste separándote de mis labios.

—Así es como haces que me sienta yo.

Tu sonrisa era... perfecta.

Dejaste el coche en el parking y, antes de salir, cogiste mi mano y tiraste de ella hasta que terminé en tu pecho.

Tu boca se pegó a la mía y en ese momento, por el rabillo del ojo, unas luces parpadearon delante de nosotros. No pude evitar desviar mi mirada hacia la persona que pasaba al lado del coche.

Leo inclinó la cabeza en un gesto de saludo y, serio, se fue hacia los ascensores.

—Acaban de pillarnos —dije horrorizada—. No sé si es buena idea que...

—Si es buena idea, ¿el qué?

—Ya sabes, que nos vean... besándonos. —Me puse colorada sin

poder evitarlo.

—No me importa que me pillen besándote. ¿A ti?

Te miré y humedecí mis labios antes de hablar.

—Hombre, después de lo de Giovanna, no sé si quiero ganarme la misma fama que ella.

Me miraste extrañado.

—¿Giovanna? ¿Qué tiene que ver Giovanna aquí? —Te apoyaste en el reposacabezas del coche y sin apartar tus ojos de los míos, esperaste una respuesta.

—Da igual... —Me moví incómoda e intenté salir del coche. Puse la mano en la manilla.

—No. A mí no me da igual. Quiero saber qué es a lo que te estás refiriendo. —Quitó la mano y me giré para mirarte—. ¿De qué fama estás hablando?

—He escuchado que tú y ella...

—Qué yo y ella, ¿qué? —me interrumpiste lanzándome una mirada incrédula.

Cerré los ojos y suspiré.

—He escuchado que tú y ella estuvisteis liados. Y bueno, no quiero ser una más o como ella, ¿sabes? Por eso no sé si es buena idea que nos vean juntos. ¿Qué van a pensar?

Negaste con la cabeza y te echaste a reír.

—Yo nunca me he liado con Giovanna. ¿Quién te ha dicho eso?

Me quedé en silencio buscando una respuesta creíble, tenía claro que no iba a delatar a Leo, encima, aparte de ser la que se lía con el jefe, también sería una chivata.

¡Qué de títulos me ganaría en tan poco tiempo...!

—Rumores, supongo —quitó la mirada.

—Giovanna y yo nunca tuvimos ningún contacto que no fuera laboral. Yo no soy quien se va liando con cualquiera, Laura... y si me lio con cualquiera, procuro no estar viéndola todos los días, me rijo por unas normas básicas para que mi empresa funcione.

—¿Entonces, yo? —Tragué saliva nerviosa.

Cogiste aire.

—A ver, tú eres una excepción. Aún no tengo muy claro que es todo esto, pero antes de saber que terminarías trabajando para mí, me moría de ganas por probarte.

Pasé del miedo a la incertidumbre... No sé qué era peor.

—Ahora mismo no sé qué decirte. Todo esto es muy raro, Marco, —confesé bajando la mirada hasta mis manos.

—Para mí también lo es, Laura, he intentado... —Te llevaste la mano derecha al entrecejo y terminaste acariciando tus cejas—. Cada vez que he intentado evitarte, es cuando más ganas me han entrado de acercarme a ti.

—Y ahora, ¿Estás probando qué pasa si te acercas a mí? Lo mismo te das cuenta que prefieres tenerme lejos —me reí sin ganas.

—No es eso, ahora mismo solo estoy dejándome llevar, consejo que me han dado mis padres y mi hermana, no hace mucho —sonreíste provocativamente y sentí que me derretía.

—Sigo sin saber qué decirte, ahora mismo no soy capaz ni de pensar, todo está pasando muy rápido.

Cogiste mis manos, las acercaste a tu boca y me diste un beso.

—Mira, no me gusta ponerles etiquetas a las cosas y menos si no sabemos muy bien hasta dónde nos va a llevar todo esto, pero sí tengo claro que no quiero dejar pasar la oportunidad. Si esto no sale como pensamos, prometo que te lo voy a poner fácil.

—Ahora mismo me pones en un compromiso, si te soy sincera —no sé por qué te dije eso, no pensaba con claridad y decía tonterías.

—Si quieres lo mantenemos en secreto y cuando estemos seguros o nos dé igual que los demás se enteren, nos mostraremos tal y como somos. ¿De acuerdo?

—No sé si tener algo así en secreto es mejor.

—Entonces, ¿qué propones?

—Tengo muy claro que no quiero ser el juguete de nadie.

—No eres un juguete —me cortaste algo molesto.

—Ni voy de devora jefes, respeto mucho mi trabajo.

—Me parece muy bien. En el trabajo somos dos profesionales y fuera de este, seremos lo que tú quieras —dijiste.

Asentí con la cabeza sin abrir la boca. Nada me parecía buena idea, el miedo me tenía bloqueada y no me daba cuenta de ello.

Salimos del coche y en silencio, juntos caminamos hasta el ascensor.

—Mira, ¿quieres saber algo? —dijiste nada más entrar al pequeño habitáculo. Te inclinaste hacia mí.

—¿Qué? —sonreí sin querer hacerlo. Debía estar seria, que vieras que me tomo muy en serio lo que digo.

—Que me gustas, Laura —me diste un suave beso.

—Tú también me gustas a mí.

El beso se volvió intenso, tus manos agarraron mi cuello y las mías a punto estuvieron de desabrochar los botones de tu camisa.

A la mierda la profesionalidad que intentaba mantener...

—Será mejor que salgamos de aquí si no quieres que al final terminen hablando de nosotros —te reíste.

—Seguro que hablan más de mí que de ti —comenté muy segura de lo que estaba diciendo.

Sin yo saberlo, hacía tiempo que se hablaba de nosotros, Marco, sobre todo de mí.

Al salir del ascensor, la chica de recepción se nos quedó mirando, vi mi reflejo en uno de los espejos y el color rosado de mi barbilla y mis labios nos delataron.

Fui directa hasta mi mesa, encendí mi ordenador como de costumbre y me marché a la sala de archivos a por una carpeta que me hacía falta. Cuando salí, Leo estaba allí, esperando a coger algo. No me dijo nada, solo me miró.

—¿Qué pasa, Leo? —Comenzaba a estar cansada de sus miraditas. —Nada. —Entró en la sala y me marché.

¿Acaso debía de darle algún tipo de explicación a él? No, claro que

no.

Al cabo de dos horas, Marco, me mandaste a llamar. Evité mirar a Leo, que sabía que me estaba mirando, y entré.

—Cierra la puerta —me pediste, apoyado sobre tu mesa de roble macizo. Te habías quitado la chaqueta y tenías la camisa remangada hasta los codos.

Estabas irresistible, sexi...

—Comienzo a echarte de menos. —Me cogiste de la cara y me besaste con ganas, con sentimiento.

—No me digas eso, Marco, que voy a terminar creyéndomelo —te contesté.

—Necesito tocarte, besarte... ¡Dios, Laura! —te quejaste quitándome la blusa color limón que me había puesto esa mañana.

—¿Y si alguien nos pilla? —jadeé inclinando mi cuello para que me besaras.

—Le he pedido a Leo que no me pase ninguna llamada y que no me interrumpa.

Con pericia hiciste hueco en tu mesa y me giraste haciendo que cayera de espaldas sobre ella mientras tus manos luchaban con la cremallera de mi falda. La bajaste y sentí cómo resbaló hasta llegar a mis rodillas. No esperé mucho, me la terminé quitando a ciegas, solo con los movimientos de mis piernas y desabroché tus pantalones que también cayeron junto con mi falda.

—Anoche me moría por follarte —jadeaste.

Cómo me puso esa confesión.

—Y yo porque lo hicieras —busqué tu boca.

Te apartaste para mirarme.

—Aun así, me sentí muy a gusto, Laura.

Cerré los ojos en cuanto sentí la primera penetración, con la tercera mordí mis labios aguantando las ganas de gemir y con la cuarta, morder mis labios no era suficiente, terminé haciéndolo en tu hombro.

—¡Joder, Marco! —me quejé gustosa, intentando no hacer ruido.

Varios pisapapeles cayeron al suelo junto con una grapadora, y excitada, gemí al notar el placer que las embestidas me proporcionaban.

Dentro, fuera. Despacio, rápido. Hondo, fuerte.

—Marco... —dije tu nombre en un tono lastimero—, no aguanto. —Estaba al borde del orgasmo.

Y me corrí...

Volví a morder tu hombro y susurré tu nombre en un gemido. Al abrir los ojos y ver la expresión de placer que me mostraba tu cara, casi hizo que me corriera de nuevo. Te apartaste saliendo de mí y sobre tu mano, vertiste tu placer.

Me llevé las manos a la cabeza e intenté regular mi respiración.

—Esto es una locura, Marco —me quejé—. Encima no estamos usando protección.

—Lo siento, normalmente aguanto mucho más —sonreíste avergonzado—, pero contigo es diferente. —Eso último me mato de gusto. ¡Joder...!

Suspiré y me terminé riendo. Cogí la toallita que me ofreciste, me limpié y tú hiciste lo mismo.

Cogí aire y cerré los ojos. Tu despacho olía a nosotros, a sexo, a ti.

—Llevo tomándome la píldora un año para regular la regla, si quieres...

—¿Si quiero?

—Sí, quiero decir. —Cogí aire—. Puedes, la próxima vez, ya sabes... —Te miré avergonzada.

—Me muero por hacerlo, Laura.

El tono que usaste me agitó entera. Mi respiración se aceleró.

—Vale. —Tragué saliva—. Quiero que sepas que serías el primero que...

Te reíste contagiándome a mí y me diste un beso.

Antes de salir, me giré hacia ti con una sonrisa pícaro y me retoqué el pelo.

—Que sepas que esto no es nada profesional, voy a tener que terminar poniendo una queja —bromeé.

Te reíste mirándome de esa forma tan tuya, que sentí como el centro de mi cuerpo cobraba vida propia deseando sentirte otra vez.

## Capítulo 19

Te esperé a la salida del parking como el día anterior. En cuanto todos mis compañeros se marcharon, subí a tu coche y me llevaste a casa.

—¿No quieres subir? —Te di un beso.

—Quiero, créeme, pero he quedado con mis padres para hablar sobre el cumpleaños de mis hermanos.

—Ah... —dije.

—Pero pronto llega el fin de semana, ¿tienes planes?

Negué con la cabeza y sonreí.

—No, aunque estoy pensando si quedar con un chico guapo. — Qué boba me estaba volviendo.

—¿Sí? Pues lo mismo nos vemos, yo he quedado con una chica muy guapa también.

Volvimos a besarnos como dos quinceañeros dentro del coche y, a duras penas, terminé saliendo. Con un hormigueo en mi estómago y en otras partes de mi cuerpo subí a casa.

Llamé a Melissa y estuvimos un rato hablando las dos. Al día siguiente, viernes, se incorporaría al trabajo, estaba aburrida en casa de tus padres sintiéndose una cría de diez años.

La entendí tanto...

Me di una ducha y me tiré en el sofá mientras me peleaba con el mando de la tele, no había nada decente y aunque lo hubiera creo que ni me daría cuenta, estabas dentro de mi cabeza todo el tiempo.

Llamé a Vero y decidí contarle todo, a ella no le podía ocultar las cosas que me estaban pasando, ¡joder!, era mi mejor amiga ¿Quién mejor que ella para aconsejarme?

Cuando le relaté todo lo ocurrido estos últimos días, se quedó en silencio, esperaba un «te lo dije», pero no hubo respuesta.

—¿Estás ahí Vero? —pregunté con la mano en la frente.

A pesar de que no me estuviera viendo, sentía un poco de vergüenza.

—Sí, sí. Deja que digiera todo lo que me has contado, porque no doy crédito, Laura.

Suspiré.

—Es que es muy fuerte, tía, perdona —dijo al cabo de dos segundos.

—Fuerte sería que te dijera ahora mismo que me he quedado embarazada y que no sé quién es el padre o, por ejemplo, que me he liado con un actor porno o un famoso, no sé. Pero vamos, tú te lo veías venir, guapa —me quejé acomodándome en el sofá. Seguía peleando con el mando de la tele intentando distraerme.

—Vale, sí. Tienes razón, a lo mejor estoy dramatizando un poco, pero... —La escuché reír—. Es que sabía que ibas a caer como una mosca, Laura. ¡Lo sabía! —Puse los ojos en blanco—, y lo peor de todo, ¿sabes qué es?

—El qué.

—¡Qué te lo dije! —ya decía yo que tardaba mucho en decir esa frase tan suya—. Y vas a sufrir.

—Vaya, ¡gracias! —suspiré.

—A ver, no quiero decir que te vaya a dejar tirada o algo por el estilo. No tiene por qué ser así, pero... me apuesto lo que sea que tu cabeza ya está haciendo de las suyas e intentas abarcar todas las posibles situaciones.

Qué razón tenía la condenada...

—Puede ser. —Mordí mis labios; en el fondo sabía que tenía razón, pero no quería confirmarlo del todo.

—Vale, pues que no cunda el pánico, Laura.

—De momento me estoy dejando llevar, Vero, pero... no sé. —Resoplé—. Tiene una hija y... se lleva muy bien con la madre.

—Deberías alegrarte por él y por la niña, qué quieres que te diga.

Ojalá todos los padres hicieran lo mismo.

—¿Y si se siguen queriendo? ¿Y si vuelven? Yo no tengo nada con lo que competir con ella Vero —lamenté.

—Tú lo que eres es tonta. Si están separados por algo será. No le des más vueltas y si me has dicho hace un momento que te estás dejando llevar, sigue haciéndolo. No te precipites antes de tiempo que ya sabes que las cosas nunca son como esperas. Siempre hay algo que se te escapa. Y seguía teniendo razón...

Me tiré hablando con Vero hasta la una de la madrugada. Me contó que Carla comenzaba a tener algún problema que otro en el trabajo y que después de un tiempo en el que ella le había dado una pequeña tregua, Carla comenzaba a ser la misma de siempre.

Apenas pegué ojo esa noche, mi cama olía a ti, hasta juraría que yo también olía a ti. Solo te quedaste en casa una noche y ya estaba vacía cuando no estabas.

A oscuras, tanteé la mesita de noche para coger mi móvil. Busqué tu número y comencé a escribirte un mensaje.

«Llámame loca, pero mi cama huele a ti y te echo de menos». No, este lo borré. Quedaba demasiado cursi. Redacté dos más y los borré también. Terminé dejando el móvil en la mesita y dos segundos más tarde, este vibró.

Tú: «Llevo un rato intentando mandarte un mensaje y no encuentro las palabras adecuadas para decirte que... te echo de menos»

No podía ser, lo releí como veinte veces con una sonrisa de oreja a oreja y un nudo de mariposas en mi estómago, te contesté.

Yo: «Yo también te echo de menos»

Tú: «¿Y qué podemos hacer al respecto?»

Me dolía la boca de tanto sonreír y me daba cosa decirte lo que quería de verdad, pero terminé haciéndolo.

Yo: Te espero en mi cama...

No hubo respuesta por tu parte y pasé por varias fases: de la alegría pasé al «bueno, seguro que le he pillado en el baño», luego al de «la he cagado y ¿ahora qué?» después al... «¡Joder, la qué he liado!»... «Soy una tonta»... «¿Qué va a pensar de mí?»

Finalmente, terminé dejando el móvil sobre la mesita y me tapé la cabeza con las sabanas.

Quería llorar e insultarme por idiota, hasta que el timbre de casa sonó y de nuevo esas mariposas en el estómago salieron dándome la esperanza de que podías ser tú. ¿No? ¿Quién si no?

Me asomé a la mirilla de la puerta, pero la oscuridad del pasillo de fuera no me dejaba ver quién era, hasta que una pequeña luz azulada me dio las pistas que necesitaba.

Abrí la puerta y te abalanzaste sobre mí, besando mis labios, cerré de una patada, así, a lo loco, y rodeé mis brazos en tu cuello.

Qué bien olías...

Entre besos y sin incidencias fuimos hasta mi habitación. Hiciste una pausa para mirarme en cuanto encendí la luz, y sonreíste.

Me derretías por completo...

Me tumbé en la cama y abrí las piernas. Comenzaste a quitarte la ropa despacio sin apartar tus ojos de los míos. Deslicé mi mirada por todo tu cuerpo; tus brazos musculados, tu pecho marcado, tu vientre plano... Uff..., qué calor.

Fui subiendo hasta llegar a tus labios que dibujaban una provocativa sonrisa.

—Ven aquí —ronroneé atrayéndote hacía mí con mis piernas.

Te colocaste de rodillas entre mis muslos y paseaste tu erección por mi sexo.

Gemí de gusto a pesar de que la ropa interior hacia de barrera, me apartaste las braguitas a un lado y sacaste tu erección humedeciendo la punta con el jugo de mi sexo.

—Dios, Marco... —Cerré los ojos y entreabrí mi boca—. Me estás matando.

Me incorporé y, lamiendo tu pecho, llegué hasta tu cuello, respiré lo más hondo que pude para inhalar tu olor. De un empujón, caí sobre el colchón. Abrí más mis piernas, te deshiciste de mis bragas de un tirón, te quitaste los calzoncillos mientras yo te miraba y paseaste tu erección por mis labios vaginales.

—¡Joder, Laura! —gemiste.

Levanté mis caderas pegando mi sexo a tu miembro erecto y firme. —

Hazme tuya —te pedí.

Con un solo movimiento y despacio, entraste en mi interior arqueando todo mi cuerpo. Elevé mi cabeza hacia arriba cuando una sensación de placer me puso la piel de gallina. Permaneciste quieto, mirándome.

—Podría pasar todo el día dentro de ti, así —dijiste en un susurro que me volvió loca.

Sentí de forma intensa cómo te hundías en lo más hondo de mi cuerpo. Gemí.

Entrabas y salías de mi cuerpo a un ritmo pausado, sensual.

—Laura, ¿seguro que puedo? —preguntaste.

—Sí, Marco, sí —supliqué, sintiendo esa espiral de placer crecer en mi interior.

Dejaste que todo el placer de tu cuerpo cayera dentro del mío. Nunca antes me había sentido tan llena como aquella noche.

Te dejaste caer sobre mí y nos echamos a reír. Terminamos dándonos una ducha.

Me corrí esa noche cuatro veces como mínimo. Lo hicimos en mi cama, en la cocina, en el salón y en el baño mientras nos dábamos una ducha.

Aún me pregunto qué hacías para aguantar tanto...

Pronto se hizo de día y no tenía ganas ningunas por levantarme. Me sentía tan bien junto a ti, acurrucada a tu cuerpo desnudo, que dejé que el despertador sonara un par de veces.

—Deberíamos levantarnos —susurraste en mi cuello.

Me hice la remolona y pegué mi trasero a tu erección mañanera.

Sentí tu risa y me abrazaste con más fuerza, pero no nos quedó otra que levantarnos. Tu móvil empezó a sonar y tuviste que atender la llamada.

Volvimos juntos al trabajo, comenzaba a acostumbrarme e incluso barajaba la posibilidad de que tú y yo... ya sabes, que pudiéramos ser algo mucho más. ¡Qué coño! Me estaba ilusionando, aunque sí, vale, estaba cagada de miedo, pero la ilusión me hacía creer que era posible.

## Capítulo 20

Encontré a una Melissa sonriente al entrar en su despacho.

—Creo que tienes muchas cosas que contarme, ¿no? —preguntó levantando las cejas varias veces.

—Eso depende... —le dije yo—. Si comes conmigo, prometo contártelo todo. —Hecho.

Tú te pasaste esa mañana entrando y saliendo de tu despacho, unas veces con el móvil en la oreja, otras con documentos, pero sin dejar de mirarme de forma provocativa, encendiendo mi cuerpo.

Sabías que me tenías en el bote.

¿Quieres saber algo?: Ya empezaba a quererte sin saberlo.

A pesar de todo, la mañana se me hizo eterna, cuando mi reloj marcó las dos, no me lo podía creer. Melissa salió de su despacho, habló algo con Leo y se dirigió hacia mi mesa. Suspendí el ordenador y juntas, sin necesidad de coger el coche, nos fuimos a picotear algo a un bar que se encontraba a dos manzanas del edificio.

Le conté todo a Melissa.

—¿En serio? —Me miró sorprendida.

Por un momento me asustó la forma que tenía de mirarme.

—A veces olvido que es de tu hermano de quien estamos hablando —dije avergonzada.

Al fin sonrió.

—Me parece el comienzo de una historia muy bonita, Laura.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Ya te dije, que se veía de lejos la forma que teníais los dos de miraros. En Madrid ya me di cuenta. Y cuando en tu casa me hablaste de ese misterioso hombre que te daba dolores de cabeza, supe que te referías a él.

Tragué saliva.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —contestó picoteando unas patatas fritas que nos habían puesto.

—Tú crees que Mónica y él... —Melissa me miró rápidamente y se quedó en silencio.

—¿Te ha hablado mi hermano de ella?

—No mucho la verdad, pero lo suficiente, dijo que la seguía queriendo como amiga.

Melissa hizo un gesto basto con la boca.

—Mi hermano es tonto —me reí sin poder evitarlo—. Ellos no tienen nada que hacer juntos, por lo menos por la parte que le toca a mi hermano. Fue él quien la dejó, ¿sabes?

Mordí mis uñas.

—¿Y por qué lo dejaron, si no es mucho preguntar?

—Eso es algo que a mí me gustaría saber también. Marco nunca ha mencionado el tema y cada vez que le hemos preguntado, ha desviado la conversación. Aunque te digo una cosa. —Bajó la voz—. De antemano sabía que mi hermano nunca estuvo enamorado de ella.

—¿Y ella? —Retuve el aire en mis pulmones.

—Imagino que sí, no lo sé. No eres la única que cae a los pies de mi hermano, pero sí sé que eres diferente.

—¿A qué te refieres? —pregunté bastante interesada.

—Pues que se te ve venir, Laura. Yo creo, y corrígeme si me equivoco, que tú estás enamorada de él hasta las trancas y aún no lo sabes.

Me eché hacia atrás en la silla y suspiré, suspiré varias veces y cerré los ojos asustada e ilusionada al mismo tiempo; ilusionada porque era bonito lo que estaba sintiendo en ese momento y asustada porque nunca sentí nada igual.

—No puedo corregirte porque no tengo ni idea. Lo que sí puedo

decir, es que me paso las veinticuatro horas pensando en tu hermano, en sus besos... No sé qué me pasa.

—Pues que estas hasta las trancas —sus labios dibujaron una dulce sonrisa.

Me reí.

—Me recuerdas a Vero, ella dice eso también.

—Pues por algo lo dirá, ella te conoce mucho más que yo —dijo.

A las cuatro de la tarde, ya en mi mesa, continúe con el trabajo que comenzaba a acumularse. Miré impaciente hacia el montón de papeles que aparecieron de repente y deseé quitármelos de encima cuanto antes. Una vez que conseguí no mirar el reloj, me centré en el trabajo. El tiempo pasó casi sin darme cuenta. Cuando me levanté a estirarme un poco y a descansar los ojos, fui al despacho de Melissa, que no se había movido en toda la tarde.

Toqué la puerta y escuché tu voz invitándome a pasar.

Melissa tenía la mesa llena de documentos esparcidos y concentrada escribía en su ordenador.

—¿Quieres un café? —pregunté.

—Te lo agradecería en el alma, Laura.

Salí hacia la máquina. Leo también se encontraba allí, pero ni me habló siquiera, parecía enfadado por algo que no sabía que había hecho.

Volví al despacho de Melissa con los dos cafés y algo para picotear de la maquina; unas galletitas de chocolate y fresa. Puse los cafés sobre la mesa y me senté frente a ella. Melissa se me quedó mirando de forma dulce.

—Es lógico que tengas a mi hermano como lo tienes. ¡Eres un encanto, Laura! —sonrío.

—¡Anda ya! —Me puse colorada.

—A mí por lo menos me tienes enamorada —soltó una carcajada—. El otro día un masaje, hoy me traes el café y unas galletitas.

—¿Solo me quieres por eso? —bromeé echándome a reír.

—Y por más cosas. —Me guiñó un ojo—. ¿Qué tal llevas la tarde?

—Bueno... algo complicada, pero tengo paciencia.

Melissa resopló.

—Yo estoy comprobando si los documentos que me llegan son correctos, estos días me han descolocado un poco —dijo más sería.

—Si necesitas ayuda, sabes que puedes contar conmigo.

Melisa bebió de su café y sonrió.

Estuve unos diez minutos con ella y volví a mi mesa. A la media hora, Leo se colocó frente a mí.

—Si necesitas ayuda, puedes pedírmela —me dijo.

Le miré de forma fugaz.

—Gracias, Leo, pero creo que, si le echo ganas, terminaré en un rato —dije escueta.

—Oye, Laura.

Le mantuve la mirada.

—Dime.

—Siento si..., bueno, siento si te estás llevando una mala impresión de mí. En casa las cosas no me están yendo muy bien y creo que lo estoy pagando contigo.

—No, tranquilo. No tienes que darme ningún tipo de explicación, Leo.

—¿Podemos empezar de nuevo?

—¿Cómo?

—¡Hola, soy Leo!

Me reí sin querer hacerlo.

—Yo, Laura, encantada. —Nos dimos la mano que apretamos firmemente.

—¿Quieres que te ayude? —volvió a preguntarme.

—De momento, tengo todo controlado, gracias —le sonreí y volví

con el trabajo.

—Como quieras, no me importa. Estoy con algo que me ha pedido Melissa, si necesitas algún tipo de ayuda, solo tienes que decir mi nombre.

Me quedé mirando a Leo un segundo y no sé..., mejoró la impresión que tenía de él. La verdad es que poca gente se acercaba a mí a pedirme disculpas.

Melissa salió de su despacho a eso de las seis de la tarde. La noté rara, pero no le llegué a preguntar, quedó en llamarme.

A mi hora de todos los días, ya estaba saliendo por la puerta junto a Leo.

—¿Quieres que te acerque a tu casa?

Tardé en contestarle...

—Prometo no hacerte preguntas. —Hizo una mueca con la boca.

Terminé aceptando.

Subí a su coche y me sentí algo extraña. Echaba de menos la sensación que tenía cuando subía al tuyo, contigo.

De camino a casa me llamaste.

—¡Hola! —dije en voz baja, Leo me miraba por el rabillo del ojo. —  
¿Dónde estás?

—De camino a casa. Leo se ha ofrecido a traerme —un nudo se formó en mi pecho.

Hubo un pequeño silencio, que a mí se me hizo eterno.

—Voy para tu casa entonces. —Colgaste.

Me sentí realmente mal e insegura y las inseguridades... ya sabemos cómo funcionan.

—Gracias, Leo —salí del coche.

—De nada Laura, para lo que quieras, ya sabes... —dibujó en sus labios una amplia sonrisa.

Nada más meter la llave del portón en la cerradura, tu olor me hizo girar el cuello y allí estabas, a mi derecha, con tu pelo revuelto, tus ojos azules clavados en los míos y más guapo que esa mañana.

—¡Hola! —tímida me acerqué a ti. Nos dimos un beso.

—He pensado que podíamos pasar el fin de semana en mi casa. ¿Te apetece? Podría enseñarte la ciudad y no sé, hacer algo... tú y yo. Me derretí... Dios, sí, me derretí por completo.

—¿De verdad?

—No, de mentira —te echaste a reír.

Subimos a casa y cogí algo de ropa. Urgentemente necesitaba ir de compras; para ser sinceros, mi repertorio era bien escaso.

Me monté en tu coche. Íbamos a tu casa, pero a mitad de camino tu hermana nos llamó para invitarnos a cenar.

Dejaste el coche en el aparcamiento del restaurante y salimos. Me abrazaste la cintura y me diste un beso.

Qué calor me entró de repente...

El camarero no tardó en atendernos, nos acompañó hasta la mesa donde nos estaba esperando tu hermana. Nos tomó nota de las bebidas y nos dejó la carta.

Me decanté por algo ligero, tenía muy claro cuál sería mi postre: ¡Tú!

El camarero trajo una botella de vino y antes de que te la mostrara, miré a Melissa preocupada, pero ella ya tenía un refresco. El camarero te enseñó la botella de vino, te dio a probar y llenó tu vaso. Yo tapé el mío, quería acompañar a Melissa con un refresco.

Pronto nos trajeron los platos y comenzamos a hablar de hacer algo los tres el fin de semana.

—Tenemos que llevar a Laura de callejeo. —Melissa nos miró, primero a mí y luego a ti.

—Nunca visites Palermo con una guía, mejor callejea —bromeaste. Sonreí.

—Bueno, yo me dejo llevar por vosotros dos.

—¿Mañana a las nueve? —Melissa te preguntó y asentiste.

Unas risas escandalosas nos hicieron girar a los tres hacia la mesa que teníamos al lado. Yo no me di cuenta de quién era, pero en

cuanto Melissa me miró y vi lo tenso que te pusiste, supe de quién se trataba.

La mujer de pelo oscuro y ojos claros dirigió la mirada hacia ti, que te quedaste en silencio. Su mirada se clavó en la mía, y su sonrisa se congeló. No tardó en levantarse para acercarse a nuestra mesa, dándole dos besos a tu hermana y después, despacio y con sensualidad te los dio a ti. Al cabo de unos segundos, se quedó mirándome a la espera de que hicierais las presentaciones.

—¿Y ella es? —preguntó bastante interesada.

Me quise morir en ese momento. «¿Quién era yo?», me pregunté

—Ella es Laura, nuestra nueva traductora —dijiste.

Melissa me miró y yo... me sentí humillada.

—Hola Laura, soy Mónica, la madre de Bella, nuestra hija. —Te señaló a ti y luego a ella misma.

—Un placer —fue lo único que dije en toda la cena.

Mónica se terminó sentando con nosotros, no dejaba de hablar de vuestra hija, y cuando lo hacía, a ti se te iluminaba la cara. Era como si solo estuvierais vosotros dos, parecía que Melissa y yo no existiéramos y eso, me dolió muchísimo.

Se me quitó el hambre y apenas probé bocado. Las amigas que la acompañaban se iban acercando a nuestra mesa para despedirse de ella antes de marcharse.

—Necesito pedirte un favor, Marco —dijo ella con voz de inocencia inclinándose hacia ti.

Quise marcharme, mandarte a la mierda, no sé. Se me pasaron miles de cosas por la cabeza, pero no lo hice. Miré a Melissa en varias ocasiones, ella también lo hacía y sabía perfectamente, que se estaba poniendo en mi lugar.

Nos dijimos tantas cosas en ese momento... que es difícil de explicar.

Mónica te pidió que la acercaras a recoger a la niña y que luego la dejaras en casa.

Lo vi todo tan claro en ese momento...

Me miraste un segundo, durante la cena apenas lo habías hecho y para ser sincera, no esperaba que lo hicieras.

—¿Puedes acercarte tú a Laura? —preguntaste a Melissa, que abrió los ojos como platos.

Tragué saliva e intenté tranquilizarme, el corazón me latía muy deprisa.

—Sí, Melissa, por favor —le pedí yo antes de que se negara, en su cara se le veían las intenciones.

Desde entonces... esa mujer lo único que generaba en mí era ansiedad y mucha, mucha inseguridad.

Mónica se levantó, me dio un falso beso y dijo que estaba encantada de conocerme. Yo sonreí como pude, ni falsa podía ser en ese momento.

Con una angustia en el pecho, escuché un «luego nos vemos» que salió en voz baja de tu boca.

—Creo que las dudas que tenía esta mañana se han disipado en este momento —cogí mi bolso.

—Lo siento Laura, no tenía ni idea —dijo ella.

Subimos a su coche y le pedí que me llevara a casa.

—¿Quieres que pase la noche contigo? —me preguntó Melissa antes de que bajara.

La miré con los ojos llorosos, el nudo que tenía en mi garganta apenas me dejaba formular palabras.

—Creo que necesito estar sola, lo siento, Melissa.

—Te entiendo cielo. Pero mañana te paso a recoger, tienes muchas cosas bonitas que ver en esta ciudad.

Asentí sin abrir la boca y cerré la puerta del coche.

Cuando subí a casa, lloré. De rabia, de impotencia, lloré porque era lo único que podía hacer en ese momento, llorar y llorar.

Mi móvil no dejó de sonar, hasta que terminé apagándolo. No quería hablar contigo, no quería verte. Viniste a casa y llamaste al timbre, tampoco quise abrirte la puerta y no dormí nada en absoluto y

tampoco dejé de llorar.

Esa noche lloré por todos esos años en los que no me permití hacerlo. A las nueve en punto el timbre sonó, yo estaba sirviéndome mi sexto café. Observé por la mirilla de la puerta y vi a Melissa. Abrí la puerta.

—Tienes el teléfono apagado, me has dado un susto de muerte. — Me dio un abrazo nada más entrar en casa.

—Dame un minuto —dejé el café sobre la mesa de la cocina y me fui a la habitación a vestirme.

Me puse algo cómodo y me hice un moño, no tenía ganas de arreglarme. Cogí aire al mirarme al espejo y salí.

Melissa no te mencionó en toda la mañana, se lo agradecí, no sé si hubiera aguantado escuchar tu nombre sin echarme a llorar.

Anduvimos por las calles estrechas de Palermo hasta llegar a la Catedral. Estaba tan llena de historias, de momentos mágicos... ¡Era preciosa!

A media mañana nos fuimos a tomar un café en una bonita terraza junto a la Avenida Vía Calafami que me dio una idea exacta de cómo era la ciudad.

Pensé en mis padres, en lo que hubiera sido si ellos no hubieran muerto.

—Cerca de aquí tenemos la Catacumbas de los Capuchinos — comentó Melissa.

Un escalofrío recorrió mi piel.

—Por favor, no me lleves allí —le pedí mirándola con pena. Melissa se rio.

—¿Por qué no? Tiene mucha historia. Antes estaban destinadas solamente para el sepelio de los frailes y ahora, no hay turista que no visite las Catacumbas —dijo como si nada—. Y hay una tumba, uno de los últimos cuerpos que fueron enterrados allí, que está prácticamente intacto. Y hay gente famosa enterrada también.

—Eh... —comencé a decir—, no tengo ganas de ver a gente muerta que hoy en día se han convertido en un circo turístico, gracias —ironicé.

Pasamos por la plaza de Quattro Canti en coche hasta las dos principales vías de la ciudad: Vittorio Emmanuele y Vía Maqueda.

Terminamos nuestro tour en la playa tumbadas en la arena después de comprarnos unos bocadillos y unas latas de refresco.

—¿Puedo decirte algo? —comentó Melissa haciendo que la mirara. Había cerrado los ojos y disfrutaba de la brisa del mar.

Sabía lo que me iba a decir, me parecía raro que no te hubiera mencionado en todo el día.

—Claro —dije notando como un nudo se me iba formando en la garganta.

—Mi hermano pasó la noche en mi casa... —dijo—. Y sé que no ha dejado de llamarte.

No quise mirarla.

—Desde el principio supe que no era buena idea empezar nada con él, sabía que lo bueno no duraría mucho —respondí apenada.

—Le gustas mucho a mi hermano, Laura —dijo Melissa acercándose a mí.

—No. —Por fin la miré—. Anoche me lo dejó muy claro, yo solo soy... la nueva traductora. Me dejó tirada. ¿Qué hubiera pasado si no hubieses estado?

—Lo siento, solo quería que lo supieras.

—Tú no tienes la culpa, Melissa —me reí sin ganas.

Recuerdo el aire húmedo con sabor a sal que respiré en ese momento. —No sé cómo no he podido venir antes aquí —pensé en voz alta.

—¿No tienes interés por saber algo de ti, de tus orígenes?

Sonreí melancólica.

—La verdad es que estuve mucho tiempo haciéndome preguntas, pero comprendí que cuantas más preguntas me hacía, más respuestas necesitaba y ahora mismo... es lo último que necesito, hacerme preguntas.

—¿Crees en el destino, Laura?

Miré a Melissa y no pude contener la sonrisa que asomaba mis labios.

—No. Yo creo en las personas que construyen cada día su camino —sentencié.

—Pues yo creo en el destino, si te soy sincera, en las casualidades. —Miró hacia el cielo—. El destino hizo que aparecieras en el momento que más necesitaba.

—No te voy a negar que todo lo que ha pasado hasta ahora es raro, porque es lo es y mucho. —Terminé mirándola—, y si te pones a pensar —me eché a reír—, más raro parece todo —suspiré.

Ya cuando anocheció, me llevó a mi casa y vi tu coche. Me tensé tanto que apenas podía caminar.

—Será mejor que os deje. —Escuché decir a Melissa.

Te miré de soslayo y conseguí caminar hasta la puerta del portal sin hacerte el más mínimo caso, abrí la puerta.

—¿Puedo subir? —Te colocaste a mi lado.

No te contesté y me seguiste. Subimos al ascensor en silencio, no me atrevía a mirarte, todo se volvió demasiado para mí y por un momento, llegué a pensar que toda esta situación terminaría superándome, pero cogí aire y cuando llegué a mi casa, abrí la puerta y te dejé pasar.

## Capítulo 21

Tiré las llaves sobre la mesa al entrar al salón y te pedí que te sentaras mientras sacaba algo para beber, tenía la boca seca.

—Tú dirás. —No te miré.

—Quiero pedirte perdón por lo de anoche, me comporté como un auténtico gilipollas. Lo siento.

Me sentía tan enfadada...

—Lo peor no es cómo te comportaste, sino cómo me hiciste sentir a mí —dolida me giré hacia ti.

Te quedaste en silencio, y ese silencio terminó molestándome más de lo que yo pensaba. Quise que te fueras.

—Será mejor que te marches, estoy cansada y no...

—Necesito explicarme.

—Es que no hay nada que explicar, Marco. —Levanté la mirada—. Lo he visto...

—¿El qué Laura? Lo de anoche, eso fue un error. No estaba preparado para contarle a Mónica que estoy rehaciendo mi vida.

—¿Qué estás rehaciendo tu vida? —me reí irónica—, me dejaste fuera y lo que vi fue que aún sientes algo por ella. —Bajé la voz y te miré con conocimiento—. No pasa nada porque sigas queriendo a la mujer con la que te casaste en su día, con la que has tenido una preciosa hija.

—No tienes ni idea, Laura... ¿de qué coño estás hablando? —Me quedé en silencio y suspiré cansada apartando la mirada.

—No siento nada por ella. Por ti, sí.

Me reí por no llorar.

—¡Claro, claro!, por eso me presentaste como tu nueva traductora y me dejaste allí con tu hermana para llevarla a ella a su casa, ¿no?

—No lo entiendes.

—¿Y qué tengo que entender? —Dolida te miré a los ojos—. ¿Qué no sé lo que siento cuando estás a mi lado? ¿Que a pesar de

que no somos «nada», lo de anoche terminó de matarme? ¿Que no me explico por qué te echo tanto de menos? ¿Por qué me paso el día pensando en ti?

—Eso es mutuo, Laura. —Intentaste acercarte, pero coloqué mi mano en tu pecho y te empujé, apartándote.

—No, no es mutuo y eso me lo demostraste anoche, Marco. Así que vete, no quiero que te acerques a mí, ni que me llames para algo que no sea sobre temas de trabajo.

Me molestó que no insistieras más y te terminaras marchando como te pedí. Me apoyé sobre la puerta que acababa de cerrarse y me eché a llorar como una estúpida.

Tonta de mí...

El domingo fue un día muy raro, más que nunca eché de menos a Vero, a su hija, a su madre y a mi antiguo trabajo. Estaba Carla, que sí, que era una bruja, pero no tenía tantos quebraderos de cabeza como los que tenía desde que pisé este país.

Dolía... y mucho.

Lo pasé escuchando música, la que solía escuchar en mis años de juventud y a la que seguía siendo fiel. Armin van Buuren sabía cómo hacerme olvidar todo lo que ocurría a mi alrededor. ¡Bendita música! Me leí un libro sobre cómo superar un cáncer e hice un bizcocho que, por el centro, se quedó hundido.

El lunes..., el lunes fue peor que el domingo y que el sábado juntos, porque tuve una reunión con los del departamento de creatividad y allí estabas tú, oliendo tan bien y tan guapo. No dejabas de mirarme y todo el mundo sabía qué algo pasaba entre nosotros.

Me fui hacia mi mesa en cuanto la reunión finalizó, allí estaba Leo, con su silencio y con esa mirada tan suya que decía muchas cosas. Pero me sonrió y yo... se lo agradecí. Necesitaba una sonrisa como la que me acababa de dar él.

Me senté en mi mesa y me dispuse a seguir con mi trabajo, hasta que me hiciste llamar y, sin ganas, entré en tu despacho. Tenía que acatar tus órdenes, no me quedaba otra.

—¿Cómo estás?

—Liada, tengo mucho trabajo —te miré seria.

—Lo siento mucho, Laura, necesito que me perdones.

—No tengo que perdonarte nada, Marco... ¿Qué quieres que te diga o haga?

Te pusiste frente a mí.

—Quiero intentarlo contigo, por favor... —suplicaste.

—Lo siento, pero no. —Tragué saliva.

—En cuatro días le has dado sentido a todo, no quiero perderte.

Mientras te miraba, un nudo se creó en mi pecho. ¿Era en serio lo que me estabas diciendo? ¿Realmente le había dado sentido a tu vida?

—Lo siento, pero...

—Te doy todo el tiempo que necesites, por favor... —me interrumpiste.

—Siempre supe que no era buena idea —y me marché de tu despacho.

A media mañana, Leo me invitó a tomar un café y acepté, me estaba ahogando allí dentro.

—¿Estás bien?

—Sí —sonreí falsa—. Estoy bien.

—Pues tu cara no lo dice. —Pidió dos Donuts y me ofreció uno que acepté.

—No quiero darle más importancia de la que tiene, Leo.

Pero él no se quedó conforme.

—¿Todo bien con Marco?

Nerviosa, pasé los dedos por mi frente.

—No, la verdad —confesé.

—¿Y eso? —Leo puso todo su interés y terminé confesando como una pecadora. No sé por qué lo hice, tal vez porque necesitaba desahogarme con alguien neutral.

—No sé qué decirte la verdad, yo los conocí cuando estuvieron casados, pero no sé decirte cómo era su relación.

—¡Dios! Parezco una tonta, ¿verdad? —Tapé mi rostro con mis manos.

—¿Crees que eres la única que ha sufrido por amor?

—¿Sufres tú por alguien?

—Sí. Salgo con alguien desde hace un tiempo, pero... aún no quiere etiquetar la relación, no sabe lo que quiere y comienzo a agobiarme. De hecho, me ha pasado algo parecido a ti. Creo que sigue enamorada de su ex y...

Soplé echando la cabeza hacia atrás y comencé a reírme de la situación. Leo levantó su taza de café y yo hice lo mismo.

—¡Por nosotros! —dijo con una sonrisa.

No, si al final Leo y yo teníamos muchas más cosas en común de lo que creíamos, iba a ser verdad eso del destino y las casualidades.

Decidí irme pronto a casa, aunque antes de salir, llamé a la puerta del despacho de Melissa, pero allí no me contestó nadie. Sabía que se encontraba allí, así que entré y al abrir la puerta, me encontré a Melissa llorando sobre su mesa.

—¿Por qué lloras? —Con lo sensible que yo estaba terminé llorando con ella.

—No lo sé —me abrazó.

La convencí para que pasara la noche conmigo y las dos terminamos viendo El diario de Noa, llorando como dos magdalenas mientras comíamos todo lo que habíamos comprado para saciar nuestra hambre emocional.

Así pasé las dos semanas siguientes; con hambre emocional, rota, viéndote entrar y salir de tu despacho mientras yo evitaba mirarte. Me diste un tiempo que yo no estaba utilizando sanamente.

Leo y yo cada día nos íbamos acercando más el uno al otro y nuestra amistad iba creciendo sin darnos cuenta. Le contaba mis cosas... y él, supuestamente, me contaba las suyas.

El viernes por la tarde quedé con Melissa, ya le había preguntado sobre Leo antes, me dio el visto bueno.

—Pronto se acerca el cumpleaños de mis hermanos y tengo que ir a comprarme algo de ropa —comentó Melissa al subir al coche, me miró—. ¡Por cierto! Tú vienes.

La miré de soslayo arrugando la cara.

—¿Cómo que yo voy? —Me abroché el cinturón de seguridad.

—Mi madre no deja de decirme que quiere que vengas y yo estoy de acuerdo con ella. Así que nos vamos de compras.

—Pero... —Me puse algo nerviosa—. No conozco a tus hermanos y ¿cuántas veces he visto a tus padres? ¿Dos?

Melissa se echó a reír.

—Lo suficiente, para que en casa estén deseando que vayas al cumpleaños. ¡Además! eres especial para mí, no puedes decir que no. —Melissa hizo pucheros.

—Tu hermano estará allí y... no sé...

Melissa chasqueó la lengua contra sus dientes y molesta se dirigió hacia mí.

—Me da igual mi hermano, tú eres mi amiga.

—Ya, pero...

—No voy a excusar su comportamiento, es mi hermano y lo quiero mucho, pero también fue un gilipollas. —Asentí sin abrir la boca—. Y por mucho que sepa lo que los dos sentís por el otro, no quita que no podamos hacer una vida normal. Eres mi amiga, ¿sabes?

—Vale, iré.

—Sabía que al final terminarías aceptando, así que he quedado con mi madre para que hagamos una cata de tartas.

—¿Una cata de tartas? ¿Estás loca?

—No, y lo tengo todo pensado. Vamos a hacernos un cambio de look e iremos a comprarnos ropa, hace días que me comentaste que necesitabas renovar tu armario.

—¿Y no podemos dejarlo para mañana?

Melissa me miró como si hubiera dicho un disparate.

—No, porque está noche saldremos dándolo todo y mañana, lo más seguro es que no nos podamos ni levantar de la cama. ¡Y por cierto! Dormimos en mi casa, ya es hora de que te la enseñe, ¿no crees?

Vale. En ese momento me quedé sin saber que decirle, Melissa lo tenía todo controlado, ¿no?

Nos dirigimos a una cafetería-panadería del centro de la ciudad.

—¡Hola! —saludé a tu madre dándole dos besos y un abrazo.

—Qué guapa estás, Laura. Mira, te presento a nuestra pequeña: ¡Claudia!

—¡Mamááá!, que son dieciocho años los que cumplo la semana que viene, ya no soy una niña —dijo una chica de pelo castaño y piel aterciopelada como tu madre. ¡Qué guapa!

Le di dos besos y un abrazo.

—¡Encantada!

No tardamos en hacer buenas migas, la verdad. Al cabo de un rato, una camarera nos trajo un café a cada una y diez minutos más tarde, nos dejaron sobre la mesa varios platos con distintas porciones de tarta.

Miré a Melissa que se aguantaba la risa. ¡Madre mía...!

Probamos cinco tartas diferentes para todos los gustos y en porciones bien generosas.

—Joder —me quejé por lo bajo mirando a Melissa—, esto está todo muy bueno, podían hacer una tarta con distintos sabores —me eché a reír a causa del empacho que tenía.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —me preguntó Claudia, que tanto ella como tu madre estaban muy concentradas en nuestras reacciones.

—El veinticinco de diciembre —le contesté como pude, tenía la boca llena de nata y chocolate evitaba enseñar los dientes.

—Qué día más bonito para cumplir años —dijo Blanca.

Yo no veía esa fecha como algo bonito, la verdad, nunca me gustó cumplir años y menos, ese día precisamente. La Navidad y yo...

nunca nos llevamos bien.

Ahora..., ahora no sé qué decirte.

—Este año tenemos que celebrarlo a lo grande —comentó Melissa guasona.

—¡Me apunto! —dijo Claudia sonriendo.

Me eché a reír, no me quedaba otro remedio y por un momento me sentí mareada con tanto dulce.

Al terminar de comer, vi como Blanca sacaba un papel y se nos quedó mirando.

—Ahora decidme, ¿cuál es el que más os ha gustado?

—¿Cómo quieres que recordemos cada uno de los trozos que hemos probado?

Las cuatro echamos a reír.

Melissa y yo coincidimos en una tarta de zanahoria con un toque de chocolate blanco, que estaba deliciosa y esponjosa.

—Pues adjudicada —dijo Claudia—. A mí esa me gustó mucho también.

Mientras tomábamos una manzanilla para bajar todo lo que habíamos comido, Blanca preocupada se dirigió a Melissa.

—Melissa, cielo. ¿Qué tal está Marco? Hace días que no viene a casa y me tiene bastante preocupada.

Inexplicablemente el corazón se me aceleró.

—Está bien mamá —dijo ella para tranquilizarla.

En ese momento sentí unas ganas enormes de escuchar tu voz, de llamarte y aún me pregunto el porqué.

—Voy al baño un momento.

Después de dar varias vueltas, localicé los baños y una vez dentro, nerviosa, marqué tu número que me sabía de memoria.

Espere impaciente un toque, dos, tres...

—¿Sí? —la voz de una mujer retumbó en mi oído como si de un bofetón se tratara.

—Ho... hola ¿Marco? —Me sentí tan tonta...

—Sí, un momento... ¿de parte de quién? —preguntó indiscreta.

Lamenté la llamada. Cerré los ojos con fuerza.

—Laura, una amiga de la familia —conseguí decirle.

Te pasó el teléfono.

—Hola —tu voz sonó seca, distante.

La voz no me salía, lo juro, como una tonta me quedé con el móvil en la oreja y no supe cómo continuar.

—Laura, ¿estás ahí?

Y tanto que estaba, pero atontada. Colgué y al salir del baño, llamaste, pero fui tan cobarde que rechacé la llamada y terminé apagando el teléfono. Era evidente que salí del baño disgustada, Melissa se dio cuenta y no fue la única. Tanto tu hermana Claudia como tu madre se me quedaron mirando en cuanto llegué a la mesa.

El corazón parecía que se me iba a salir del pecho, las piernas me temblaban y gracias a Dios, no estuvimos mucho más tiempo en la cafetería. Nos despedimos y salimos del establecimiento.

Nada más subir al coche Melissa se me quedó mirando.

¡Qué lista era...!

Ajusté mi cinturón y apoyé la cabeza en la ventanilla del coche.

—¿Por qué estás tan callada? —preguntó ya en la carretera.

—Estoy reposando la comida y es mejor hacerlo en silencio, en plan meditación —casi me echo a reír con mi propio comentario.

—¿Y qué has hecho en el baño, si puede saberse?

—Pues... hacer pis.

—¿Pis? ¿Y ese pis tiene el nombre de mi hermano?

Me giré para mirarla, era demasiado evidente según ella y Vero, decían que en mi frente solía aparecer un letrero con el título de mi pensamiento.

—Eres muy lista, ¿Qué desayunas? —bromeé—. He llamado a tu hermano y no me preguntes por qué, yo llevo un rato intentando

averiguarlo.

—¿Y qué te ha dicho?

—No mucho. Lo ha cogido una chica y cuando se ha puesto no supe que decirle.

Melissa comenzó a reírse.

—Pues no le veo la gracia.

—Yo sí, ríete, es muy gracioso. —Melissa se partía el culo delante de mí y al final yo, con tanta risa, terminé riéndome sin querer hacerlo.

—Se supone que me da tiempo y ¿ya está con otra que encima le coge el móvil? ¡Venga ya! —La miré mordeándome los labios.

—Mi hermano no deja de ser un tío, Laura, alguna explicación tendrá, ¿no? La única explicación que le doy es que... no sé. Será Jimena. —  
¿Jimena? ¿Y esa quién es? —me asusté.

—Es nuestra nana. Podría decirte que entre semana vive en casa de mi hermano, limpiando y preparándole la comida.

Respiré relajada.

—No tenía ni idea... ¡Doy vergüenza! —me quejé tapándome la cara.

—No seas tonta, anda.

Melissa dejó el coche aparcado en el centro de la ciudad.

—¿Qué prefieres antes, compra o peluquería? —preguntó animada.

—La verdad es que prefiero irme a casa y tumbarme en el sofá. Comienzo a tener sueño, pero si insistes y me consta que ya vas a hacerlo, prefiero peluquería. Irnos de compras con el estómago lleno es una locura.

Fuimos caminando hasta un centro de belleza donde nos atendieron inmediatamente. Tiré la casa por la ventana con la tontería. Nos cortamos el pelo, nos pusimos mechones, pestañas postizas y para rematar, nos hicimos la manicura.

—¡Hala, que cambio! —dijo Melissa mirándome con una sonrisa en los labios.

—Para cambio el tuyo, ¡madre mía! Con el aleteo de pestañas eres capaz de tumbar a quien te propongas —dije riéndome.

—Pues no quiero ni imaginar cuando mi hermano te vea. La mandíbula se le va a caer al suelo —se río.

Yo no me reí, a mí no me hacía ninguna gracia, lo que yo quería era olvidarte.

—Bueno, la verdad es que me queda genial —dije levantándome de mi asiento. Me giré y le di las gracias al peluquero y a las chicas del centro de belleza que me dejaron muy mona, todo hay que decirlo.

Salimos como nuevas, en todos los sentidos, del centro de belleza y Melissa y yo, no dejábamos de parpadear como dos tontas mirándonos en el espejo del coche.

Vaya dos...

Entramos en un par de tiendas y nos compramos cada una un vestido para la fiesta y a conjunto, unos zapatos de escándalo. Tengo que decir que, por un momento, me vi poseída por Melissa. Renové mi armario y creo que con toda la ropa que llevaba, podría renovar también el de ella.

Me dejé llevar... y de qué manera lo hice. Hoy en día sigo teniendo ropa que aún ni he estrenado.

Pero mereció la pena, la verdad, aunque solo fuese por lo bien que lo estábamos pasando. Entre las dos escogimos un bonito vestido largo de noche para Claudia.

—¡Espero que le guste!

—Ya verás como sí, créeme.

La tarde se nos fue volando, eran cerca de las nueve cuando decidimos ir a su casa para empezar a arreglarnos. Pero de camino, pillamos un atasco y a nuestro lado, se paró un Bentley gris descapotable con dos chicos. Se nos quedaron mirando y enseguida intentaron llamar nuestra atención.

Melissa no tardó en inclinarse y mirarles.

—Encima vamos a tener suerte —dijo riendo—, no están nada mal, ¿no? —Yo no quería ni mirar.

—¿Os animáis a salir esta noche? —uno de ellos se dirigió a

nosotras.

—Melissa, no contestes, Melissa —le pedí entre dientes.

¿Qué hizo Melissa? Pues todo lo contrario de lo que yo le estaba pidiendo.

—¡Claro! ¿Por dónde estaréis? —preguntó ella toda animada.

—Te voy a matar, te voy a matar —le decía yo por lo bajo.

—Estaremos por la Dolce Vita sobre las doce de la noche.

El tráfico de nuestro carril comenzó avanzar y gracias a Dios, los chicos se quedaron atrás.

—¿Vamos a ese sitio?

—Eh... ¿cómo te lo digo? —sonreí tirante—. No, gracias.

—¿Por qué?

—Lo único que quiero es disfrutar de nosotras, pasarlo bien y olvidarnos, precisamente de esa especie, aunque solo fuera por una noche. Solo traen problemas.

—A una nunca le amarga un dulce —dijo frenando el coche frente a una bonita casa.

—¿Es aquí dónde vives?

—Sí, espero que te guste.

Salimos de su coche y entramos por un portón de madera que daba a un camino de piedras que nos llevaba hasta una puerta de color blanca. La entrada era toda ajardinada. Olía de maravilla y aspiré fuerte. Y te olí, olí el aroma de tu colonia.

—Melissa... —Ella se giró, iba delante de mí cargada de bolsas—, ¿tu hermano está aquí? —pregunté por lo bajo.

—Que yo sepa no, ¿por qué?

—Huela a él —caminé tras ella.

Nerviosa entré en su casa y te busqué de forma inconsciente, busqué tu mirada azul por todas partes, pero allí no estabas, o eso creía yo, porque después de que Melissa me enseñara su preciosa casa, que tenía tres habitaciones enormes con baños, con salidas al jardín con piscina y un

salón enorme y moderno que se comunicaba con la cocina, te vi sentado en uno de los sillones.

Me quedé igual de paralizada que cuando sentí tu voz al otro lado del teléfono.

## Capítulo 22

Dejé de respirar en cuanto me miraste, no sé explicar muy bien lo que me estaba pasando en ese momento, pero solo tú me has hecho sentir así. Menos mal que allí estaba Melissa, tan prudente ella.

Me mandó a darme una ducha y me dijo que eligiera la habitación que quisiese. ¡Joder...! Parecía tonta en ese momento, ¿Qué pasaba? ¿Resultaba que iba hacia atrás, como los cangrejos? Las mariposas revolotearon en la boca de mi estómago y maldije por ello. Sin pensarlo mucho, después de darme una ducha, elegí un vestido negro con encaje, demasiado ajustado, que Melissa se empeñó en comprar. Yo no era de ponerme ese tipo de vestidos tan sugerentes que decían mucho con tan poca tela, pero, por un lado, quería que vieras lo que te estabas perdiendo. Tenía el guapo subido en ese momento.

Salí del dormitorio y de espaldas... allí estabas, hablando con tu hermana. El sonido de mis tacones os hizo girar a los dos y un silbido camionero de la boca de Melissa me hizo sonrojar. Me acerqué a la nevera como Pedro por su casa y saqué una lata de refresco que me bebí de un trago.

—Voy a darme una ducha —Melissa se fue dejándome a solas contigo. Quise matarla en aquel momento.

Pero no, no lo hice, no te asustes.

De refilón te miré. Me enfadé al darme cuenta de que si alguien se estaba perdiendo algo, esa era yo. ¿Cómo podías parecerme tan irresistible? Me fui hasta el sofá notando cómo me seguías con la mirada, quemándome con ella.

No tardaste en levantarte y sentarte a mi lado. Mi cuerpo me comenzó a traicionar y el corazón me latía con fuerza.

—¿Qué tal estás, Laura? —sonreías de medio lado de forma sexi y te odie por ello.

—Bien, ¿y tú?

Evité mirarte, pero fue imposible.

—¿Vais a salir? —Con cara de interesado, clavaste los codos en tus rodillas.

Esas rodillas que se colocaban entre mis piernas para hacer fuerza y penetrarme... Joder...

—Sí, saldremos a cenar y a dar una vuelta —fuí educada.

—Espero que esta vez tengáis más cuidado y no bebáis más de la cuenta.

—Tranquilo, eso no pasará —aseguré.

Te pasaste los dedos por los labios, y recordé cuando esos mismos dedos pasaron por los míos. Ese gesto me puso a mil. Desvié la mirada nerviosa y cogí mi móvil. Mis manos temblaban.

—¿Tranquilo? Me dais un poco de miedo, la verdad. —Te miré fijamente—, tal vez os acompañé... —Y quise irme a mi casa, no te quería tener cerca, me harías daño, lo sabía.

Melissa tardó en darse la ducha, así que cansada de esperar y del silencio tan molesto que había en el salón, decidí llamarla «una locura lo sé, pero no tenía ganas de que notaras la desesperación en mi voz al llamarla a voces» evidentemente, no cogió la llamada. A los dos minutos, salió.

—¡Ya estoy aquí! —dijo divertida.

—¡Vaya! La espera ha merecido la pena —estaba muy guapa.

Cuando me subí al coche de Melissa, cogí aire y lo expulsé lentamente. —Sabías que estaba aquí, ¿no? —subimos al coche.

—No —evitaba sonreír, pero no podía—. Bueno, tal vez sabía algo, pero poco.

—Ya te vale, guapa —me quejé mirando hacia delante.

—Me llamó, me preguntó ¿y yo que iba a decirle? Es mi hermano.  
—Vale —protesté seria.

—Además, quería comprobar una cosa. —Me miró divertida y salimos del aparcamiento.

—¿Qué cosa? —La miré intrigada.

—Que los dos seguís colados el uno del otro.

—¡No! Estás equivocada —dije demasiado rápido.

—¡Ya! Por eso le has llamado, ¿no?, por eso te has quedado paralizada en cuanto lo has visto, ¿no?

No le respondí y, en silencio, fuimos a tomarnos algo las dos.

En el instante en que entramos en un local para picotear algo, comencé a creer que las casualidades existían de verdad.

—Laura, ¿esos no son los del atasco? —me giré ante su pregunta.  
—Pues no sabría qué decirte —respondí dudosa.

En cuanto uno de los chicos levantó su mano, supimos que eran ellos.

Mierda...

—¿Y qué hacemos? —preguntó ella coqueta, mirando hacia la mesa.

—Pues irnos... ¿Qué vamos hacer?

—De eso nada, monada —Melisa se encaminó hacia la mesa y, con dos ovarios, se sentó animándome a que yo lo hiciera también.

—¡Hola, yo soy Melissa y ella es Laura! —dijo ella tan feliz de la vida.  
¡Qué inconsciente era...!

—Yo soy Paolo y este es mi colega, Alessandro.

Tontas de nosotras, tonta de mí que me levanté para darle dos besos a casa uno, porque lo único que conseguí fue que Alessandro no me quitara los ojos de encima e intentara hacer lo mismo con las manos.

—¿Sigue en pie lo de ir al Dolce Vital o preferís ir a mi casa? —nos preguntó Paolo, que se había centrado en Melissa.

—Me parece a mí que tú te vas a ir a tu casa y nosotras a donde nos venga en gana —dije molesta.

—No le hagas caso a mi amiga. —Melissa me miró con una sonrisa de medio lado—. Si quieres podemos ir a bailar y luego... todo se verá.  
Le di un rodillazo a Melissa que me dolió hasta a mí, pero ella ni se inmutó. Apreté los labios y cuando su mirada se cruzó con la mía, le dije de todo con ella.

No faltaron las palabras, me entendió perfectamente.

Al poco, decidimos irnos del pequeño local. Llevaba tiempo sin

pensar en ti, todo hay que decirlo, y Melissa estaba disfrutando de la compañía de Paolo que, mientras caminaban, la agarró de la cintura. Alessandro intentó hacer lo mismo conmigo, pero le lancé una mirada que hizo que el gesto se le congelara a mitad de camino.

El Dolce Vita estaba abarrotado de gente. Nos dirigimos, como era de esperar, hacia la zona Vip. Los chicos pidieron una botella y yo miré a Melissa en modo de advertencia, gracias a Dios que me hizo caso y nos pedimos unos cócteles sin alcohol.

En cuanto los chicos se fueron al baño, aproveché para hablar con Melissa.

—¿Qué pasa si tu hermano se presenta aquí y nos ve con estos dos?

—Pues que se pondrá celoso y hará lo posible para acercarse a ti.

Me quedé mirándola con cara de asombro.

—Estás loca. No sé qué narices pretendes, pero no es buena idea. No quiero sufrir, ya te lo he dicho.

—Si alguien sufre, será él, boba. Que pruebe de su propia medicina. En cuanto te vea con el tal Alessandro se morirá de celos y ahí es cuando tú te darás cuenta de cómo te mira.

Puse los ojos en blanco.

—Sé cómo me mira, no estoy ciega, pero también sé cómo miró a Mónica. —La miré apenada—. No quiero hacer nada de lo que luego me pueda arrepentir.

—No voy a dejar que hagas nada que no quieras, Laura.

En cuanto los chicos regresaron, con tal de quitarme a Alessandro de encima, me fui al baño. Melissa andaba ocupada acercándose demasiado a Paolo y el amigo pretendía hacer lo mismo conmigo.

—Ahora vengo —dije apartándome de él.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Alessandro con una tonta sonrisa en los labios.

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta. Me fui directa hacia los baños de abajo, no quería que Alessandro terminara sorprendiéndome en la parte de arriba. En cuanto vi la cola que había en el de las chicas, respiré aliviada, necesitaba estar alejada de él.

Los minutos iban pasando ¿y qué hacía yo para matar ese tiempo precioso? Pues pensar en ti, claro, no tenía otra cosa mejor que hacer. Allí estaba yo, recreándome con la imagen que me ofreciste en casa de tu hermana.

Si es que no hay duda, las mujeres somos masocas de nacimiento, lo tengo claro.

Por fin entré en el baño, estaba todo sucio, un montón de chicas se maquillaban y coqueteaban como gallinas mientras se maquillaban entre ellas, otras se limpiaban la nariz tras aspirar algún elemento químico; no hace falta que ponga el nombre, lo imaginamos, ¿no? Pues eso...

En cuanto un baño quedó libre, allá que entré yo como si la vida se me fuera en ello. Hice pis. ¿Y cuál fue mi sorpresa? Pues, que no había papel ¿y qué hice? Pues después de pensar un rato mientras movía de un lado a otro como si me estuviera sacudiendo, decidí limpiarme con mis braguitas. Pero no me las puse, no me gustaba esa sensación, a sabiendas que la humedad era de pis, soy de las que luego se obsesiona con el olor. Las tiré a la papelera y hala, sin bragas y a lo loco, salí del baño.

Caminé por mitad de la pista notando frescura en mi entrepierna. La gente no dejaba de empujar, y por un momento, sentí que me iba a marear con tanto parpadeo de luz.

Cuando vi las escaleras que llevaban hacia arriba, al poner el pie en un escalón, alguien tiró de mí agarrándome del brazo. Me giré de forma brusca y nuestras miradas chocaron.

—¡Marco! ¿Qué haces aquí? —pregunté sorprendida con la boca seca. Sin querer, desvié la mirada a los lados por si habías venido con alguien.

—¿A quién buscas?

—¿Has venido solo?

—Sí. —Esbozaste una sexi sonrisa de medio lado que me cautivó por completo y eso que se suponía que la había empezado a odiar. Respiré aliviada ante esa respuesta.

Agarré tu brazo y te llevé hasta el reservado, allí no solo me encontré a Melissa que estaba muy concentrada besando a Paolo, también

había dos chicas que, animadamente, bailaban con Alessandro. Pero a este, en cuanto me vio, no se le ocurrió otra cosa que acercarse hasta donde yo me encontraba y plantarme un beso delante de ti, que me dejó sin aire y con un mal sabor de boca que aún me está durando.

—Te echaba de menos, preciosa —susurró mientras lo miraba con la cara descompuesta.

—¿Pero tú que haces? —Lo aparté de mi camino olvidándome por un instante de que te encontrabas allí, de pie, a mi lado y apretando los puños.

Me acerqué a Melissa y la zarandeé hasta que se giró para mirarme.

¡Mierda, había bebido! ¿Cuánto tiempo estuve en la cola del baño? ¿Cuánto alcohol llegó a ingerir?

—¡Vámonos! —le pedí—. Tu hermano está aquí y estos tíos no me gustan.

—Solo un ratito más —dijo volviendo a lo que estaba haciendo.

Te miré y lo que vi no me gustó. Si Melissa pretendía que yo te diera celos con ese capullo de ahí, cuando vi a esa chica rubia hablarte al oído, no sé qué fue lo que sentí yo.

Miles de cosas se me pasaron por la cabeza en ese momento y noté cómo el corazón me latía con fuerza, respiré, cerré los ojos y cuando los abrí, te tenía delante.

—¿Nos vamos? —preguntaste.

Nos costó que Melissa saliera de la discoteca, lo único que ella quería era echar un polvo con un tío bueno, y según ella, nosotros, con nuestros problemas, lo único que habíamos conseguido era hacer el tonto.

Así que no nos marchamos. Decidí ir a la barra a pedir una copa. Melissa estaba ocupada, a Alessandro no lo quería cerca y a ti... no sabía ni lo que quería en ese momento, así que cuando me seguiste hasta la barra, dejé que te pusieras a mi lado. Pediste una copa y ninguno de los dos hablamos.

Al cabo de un rato, cuando en mi cuerpo tenía ya dos copas y el efecto

actuó, decidí irme sola a bailar a la pista. La intención era esa, ir sola, pero no. Viniste detrás. La melodía me iba atrapando poco a poco y tus manos rodearon mi cintura. Pegué mi espalda a tu pecho y comenzamos a bailar. La verdad es que no sé si el sonido de la música era o no el adecuado, pero en esos momentos, no me importó.

—Te echo de menos —susurraste en mi oído.

Quise creerte, yo también te echaba de menos.

—No te creo. —Me mordí el labio.

—Tú sientes lo mismo... —Me giraste colocándome frente a ti.

—Estás muy equivocado si piensas eso —intente parecer dura, aunque el efecto era todo lo contrario.

—Dime una cosa... —Te miré—. dime que no me echas de menos y te juro que no vuelvo a molestarte; dime que no te mueres por un beso mío y te juro que no vuelves a verme.

No quería arriesgarme a que eso fuese cierto, moría porque me besaras, te echaba de menos, ¿Cómo iba a mentirte?

—Siempre estarás ahí, eres mi jefe —te contesté.

—Estoy pensando en montar mi propio negocio y dejarle todo a mi hermana, sé que ella lo llevará bien.

Abrí los ojos como platos, no podía arriesgarme, así que me quedé en silencio.

—¿Qué significa ese silencio? —preguntaste al ver que no contestaba.

No sé si fue la bebida, lo que yo sentía, o el ambiente, pero acerqué mis labios a los tuyos y nos besamos.

Fue un beso bonito, tierno.

Y lloré, lloré en silencio porque ese beso me dolió también, tenía una fuerte lucha conmigo misma y me estaba traicionado.

¿Se puede sentir tanto en tan poco tiempo? Me demostraste que sí.

—¡Dios, Laura! —Me abrazaste intensamente y respiré tu aroma lo más hondo que pude. Ese fue nuestro momento.

## Capítulo 23

Melissa se terminó marchando con el tal Paolo y a pesar de que a ti no te parecía una buena idea, ella era mayor de edad y podía hacer lo que quisiera, bebida o no.

Subí a tu coche. Me sentía excitada, muy excitada. En cuanto te incorporaste a la carretera, llevé una de mis manos hasta tu pantalón.

También estabas excitado..., caliente.

—Para —me pediste jadeante, pero yo no te hice caso; desabroché los pantalones y metí la mano—, para o no podré aguantar hasta casa. —Agarré tu erección—, ¡Laura! —Seguí sin hacerte caso. Me incliné y saqué tu miembro pegándolo a mis labios. —¡Joder nena!

¿Nena? Cómo me puso esa palabra.

Paraste el coche tras meterte en un descampado solitario mientras yo subía y bajaba con mi lengua por tu erección. Chupé la punta y succioné, saboreándola.

Me apartaste, te desabrochaste el cinturón de seguridad, agarraste mi cara y me besaste con ganas. Con tantas que terminé encima de ti, húmeda, notando el flujo de mi sexo.

—¡Dios! —metiste las manos por mi vestido y comprobar que no llevaba bragas.

—Es una larga historia —dije.

—Prefiero no saberlo. —Hundiste tu cabeza en el arco de mi cuello mordiéndome.

Agarraste mi cintura, me empujaste hacia ti. Me incliné buscando tu erección y ella sola hizo el resto, como si supiera a donde tenía que ir.

¡Cómo te echaba de menos...! yo, y mi cuerpo.

Me balanceé lentamente mientras nos chupamos los labios.

—¿Has tenido relaciones con alguien? —erré los ojos por miedo a la respuesta.

—No —gruñiste—. ¿Y tú?

—No. Te estaba esperando a ti.

Los movimientos se hicieron más intensos.

—Marco... —El calor era sofocante y el orgasmo asomaba en cada fricción.

—Laura...

Me apretaste con fuerza y estallé en un delicioso orgasmo que me hizo abrir la boca mientras gemía y cogía aire al mismo tiempo. Tu cara de placer me volvió loca, seguías moviéndote dentro de mí, hasta que te dejaste llevar por el placer.

Atrapé tus labios y los besé.

Así estuvimos los dos un rato, yo encima de ti, sintiendo la palpitación de tu miembro dentro de mí, besando nuestros labios, y escuchando nuestras respiraciones.

—Lo siento —dijiste en un susurro que callé con un beso.

Subimos hasta tu casa entre besos continuos, tenía los labios que ya no los sentía. Era increíble pensar que, después de lo que había pasado en el coche, siguieras, al igual que yo, teniendo ganas de más.

Me quitaste el vestido despacio.

—¿No te he dicho que este vestido te queda muy bien? —Besaste mi cuello—, ¿no te he dicho lo bien que te sienta ese cambio de look? —Más besos—. ¿No te he dicho lo loco que me vuelves?

Me eché a reír sintiendo tus labios por todo mi cuerpo. Me sentía como en una nube de algodón en ese momento.

No tardé en sentir tu pene duro acariciando mi vientre. Metiste dos dedos de tus manos en mi boca después de tocar mi sexo y eso te volvió loco. Me penetraste de golpe y grité de gusto. Te movías con ímpetu, tu mirada irradiaba rabia, pasión, y yo te pedí más.

El orgasmo llegó como una explosión y tus movimientos frenaron. Mordiste mi cuello, mis labios y volví a pedirte más, mientras me retorció bajo tu cuerpo. De nuevo aceleraste tus movimientos y otro orgasmo me envolvió dulcemente al tiempo que te dejaste llevar,

vaciando tu placer en mí.

Pasé el día del sábado sin salir de la cama, sintiendo tus manos que acariciaban mi cuerpo desnudo bajo las sábanas, tus besos...

El domingo, cuando me dejaste en casa, después de ir a casa de Melissa a por mis cosas, me sentí vacía, incluso llegué a sentir frío. Te necesitaba.

En toda la semana apenas tuvimos tiempo de vernos por el día, pero por la noche, o bien venías a casa o yo iba a la tuya, era como si no pudiésemos estar separados el uno del otro.

Le conté a Leo, que se había vuelto mi confidente, que las cosas entre nosotros volvían a funcionar. Pero no sé si se alegró por mí. Él decía que las cosas con su novia eran cada vez peor e incluso se planteaba la posibilidad de dejar la relación.

—¿Entonces lo vuestro es oficial? —preguntó Leo cuando nos levantamos de la mesa de la terraza a la cual ahora, casi por norma, íbamos todas las mañanas.

—¿Oficial? —Le miré extrañada.

—Sí, que si sois pareja... ya me entiendes.

—Pues no lo hemos hablado. No sé si es buena idea etiquetar esto o mejor dejarnos llevar.

—¿Eso no te da inseguridad?

No lo había pensado hasta ese momento y fue delito no hacerlo. No quería que me presentaras a la gente como tu «nueva traductora», al igual que hiciste con tu ex mujer. Yo era algo más, ¡joder! Era... ¿qué era?

—Pues... —comencé a decir—, bueno, prefiero no pensarlo ahora, llevamos poco tiempo y sería precipitado, ¿no crees?

Por preferir claro que no prefería pensarlo, pero me pasé toda la semana dándole vueltas a lo mismo sin atreverme a hablarlo contigo. Y eso que casi pasábamos todas las noches juntos.

Pronto llegó el fin de semana. Basta que quieras que algo se alargue, para que el tiempo se ponga en tu contra. Debía enfrentarme a las «supuestas presentaciones», ¿sería solo la amiga de Melissa?

Me sentía tan confusa...

Te encargaste de recogernos. Yo llevaba un vestido sencillo de color rosa palo y Melissa, Melissa estaba espectacular.

Con los regalos entramos al restaurante. Contábamos con toda la planta baja para la celebración y tus padres no tardaron en recibirnos. Mientras Blanca y Piero hablaban con tus hermanos, decidí apartarme a un segundo plano y con la mirada, busqué a Claudia para darle mi regalo. La encontré apoyada en una de las ventanas que iluminaban el gran salón.

—¡Hola! —la saludé bajito.

—¡Pero qué guapa! —tocó mi pelo y me dio un abrazo.

—¡Felicidades! —Le entregué el regalo—. Espero que te guste.

No tardó en abrirlo, sacó el vestido y se lo puso por encima

—¡Es precioso! ¡Gracias! —Volvió a abrazarme.

Melissa, junto a tu madre, se encontraba detrás de nosotras y le dio la otra parte del regalo: unos zapatos preciosos y caros. Tú, al rato, también te acercaste y le diste el tuyo: una cajita pequeña que contenía una bonita gargantilla.

—Gracias, Marco —dijo Claudia abrazándote.

Pronto apareció Emilio, aún no había tenido el placer de conocerlo y cuando me giré para mirarlo, me sorprendió lo idéntico que era a Claudia. Le entregué mi regalo: una pulsera de cuero hecha a mano que me gustó para él, a pesar de que no lo conocía.

Me contaste que a tu hermano le gusta mucho el surf, así que ese fue mi regalo, los surferos llevan cosas de cuero, ¿no?

Emilio me dio un abrazo. Había escuchado tanto hablar de mí, que sentía que me conocía de toda la vida. Tú también le diste su regalo: un cheque que usaría para hacer un viaje de fin de curso.

Que detalle tan bonito tuviste...

Desde entonces, no te separaste de mí. Colocaste la mano en la parte baja de mi espalda y me llevaste hasta la mesa donde nos sentaríamos con Melisa y vuestros hermanos. Tus padres se sentaron en una mesa aparte, junto a tus abuelos, a los que me

presentaste después.

Todo indicaba que el día sería genial... ni yo misma me lo estaba creyendo. Agarraste mi mano por debajo de la mesa. Me sentí como una niña de quince años. Tus padres, después de la comida, se sentaron con nosotros en la mesa y nos estuvimos riendo. También se acercaron tus abuelos que no dejaron de mirarnos a los dos, sobre todo a mí. Me presentaste como tu chica y yo... yo quise morirme. Melissa ya se había encargado de hablar de mí y creo que a todos les gusté, al igual que todos me gustaron a mí.

Me sacaste a bailar, tu padre también lo hizo y ¡cómo no!, tu abuelo no iba a ser menos. Tú te reías desde la mesa y yo pasé vergüenza, mucha, y por tu culpa.

Pero la sonrisa se me congeló, y del rojo pasé al blanco en un plis plas.

Vi a Mónica con un bonito carro...

Y me apagué...

Tragué saliva y noté cómo me iba paralizando poco a poco.

En ese momento estaba bailando con Melissa.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Melissa al darse la vuelta y comprobar qué era lo que yo estaba mirando.

Mónica llevaba el pelo suelto y, todo hay que decirlo, yo no le llegaba ni a la suela de sus zapatos. La niña era preciosa.

Me quise marchar, desaparecer y volver a mi piso en Madrid y continuar con mi vida, en mi espacio de confort. Desde que había pisado estas tierras, notaba como el mundo se me iba desmoronando por momentos y yo no estaba preparada para afrontarlo.

Cuando la música cambió a otra canción más lenta, volví a la mesa. Blanca y Piero fueron a ver a la niña y tú te acercaste a mí.

—¿Estás bien, Laura? —Te sentaste a mi lado.

—Sí, no te preocupes. ¿Esa es tu hija? —Señalé al carrito.

—Sí, ven. —cogiste mí mano.

Me llevaste hasta Mónica que ahora sostenía a la niña en brazos y me miró.

—Creo que el otro día no hice las presentaciones cómo debía haberlas hecho. Mónica, esta es Laura, mi novia.

«Laura, mi novia» «Laura, mi novia» ¿En serio habías dicho eso?, ¿a ella?

Se me quedó mirando y nerviosa, te miré yo a ti. Me diste un beso en la frente que me tranquilizó.

—Un placer, Laura, Marco me ha hablado bastante de ti. Siento mucho la impresión que pude causarte el otro día —dijo Mónica—, mira, te presento a Bella, la niña más bonita del mundo. —Vi una sonrisa sincera en sus labios.

La niña enseguida me echó los brazos y no tardé en cogerla, era preciosa y tenía unos bonitos ojos de un azul intenso, que te atrapaban de inmediato.

Melissa se volvió loca con su sobrina, no la vi mucho hablar con Mónica y lo poco que hablaron lo hicieron de forma cordial. Blanca igual, lo justo, así que... al ver que casi nadie la estaba haciendo caso y que a ti te llamaban por todas partes, decidí invitarla a sentarse en la mesa, conmigo.

No tenía por qué haber una mala relación entre nosotras, ¿no? Siendo adultas y teniendo dos dedos de frente, suponiendo que las dos los tuviéramos, lo lógico sería que, si vosotros conseguíais llevaros bien, ¿por qué no hacerlo yo? Al fin y al cabo, ahora era tu novia...

—Marco me ha contado que naciste aquí, en Italia. —Se sirvió una copa y a mí otra, mientras asentí con la cabeza sin abrir la boca—, siento mucho lo de tus padres —terminó diciendo.

Vale, reconozco que me molestó un poco que le fueras contando mi vida a la madre de tu hija, ¿vale? Lo dejé pasar.

—Gracias —contesté buscándote con la mirada.

La situación era un poco incómoda, no lo voy a negar, fácil no era...

—Bueno... —empecé a decir—. ¿Y a qué te dedicas?

—¿Marco no te lo ha dicho? —Negué en rotundo —, soy modelo y ahora con la niña, lo he dejado un poco apartado, así que estoy sacando una colección de joyas que mañana verán la luz —dijo

sonriente.

—Vaya. ¡Enhorabuena! —contesté.

Hacía un rato que noté la mirada de un desconocido que se encontraba en la mesa de Blanca y Piero. Me giré despacio y choqué con unos ojos verdes que, fijos, me observaban. Era un señor de la edad de tus padres, con cara de pocos amigos. Al principio no le di importancia, pero casi no dejó de mirarme todo el tiempo que duró la fiesta.

—¿Qué tal? —Apareciste sentándote en medio de las dos.

—Muy bien, le estaba contando a Laura que estoy a punto de sacar una colección de joyas. ¿Por qué no venís a la presentación?

Me miraste pidiéndome permiso.

—A mí no me importaría, la verdad —mentí, no quería ir, pero tampoco quería parecer... una, ¿celosa?, ¿mala persona?, ¿paranoica?

—Mañana domingo en un prestigioso hotel. Irá gente muy importante y de alto cargo, amigos de mi padre —dijo ella muy contenta.

—Pues mañana nos vemos entonces. —La miraste.

—Si Melissa quiere venir, yo no tengo ningún problema —dijo ella algo más seria.

Melissa apenas se acercó a la mesa donde nosotros nos encontrábamos, y después de haber invitado a Mónica a que se sentara conmigo, me daba cosa levantarme y dejarla sola. Miento, no quería dejarla a solas contigo, tanto buen rollo no me hacía gracia.

La niña iba de unos brazos a otros y así, casi dos horas, hasta que ya no pudo más y se echó a llorar.

—Demasiado ruido para la pequeña —dijo Mónica—, será mejor que me vaya y os deje solos un rato. —Me sentí mal, en el fondo yo me estaba comportando como una niña celosa y ella no había mostrado nada más que simpatía.

—No te preocupes —dije.

Mónica cogió a la niña y después de despedirse de todos, menos de Melissa, se marchó. No sin antes pedirte que la acompañaras a la salida.

—¿Estás bien? —Melissa se sentó a mi lado en cuanto os marchasteis fuera.

—Cansada y con un dolor de pies que te mueres, pero bien. ¿Tú? Suspiré encogiéndome de hombros.

—Creo que bien —fui escueta—. ¿Tú y ella, no... os lleváis bien?

—Pues si te soy sincera, no. No la aguanto.

—¿Y eso? No parece tan bruja como pensaba —confesé.

—Me alegro, Laura, pero lo nuestro es de hace tiempo. Le dio una contestación a mi madre que no me gustó nada y desde entonces, a pesar de que nosotras nos llevábamos bien en su día, en cuanto se separó de mi hermano y vi algunas cosas feas, dejé de tener relación con ella, solo el mínimo y por la niña y mi hermano.

—Vaya, lo siento —no supe que otra cosa decir.

Detrás de mí seguía el hombre que no dejaba de mirarme, me ponía un tanto nerviosa. Melissa lo saludó.

—¿Quién es? —pregunté curiosa.

—Es amigo de mis padres, un conocido abogado.

A punto estuve de decirle que me parecía un poco raro, pero apareciste sacándome a bailar.

—Espero que... —comenzaste a decir.

—Estoy bien, y... gracias, yo... —quise disculparme—, creo que es buena chica y que es digno de admirar el hecho de lo bien que os lleváis por la niña —te dije.

—Solo quiero que sepas que entre ella y yo no hay nada más que el amor que nos une a Bella.

Melissa hablaba al señor mientras los dos miraban hacia nosotros. ¿Qué le estaría diciendo?

—¿Por qué os separasteis? —pregunté mientras bailábamos por inercia, ni siquiera sé lo que sonaba en ese momento.

Cogiste aire y me miraste con nostalgia.

—Las cosas se acaban, y las cosas nunca salen como uno quiere.

—¿Te arrepientes de haberte casado con ella?

—No, nunca. Solo me arrepiento de no haber pensado las cosas en su debido tiempo. Me mintió.

—¿En qué te mintió?

—Se quedó embarazada sin contar conmigo y hasta que no pasó tiempo, no lo supe.

—Vaya, lo siento. Yo nunca haría una cosa así —te dije—. ¿Crees en el matrimonio?

—¿Estás ya pensando en casarte conmigo? —esa pregunta subió con un nudo de sensaciones hasta mi pecho—, acabo de presentarte a mi exmujer como mi novia. —Me puse colorada como un tomate—. No me metas prisa.

Era verdad, era tu novia, ¡Tú y yo éramos algo más que una traductora y su jefe, éramos novios! Y eso requería compromiso... y ¡joder! Me daba mucha seguridad.

La fiesta acabó sobre las once de la noche, todos los amigos de Claudia y Emilio, al terminar, se marcharon a una discoteca a seguir con la celebración, nosotros los acompañamos durante un rato, pero yo me notaba tan cansada y a Melissa le dolían tanto los pies, que no tardamos en marcharnos.

Al día siguiente por la mañana, Melissa no tardó en marcharse a su casa. Intenté convencerla para que nos acompañara a la presentación de las joyas de Mónica, pero se negó en rotundo.

Tú y yo nos fuimos directos. Esa mañana estaba nerviosa, para mí era duro, desconocido, ir a la presentación a la que tu exmujer me había invitado. Llevaba algo sencillo y recuerdo las palabras que me dijiste cuando aparecí por el salón:

—Estás preciosa, Laura.

Te acercaste a mí y me diste un beso de esos que tú solo sabes dar y que tanto ayudó a que me tranquilizara.

Salimos del coche y agarrados de la mano, caminamos hasta el hotel. Volví a ponerme nerviosa cuando la vi a ella, tan guapa, tan radiante, acercarse a ti y darte dos besos que duraron más de la cuenta. Después

me dio los dos besos a mí.

El nombre de la colección, «Perdóname» me llamó mucho la atención. No quise ser mal pensada, pero iba dirigida a ti. De hecho, una de las joyas, un anillo con un bonito diamante del color de tus ojos, llevaba tu nombre.

Cogí aire y tragué saliva. Mónica era buena, todo hay que decirlo, los diseños eran espectaculares, usaba mucho el azul turquesa parecido al de tus ojos.

Todo era bonito y fuera de mi alcance, también. ¿Significaría eso que tú estabas fuera de mi alcance y que el hecho de que fuéramos algo más que amigos no sería suficiente? No lo sé...

Tú apenas viste la colección, su padre no tardó en acercarse a ti para charlar contigo ignorándome por completo y, cuando me quise dar cuenta, me vi cogiendo una copa de vino de unas de las bandejas que iban sirviendo los camareros que por allí rondaban.

Intenté no pensar que te habías olvidado de mí... porque eso pensé en un primer momento. No recuerdo el tiempo que estuve esperando a que te dieras cuenta de que no fuiste solo. Incliné la cabeza y te vi hablando con ella.

Suspiré dolida.

¿Que si viniste? Sí, lo hiciste. Rodeaste mi cintura, me plantaste un suave beso en el arco de mi cuello y me pediste que nos fuéramos, que querías aprovechar el día conmigo, hacerme el amor.

Con un trato cordial nos despedimos de Mónica que se nos quedó mirando, me decía que se alegraba de verte feliz y también que se alegraba de que yo te lo hiciera, porque veía en mí lo buena persona que era. ¿Sabes? Nunca la llegué a creer.

Ese día me llevaste a comer a casa de tus padres que te llamaron de camino a tu casa.

Pasé un poco de vergüenza, para que voy a negarlo.

Nos marchamos después de comer, y me llevaste a tu casa, yo estaba un poco enfadada, no me habías hecho nada, que conste. Me enfadé yo sola por pensar tanto en la colección, en Mónica, en que me sentí sola. La inseguridad me hacía pensar cosas horribles.

Pero tus besos, tus caricias y la forma en la que me hiciste el amor, hicieron que dejara de pensar.

Me quitaste la ropa despacio mientras me mirabas a los ojos, me dejaste caer sobre tu cama con cuidado y entre caricias, me entregué a ti de la misma manera que lo hiciste conmigo.

Nos dimos una ducha, enjabonaste todo mi cuerpo con mimo y de nuevo, volvimos a entregarnos el uno al otro.

Me pediste que me quedara contigo a pasar la noche, y así lo hice.

Dormimos abrazados, desnudos. Me sentí tan bien... Marco.

El lunes por la mañana me desperté al verme sola en la cama. Me puse la ropa después de mirar la hora en mi reloj y salí, sin hacer ruido, de la habitación. Escuché tu voz a medida que avanzaba hacia la cocina y te vi hablando con Jimena. Aún no tenía el placer de haberla conocido, casi todas las noches dormía contigo y no habíamos coincidido.

Nada más poner un pie en la cocina, se me quedó mirando con una sonrisa y se acercó a darme un abrazo.

Le habías hablado mucho de mí. Ella era la nana, tu nana, la que te cuidó, la que tantas cosas te enseñó. Sentí el mismo respeto por ella al conocerla, que por tu madre el primer día que la vi.

Le agradecí que me preparara el desayuno y avergonzada lo tomé. Nos fuimos al trabajo y en toda la mañana no pude verte. Llegaba la temporada de campañas y teníamos mucho trabajo y tú, como jefe, muchas reuniones a las que asistir junto con Melissa.

Ese día, Leo me contó que había dejado a su chica.

—¿Y estás bien? —le pregunté preocupada.

—La verdad es que no, Laura. —Soltó todo el aire que tenía retenido en sus pulmones.

—No sé qué decirte, Leo, creo que...

—Tranquila, esto se veía venir. Yo lo sabía desde un principio, siempre me dejó claro que nunca me querría como lo quería a él —dijo apenado.

Sentí su pena y por un momento me puse en su pellejo. ¿Y si vineras tú un día y me dijeras que seguías queriendo a Mónica y que a mí nunca

me llegarías a querer como a ella?

Un miedo terrible a perderte se adueñó de mí.

En toda esa semana, no hubo una noche en la que no llorara a escondidas, pensando en que no era suficiente para ti; que, de un momento a otro, podrías cansarte de mí.

Al fin y al cabo, ¿Quién era yo?

No era nadie.

## Capítulo 24

—¿Qué te gustaría hacer este fin de semana? —preguntaste antes de salir del coche.

—¿Qué te gustaría hacer a ti? —me acerqué a tus labios.

—¿Sabes qué día es este fin de semana?

Puse los ojos en blanco.

—¿En serio me lo estás preguntando? —sonreí y te di un beso—, hacemos dos meses. —Volví a besarte.

—No solo los hacemos, sino que también han sido los mejores meses de mi vida — Me dejaste sin palabras, me acaloraste.

—¡Joder! Deja de decirme esas cosas Marco —me quejé yo, riendo—, me encantaría poder quitarte la ropa ahora mismo y celebrarlo, pero estamos en el parking —volví a quejarme.

—Este sábado tengo algo especial preparado. Iremos a pasar el finde a Sicilia, o a Roma, dónde tu prefieras.

Suspiré.

—No quiero ir a Roma —te dije—. No quiero estar allí.

—Vale, lo siento. —Me diste un abrazo—. Pues vamos al lugar que tú quieras, tienes hasta el viernes para pensarlo y estamos a miércoles.

—Vale —me reí y me aparté para besarte de nuevo.

Entre besos y mimos, salimos del coche y fuimos hasta el ascensor que se había convertido en uno de nuestros lugares favoritos.

Ese día estaba siendo un caos impresionante. Melissa asistía a una reunión con un posible cliente, Leo se había puesto malo y yo tenía algo de trabajo acumulado, aparte de que me encargué de contestar llamadas y emails, eso sí, con tu ayuda.

Estaba tan concentrada en la pantalla de mi ordenador traduciendo un vídeo, cuando sentí un taconeo parar frente a mi mesa.

Incliné la cabeza hacia un lado y entonces la vi a ella, con su pelo suelto,

largo y oscuro.

—¡Hola, Laura! —me saludó con una sonrisa angelical.

—¡Hola Mónica! ¿Qué haces por aquí? —La miré sorprendida.

La verdad es que la visita me pilló por sorpresa.

—¿Sabes si está Marco en su despacho? —sus labios dibujaron una cínica sonrisa. Oh, claro, qué tonta. Claro que lo sabes.

Sonreí tirante.

—Sí, está en su despacho.

Nada más decirle eso, ella se dirigió hacia tu puerta y tocando con los nudillos, abrió y pasó. Yo me puse nerviosa.

Cerré los ojos y me cagué en todo lo que se meneaba. Mi mente comenzó a hacer de las suyas, mostrándome mil cosas diferentes de lo que podía estar ocurriendo ahí dentro, así que decidí levantarme e ir a tomarme un café junto a la ventana para distraerme.

Al volver a mi mesa la vi salir de tu despacho, se limpió los labios y me miró. Se me olvidó respirar en ese instante. ¿Qué era lo que había pasado allí dentro? ¡Joder! Me quise morir en ese momento.

No entré en tu despacho, no fui a pedirte ningún tipo de explicaciones, me lamenté una y otra vez imaginando mil cosas.

Saliste al cabo de diez minutos que a mí se me hicieron eternos y te colocaste frente a mí. Yo me hice la despistada, haciendo que estaba concentrada en la pantalla de mi ordenador, pero era mentira.

—Tenemos un problema —me dijiste—. ¿Puedes venir a mi despacho?

¿Problema? ¿Habías dicho problema? Lo primero que pensé fue que me ibas a dejar, no sé por qué lo pensé, pero a lo largo de todo este tiempo he aprendido que nosotros mismos somos nuestro peor enemigo. Respiraste fuerte al entrar en tu despacho. Me acojoné, sí.

—¿Qué pasa? —Me senté en el pequeño sofá de dos plazas que tenías en una de las esquinas, junto a una estantería. Te sentaste a mi lado y te quedaste mirándome con la mano en la barbilla.

—Oye, si no me dices lo que pasa, a mí me da algo, Marco. Suéltalo

ya. —Me estabas poniendo más nerviosa de lo que me podía poner yo sola.

—Este fin de semana tengo que quedarme con la niña —dijiste y respiré, respiré aliviada.

—Vale, ¿y cuál es el problema?

—Pues que no podremos pasar ese finde especial.

—Eso no es un problema. Para mí son especiales todos los momentos que paso contigo. Porque estaremos juntos, ¿no? —Levanté una de mis cejas con énfasis.

—Sí. ¿Por qué no íbamos a estarlo?

—No sé, hasta donde yo sé, antes pasabas el día, no solo con tu hija, sino con Mónica también.

—Bueno, eso es porque... —Apartaste la mirada y se me encogió el corazón.

—¿Y bien? —ya pensaba que me ibas a decir que seguías teniendo relaciones con Mónica.

—Verás... soy un poco patoso con esto de la niña, ¿sabes? No sé me da muy bien...

Me reí.

—Vale, no te preocupes. Lo pasaremos bien.

—¿No te importa?

—¿Cómo me va a importar? Por el amor de Dios, es tu hija.

Nos besamos y al cabo de varios besos y algún que otro manoseo, decidí que era hora de seguir con el trabajo.

—Luego me quejo de que acumulo faena —me eché a reír—. Es por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —Comenzaste a desabrochar la cremallera de mi vestido.

—Sí, no paras de entretenerme todo el tiempo. —Te miré y de golpe y porrazo, la imagen de Mónica limpiándose los labios, se me vino a la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada ¿Por qué?

—Te acaba de cambiar la cara, ¿estás bien?

Suspire agotada por lo que yo misma me estaba haciendo.

—Sí, no te preocupes. —Me separé de ti y me abroché la cremallera como pude.

—Venga, Laura, sea lo que sea, cuéntamelo —me pediste justo cuando iba a salir.

Cerré los ojos y coloqué mi mano en el pomo de la puerta. Volviste a pronunciar mi nombre.

—¿Os habéis besado?

—¿¡Qué!? ¿De dónde sacas eso? —te colocaste detrás de mí.

—¿No me mientes?

Te miré a los ojos.

—¿Crees que yo haría eso? ¿En serio?

—No lo sé, Marco, a veces tengo miedo, mucho miedo —me sinceré.

—¿Miedo? ¿Por qué? Miedo es lo que tengo yo por si te pierdo, eres lo más bonito que me ha pasado nunca.

Te abracé.

—Lo siento, es que a veces, me pongo a pensar y yo mismo lío las cosas. —Besaste mi pelo y me hiciste sentir segura de nuevo.

## Capítulo 25

Pronto llegó el viernes y, por la tarde, fuiste a recoger a tu hija. Melissa y yo te esperábamos en la cafetería que había debajo de tu edificio. Estaba nerviosa, no podía negarlo. Y no era por el hecho de que estaría todo el fin de semana con tu hija, sino por el hecho de que decidiste ir tú solo a por ella y a su casa.

—Tranquila, Laura —me dijo Melissa por sexta vez.

—Estoy tranquila, de verdad —mentí.

Apareciste antes de lo que yo pensaba y estabas tan tierno, con tu hija en brazos y con aquel bolso rosa lleno de muñequitos colgado del brazo, que no pude evitar reírme.

—Dime que nunca has utilizado a tu hija para ligar —comenté de broma.

Para que veas, yo sola me calentaba la cabeza y, encima, tenía el valor de hacerte ese tipo de bromas.

Me miraste, pero no contestaste.

Pasamos la tarde en el parque y cuando empezó a refrescar decidimos marcharnos a casa. Me hizo gracia que la niña saliera asustada de su propia habitación cuando la llevé conmigo a dejar sus cosas.

—¿Por qué tu hija huye de su habitación? —te pregunté casi en un ataque de risa.

—No le gustan los muñecos que hay colgados, le dan miedo. —La niña te echó los brazos y la cogiste.

—Vale, le dan miedo. ¿Y qué hacen ahí colgados? ¡Quítalos! — dije sentándome a tu lado y apoyando mi cabeza sobre tu hombro. A la pequeña no le hacía gracia, su papi era solo suyo y con la mano me empujaba para que me apartara.

—¿No compartes a papá conmigo? —Hice pucheros. La niña, con dos... me contestó que no, que tú eras solo suyo.

Me sentí un poco celosa, la verdad. Qué egoísta me pareció la niña con

lo pequeña que era.

—Tu hija no me quiere —te miré con cara de pena.

—Claro que te quiere, solo... dale tiempo.

—¿Sabes qué? —pregunté a Bella—. Te había comprado una cosa, pero como no compartes a papá conmigo, ahora ya no te la voy a dar. ¡La niña reaccionó! Vaya que si lo hizo. Enseguida me empujó hacia ella y dejó que pusiera mi cabeza en tu hombro. Minutos más tarde, exigía mi regalo.

Le había comprado una pequeña muñeca para que la pudiera llevar a todas partes. María también tenía una y era una de sus preferidas. A tu hija le encantó y no se volvió a despegar de ella, tanto, que ni nos hizo caso.

Cuando llegó la hora del baño te vi tan perdido, que me encargué de bañarla yo y de colocarle el pañal junto con el pijama. La niña se dejó hacer y lo siento mucho, pero desde que le di esa muñeca, solo quería cuentas conmigo.

—¿Te gustaría tener hijos algún día?

Aplasté mis labios con una sonrisa.

—Sí... y no.

Me miraste extrañado.

—¿Y cómo es eso? —te echaste a reír. Bella se estaba quedando dormida encima de los dos mientras veía unos dibujos animados.

—Pues que sí me gustaría tener hijos, pero no.

—Por favor, explícame eso porque no lo entiendo.

Cogí aire y me reí sin querer hacerlo.

—Me encantaría tenerlos, sí, pero luego lo pienso y me da miedo que pase algo, no sé.

—¿Y por qué va a pasar algo?

Alcé la mirada y me quedé mirándote.

—Te recuerdo que yo no tengo padres...

—Bueno, pero si algún día decidiésemos tener hijos, y nos pasase

algo, mi familia estaría ahí, sobre todo Melissa.

Te miré con la cara desencajada. ¿Habías dicho tú y yo, y tener hijos? Lo que me entró por el cuerpo, no tiene nombre.

—Estoy diciendo en el caso de que algún día tú y yo... —explicaste al ver cómo me quedé.

—Tener hijos es muy serio —dije tragando saliva.

—Lo sé. Pero al verte con Bella, he mirado al futuro ¿y sabes qué he visto?

—El qué. —Me empujaste hacia ti.

—A ti y a mi juntos, con niños y todo.

Solté una carcajada sin poder evitarlo, al recordar los sueños que tenía contigo después de verte por primera vez.

Llevamos a la niña a la habitación donde se quedó dormida. Nosotros no tardamos en irnos también a la cama.

Nos desnudamos entre besos, despacio, e intentando no hacer ruido. Me tiré a la cama y abrí las piernas. Tú te echaste sobre mí, besaste mis labios, mi cuello, mis pechos, mientras tus manos bajaban hasta mis piernas y subían por el interior de mis muslos.

—Qué ganas te tengo —soltaste bajando por mi cintura.

En ese momento, el reflejo de la luz del pasillo llamó mi atención. Solté un grito cuando vi a tu pequeña de pie, en la puerta. Los dos pegamos un salto y casi nos caemos de la cama.

—No puedo dormir —dijo la pequeña que se rascaba los ojos.

La madre que la parió...

Me miraste con un gesto de disculpa y a mí me entró la risa.

La niña subió a la cama, se colocó en medio de los dos y, como pudimos, nos vestimos bajo las sábanas.

\*\*\*\*\*

Encendí la luz de la mesita poniendo una camiseta encima para que la luz fuese suave. Me senté en el borde de la cama, acaricié tu cara suavemente y sonreí. Os contemplé dormir a los dos.

Te removiste de la cama y me levanté despacio.

—¿Dónde vas, princesa? —Cogiste mi mano.

—No puedo dormir —te confesé—, sigue durmiendo, ahora vuelvo —solté tu mano y te di un beso en la frente.

Salí de la habitación y me fui directa a la cocina, abrí la nevera y cogí algo para picotear.

Un ruido me sobresaltó y me giré hasta encontrarte entrando a la cocina.

—¡Me acabas de dar un susto de muerte! —tenía las manos en mi pecho.

Te acercaste cogiéndome de la cintura, y como si fuera una muñeca me levantaste sentándome en el taburete.

—Siento mucho que la niña nos haya interrumpido —dijiste.

Me reí.

—Siento mucho que la niña haya tenido que ver a su padre en esa situación —los dos nos echamos a reír—, shhhh. —Intenté aguantar la risa—. A ver si la vamos a despertar.

Me abrazaste fuerte.

—Gracias, Laura, gracias, gracias.

Te acaricié el pelo.

—No me des las gracias, tonto, estoy encantada, de verdad.

—Creo que te quiero. —Dejé de respirar y me paralicé, se paralizaron mis músculos, mi cuerpo—. Lo que siento por ti es tan fuerte, tan intenso que no sé qué otro nombre ponerle.

—¡Dios, Marco! —Te abracé con fuerza en cuanto reaccioné y te besé, te besé con furia, como poseída.

—Dime que sientes lo mismo que yo. —Te quité la camiseta que llevabas puesta.

—Desde el momento en que te vi sentado en aquella camilla, concentrado en las muestras de aceite —gemí al sentir tus manos por el elástico de mis bragas.

—Dime que me quieres —me pediste—. Dime que esto es de verdad. Te colocaste tras de mí y me penetraste de un golpe, tapándome la boca por el gritito que acababa de lanzar.

—Más —te pedí presa de las emociones y la excitación que recorrían mi cuerpo.

—Dímelo, Laura.

—Yo también te quiero —te dije a punto de recibir un orgasmo brutal. Creo que, en aquella ocasión, fue la primera vez que no duramos apenas tiempo. Enseguida nos dejamos llevar. Apoyados en el mármol de la isla, y tú detrás de mí, con tu cabeza en mi hombro, estuvimos un rato.

—Sé que es una locura, solo llevamos dos meses, pero lo que siento es tan intenso... —explicaste.

—Yo siento lo mismo que tú, Marco —susurré aun sintiendo el orgasmo.

—Sí, pero no deja de ser una locura, Laura.

## Capítulo 26

A las siete de la mañana del sábado, la niña hizo que nos levantáramos. Me sorprendió que Mónica no hubiera puesto más ropa, así que le puse la misma del día anterior, aunque estaba un poco sucia por el parque. Yo estaba en una nube y creo que tú también.

Nos mirábamos y sonreíamos todo el tiempo como dos bobos. Fuimos a un centro comercial y mientras yo miraba algo que comprarle a la niña, tu desapareciste dejándonos solas a las dos.

—¿Me ayudas a elegir algo bonito para ti? —Con la muñeca en sus manos, Bella contestó que sí con la cabeza.

Le cogí un vestido y un chándal para cuando fuéramos al parque, aunque a ella no le gustó; ella solo quería vestidos.

Cuando estaba en la caja, apareciste casi sudando. Te miré extrañada pero no te pregunté dónde habías estado.

En el centro comercial había una zona para niños, así que mientras desayunábamos los dos tranquilamente, mirábamos a Bella jugar. Hasta que un grito nos hizo salir lanzados hasta donde se encontraba. Se había caído y se apoyó con el dedo meñique. ¡Joder! Aún recuerdo la sensación de verle el dedo completamente torcido hacia la derecha. Cogiste a la niña en brazos mientras yo intentaba calmarla y que no se mirara el dedo. —Piensa en cosas bonitas, Bella —le iba diciendo.

Por poco no tuvimos un accidente, ibas demasiado rápido por la carretera. Fuimos a un hospital privado y enseguida atendieron a la niña.

Estábamos esperando en la sala, cuando escuchábamos los gritos de la niña mientras intentaban colocarle el dedo. Me sentía tan mal..., al fin y al cabo, la idea de llevarla a aquel parque fue mía. María siempre jugaba en ese tipo de parques y nunca, nunca se hizo daño. ¿Por qué Bella sí?

Mónica apareció rápidamente. Lo primero que hizo fue mirarme a mí y la mirada que me lanzó no me gustó nada. ¿Qué fue lo que pensó? ¿Qué yo quería hacerle daño a la niña? ¡Pues sí!

Tú le explicaste lo ocurrido, pero ella, se empeñó en echarme a mí la

culpa.

—Te dejé bien claro que la niña si se quedaba, se quedaba contigo, no con ella. —Me señaló. Yo permanecí en silencio en todo momento.

—Los niños se caen, Mónica, se hacen daño jugando —le explicaste.

—No, ella no. Marco. Ella no juega en ese tipo de sitios, de quién fue la idea, ¿eh? ¿De ella? —Me miró y volvió a señalarme.

—Todos los niños juegan ahí, ¿qué problema hay?

—Nuestra hija no se mezcla con gente vulgar —¡bueno, bueno, bueno!, esa frase me sacó de quicio—, está bien que tú te lées o te acuestes con quien quieras, yo ahí no me voy a meter. Pero nuestra hija no. ¡Marco, no! —gritó—. ¿También la habéis metido en la cama? ¿Habéis jugado a las casitas juntos? —Había tanto odio en sus preguntas que volví a sentirme inferior.

Melissa y Blanca aparecieron, se sentaron a mi lado y aguanté las ganas que tenía de llorar.

El médico nos dijo que había que operar, ya que se había roto la falange del dedo. ¡Joder! Deseé que me hubiera pasado a mí en vez de a ella.

Mónica ni me dejó ver a la niña en cuanto la subieron a planta. Había que esperar unas seis horas para empezar la operación ya que como había comido, la anestesia podría hacerle algún tipo de reacción.

—No la quiero cerca, te aviso. —Tanto Melissa como Blanca la oyeron—. Así que, si quieres ver y estar con tu hija, ya sabes lo que tienes que hacer.

No necesité que me pidieras que me fuera, ya lo hice yo. No quería ponerte entre la espada y la pared, tu hija era tu hija, ella debía ser lo primero y yo eso lo tenía muy claro y asumido.

Melissa me llevó a casa, pasó conmigo la noche y lloré, lloré mucho. Por la niña, por ti, por mí.

No me daba tiempo a asimilar una cosa, cuando ya me estaba pasando otra, no era justo.

—Tranquila, cielo —Melissa me abrazó.

Operaron a Bella a primera hora de la mañana, la operación duró una

hora y media. Me hubiera gustado estar allí contigo.

Dejaron a Bella dos días ingresada porque Mónica se empeñó en que allí estaría mejor atendida por lo que pudiera pasar.

Yo fui el lunes a trabajar, y aunque había hablado contigo, tú me habías repetido que no pasaba nada, que esas cosas ocurrían. No puede evitar sentirme culpable.

—Vaya cara que tenéis los dos está mañana —nos dijo Melissa a media mañana al vernos a Leo y a mí.

Cuando fuimos a tomarnos el café, Leo me contó que llevaba varios días sin poder pegar ojo, pensando en su ex.

—¿Y por qué no habláis y lo arregláis? —pregunté yo terminando mi café.

—Porque es complicado —contestó él apenado.

—Bueno, al parecer los dos no hemos tenido un buen fin de semana —dije.

Le conté a Leo lo que ocurrió, él mostraba bastante interés y me tranquilizó el hecho de que pensara igual que tú, «esas cosas ocurren, tú no tienes la culpa», me dijo.

A la tarde, por fin te vi aparecer por la oficina. No dudé en levantarme y acercarme a ti para darte un beso. Se te notaba en la cara lo cansado que estabas y no me importó besar tus labios a sabiendas de que muchos de tus trabajadores nos estaban mirando.

Esa noche no la pasamos juntos. Estabas cansado y me dejaste caer que preferías estar solo, tenías muchas cosas en las que pensar.

De nuevo sentí miedo.

Pasó un mes hasta que volví a ver a Bella, pero solo fue de paso. La niña llevaba pidiendo un mes la muñeca y se la llevaste, yo te esperé en el coche, sabía que no era bien recibida, así que fue lo mejor que pude hacer.

Mónica empezó a complicarlo todo, te llamaba cada dos por tres para que fueras a su casa porque la niña lloraba y preguntaba por ti. Tú ibas, aunque eso supusiera que me quedara en tu casa sola, esperando a que volvieras.

No hablamos del tema, pero me molestaba el hecho de que se estuviera comportando de esa manera y lo que es peor, que no te defendieras por miedo a no volver a ver a la niña. Noté un pequeño distanciamiento por tu parte.

—¿Podemos hablar? —te dije al fin un sábado por la mañana.

—Sí, deberíamos. —El corazón se me aceleró y con ello, la respiración también—. Hay algo que debo comentarte.

—Pues empieza tú —te dije algo nerviosa. Ya me temblaban las piernas.

—He pensado en legalizar la custodia de Bella. —Abrí los ojos como platos y no supe qué decirte—. Me gustaría saber si tú me apoyarías. —¿Y qué tengo yo que ver aquí, Marco? —Casi no me salía la voz.

—Solo necesito que me digas si estoy haciendo lo correcto. — Parecías tan perdido. Agarré tus manos que también temblaban.

—Solo quieres hacer lo mejor para tu hija, ¿Por qué no ibas a hacer lo correcto, Marco?

—Siempre he dejado que Mónica llevara el mando de la situación, pero me lo está poniendo tan difícil, Laura.

Te abracé.

—Siento mucho lo que te estoy causando, de verdad. Todo es por mi culpa.

—No digas eso, Laura, yo debería haberle sido claro desde un principio. A veces siento que utiliza a la niña para moverme a su antojo y no, no quiero.

No dije nada, tú solo te estabas dando cuenta y no quise darte mi opinión.

—Este mismo lunes voy a hablar con el amigo de mis padres, que es abogado. Le pediré consejo.

—Me parece bien, estoy contigo, Marco.

## Capítulo 27

El lunes por la mañana te acompañé hasta el despacho del amigo de tu padre, que resultó ser el mismo que en la fiesta de cumpleaños de tus hermanos no paraba de mirarme.

De nuevo me puso nerviosa y, al parecer, no fui la única. Cuando hiciste las presentaciones, él también pareció nervioso. Se llamaba Lorenzo.

Entramos a una sala donde nos aguardaban cuatro abogados que rodeaban una gran mesa. Me presentaste a cada uno de ellos y por un momento, me sentí una intrusa.

Hablasteis sobre la situación de la niña y me enteré de muchas cosas que no debí de haberme enterado, por lo menos, no ahí.

Cuando la niña nació, no dejó que la vieras hasta pasados unos meses. Te decía que las habías abandonado, a ella y a la pequeña. Como condición cada vez que veías a la niña, tenías que estar con ella y, encima, tenías que hacerte cargo de todas las necesidades, sin contar la pequeña contribución que le dabas todos los meses por cuidar de la niña.

Me quedé ojiplática mientras te escuchaba narrar con detalle todo lo que esa mujer te hizo pasar y me jodió mucho que, como ese tipo de mujeres, otras como mi amiga Vero tuvieran que pagar el pato. Vero nunca le pidió nada al padre de su hija a pesar de que lo necesitaba de verdad.

Lorenzo te propuso que te hicieras una prueba de ADN. Te negaste de inmediato. Pero te terminaron convenciendo, diciéndote que era mejor tener todas las pruebas para futuros desengaños. Antes de pedirle a un juez que querías la custodia de tu hija compartida, tenías que hacerte esa prueba. Mónica inscribió a la niña en el registro con su apellido y tú ni siquiera lo sabías.

Al salir, vi como uno de los abogados que estaban frente a mí, después de observarme, le comentó algo a Lorenzo que se puso nervioso y negó con la cabeza. Salimos de allí.

Ese día, lo pasé entero contigo, estabas tan mal...

Yo me llevé trabajo a casa para poder adelantar algo mientras tú, a mi lado, te quedaste dormido. A la noche fuimos a casa de tus padres a darles la noticia, ninguno opinó nada al respecto, aunque estaban de acuerdo con tu decisión.

Al día siguiente, te acompañé al hospital donde habíamos llevado a la niña y hablaste con un viejo amigo tuyo que era médico. No tardaron en sacarte las muestras, ahora solo faltaba que también se la sacaran a la pequeña y eso estaba más que complicado, porque Mónica no te daría ese consentimiento.

Así que, aprovechando que fuiste a ver a la niña, tú mismo le metiste en la boca el bastoncillo para impregnarlo con saliva y tomar la muestra de ADN. Lo guardaste en el frasco que te dio tu amigo. Él te explicó muy bien lo que tenías que hacer.

Los resultados tardarían unas semanas en dártelos y durante ese tiempo, sabía que estarías más nervioso de lo habitual.

Me llevé ropa a tu casa, casi pasaba todo el tiempo durmiendo allí y me propusiste que me llevarás algo, dejándome parte del vestidor.

La semana fue dura, no te voy a engañar. Aparte de la cantidad de trabajo que ya llevaba acumulado, tú no parabas de serle franco a Mónica cuando le pedías ver a la niña y ella te recordaba las condiciones. Intentaste actuar con naturalidad, pero descubrí que tenías un poco de mala leche y cuando llegabas a tu casa, lo pagabas conmigo.

—Venga, vamos a la cama, ya es tarde —te pedí tirando de tu brazo.

—Laura —elevaste la voz—. No quiero irme ahora a la cama, vete tú.

De verdad que te entendía, pero también tú tenías que entenderme a mí, ¿no? Yo también estaba pasando lo mío y, al parecer, no te estabas dando cuenta de ello.

—¿Para qué quieres que pase la noche contigo? ¿Para qué me tenga que ir yo sola a la cama? —me quejé.

—Eres libre para volver a tu casa cuando quieras —me soltaste, dejándome con la boca abierta.

—¡Perfecto! —fue lo único que dije.

Enfadada, me dirigí hasta la habitación y cogí mi bolsa, no dudé en meter toda mi ropa. No estaba dispuesta aguantar tu mal humor.

—¿Qué haces? —entraste en la habitación.

—Pues irme a mi casa. ¿Tú que crees?

Respiraste fuerte.

—No quiero que te vayas, Laura. —Cogiste mi mano haciendo que parara de meter la ropa—, venga, por favor —suavizaste la voz.

—No me gusta que pagues conmigo las cosas. Yo no tengo la culpa de cómo ella te trata a ti —suspiré dándome la vuelta—. Yo solo intento ayudarte, ¿entiendes?

—Lo siento, de verás, cariño. —¿Cariño? ¿Acababas de decirme cariño? ¿A mí? Me camelaste con la dichosa palabrita. Me abrazaste y me besaste en el pelo.

—No puedo evitar sentirme rabioso por dentro. He sido un estúpido todo este tiempo.

—Shhh, solo has querido hacer lo mejor, Marco, eso no es un delito. —Te miré a los ojos.

Volví a colocar mi ropa en el vestidor y, abrazados, nos fuimos a la cama. Esa noche apenas pude pegar ojo, sentía tanto tu dolor...

A media mañana, saliste del despacho y me mandaste un mensaje explicándome que el amigo de tu padre quería hablar contigo. Yo me quedé trabajando, tenía bastante trabajo. Melissa salió a reunirse con un cliente y Leo y yo, nos quedamos solos.

—¿Qué tal va todo, Leo? ¿Ya estás mejor? —le pregunté iniciando algún tipo de conversación.

—Sí, mejor —sonrió—. ¡Por cierto! ¿Te apetece comer hoy conmigo?

Acepté.

Nos fuimos a comer a un restaurante que no estaba muy lejos, fuimos andando.

—¿Las cosas bien con Marco? ¿Y la niña, qué tal está?

—La niña bien, deben de estar a punto de quitarle la escayola, yo

hace casi un mes que no la veo, Leo.

—¿Y eso?

—Pues... —le conté todo, TODO mientras comíamos.

—¡Joder! Está claro que brujas hay en todas partes.

—No sé, esta es especial, la verdad es que cuando la conocí me sentía mal por pensar mal de ella y mira tú por donde...

—Nada, no te preocupes. Verás como todo se solucionará. ¡Oye! ¿Y cómo hizo Marco para sacarle muestras a la niña?

—Un amigo suyo le dio un frasco y aprovechando que Mónica no estaba, lo consiguió. No me quiero ni imaginar la que podría haber liado si se entera.

—Pero imagino que ella no tendrá ningún tipo de problema. Vamos, quiero decir que, si la hija es de él, no debe oponerse.

Me lo quedé mirando.

—Pues es verdad, pero por si acaso, mejor prevenir que curar.

No tardamos en ir a la oficina y ponernos con el trabajo. Tu acababas de llegar y nos viste salir del ascensor. No te hizo ninguna gracia ver como Leo me echó la mano por encima, la verdad es que yo tampoco me lo esperaba.

Me percaté de lo serio que te pusiste y no tardé en entrar en tu despacho.

—¿Qué tal ha ido todo? —cerré la puerta.

—Bien, tenía que firmar unos documentos. —Te sentaste en tu silla y apenas me miraste—. ¿Tú qué tal? ¿Has comido con Leo?

—Sí, espero que no te haya importado —me senté frente a ti.

—No, pero te he estado llamando y te he enviado varios mensajes, imagino que estarías muy ocupada.

Cogí mi móvil y comprobé que lo que me decías era cierto. Me habías llamado tres veces y enviado dos mensajes.

—Lo siento, tenía el móvil en silencio y se me olvidó activarlo al salir de aquí.

—No pasa nada —contestaste seco, apretando la mandíbula.

No tardé en colocarme a tu lado y hacer que me miraras, te resistías a hacerlo.

—¡Ey! ¿Qué pasa?

—Quiero estar solo, Laura. Por favor, vuelve a tu puesto de trabajo.

—No —contesté yo enfadada.

—¿Cómo? —Me retaste con la mirada.

—O me cuentas qué pasa, o no me voy. —Muy chula yo, levanté la barbilla y me crucé de brazos.

—No. No quiero hablar contigo, así que vete, haz el favor.

—Mira. —Te señalé con el dedo y elevé la voz—. Empiezo a estar muy harta de tus estupideces.

—¿Perdona?

—Ni perdona ni perdono. ¿Qué es lo que te pasa ahora? ¿Es porque he salido a comer con mi compañero de trabajo? —El silencio te delató —, ¡tienes un puto problema! ¡Los dos tenemos un puto problema! —Me enfadé demasiado y hablar con Leo sobre Mónica me calentó bastante. No lo descubrí hasta ese momento.

—¿Y qué puto problema es el que tenemos?

—Que vamos muy deprisa, ese es el problema, Marco —bajé el tono de mi voz, me dolió escucharme.

—¿Qué quieres decir? —Me miraste asustado y noté cómo tragaste saliva.

—Lo que has oído, vamos muy deprisa, tal vez deberíamos frenar un poco, ¿no crees?

Te levantaste de la silla.

—No, no creo. Yo creo que vamos como tenemos que ir. Yo te quiero y tengo miedo a perderte, solo eso.

—Pero es que no me vas a perder porque vaya a comer con un compañero de trabajo que, aparte, es amigo de tu hermana, Marco —suspiré—. ¡Joder! Yo te quiero, ¿qué puedo hacer más?

Me miraste, acariciaste mi cara, mi pelo, mis labios.

—Vente a vivir conmigo, Laura —me pediste.

—¿¡Qué!?! —Dejé de pensar en ese momento.

—Que te vengas a vivir conmigo. —Agarraste mi cara con las dos manos y me besaste los labios—, por favor. —Me diste un beso—. Por favor.

—Pero... Marco, eso es muy serio. ¿Qué pasa si...?

—Yo voy en serio contigo, me da igual si hemos hecho tres meses, me da igual. Yo quiero que todas las noches te acuestes conmigo para poder levantarme todas las mañanas junto a ti. ¿Qué me dices?

## Capítulo 28

Entré alterada al despacho de Melissa en cuanto la vi entrar. Cerré la puerta y me apoyé en ella —¡Qué susto me has dado! ¿Estás bien? — preguntó mirándome extrañada.

—Tu hermano me ha pedido que me vaya a vivir con él —le solté así a bocajarro.

Melissa soltó una carcajada.

—¡Joder! Sí que le ha dado fuerte. ¿Qué le has dicho? —Ella tan tranquila, se quitó la chaqueta y encendió su ordenador.

—No le he contestado, salí de su despacho como si me hubieran metido un petardo por el culo y no le he dado una respuesta —solté el aire que tenía retenido.

—Vale. ¿Y qué es lo que quieres realmente?

—Pienso que todo esto es muy precipitado, no sé. Ahora mismo me siento como si estuviera boca abajo en una montaña rusa.

—Siéntate, anda. —Le hice caso.

—Mira, si se tratara de otra chica, te puedo asegurar que iría a decirle a mi hermano cuatro cosas. Pero se trata de ti, lleváis casi un mes viviendo juntos prácticamente. Cuando no te quedas tú a dormir en su casa, se termina él quedando en la tuya. ¿Qué problema hay?

Me toqué la frente nerviosa y metí un mechón de mi pelo detrás de mi oreja, ese gesto lo repetí como cinco veces.

—Es que no es lo mismo tener yo mi casa(,) que no tener nada y depender de la casa de tu hermano.

—Vale. —Melissa puso los ojos en blanco y resopló—. Pues entonces, dile que no.

—Ya, es que el problema es que me encantaría irme a vivir con él. —¡Ay, Laura! Me estás desesperando. —Y tan verdad que la estaba desesperando—. Haz lo que te dicte el corazón, cielo. Vete un tiempo, pruebas, y si no os entendéis, sigues teniendo tu casa, no sé.

—¿Crees que estamos locos? ¿Qué estamos siendo precipitados?

—Mira, en el amor nada es predecible; algunos tardan varios años en dar el paso, otros menos, eso depende de las ganas que tengáis de avanzar juntos.

—Gracias —mordí mis labios y sonreí—, por estar ahí.

Salí de su despacho y entré en el tuyo.

—Sí, quiero. —Se te iluminó la cara en cuanto me escuchaste decir aquello. Sonreíste contagiándome a mí.

—Te quiero —vocalizaste con los labios.

Me sentí tan feliz...

—Yo a ti más —te contesté cerrando la puerta.

Estaba tan concentrada en mi trabajo que no reparé en la hora que era hasta que viniste a mi mesa.

Nos fuimos a una bonita terraza junto a la playa. Nos sentamos en una de las mesas que sostenía una pequeña vela, dándole un toque romántico al momento, y el camarero apareció para tomar nota de la bebida.

—Hoy tenemos algo que celebrar, así que, pónganos la mejor botella que tenga.

—Muy bien.

Sonreí avergonzada.

—Esto es una locura —tapé mi cara con mis manos.

—Locura es lo que me haces sentir, que a veces pienso que voy a perder la cabeza de tanto pensar en ti —dijiste.

Me levanté de la silla y me senté sobre tus piernas. Mordí tus labios.

—Para, o tendré que pedirle al dueño que cierre el bar para nosotros.

Me reí echando la cabeza hacía atrás y atrapaste mi cuello con tus labios. Me removí por los cosquilleos que me proporcionaban tus besos, la piel se me ponía de gallina.

El camarero regresó con una botella de vino y dos copas.

—Ya las sirvo yo, gracias —le pediste.

Serviste las copas.

—Por un nuevo comienzo.

—Por nosotros —dije con una sonrisa.

Chocamos nuestras copas.

—Te quiero. —Me besaste.

—Te quiero —te besé.

Al cabo de un rato, tuve que volver a sentarme en mi silla, la cosa se iba calentando y ninguno de los dos queríamos montar un espectáculo.

—¿Sabes lo que me faltaría para que todo fuese perfecto? —pregunté mirando hacia el mar; comenzaba anochecer y la luna iluminaba el agua como si de una postal se tratara.

Nunca podré olvidar esa imagen que aún sigue grabada en mi cabeza.

—El qué.

—Me faltan Vero y su hija. Creo que aquí serían muy felices las dos, ¿sabes?

—¿Tan importantes son para ti? —preguntaste dando un sorbo a tu copa.

Suspiré.

—Vero es como una hermana para mí. La conozco desde que era una niña, aunque no fue hasta la edad del instituto que nos hicimos íntimas. Yo lo he vivido todo con ella, aunque reconozco que últimamente no hablamos tanto.

—¿Quieres llamarla? —Me ofreciste tú móvil.

—Oh, no, no te preocupes. Ya la llamaré yo luego. Tengo que decirle que nos vamos a vivir juntos —me eché a reír.

Al cabo de un rato, decidimos ir dando un paseo por la orilla de la playa. Miré hacia el mar de nuevo contemplando la luna en el fondo. Nos quitamos los zapatos y me agarraste de la mano mientras caminamos por la orilla. ¡El agua estaba tan fría que no tardé en ponerme a tiritar!

—¿Tienes frío?

—Bueno —contesté chasqueando los dientes.

—¿Nos vamos?

—No, no. Tú abrázame fuerte que verás que pronto se me pasa.

No tardaste en rodearme con tus brazos, aunque seguía teniendo frío. Nos fuimos hasta la arena, fuera de la orilla. Allí, a base de suaves besitos, achuchones y de echarme el aliento, conseguiste que empezara a entrar en calor. Los besos empezaban a intensificarse.

—Eres una provocadora —sonreíste tirándome a la arena mientras te colocabas encima de mí—. Lo sabes, ¿verdad?

Sí, lo sabía, pero tú también sabías que eras un auténtico provocador.

Tus manos entraron por debajo de la blusa, acariciando mis pechos. Gemí y mordí juguetona tu labio inferior al tiempo que tú desabrochabas mis pantalones. Metiste la mano.

—Estás loco —me reí.

—Sí, loco por ti.

—Nos pueden ver —volví a reírme.

Miraste hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿Tú ves a alguien aquí?

Negué con la cabeza al mirar hacia las direcciones que habías mirado tú. Te tumbaste a mi lado. Metiste la mano por debajo de mis bragas y tocaste mi sexo abriendo mis labios vaginales. —Te va a gustar...

—Lo sé —gemí.

Quise hacer lo mismo contigo, pero no me dejaste.

—Quiero verte disfrutar —susurraste, mojando tu dedo con mi flujo para acariciar mi clítoris hinchado.

—Está esto para comérselo. —Mordiste tus labios sin dejar de mirarme.

—Pues come —sonreí y cerré los ojos.

Besaste dulcemente mi boca mientras tus dedos no dejaban de moverse ahí abajo. Podrías haber hecho lo que quisieras en ese momento conmigo, me tenías a tus pies. Tu dedo no dejaba de moverse a un ritmo constante. Notaba calor, mucho calor.

—Creo que me voy a correr —te dije notando esa sensación.

—Pues mírame cuando vayas a hacerlo.

Y abrí los ojos, entreabrí mi boca y dejé salir un gemido lastimero que casi me obligó a cerrar los ojos de nuevo.

—¿Ya? —No dejabas de mover tus dedos.

Paraste un segundo y empezaste a presionar despacio, cuando de nuevo, sentí ese placer que aún no se había ido del todo.

—¡Joder, Marco! —busqué tus labios, mientras te agarraba fuerte de la nuca—. Te quiero, te quiero, te quiero.

Nada más llegar a casa nos dimos un baño para eliminar toda la arena. Yo tenía muy claro que no te ibas a ir de rositas, así que mientras el agua caía por nuestros cuerpos desnudos, hiqué mis rodillas en el suelo de la ducha y me llevé tu erección a la boca. El hecho de que lo hiciera sin manos te volvió loco.

—Algún día serás mi mujer —dijiste.

Esa frase me puso como una moto y mientras marcabas el ritmo agarrando mi cabeza, yo no dejaba de saborearte con mi lengua. Primero saboreaba tu punta, pasaba por tu corona de carne y la recorría entera con mi lengua, a sabiendas que eso te gustaba y mucho.

En cuanto soltaste mi pelo, fui en busca de tu mano y la coloqué de nuevo donde estaba. Me ponía mucho que me agarraras del pelo. La expresión de tu cara me excitaba cada vez más y yo no paraba de metérmela y sacármela de la boca, hasta que noté cómo me agarraste fuerte del pelo y sentí ese líquido caer por mi garganta a tiempo que escuchaba tu gemido que me volvió loca.

## Capítulo 29

Nuestra primera noche ya viviendo juntos, fue especial. Te di un masaje que revivió el día en que nos conocimos.

A la mañana siguiente no tardé en sentir tus suaves labios acariciando mi cuello. Tus brazos me rodearon con fuerza y me dejé acariciar. No tenía ninguna gana de levantarme.

—¡Buenos días, princesa!

Mmm, como me encantó eso de princesa.

—Creo que esta noche ha sido una de las mejores de mi vida — dijiste.

—Creo que la mía también.

Jimena ya nos había preparado el desayuno y le dimos la noticia. ¡Cómo se alegró esa mujer por nosotros!

Salimos del coche después de llegar al edificio, y mientras íbamos llegando al ascensor, se te olvidó coger el móvil, así que te esperé.

—¡Hola! —me sorprendió una voz masculina.

Me asusté y me giré bruscamente encontrándome con Leo.

—¡Ah! ¡Hola, Leo!

—Perdona si te he asustado, ¿subes?

—No, estoy esperando a Marco.

Justo en ese momento apareciste volviéndote serio otra vez. Los tres, en silencio subimos hasta la planta cinco.

—Nos vemos ahora —le salió primero.

—¿Por qué te pones tan serio, Marco? —te reocriminé.

—No me gusta cómo te mira.

—¿Y cómo me mira, si puede saberse? —Me crucé de brazos.

—No sé, no me gusta y punto —caminabas delante de mi evitando así mirarme.

Te seguí hasta tu despacho.

—¿Vamos a tener la misma discusión de ayer, Marco?

—No me hagas caso, Laura. —Te quitaste la chaqueta y, cansado, te sentaste en tu silla.

—Mira, Leo es mi amigo y compañero de trabajo, no me mira de ninguna manera. Deja de ver cosas que no hay, ¿vale?

—Vale. —Resoplaste—. Lo siento.

A media mañana, me fui al establecimiento de siempre a tomar café con Leo, pero hubo alguien con quien no contaba. Mónica se encontraba allí desayunando y, cuando me vio, no se lo pensó dos veces y me soltó un bofetón.

—¿Pero tú que haces? ¿Estás loca? —Me llevé la mano a la cara, me ardía.

—Estás alejando a mi hija de su padre, eres una auténtica zorra —me gritó.

Leo enseguida se puso en medio quitándome la de encima.

—No vuelvas a tocarme —grité con un nudo en el pecho.

El camarero, que ya nos conocía, la terminó echando, pero yo también me fui dejando a Leo allí solo. Estaba muy nerviosa y tenía miedo a lo que pudiera ocurrir.

Corriendo llegué al edificio, ella ya estaba allí; se escuchaban voces por toda la planta. La vi salir de tu despacho, tú fuiste tras ella con la cara desencajada y cuando me vio, Mónica, se abalanzó sobre mí, tirándome del pelo.

De verdad que intenté no hacer nada para no empeorar las cosas, de verdad que mi intención era dejarme y no defenderme, pero no pude.

Le di tal guantazo, y con tanta fuerza, que terminó cayendo al suelo. Se quedó con la boca abierta mirándome desde el suelo.

—Pienso acabar contigo, hija de puta —me soltó levantándose.

Tanto tú como Melissa os quedasteis sin saber qué hacer. ¡Menudo espectáculo! En mi vida, en mis veintiséis años de vida, nunca jamás, me había peleado con nadie.

Mónica se levantó del suelo muy dignamente cuando llegaron los de seguridad y se la llevaron fuera. Tú y Melissa os acercasteis a mí. Leo también.

—¿Estás bien, Laura? —preguntaste preocupado.

—Sí, no ha sido nada más que un tirón de pelo —dije sin poder mirarte a los ojos.

—Menuda hostia le has dado, la has tumbado literalmente —dijo Melissa orgullosa y preocupada al mismo tiempo.

Leo no se había enterado de nada, pero lo pudo intuir.

Cuando ya estábamos algo más tranquilos, dentro de lo que cabe, recogí algunos destrozos. Me hiciste pasar a tu despacho.

—Cierra la puerta, por favor —me dijiste.

Aún me temblaban las piernas, las manos... y empecé a tener ardores. ¡Qué bien!

—¿Seguro que estás bien, Laura?

—Sí, no te preocupes. —Tenía ganas de llorar, no te miento. Y tú te diste cuenta.

—Ven aquí —me pediste. En cuanto te abracé, me eché a llorar.

—La encontré en la cafetería, menos mal que Leo estaba allí, nos separó.

—¿Cómo? —Me apartaste para mirarme.

—Vine corriendo hasta aquí. Fui a la cafetería de siempre y la encontré allí. Me pegó y Leo la separó.

—¡Joder, Laura! Nunca he visto a Mónica así, te lo juro. —Te pusiste a caminar por tu despacho.

—¿Qué te ha dicho? —pregunté preocupada—. ¿Por qué se ha puesto así?

—Se ha enterado de las pruebas del ADN y que lo he puesto todo en manos del abogado.

Me llevé las manos a la boca.

—¿Y cómo se ha enterado?

—No lo sé. Tú no lo has hablado con nadie, ¿no?

—No, ¡joder! ¿Con quién iba a hablarlo?

En ese momento no caí, ni siquiera lo recordé. Cuando me fui a la mesa y me puse con el trabajo, vi a Leo levantarse un par de veces mientras hablaba por el móvil, intentaba tranquilizar a alguien y un soplo se colocó en la boca de mi estómago.

—¿Todo bien, Leo?

—Sí, ¿y tú? —Trajo a mi mesa unos documentos.

—Bien, también.

Me quedé toda la noche pensando en la posibilidad de que Leo y ella, bueno, de que Leo la estuviera informando a medida que le iba contando. Estaba claro que no podía fiarme de nadie, pero no me atreví a decírtelo. Lo último que quería era que te enfadaras conmigo o me mandarás a la misma mierda, que era eso lo que merecía en ese momento.

Así estuve varios días, Leo notó que ya no contaba tanto las cosas como al principio, pero le eché la culpa a los continuos dolores de cabeza que estaba teniendo últimamente y no preguntó mucho, solo observaba, nos observaba a los dos.

Después de pasar un bonito fin de semana junto a ti, Melissa, a las nueve de la mañana, me hizo pasar a su despacho.

—Verás, tengo que contarte algo. —Melissa estaba leyendo unos emails, tú entraste segundos después. Me sonreíste y te sentaste a mi lado—, ha surgido un imprevisto con los clientes de España, al parecer... —Melissa resopló—. ¡Laura! necesito que viajes conmigo esta misma tarde hasta allí.

—Vale, no te preocupes.

—¿Marco? ¿Puedo contar contigo? Solo serían cuatro días.

—Lo siento, pero yo no puedo, ya lo sabes. He quedado con el director de marketing para ir a hablar con el cliente que no deja de poner pegas durante esta semana.

No quería irme sin ti a España, no quería dejarte allí solo después de

lo que había pasado.

No pudimos hablar en ese momento, pero me quedé apenada.

—En la mesa tienes el número del hotel, llama y reserva habitación para los tres. —Oí a Melissa comentarle a Leo.

Al escuchar que seríamos tres al final, no puede contener la alegría que me entró por el cuerpo, así que te mandé un mensaje.

Yo: Al final vas a venir, qué callado te lo tenías.

Tú: ¿Yo? Lo siento princesa, pero no voy a poder ir.

Me quedé mirando el móvil como una tonta y al escuchar a Melissa decirle a Leo que no se le olvidara la documentación, me di cuenta de que se trataba de él y no de ti.

Cuando pillé a solas a Melissa, me acerqué a ella.

—¿Vamos a quedarnos en un hotel? —pregunté curiosa.

—Sí, en el mismo en el que tú trabajabas, ¿por? —Entramos a su despacho.

—¿Y por qué no nos quedamos en mi casa? Eso que te ahorras, además, allí hay sitio.

—Leo también viene —dijo ella.

—Bueno, a mí no me importa que venga Leo, hay dos habitaciones.

—¿De verdad que no te importa? —preguntó un poco estresada.

—Claro que no.

Resopló aliviada y volví a mi mesa.

A las dos del mediodía, fuimos a comer a un restaurante que habían abierto nuevo.

—Me da mucha pena que no vengas —te dije apenada—. ¿Qué voy a hacer sin ti cuatro días?

—Lo dices como si no pudieras vivir sin mí —sonreíste de medio lado.

—Es que es eso, bobo, ya no sé vivir sin ti —te miré divertida.

Había poca gente en el restaurante y el camarero que era muy majo nos atendió enseguida llevándonos a la mesa que habías reservado.

—Yo ya sé lo que quiero —dije pícaro mirándote, y tú sonreíste.

Te levantaste un segundo para dirigirte a la barra y, unos minutos más tarde, un ramo de rosas rojas asomaron delante de mí. Me giré rápidamente encontrándome con tu mirada y tu bonita sonrisa.

—¿Esto es para mí? —dije avergonzada con una sonrisa de oreja a oreja.

—Claro. —Me diste un beso.

Sentí vergüenza y felicidad al mismo tiempo con el ramo de flores, pero segundos más tarde, el hecho de que, posiblemente por mi culpa, se hubiera liado lo que se lio con Mónica, me borró la sonrisa, me sentí mal porque aún no sabía cómo decírtelo.

—¿Qué pasa, no te gusta? —preguntaste al ver cómo me cambió la cara de repente.

—Sí, sí. —Me puse nerviosa—. Es que nunca me han regalado un ramo de rosas.

—¡Anda ya! No me lo creo —divertido, me serviste el refresco que había traído el camarero.

—Es verdad, no te miento.

Comimos tranquilamente, y yo no podía dejar de hacer tres cosas al mismo tiempo: mirar las rosas, mirarte a ti y sentirme como una escoria, una traicionera.

Te encargaste de pedir el postre.

—¿En serio voy a estar cuatro días sin ti?

—Lo siento nena, pero aquí hay mucho lío y mi hermana, junto a ti, puede defenderse. ¡Además, va Leo también!

Puse mala cara al escuchar su nombre.

—¿Qué pasa? —volviste a preguntar.

Suspiré, ya no podía aguantar más.

—No lo sé, Marco.

—¡Ey, nena! Cuéntame.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Creo que me he ido de la lengua —empecé a decir.

—¿Qué quieres decir?

Respiré profundamente.

—Pues, que sin querer...

—Sin querer qué...

No me atrevía ni a mirarte a los ojos.

—Le conté todo a Leo y creó que él ha sido quien le ha contado todo a Mónica.

Respiraste fuerte y me miraste serio. Cerré los ojos y tomé un mechón de pelo, que me pasé por los labios sin poder sostenerte la mirada.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —preguntaste inclinándote en la mesa.

El camarero trajo los postres y permanecimos callados unos segundos, tú mirándome y yo, sin poder hacerlo.

—Al darme cuenta sentí miedo. No estoy muy segura si te digo la verdad, pero algo me hace sospechar, no sé. Él me defendió, se puso en medio y se ha mostrado preocupado. Es contradictorio.

—No te preocupes. Lo último que quiero pensar es en eso ahora, Laura.

Te sentaste a mi lado.

—¡Toma! —Me ofreciste una caja.

Pensé que me ibas a pedir matrimonio, pero al abrir la caja, había una llave.

—¿Y esto? —me temblaba la barbilla.

—Las llaves de mi casa, que también es la tuya.

Te abracé con todas mis fuerzas, Marco. Nunca me arrepentiría de haberme ido a vivir contigo, fue lo mejor que pude hacer, aunque me arrepiento de otras muchas cosas. Hasta ahora, no ha sido todo un camino de rosas.

La cosa no quedó ahí, lo tenías todo preparado y yo aún me sentía tan tonta... Cuando fui a tomar una porción de tarta, al masticar algo duró,

me llevé la mano a la boca.

Escupí y vi un anillo.

¡Joder!... ahora mismo estoy llorando pensando en ese momento, ¿seré idiota?

Tú... ¿tú lo recuerdas?

—¿Y esto?

—Habrá que hacer oficial que estamos juntos, ¿no? —Te brillaba tanto la mirada...—. Mira lo que pone en el anillo.

«Siempre tuyo»

—Yo, yo no te he comprado nada —te dije. Te volví a abrazar.

—Yo te tengo a ti.

El momento mágico se estropeó en cuanto Melissa me llamó por teléfono para decirme que pronto teníamos que marcharnos.

Me acompañaste a casa y, con tristeza, recogí algunas de mis cosas. Cuando llegué al despacho, dejé con cariño el ramo de flores junto a mi mesa.

—Me duele no estar contigo —te di un beso.

—A mí también me duele, pero debo dirigir una empresa y conseguir clientes.

Nos llevaste al aeropuerto a los tres: a Leo, a Melissa y a mí.

Fuera, me despedí de ti y lloré un poco, sí, solo un poco. Ya tendría tiempo de llorar después...

—Te quiero —te dije en los labios.

—Y yo a ti —me besaste.

Entré en el aeropuerto y pronto fuimos a la puerta de embarque, nuestro avión salía enseguida.

Le entregué mi billete a la azafata y subimos a la zona preferente y me senté junto a Melissa, que me ofreció la ventanilla.

Mis lágrimas no tardaron en asomar y ella se dio cuenta.

—En cuatro días estaremos aquí, boba.

—Lo sé, es que... todo es tan intenso. Siento tanto por él, que me duele.

Recordé que no había avisado a Vero. ¡Vaya amiga estaba hecha!

El avión inició su rumbo y enseguida mis músculos se tensaron, apreté con tanta fuerza la mano de Melissa que le hice hasta daño.

—¿Y si nos pasa algo en el avión? —estaba asustada. Melissa se echó a reír.

—Tranquila, que no nos vamos a enterar cielo —dijo irónica.

La madre que la parió, me asustó más todavía.

—Fijo que yo me entero —dije muy segura.

—¿Sabes? El otro día estuve comiendo con Lorenzo.

Enseguida su imagen y la forma que tuvo de mirarme en la fiesta, se me vinieron a la cabeza.

—¿Y qué tal?

—Bien, me preguntó por ti.

—Ah, ¿sí?

Los nervios me produjeron ardores...

—A él también le sonaba tu cara mucho, como a mi madre.

Hice una mueca con la boca y miré por la ventanilla.

—Pues no sé, la verdad.

—Yo tampoco. Preguntó por tu familia y eso, pero no quise responderle, no sin tu permiso.

Se lo agradecí con la mirada.

—Me miraba raro en la fiesta de tus hermanos, de hecho, me puso muy nerviosa.

—Tranquila, se lo comentaré a Marco si quieres, de todas formas, conozco a Lorenzo desde que era una niña, es como de la familia.

## Capítulo 30

El viaje se pasó volando, nunca mejor dicho. Melissa me indicó todo lo que tendríamos que hacer y yo ya en mi cabeza estaba ordenando mis cosas del trabajo.

Cogimos un taxi y durante el trayecto a mi casa Leo apenas abrió la boca; lo noté raro, pero no quise preguntarle.

Conecté mi móvil y lo primero que hice fue escuchar los mensajes que me dejaste. En todos me decías lo mucho que me echabas de menos y lo mucho que me querías.

No tardé en llamarte.

—¡Hola! —susurré apenada.

—Te echo mucho de menos, princesa. ¿Qué tal el viaje?

—Yo también te echo mucho de menos y el viaje, bueno... —Miré a Melissa—, entretenido —me eché a reír.

Hablamos durante un pequeño rato. Tus padres fueron a visitarte a casa, a nuestra casa... Cuando colgué, miré mi anillo y lo besé.

El taxista nos dejó en la puerta de mi edificio. No tardamos en subir y cuando abrí la puerta, me sorprendió que la luz del salón estuviera encendida.

—¡Sorpresaaaaaa!! —gritaron Vero y su hija.

Me paré en seco con la mano en el pecho y casi no supe reaccionar.

—¿Qué le pasa, mami? —preguntó mi pequeña.

Me eché a llorar sin poder evitarlo y me abracé a ellas, a María me la comí a besos.

Melissa y tú os encargasteis de prepararlo todo a mis espaldas. Quise llamarte en ese mismo momento, pero la niña no me dejaba, casi la tuve como un mono enganchada a mí todo el tiempo que estuvieron en casa. No me quería soltar.

La madre de Vero no pudo venir, llevaba unos días malucha, así que

quedé en ir a visitarla al día siguiente.

Cenamos pizza, que María y Vero habían preparado. No podíamos parar de reír, cuando Melissa decidió preguntarle cómo había sido el parto de la niña.

Lo que me pude reír esa noche... Se me hizo tan corta y a la vez tan larga al no tenerte conmigo.

Ya solas, en la cocina, Vero y yo nos dimos un bonito abrazo.

—Me tienes abandonada, tía —me dijo y qué razón tenía.

—Lo siento, sé que te tengo que poner al día, lo sé.

—¿Qué tal se vive con Marco?

Resoplé reprimiendo la sonrisa.

—Estoy muy feliz, Vero, no te haces a la idea.

—Sí, sí que me la hago. Se han portado muy bien conmigo, casi he hablado con Marco más que contigo esta última semana. Pidieron mi teléfono en el hotel y cuando me llamaron, casi no me lo podía creer.

La niña se quedó dormida en mis brazos y me sorprendió escuchar a Vero alguna palabra que otra en italiano.

—¡Oye! ¿Y el italiano tan chulo que te está saliendo? No me digas que te has puesto a dar clases —pregunté sorprendida.

Ella se ríó.

—Melissa y yo hemos intentado hablar en un par de ocasiones, pero... la cosa no cuajó.

Me eché a reír.

Sobre la una de la mañana, se terminaron marchando. Yo quedé en llevarle chuches al día siguiente a María.

Y ya en la cama, después de que dejáramos nuestras cosas y de ver que Leo empezaba a hablar y a portarse con naturalidad, te llamé y tu teléfono estaba apagado, salió el contestador y te dejé un mensaje.

—Marco, cariño ¿ya estás dormido? Imagino que sí. Te echo mucho de menos, mucho, mucho de menos. Te quiero y ¡gracias! Por todo.

Colgué y volví a mirar mi anillo.

Ya llevábamos Melissa y yo un rato en la cama, yo no podía dormir y ella, no se movía del sitio.

—¿Estás dormida? —le pregunté.

—Sí, qué quieres —se dio la vuelta.

—Si estás dormida, estás dormida, no contestas —me reí.

—Si me hablas, no me dejas. —Terminé de espabilarla.

Eran casi las tres de la mañana cuando estábamos con la luz encendida y hablando.

—¿Qué sientes al volver a tu casa? —me preguntó ella.

—No sé. —Miré al techo y pensé en ti—. He sentido lo mismo que cuando voy a tu casa o la de Marco.

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Sí, Melissa, en tan poco tiempo os habéis convertido en mi familia.

—Qué mona. —Acarició mi cara.

Nos fuimos quedando en silencio y terminamos quedándonos dormidas.

A la mañana siguiente sentía como si me hubieran echado pegamento en los ojos, no los podía abrir aunque pusiera de mi parte. Menos mal que Melissa se encontraba allí, me arrancó las sábanas y me tiró varios cojines a la cabeza.

—Me voy a poner yo a lanzarte cojines a las cuatro de la mañana, guapa —me quejé haciéndome la dormida.

—Ha venido Marco, tonta —gritó.

Me levanté de un salto y al verla partirse de la risa, quise matarla. Tranquilo, no lo hice.

Mi móvil vibró y lo cogí de golpe.

Tú: «Buenos días, princesa ¿Qué tal has pasado la noche? La cama sin ti se me ha hecho demasiado grande. Ya nada es lo mismo. Te quiero».

Sonreí como una tonta y Melissa, al verme, decidió marcharse de la

habitación a darse una ducha.

Yo: «La noche ha sido espantosa. No sé dormir sin ti, ¿qué me has hecho?»

A las diez en punto de la mañana, estábamos subidos en un taxi dirección a «Méndez Álvaro», a la oficina central del cliente.

En recepción nos recibieron amablemente y una joven nos acompañó hasta la sala de reuniones accediendo por unas escaleras.

Entramos en una sala donde varios ejecutivos y algunos empleados nos estaban esperando. Mi móvil vibró, pero no pude atenderlo. No me dio tiempo a observar a cada uno de los allí presentes. Encendí mi ordenador, saqué los documentos que me pidió Melissa y, cuando miré al frente, unos ojos azules me dejaron sin respiración. Eran los tuyos, escondidos entre varios directores. Me quedé paralizada y mi corazón dio un vuelco. Un grupo de mariposas revolotearon en mi interior y me puse muy nerviosa.

La reunión se me hizo un poco lenta, aunque todo estaba siendo exitoso. Tú no dejabas de mirarme y defendías muy bien tu empresa, estabas dando muy buena publicidad, quedaba claro que estabas hecho para eso.

Aunque algunos empresarios plantearon inconvenientes a la exposición de Melissa y, puesto que yo fui la encargada de traducir esos documentos, me dispuse a aclarar los términos dudosos.

Sonreíste satisfecho y eso me transmitió seguridad.

Terminó la reunión y los empresarios nos mostraron las oficinas y el funcionamiento de las mismas. Parecía que la reunión había ido bien, todos salimos contentos.

Melissa se acercó a mí.

—Te felicito, Laura, has estado muy acertada —me dijo.

Le sonreí tímidamente y te busqué con la mirada. Hablabas con dos altos ejecutivos, los «jefes de los jefes».

Media hora después, cansada de esperar, Melissa propuso que nos marcháramos. Quedamos al día siguiente, a la misma hora para cerrar propuestas.

—¿Por qué no me has informado de que tu hermano estaría aquí? — Cogí a Melissa del brazo.

—Si te lo hubiera dicho no sería una sorpresa. Deberías haber visto la cara con la que te has quedado —se echó a reír.

Apareciste dándome un abrazo por detrás y yo no tardé en darme la vuelta para besar tus labios. Esos labios que tanto echaba de menos.

Me sentía tan contenta que no podía parar se sonreír.

Un taxi se detuvo a nuestro lado y subimos los cuatro en él. Nos fuimos directos a comer.

Mientras comíamos, Melissa decidió que sería buena idea que nos dejaran el piso para nosotros solos, marchándose, tanto Leo como ella, al hotel. Me daba cosa, pero tenía muchas ganas de estar contigo.

Después de comer, cogimos un taxi y fuimos a casa de Vero, pero allí no respondía nadie. Una vecina, al cabo de un rato, nos informó de que por la noche, una ambulancia vino para llevarse a su madre.

Muy nerviosa intenté localizar a Vero, tú telefoneaste a todos los hospitales hasta que diste con el que se encontraba.

No tardamos en llegar al hospital, que estaba cerca. Ya en la planta vi a Vero con la niña.

—¿Vero? —Ella se giró hacia mí y rota en un llanto, me abrazó.

—¡Se me ha ido, Laura! ¡Se me ha ido! —lloraba desconsoladamente mientras yo tragaba saliva intentando que el nudo que se me había formado bajara.

Terminé llorando.

Te quedaste con la niña un rato mientras ella y yo entramos a la habitación, llamó a su seguro y esté empezó a tramitarlo todo.

—No me lo creo, Laura, no puedo creérmelo —decía llorando—. Ahora me he quedado sola, sola.

Ya sé que no era el mejor momento, ni el sitio, pero le propuse venir a Italia.

—Vente para Italia, Vero. Te ayudaré, a tu hija no le faltará de nada y saldremos adelante, juntas —le dije.

Pero Vero negaba con la cabeza sin parar de llorar.

Mientras ella arreglaba todo el papeleo, tú y yo nos quedamos con la niña. Nos fuimos a tomar un batido, fuimos al parque y se terminó quedando en casa con nosotros.

Le pedí a Vero que se quedara con nosotros, pero Melissa ya se estaba encargando de ella y me dio mucha pena, yo no estaba con ella, aunque Melissa sí, e hizo mucho.

Me sentía rota por dentro, Vero estaba muy unida a su madre y ahora... no me podía imaginar cómo saldría adelante sin su ayuda.

Apenas dormí por la noche, no podía dejar de pensar en ella, en cómo sería su vida a partir de ahora y lloré pensando en su madre. Recordé esos momentos en los que la madre de Vero se juntaba a tomar café con mi tía Pilar.

Ese fue el motivo por el cual ella y yo nos conocimos, por mi tía y su madre.

Al día siguiente, Vero vino a recoger a la niña. Estaba tan mal...

Nosotros tuvimos que marcharnos a la reunión. Todo volvía a ser un éxito, pero la muerte de la madre de Vero me removi6 algo que llevaba escondido dentro.

A medio día fue el entierro, y a pesar de que a mí no me parecía una buena idea ver a la niña allí, estuvimos todos, menos Leo.

Terminamos en su casa.

—¿Por qué no me llamaste, cielo? —Abracé a Vero con todas mis fuerzas.

—No quería preocuparte, Laura, lo siento. —La apreté más fuerte y así estuvimos un rato.

—¿Has pensado en lo que te dije ayer? ¿En lo de venirte a Italia? —pregunté, aunque sabía que no era el momento.

—Lo siento, pero no lo veo. No tenemos ni idea de italiano, de la ciudad, de todo. ¿Cómo me busco yo allí la vida con la niña?

—Con el italiano que tienes, es más que suficiente. Solo has de ir a algunas clases y te vuelves una experta. Melissa tiene unos amigos que te buscarían una casa a un buen precio, o incluso os podríais

quedar en mi piso, aún sigo pagando el alquiler por él.

—Te lo agradezco mucho, pero...

—Vale, no te preocupes. Piénsatelo, mi oferta estará en pie toda la vida, así que fíjate si tienes tiempo. Solo tienes que estar preparada para dar el paso.

Volvimos a fundirnos en un abrazo y al cabo de un rato, regresamos al salón, donde estabais todos y algunos amigos de Vero.

Pronto nos fuimos a casa y lo hicimos en mi moto. Melissa se marchó al hotel donde debería preparar con Leo algunos certificados.

Cuando subí a mi moto y sentí que me abrazabas con fuerza, volví al principio de nuestra historia.

Dimos una vuelta por Madrid que tanto me gustaba ver de noche, tan iluminada, tan mágica, y terminamos en el Templo Debod.

Allí contemplamos el templo iluminado. Te miré a los ojos.

—Ahora eres tú mi lugar favorito en el mundo —me acurruqué en tu pecho y me abrazaste.

Estuvimos allí un rato hasta que decidimos marcharnos a casa.

Estuviste toda la noche acariciando mi pelo, mi espalda..., así, hasta que me quedé dormida.

## Capítulo 31

Al día siguiente, tocó aclarar algunos flecos. Fueron dos horas más de reunión hasta que todo quedó resuelto para todo el mundo. El viernes, estuvimos con Vero y la niña, fuimos a comer fuera y le di a María todos los caprichos que me pidió. Le hablé de tu hija y ya tenía ganas de conocerla.

El sábado por la mañana salió pronto nuestro avión.

Madrugué tanto esa mañana y estaba tan tranquila porque tú estabas a mi lado, que no tardé en quedarme dormida. Casi no me enteré cuando el avión despegó ni cuando aterrizó.

—Ya hemos llegado. —Acariciaste mi cara.

Después de dejar a Leo en su apartamento, nos fuimos a casa de tus padres. Lorenzo te llamó, tenía algo importante que decirte. Los tres íbamos nerviosos.

Cuando entramos en casa de tus padres, tanto tu madre como tu padre, los dos tenían las caras largas. Entraste en el despacho de tu padre con Lorenzo y tardaste una hora en salir. Mientras tanto, Melissa y yo no parábamos de mordernos las uñas, tu madre estaba como ausente.

Tu cara te delató.

—¿Todo bien? —me costó mucho preguntarte.

—Bella no es hija mía. —Y tu mundo, que era el mío, se desmoronó.

Pasaste una de las peores semanas de tu vida y yo no sabía qué hacer ni que decir para animarte. Me sentía fuera de lugar y, que tuve la necesidad de irme a mi apartamento. Seguro que allí haría algo más productivo para ti, como dejarte tranquilo y pensar. Pero al tercer día volví.

Cuando entré al salón, me encontré con una triste Jimena. Tú estabas tirado en el sofá. Tenías barba de varios días.

—¿Qué haces aquí? —no me miraste a la cara.

—He venido a ver cómo estabas.

—¿Y a marcharte de nuevo? —Tragaste saliva.

—No, no me voy a ir, he venido para quedarme —te dije—. No fue una buena idea, lo siento.

Te incorporaste y te me quedaste mirando.

—Te he necesitado mucho, Laura, y no estabas. ¿Por qué te fuiste? Cerré los ojos y cogí aire.

—Creí que sería lo mejor, lo siento.

—No vuelvas a dejarme solo. Nunca —me pediste.

Tardaste varias semanas en reponerte y un viernes, tu padre vino a casa.

—¿Nos vemos mañana en el circuito? —pregunto Piero.

—¡Claro! —contestaste tú.

—¿Qué circuito? No me entero —me mirasteis.

—Mañana te lo explicamos todo —dijo Piero poniéndose la chaqueta.

Intenté sonsacarte a dónde se supone que iríamos, pero no lo conseguí. Ni siquiera con mis armas seductoras.

Me abrazaste con tanta fuerza en el momento que me puse encima de ti, que mi cuerpo desprendió calor por sí solo. Algunas veces tenía la sensación de que podría salir ardiendo, ¿sabes?

—No vas a conseguir arrancarme ninguna palabra —te echaste a reír y sentí cómo me diste la vida en ese momento.

Me quitaste la ropa con delicadeza y me dejaste caer suavemente en la cama mientras yo me dejaba hacer. Tus manos acariciaron mi cuerpo y tu lengua dibujaba caminos de besos húmedos por mi piel. Y gemí al notar tus dedos por mis labios vaginales, al notar tu lengua ahí abajo. Y grité cuando me penetraste haciéndome tuya.

El placer nos alcanzó a los dos al mismo tiempo y te vaciaste dentro de mí.

Al cabo de un rato, a punto de apagar la luz después de darnos una corta ducha, me giré hacía ti.

—¿Y no puedes darme una pista pequeñita, pequeñita? —pregunté

con gracia.

Te reíste.

—No, lo siento, no puedo.

Terminé apagando la luz.

—¡Vengaaaa!, una chiquitita, prometo que no diré nada —insistí.

Sentí tu sonrisa en mi pelo y me apretaste fuerte.

Abrí los ojos como pude a las tres y media de la mañana. Era muy de noche todavía. Estabas a mi lado, vestido con... «¿Qué ropa era esa?» Me pregunté.

—¿A dónde vas así vestido?

—Es un mono —reíste.

—Ya sé que es un mono, pero ¿para qué?

—¡Levanta ya y lo descubrirás! ¿O tengo yo que entrar y sacarte de ahí?

Te miré divertida y me tapé la cara con las sábanas, dejando los ojos libres para verte.

—No me importaría —te dije.

De un tirón tiraste de la sabana dejándome completamente desnuda. ¡Cómo odiaba eso!, pero cómo me encantaba al mismo tiempo.

—Mi padre está en el salón.

De un saltó salí de la cama y entré en el baño casi corriendo.

Elegí unos vaqueros y una sudadera, echaba de menos esa ropa informal.

—¿Qué pasa? —pregunté al percatarme de que me estabas mirando desde la puerta.

—¿Que qué pasa? —Te acercaste a mí—, ¡lo que pasa es que eres un delito!, me extraña que sigas siendo legal. Provocas más adicción que cualquier droga. —Besaste mis labios.

Qué calor me entró de repente, lo juro.

En el salón no nos esperaba solo tu padre, sino tu hermano también.

—¡Buenos días! —me saludaron los dos al unísono. Me acerqué a darles un beso en la mejilla a cada uno.

—¿Estáis listos? —preguntó, alegre, Emilio.

Tenía los ojos vidriosos, estaba entusiasmado y casi terminó por contagiarme a mí, a pesar de que no tenía ni idea de qué iba eso.

Me diste las llaves de tu coche y se me desencajó la cara.

—¿Qué quieres, que nos matemos? —bromeé.

Los tres os echasteis a reír.

Emilio y yo subimos al coche, después de que nos acompañarais al parking y me despidiera de ti con un dulce beso, pero no largo, que Piero nos estaba mirando.

No sé ni cómo salimos del garaje, hacía mucho tiempo que no cogía uno y tener un BMW de golpe, se me hizo difícil la salida.

Nada más salir, vimos que el día estaba grisáceo, triste, que nos saludó con alguna que otra gota de lluvia.

—¡Vaya birria de día! —me quejé.

—¡Estos días molan! ¡Ya lo verás! —dijo Emilio.

—¿Y tu hermano? —Te busqué con la mirada mientras esperaba a que salieras por alguna parte.

Emilio me señaló con el dedo mientras toqueteaba la radio. Giré la cabeza hacia donde me señaló y te vi junto a tu padre subirte en un coche de rally.

—¡No me lo puedo creer! —dije.

Emilio rio al escucharme y tú me miraste divertido mientras yo lo hacía con la boca abierta.

Me situé despacio detrás de vosotros y os seguí por la carretera. Tardamos una hora en llegar y me costó aparcar. Bajamos del coche y divisé a Piero que también llevaba un mono como el tuyo. Apareciste con una sonrisa en los labios y me diste un bonito beso.

—¿Qué te parece? —preguntaste.

—¿Qué qué me parece? —me eché a reír—. Llevamos casi seis meses y no entiendo cómo no me habías hablado sobre esto.

—Es solo un hobby, más de mi padre que mío, pero un hobby.

—Pues ponme al día, que es la primera vez que estoy en un sitio como este. ¿Qué eres, exactamente?

Volviste a reírte.

—Piloto —tus labios dibujaron una sexi sonrisa que me agitó entera. Entramos a una especie de carpa restaurante repleto de gente. Desayunamos en una mesa los cuatro y lo hicimos tranquilamente.

—¿Qué te parece todo esto, Laura? ¿Sorprendida? —preguntó Piero.

—Un poco, la verdad. No me lo esperaba para nada.

Varias chicas se acercaron solicitando fotos.

—¿Tan conocido es tu hermano aquí? —pregunté a Emilio que te miró divertido.

—Han ganado varias carreras.

—Casi diría que las he ganado yo —comentó, Piero riendo.

—¿Pero Marco no es el piloto?

—Sí. Normalmente se valora quien lleva el coche, pero la responsabilidad de una buena carrera es de los copilotos.

—¿Y qué hacéis exactamente? —pregunté cada vez más curiosa.

—Debemos cantarles las notas.

—¿Qué notas?

Mi cara debió de ser todo un poema, porque los tres os echasteis a reír.

—Describir las características de la carrera, para que esta resulte más fácil y así poder ganar.

—¡Ya! —respondí tratando de asimilar lo que Piero me acababa de decir.

—Tienes a todas las niñas locas, ¿debo ponerme celosa? —pregunté picarona aprovechando que Piero se levantó a saludar a unos hombres que vestían como vosotros.

—A mí solo me interesa volverte loca a ti —me diste un beso.

Un calor conocido invadió mi cuerpo.

Cómo echaba de menos volver a verte tan bien, con tu sonrisa. Estos días no me atreví a preguntarte cómo estabas, ni qué medidas esperaba que tomaras al respecto, creo que nadie tuvo el valor de preguntarte. Tal vez esperábamos a que dieras el paso por ti mismo.

Al cabo de un rato, ya terminando de desayunar, Piero y tu hablabais sobre la carretera y el estado de esta, al haber llovido. El barro podía hacer que el coche patinase.

Me asusté y se me aceleró la respiración.

Apreté tu mano con fuerza, me miraste e intentaste tranquilizarme con un suave beso en la frente, luego en los labios y así, hasta que te tuviste que marchar.

—¡Marco! ¡Ten cuidado por favor! —te pedí viendo cómo te subías al coche.

Emilio y yo nos colocamos en la carpa del equipo. Nerviosa agarré la mano de tu hermano cuando salisteis disparados hacia el asfalto. Cerré los ojos sin poder evitarlo.

—¿Quién va ganando? —despistada miré hacia una enorme pantalla que teníamos delante.

Emilio se echó a reír.

—Gana el que menos tiempo tarde en realizar la carrera.

—¡Eso es imposible! ¿Qué pasa con los que han salido antes?

—Los que salen antes son los que han ido acumulando puntos.

—Vale, ¡déjalo! No me entero de nada, estas carreras son muy raras.

Salieron todos los coches y lo único que había que hacer era esperar a ver quién ganaba antes y rezar para que no ocurriera nada. Atenta, miré a la pantalla que mostraba los tramos por donde iban pasando los coches.

—Ya les falta poco —dijo Emilio muy concentrado mirando la carrera desde la pantalla.

No me quedaban uñas que comer ya, la espera se me hizo eterna. Algunos coches se salieron de la carretera y pasé miedo. No quería ni mirar.

—¡El segundo! ¡El segundo! —gritó Emilio como un loco.

—¿Qué? —Le miré nerviosa.

Corrimos hasta la carpa, te vi parar el coche. Bajasteis y me lancé a tus brazos. Te quitaste el casco y comencé a besarte como una loca. Tu cara estaba sudorosa, pero no me importaba. Felicité a Piero y los cuatro comenzamos a saltar de alegría.

El público os empezó a reclamar junto al ganador.

¡Me sentía tan orgullosa de ti!

Cuando terminaron las fotos con el ganador y bajaste del pódium, fuiste en mi busca. Me ofreciste un casco y me pediste que subiera al coche.

—Estás loco, ¿no? —sonreí.

—Sí, por ti, ¡venga sube!

Hice lo que me pediste y subí al coche que no tenía nada que ver con uno normal.

¡Era incómodo, muy incómodo! ¿Cómo podía gustarte eso?

Arrancaste y salimos a todo gas. Varios aficionados se dirigieron hacia nosotros y sacaron los móviles para grabar los momentos en los que te lucías con derrapes. Accedimos a un circuito cerrado y a través del casco, podía oír lo que me ibas diciendo.

Estaba asustada y emocionada al mismo tiempo.

Mi cabeza iba hacía todos lados, parecía un muñeco dentro del coche dando saltos. Me estaba mareando cuando, de repente, detuviste el coche. Tenía un calor... me quité el casco y terminé apoyándome en el coche. Tú también te quitaste el tuyo, pero para besarme.

—Tengo algo que comentarte —las piernas empezaron a temblarme.

—Sea lo que sea, por favor dilo.

Te acercaste y besaste mis labios.

—No tenía pensado decírtelo aún, pero he denunciado a Mónica.

Estoy pendiente de que nos llamen para el juicio.

Te abracé con todas mis fuerzas.

—Siento mucho todo lo que ha pasado, Laura, pero...

—Shhh... —te callé con un beso—. No tienes que darme explicaciones, te entiendo perfectamente, perdóname tú por haberte dejado unos días solo.

—Te quiero Laura, por favor, nunca salgas de mi vida.

Me reí, a punto de echarme a llorar.

—No salgas tú de la mía.

Estuvimos un rato tú y yo solos, en silencio, diciéndonos tantas cosas...

Te incorporaste.

—Bueno, ¿y qué te ha parecido el paseo?

—Incómodo, no sé cómo te gusta conducir ahí —te dije.

Subimos al coche de nuevo y saliste derrapando, levantando barro a tu paso.

A mediodía Melissa se presentó con Lorenzo, al que di dos besos de forma educada, y a su hija de veinte años. Era muy simpática y enseguida te contagiaba la alegría. Me contó que estaba estudiando veterinaria y que pronto terminaría la carrera. Fueron varias veces en las que pillé a Emilio mirándola con cara de bobo y a ella también, que conste.

Mientras vosotros hablabais de coches, de circuitos, de estados de carreteras y de carreras, Melissa y yo salimos a dar un paseo y, a la vuelta, nos marchamos a casa de tu madre que nos esperaba para cenar y para celebrarlo.

## Capítulo 32

Al llegar a casa de tus padres, tu madre nos esperaba. En cuanto entrasteis por la puerta se abalanzó hacia vosotros. Podría decirte que incluso la vi llorar. Ella no solía ir a las carreras por miedo a que os pasara algo. La entendí a la perfección, pasé miedo, mucho miedo.

Cenamos entre risas. Me gustaba escucharte hablar de lo que habías sentido al conducir, parecías tan feliz. De nuevo volvías a ser tú.

Después de cenar nos fuimos directos al salón, a tu madre se le ocurrió la genial idea de sacar los álbumes de fotos. Yo encantada, tú... bueno, no tanto.

—Me hace ilusión verte de pequeño —te dije agarrándote del brazo.

Tu madre sacó los primeros álbumes, se me caía la baba al verte tan chiquitín con esos ojos azules tan grandes y tan regordete. En todas las fotos salías sonriendo y siempre con tu hermana.

—¿Te imaginas tener uno así, como tú? —te dije sin pensar.

—Me imagino a más de uno, contigo. —¡Joder! Quise que me hicieras el amor allí mismo. Tuve que juntar las piernas por la presión que sentía en el centro de mi cuerpo.

Tengo muy claro, hoy en día, que todo lo que ha pasado durante todo este tiempo, ha sido por algo. Estoy convencida de ello.

Terminamos con un álbum y tu madre nos pasó otro, donde ella salía de joven, con sus amigas y sus compañeras de trabajo.

—¡Qué guapa, Blanca! —le dije con una sonrisa.

Yo fui pasando fotos hasta que me quedé parada en una. Tragué saliva y fui incapaz de seguir adelante.

—¿Qué te ocurre? —preguntaste.

No pude hablar, no me salía la voz y un nudo en el pecho, me estaba oprimiendo. Vi a mi madre, junto a la tuya. Cogiste el álbum, miraste la foto, me miraste a mí y a todos, que se nos quedaron mirando.

—¿Qué pasa? —dijo tu madre cogiendo el álbum de fotos.

Se quedó con la boca abierta mientras me miraba.

—No puede ser —se decía ella misma en voz alta—. ¿Cómo es posible? Tú... tú.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté con un nudo en la garganta, tú me abrazaste con más fuerza y Melissa, cogió mi mano.

—Gina —dijo tu madre.

Empecé a llorar sin poder evitarlo, estaba claro que era mi madre. Blanca empezó a unir cabos; por eso le sonaba tanto mi cara...

¿Recuerdas cuando me preguntaste si creía en el destino? Pues, en ese momento creí en él.

Tu madre sacó otro álbum. Tenía fotos mías de cuando yo era una niña. Yo apenas tenía fotos sobre mí, solo una vieja foto donde salían mis padres y yo de pequeña, que tenía escondida, enterrada en Madrid, bajo el «Templo de Debod». Ahí enterré mi recuerdo.

Siempre que veía la foto me generaba preguntas que nadie podría contestar, y en ese momento se abrió un canal de posibles respuestas.

La noche se convirtió en una velada llena de emociones, nos olvidamos por completo de la carrera y todos os centrasteis en mí y en mi historia.

—Conocí a tu madre cuando iba a veranear a casa de mi abuela a Roma. Nos hicimos muy amigas —suspiró—. Luego mi abuela murió y dejé de ir allí, pero coincidimos en la universidad y ella se instaló en Sicilia. Salíamos con los mismos amigos y casi nos hicimos íntimas. Yo empecé a salir con Giancarlo, el padre de Marco y Melissa, y ella salía con un chico. Cuando murió Giancarlo, ella estuvo a mi lado, tuve a Marco dos semanas después de que su padre falleciera y ella nunca me dejó sola.

—Dos años después —pasó varias fotos del álbum y me lo dio, allí vi a mi madre, tan guapa contigo en brazos—. Se quedó embarazada de ti, pero no sé muy bien que pasó. Al parecer ella y el chico con el que salía —se aclaró la voz—. No terminaron muy bien.

—¿Qué me quieres decir?

—Tu madre conoció a Marcelo, se casaron cuando tú cumpliste un

añito y él te puso sus apellidos.

Me tapé la cara con mis manos y volví a llorar.

—¿Quieres decirme que mi padre sigue vivo?

Ella asintió con la cabeza y vi las lágrimas que se caían por sus mejillas.

—Me enteré del accidente dos meses después, llevaba tiempo sin hablar con ella y me extrañó, teníamos muy buena relación. Me contaron que los tres habíais muerto en un accidente de coche.

—¿Y... y... —se me trababa la voz—, ¿cómo terminé yo en España y con mi tía? No... no lo entiendo. —Me abrazaste fuerte.

—No lo sé, cariño. Tu tía Pilar siempre estuvo junto a tu madre a pesar de que ella residía en España.

Desde el momento en el que me enteré que teníamos mucho más en común de lo que creíamos, mi vida cambió por completo.

\*\*\*\*\*

El trabajo me mantuvo ocupada sin pensar varios meses. Me sentía saturada de tanto hacerlo y una tarde, sin meditarlo, entré en tu despacho antes de marcharnos.

—Quiero ir a ver a mis padres —te dije haciendo que me miraras—. Quiero saber dónde se encuentran sus cuerpos y llevarles flores, no sé.

No tardamos en dar con ellos y un fin de semana, fuimos a Roma, donde se encontraban sus cuerpos enterrados.

Tú creías que lo mejor era que entrara sola, pero yo no quise. Te cogí de la mano y entramos los dos hasta llegar a un panteón lleno de flores.

—¿Quién crees que habrá puesto todas estas flores aquí?  
—pregunté.

Pero te encogiste de hombros, si yo no tenía respuestas, tú tenías menos que yo.

El hombre mayor que se encargaba de mantener el cementerio limpio, me dejó unas llaves y pude acceder dentro.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando vi mi nombre en un frasco pequeño metido dentro de una cristalera.

—Esa no soy yo —dije en voz baja.

Me rodeaste con tus brazos y lloré, lloré de pena y de rabia al mismo tiempo. Me diste un beso en el pelo y te abracé con todas mis fuerzas.

No fueron fáciles los siguientes días, aunque intenté disimularlo, tú ya me conocías bastante bien. Cuando se lo conté a Vero, las dos nos pusimos a llorar, recordando a su madre, a mi tía y la historia que tu madre me contó.

Vero no estaba bien y las dos nos necesitábamos. Entró en un bucle depresivo y sabía que la terminarían echando del trabajo; intenté convencerla para que viniera unos días aquí, y que estuviera conmigo. La Navidad estaba cerca, y con ella mi cumpleaños. Con la excusa de que sería el primer año que pasaría las fiestas sin ellas, la terminé convenciendo para que viniera a pasar la Navidad, aunque se hizo mucho de rogar, sino hubiera sido por tu intervención y por la de Melissa, creo que no lo hubiera conseguido.

Tuvimos un primer juicio, el trece de diciembre, contra Mónica, pero no se presentó. Así que se anuló para el veintitrés, dos días antes de que Vero viniera. Lo tenía todo preparado para ellas. Tu madre y Jimena se encargaron de decorar la casa y mi apartamento, por si acaso decidía quedarse allí. Conocía a Vero y sabía que le gustaba estar sola y que el apartamento le encantaría, así que lo usaría para convencerla y que se quedara.

Cuando nos quisimos dar cuenta, llegó el día veintitrés. Nos habíamos quedado dormidos y llegábamos tarde al juzgado. Lorenzo llamó un par de veces y de un salto, salimos de la cama. Nos vestimos. Melissa nos estaría esperando allí junto a tus padres, nadie quería perderse ese día.

Marco, lo hubiera dado todo para que ese día no hubiera llegado...

Subimos al coche, te miré, me miraste y, nada más salir del garaje e incorporarte a la carretera, un camión se nos vino encima.

Me desperté dos días después, pero tú seguías inconsciente.

# Epílogo

Marco dejó todas las hojas sobre la mesita que tenía a su lado. Se encontraba solo en la habitación del hospital. Se quedó pensativo.

«Ese no puedo ser yo, no me acuerdo de nada. ¿Qué pasará ahora?», pensó entrecerrando los ojos y presionándose el puente de la nariz.

Laura esperaba impaciente en la sala de espera mordiendo las uñas. Desde que Melissa la llamara para decirle que Marco había despertado, no logró dormir. Sobre todo, desde que se miraron a los ojos y al acercarse él no la recordó.

Había pasado las noches en vela escribiendo su historia de amor como le aconsejó el médico, pero tenía miedo a que no diera el resultado que esperaba.

Melissa fue la primera en entrar a la habitación. Se encontró con la mirada de su hermano.

—Hola —dijo con la voz entrecortada.

—Melissa, ¿verdad? —Marco sonrió.

—¿Te... te acuerdas de mí? ¿Te acuerdas... de...? —Marco supo a lo que se refería y antes de que ella terminara de formular la pregunta, negó con la cabeza.

—No, a ella no la recuerdo.

—¿Pero, y la carta? ¿La has leído?

Melissa se puso nerviosa. Laura era su amiga, su mejor amiga. ¿Cómo le diría que él no la recordaba, después de que sabía por lo que estaba pasando?

—Sí, acabo de hacerlo, pero... ese no soy yo. No la recuerdo, a ella no.

—¿Qué recuerdas?

Melissa se acercó a su hermano, se fundieron en un abrazo y lloró en silencio pensando en Laura.

—Tengo muchas lagunas. —Se separó de su hermana y la miró a los ojos, le limpió la lágrima que caía de su mejilla—. No recuerdo

haber viajado a España, ni haber conocido a Laura, lo siento.

# Agradecimientos.

Esta historia, llevaba guardada en un archivador desde el año 2014. Lo recuerdo todo como si hubiese pasado ayer mismo. Cruzaba la calle después de dejar a mis hijos en el colegio y se me ocurrió la genial idea de escribir un libro. «¿Por qué no?» me dije camino a casa. Y así fue...

Después de varios borradores (muchos, más de los que me hubiese gustado) y cambios de punto de vista y de protagonistas, finalmente los sentimientos de Laura, fueron los que me cautivaron.

Escribir no es fácil.

Le agradezco a mi marido que me apoyara en el inicio del camino, hoy en día lo sigue haciendo y sé que lo hará siempre. Te quiero mi vida.

A mis hijos, que tantas tardes se han quedado sin parque solo porque no podía parar de escribir.

A Belia, que me ayudó mucho al principio. Fue quien me corrigió el primer borrador y cuando lo releí, borré todo, literalmente, sí.

¡Cómo no! A mi Lina Galán, mi mejor amiga en la distancia, siempre estás ahí para apoyarme, para levantar mi ánimo, para aconsejarme y sobretodo, para hacerme reír y olvidarnos de todo lo malo que rodea el mundo de la literatura.

A Dublineta Eire que me ha permitido robarle tiempo para ayudarme en la corrección. ¡Gracias! Te has ganado un hueco en mi corazón.

A Sonia, una gran escritora que no es capaz de ver lo que yo sí. Eres grande.

A mis mafiosas, por esas risas y por todas las dudas siempre resueltas por la Mamma. ¡Sois grandes y especiales!

A María José, que tantas veces me ha leído y tantos consejos me ha dado.

A Nuria, que nada más leer la historia, me llamó corriendo.

No quiero olvidarme de Bea, una gran escritora, una gran amiga y, sobre todo, una gran compañera. Gracias por dedicarme tu tiempo y

ayudarme.

A Trini, mi amiga de toda la vida.

A todas las personas que me leéis a pesar de que solo estoy en el inicio del camino, aún me queda mucho que recorrer. ¡Perdonad todas las cosas que se me escapan en el escrito!

¡Gracias!

Sin vosotros no sería posible. Os lo debo todo.

## Sobre la autora

Nací en un pueblo de Extremadura (España) en el año 1987, aunque desde hace muchos años vivo en Madrid. Estoy felizmente casa con el amor de mi vida, sí, una historia de novela que algún día me encantaría contar. Tengo dos hijos maravillosos que son todo para mí.

Desde pequeña siempre me ha gustado escribir, era una forma de evadirme de la vida real, pero solo hace unos tres años, que me lo empecé a tomar más en serio al ver que mis novelas podrían tener una oportunidad. Finalmente, en el 2015 me lancé a publicar mi primera novela en Amazon «Y llegaste tú» y «Llegaste tú, cambiando mi mundo» Me apasiona leer, escribir, pasar tiempo con los míos, disfrutar de todo lo que la vida me ofrece y sobretodo, aprender cada día una cosa diferente.

Puedes encontrarme en:

Coralfernweh@hotmail.com    <https://www.facebook.com/coral.fernweh.9>  
<https://www.instagram.com/coralfernweh/>